

CLIVE CUSSLER

y GRAHAM BROWN

HORA CERO



Lectulandia

Se conoce como punto cero de energía y no es un mito de la ciencia. Este estado de la energía que se encuentra en la materia y que ofrece posibilidades ilimitadas existe realmente. Son muchos los expertos que han tratado de desentrañar este gran misterio de la física, pero no han tenido éxito... hasta ahora. Un excéntrico científico, que ha sido rechazado y denigrado por la comunidad internacional, parece haber hallado la fórmula. Para vengarse del mundo, y en especial de todos aquellos que lo despreciaron, ha construido dos máquinas capaces de provocar terribles terremotos y crear fisuras en las placas tectónicas.

Desde las llanuras de Australia hasta la virulenta naturaleza de una isla de hielo en el océano Antártico, Kurt Austin, Joe Zavala y el resto del equipo de la NUMA deberán encontrar las dos máquinas que han desencadenado esta situación límite: si no lo hacen pronto, las consecuencias del cambio geológico podrían ser fatales.

Lectulandia

Clive Cussler & Graham Brown

Hora cero

Archivos NUMA - 11

ePub r1.1

Titivillus 14.03.15

Título original: *Zero hour*
Clive Cussler & Graham Brown, 2013
Traducción: Ignacio Gómez Calvo
Ilustraciones: Larry Rostant
Retoque de portada: Levemka

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

18 de abril de 1906

Condado de Sonoma, norte de California

Un trueno sacudió la oscura caverna cuando una inmensa chispa blanco azulada saltó entre un par de elevadas columnas metálicas. En lugar de apagarse, la reluciente descarga se dividió en dos, y los chorros de plasma empezaron a rodear sus respectivos pilares. Se movían como llamas persiguiendo el viento, corriendo alrededor de las columnas y ascendiendo sinuosamente hacia la parte inferior de una bóveda metálica curva. Allí se arremolinaron como los brazos de una galaxia espiral y volvieron a unirse antes de desaparecer en un último destello deslumbrante.

A continuación todo quedó a oscuras.

En el aire flotaba un olor a ozono.

En el suelo de la caverna, un grupo de hombres y mujeres permanecía inmóvil, cegados por la demostración. El destello había sido impresionante, pero todos estaban familiarizados con la electricidad. Cada uno de ellos esperaba algo más.

—¿Eso es todo? —Preguntó una voz ronca.

Las palabras correspondían al general de brigada Hal Cortland, un hombre con figura fornida y achaparrada. Las dirigía a Daniel Watterson, de treinta y ocho años, un hombre rubio y delgado situado junto a los mandos de la gran máquina de la que había salido el rayo artificial.

Watterson examinó una hilera de indicadores tenuemente iluminados.

—No estoy seguro —susurró para sus adentros.

Nadie había llegado tan lejos, ni siquiera Michael Faraday ni el gran Nikola Tesla. Pero si Watterson estaba en lo cierto —si sus cálculos y su teoría y los años que había trabajado como ayudante de Tesla le habían ayudado a entender lo que estaba a punto de ocurrir—, la demostración luminosa que acababan de presenciar debería ser solo el principio.

Apagó la corriente principal, se apartó de los mandos y se quitó las gafas de montura metálica. A pesar de la oscuridad, podía distinguir el tenue brillo azul que provenía de las columnas. Alzó la vista a la bóveda de encima y alcanzó a ver un tono efervescente corriendo por su cara interior.

—¿Y bien? —Preguntó Cortland.

En la consola, una de las agujas se movió. Watterson la vio con el rabillo del ojo.

—No, general —dijo en voz queda—. Creo que no ha terminado del todo.

Mientras Watterson hablaba, un rumor grave recorrió la cueva. Era un sonido parecido al de unas piedras pesadas cayendo en una cantera lejana, amortiguado y

distorsionado, como si la vibración tuviera que atravesar kilómetros de roca sólida para llegar hasta ellos. Se hizo más fuerte durante varios segundos y luego se apagó y cesó.

El general se rio por lo bajo. Encendió una linterna.

—El tío Sam no va a pagar unos fuegos artificiales mojados, hijo.

Watterson no contestó. Estaba escuchando, buscando a tientas algo, cualquier cosa.

El general pareció darse por vencido.

—Vamos, la fiesta ha terminado —anunció—. Salgamos de esta madriguera.

El grupo empezó a moverse. El ruido de sus pies al arrastrarse y sus murmullos hacían imposible oír.

Watterson levantó la mano.

—¡Por favor! —Gritó fuerte—. ¡Que todo el mundo se quede donde está!

Los observadores se pararon en seco, y Watterson se acercó lentamente al punto donde las columnas de acero penetraban el suelo de roca. Desde allí, descendían ciento cincuenta metros «para afianzarse en la Tierra», en palabras de Tesla.

Al posar la mano en una de las columnas, Watterson notó una vibración fría. El temblor le recorrió el cuerpo como si se hubiera convertido en parte del circuito. No le dolió como la electricidad ni le provocó espasmos en los músculos, ni tampoco llegó hasta el suelo y lo electrocutó. Era casi relajante, y lo dejó ligeramente aturdido, incluso un poco eufórico.

—Ya viene —susurró.

—¿Qué viene? —Preguntó el general.

Watterson miró atrás.

—El retorno.

Cortland esperó unos segundos antes de fruncir el entrecejo.

—Los científicos son como charlatanes de feria: se creen que si dicen algo lo bastante alto y lo bastante a menudo, el resto de la gente empezaremos a creerlo. Pero yo no oigo ningún...

El general se tragó sus palabras cuando el profundo rumor apareció por segunda vez. En esta ocasión recorrió la caverna más enérgicamente, y el brillo azul que rodeaba las torres se intensificó, palpitando y sincronizándose exactamente con las ondas acústicas.

Esta vez cuando las ondas se apagaron todo el mundo se quedó quieto. Esperaban algo más. Cuarenta segundos más tarde obtuvieron su recompensa. Una tercera onda llegó como si hubiera pasado un tren de mercancías. Sacudió la cueva bajo sus pies e hizo que el remolino de rayos volviera a la superficie pulida de la bóveda. La espiral de energía visible empezó a descender por las columnas y llegó a mitad de camino hasta el suelo antes de desaparecer.

Watterson se apartó, alejándose de la zona de peligro.

Momentos más tarde, una cuarta reverberación penetró en la caverna. Las

columnas llamearon cuando las alcanzó. Destellos de luz saltaron entre ellas de un lado a otro. La caverna empezó a temblar. Polvo y pequeñas esquivras de piedra cayeron de arriba, y los testigos corrieron para ponerse a cubierto.

Watterson vio al general Cortland bañado de luz y sonriendo como un loco. Sus papeles se habían invertido. Ahora era Cortland el que parecía satisfecho mientras que Watterson empezaba a preocuparse. El científico se dirigió al panel, volvió a ponerse las gafas y examinó la pantalla. No se explicaba la vibración.

Antes de que pudiese averiguar algo, una quinta onda sacudió la caverna. La vibración y los rayos artificiales se volvieron tan intensos que hasta el general pareció darse cuenta de que algo iba mal.

—¿Qué está pasando?

Watterson apenas podía oírle, pero se estaba preguntando lo mismo. Los indicadores de potencia —prácticamente apagados momentos antes— se estaban acercando al límite.

Un breve respiro dio paso a un sexto retorno armónico, y las agujas se dispararon al máximo. Las vibraciones eran insoportables. Caían rocas de arriba. Una enorme grieta empezó a abrirse zigzagueando a través de la pared reforzada en la que el ejército había echado hormigón para apuntalarla. Watterson tuvo que agarrarse al panel para evitar caerse.

—¿Qué está pasando? —repitió el general.

Watterson no estaba seguro, pero no podía ser bueno.

—Saque a todo el mundo —gritó—. Sáquelos... ¡vamos!

El general señaló el ascensor con forma de jaula que los subiría ciento veinte metros hasta la superficie. El grupo corrió hacia él como un rebaño en estampida. Pero los temblores se intensificaron, y la pared del fondo cedió antes de que pudieran subir.

Mil toneladas de roca y hormigón cayeron sobre ellos. Los que se encontraban demasiado cerca fueron aplastados en el acto. Otros se apartaron justo a tiempo cuando el armazón con aspecto de andamio del ascensor se dobló y se desprendió.

A Watterson le entró pánico. Sus manos se movían de acá para allá sobre los mandos, activando interruptores y dando golpecitos a indicadores. La vibración era constante. El sonido, ensordecedor.

Cortland lo agarró por el hombro.

—¡Apáguelo!

—¡Está apagado! —gritó Watterson, soltándose.

—¿Qué?

—Lleva apagado desde la primera chispa —explicó Watterson.

La última onda se desvaneció, pero en el tablero vio que la siguiente onda se estaba formando. Las agujas se dispararon al máximo, y Watterson palideció. Cada onda había sido más grande que la anterior. Le daba miedo imaginar la clase de potencia que se avecinaba.

—Entonces ¿de dónde viene la energía? —Preguntó Cortland.

—De todas partes —contestó Watterson—. De nuestro alrededor. Es lo que tenía que demostrar el experimento.

La caverna empezó a sacudirse de nuevo. Esta vez las columnas no contuvieron el rayo, y salió volando contra las paredes, el techo y el suelo. Pedazos de piedra y nubes de polvo llenaron el espacio abierto.

En medio de los gritos y el pánico, Watterson permanecía impotente; su momento de gloria se había desvanecido y se había tornado en una catástrofe absoluta. Encima de él se oyó un ominoso sonido de grietas.

La cueva temblaba tanto que apenas podían tenerse en pie, y Watterson y el general alzaron la vista. Una fisura oscura serpenteaba a través del techo. Avanzó de una pared a la otra y a continuación formó una telaraña en distintas direcciones.

El techo se desplomó de repente, y un millón de toneladas de roca cayó sobre ellos.

La muerte fue instantánea, y ni Watterson ni el general Cortland llegaron a saber la furia que habían desatado ni la devastación que el terremoto resultante provocó en la ciudad de San Francisco.

Diciembre de 2009

En medio de una tempestad cada vez más violenta, Patrick Devlin se encontraba en la cubierta de popa del *Java Dawn*, un remolcador de altura unido por un enorme cable al casco oxidado de un crucero conocido como el *Pacific Voyager*.

Grandes olas embestían de lado contra el remolcador y se estrellaban contra el casco con el sonido de un disparo de escopeta. Cortinas de agua caían en diagonal, aunque era difícil distinguirlas de las salpicaduras arrastradas por el viento.

Rodeado de material de remolque y de carga, incluida una grúa de quince metros y un potente cabrestante, Devlin parecía verdaderamente pequeño. En realidad, medía un metro ochenta de estatura y tenía unas espaldas anchas que encorvaba para protegerse del frío.

Con las mejillas cubiertas de una incipiente barba gris y unos párpados con pliegues de piel lustrosa, Devlin tenía todo el aspecto del viejo marinero arrugado que era. Evaluando el deterioro del tiempo, la tensión cada vez mayor del cable y el estado del mar, llegó a una grave conclusión: habían tomado una decisión desastrosa zarpando, una decisión a la que tendrían suerte si sobrevivían.

Mientras Devlin cogía el teléfono del barco, otra ola balanceó severamente el remolcador. El capitán contestó al otro lado de la línea.

—¿Qué rumbo llevamos? —gritó Devlin al aparato.

—Al sur —dijo el capitán.

—No sirve —respondió Devlin—. No sobreviviremos a las embestidas de costado. Tenemos que virar y navegar contra las olas.

—No podemos, Padi —insistió el capitán—. Eso nos llevará al ojo de la tempestad.

Agarrándose al mamparo para evitar caerse, Devlin observó cómo una ola rompía por encima de la cubierta.

—Esto es una locura —dijo—. No deberíamos haber salido de Tarakan.

Tarakan era el puerto primitivo, casi anquilosado, en el que habían recogido el *Voyager*. El viejo transatlántico había atracado allí hacía años para ser reparado después de un accidente, pero había acabado abandonado porque su compañía naviera había quebrado varios días más tarde.

En un momento dado, el barco fue vendido a un comprador misterioso, pero por razones desconocidas el *Voyager* se quedó oxidándose en Tarakan durante otros tres años. Problemas relacionados con la quiebra y disputas acerca de quién pagaría las reparaciones, suponía Devlin.

Fuera lo que fuese, el barco parecía un derrelicto cuando lo habían encontrado; cubierto de corrosión de proa a popa, estaba a duras penas en condiciones de navegar. Los desperfectos reparados a toda prisa en la zona donde el buque de carga había abierto una brecha parecían una H dentada cerca de la proa.

Ahora, atrapado en una tormenta que empeoraba rápidamente, se hundiría con toda seguridad.

—¿Cómo está la amarra? —Preguntó el capitán.

Devlin echó un vistazo al grueso cable que se extendía desde el gigantesco cabrestante a través del extremo de popa hasta el *Voyager*. El cable se tensaba y se estiraba con la carga antes de volver a aflojarse.

—El cable está tirante —dijo Devlin—. Ese trasto oxidado está empezando a cabecear con las olas. Y también se está hundiendo. Tenemos que traer a bordo a la tripulación que lo está inspeccionando.

En contra de los deseos de Devlin, el capitán había dejado que tres hombres se quedasen a bordo del crucero para que comprobaran si había vías de agua. Era peligroso en esas condiciones, y también una pérdida de tiempo. Si la embarcación se estaba llenando de agua, no había nada que ellos pudieran hacer para impedirlo. Y si empezaba a hundirse —como Devlin pensaba—, tendrían que cortar el cable y soltarlo antes de que arrastrase con él el *Java Dawn* hasta las profundidades. Pero con tres hombres a bordo del barco, cortar el cable sería lo más parecido al asesinato que Devlin había hecho en su vida.

El gran remolcador inclinó la proa y cayó en el seno más grande que había encontrado hasta el momento. Al hacerlo, el cable se puso tan tirante que empezó a zumbar. La tensión tiró del extremo de popa del remolcador hacia atrás, y el agua se agitó alrededor del casco mientras las hélices luchaban contra la presión.

Cuando el remolcador elevó la proa en la siguiente ola, el *Voyager* debió de caer en un seno porque el cable tiró hacia abajo, se dobló por encima de la capa reforzada con acero en el espejo de popa del remolcador y sumió el extremo de popa en el agua.

Devlin se llevó los prismáticos a los ojos. La acción de las olas conseguía ocultar la verdad, pero solo hasta cierto punto. Sin duda el *Voyager* se estaba hundiendo.

—Tiene la proa baja, capitán. Se escora ligeramente a babor.

El capitán vaciló. Devlin sabía el motivo: la embarcación que remolcaban valía una pequeña fortuna, pero no si el barco no sobrevivía.

—¡Dícales que vuelvan! —Gritó Devlin—. Por el amor de Dios, capitán, al menos dícales a los hombres que vuelvan.

Finalmente, el capitán habló.

—Hemos estado llamándoles, Padi. No contestan. Debe de haber pasado algo.

Las palabras del capitán dejaron helado a Devlin.

—Tenemos que mandar un bote.

—¿En medio de la tempestad? Es demasiado peligroso.

Como para subrayar ese punto, otra ola los embistió de costado, y más de cuatro

mil litros de agua entraron por encima de la barandilla e inundaron la cubierta de popa.

El agua se evacuó rápidamente del fuerte remolcador, pero momentos más tarde otra ola lo anegó más drásticamente que la primera.

Cuando el *Java Dawn* se recuperó, Devlin miró al *Voyager*.

Decididamente se estaba hundiendo. O un par de escotillas habían reventado o las chapuceras reparaciones habían cedido.

El capitán también debió de verlo.

—Tenemos que soltarlo —dijo.

—¡No, capitán!

—Tenemos que hacerlo, Padi. Desamarre el cable. Los hombres tienen un bote propio. Y no podremos ayudarles si nos hundimos.

Otra ola rompió por encima de la cubierta.

—Por el amor de Dios, capitán, tenga compasión.

—¡Corte el cable, Padi! ¡Es una orden!

Devlin sabía que el capitán tenía razón. Soltó el teléfono y dio un paso hacia la palanca de desbloqueo de emergencia.

La cubierta cabeceó violentamente cuando otra ola inundó la popa y se echó encima de él. Le azotó como una ola en la playa, lo derribó y lo arrastró.

Cuando se levantó, Devlin vio que el cable desaparecía dentro del agua. A través de la lluvia y las salpicaduras, vio que la mitad del crucero estaba sumergida. Se estaba yendo a pique rápidamente, hundiéndose en el abismo y a punto de arrastrar al remolcador con él. El cuarto trasero de la cubierta posterior ya estaba a flor de agua.

—¡Padi!

El grito sonó por el teléfono que colgaba, pero Devlin no necesitó que lo apremiasen. Se levantó, agarró la manilla de desbloqueo de emergencia y tiró de ella hacia abajo con todas sus fuerzas.

Sonó un fuerte estallido. El gigantesco cable se soltó de golpe y se lanzó a través de la cubierta como una pitón reptando a toda velocidad. El remolcador dio una sacudida hacia delante y hacia arriba, y Devlin salió despedido contra el mamparo, se cortó en el labio y se hizo un morado en el ojo.

Se quedó aturdido un momento y cuando se hubo recuperado, se volvió. El viejo crucero se deslizaba bajo las olas ligeramente ladeado, casi plácidamente. Segundos más tarde, había desaparecido. Los hombres que habían dejado atrás estaban muertos casi con toda seguridad. Pero el *Java Dawn* era libre.

Devlin cogió el teléfono.

—Dé la vuelta —pidió—. Puede que los hombres hayan saltado por la borda.

La cubierta se movió cuando el timón y las hélices orientables se activaron. El remolcador inició un giro brusco y peligroso. Cuando hubo dado la vuelta, Devlin estaba en la proa.

Era casi de noche. El cielo lucía un tono plateado sobre el mar negro. La escena

estaba tan desprovista de color que parecía sacada de una película en blanco y negro.

Devlin se quedó mirando. No vio nada.

Cuando la oscuridad los envolvió, los focos del remolcador recorrieron la zona. Sin duda todos los ojos disponibles se esforzaban por encontrar a los hombres igual que Devlin. Todo fue en vano.

El *Java Down* se pasaría las siguientes dieciocho horas buscando sin éxito a sus tripulantes perdidos.

Jamás serían hallados en el mar.

Actualmente

Sebastian Panos recorría el estrecho pasillo como un gato callejero en una calle oscura detrás de una hilera de restaurantes. El pasadizo estaba oscuro y húmedo; parecía más el túnel de una alcantarilla que una pasarela. Las gotas de vaho caían tan insistentemente que a menudo se preguntaba si las aguas venenosas que había al otro lado de la estación sumergida se estaban filtrando a través de las paredes y los estaban matando poco a poco a todos.

Aun así, no estaba tan mal como la isla donde se hacía el trabajo principal, con la célebre cantera en su centro. Comparada con ese sitio, la estación era una maravilla. Y, sin embargo, Panos se había obsesionado con la idea de escapar.

Ingeniero chipriota de ascendencia griega y turca, Panos se había dejado arrastrar a esa pesadilla submarina con la promesa de un importante contrato y suficiente dinero para asegurar el porvenir de una generación de su familia. Solo le exigían tres años de su vida y confidencialidad absoluta. Cuando llevaba tres meses había empezado a sentirse incómodo. Antes de que el año terminase, sabía que había cometido un terrible error.

Las peticiones de abandono eran denegadas. Todas las comunicaciones eran vigiladas y a menudo interrumpidas. La más mínima señal de protesta acarrearía amenazas veladas. «Algo podría ocurrirle a su familia si no se queda y termina el trabajo».

A medida que el proyecto empezaba a dar frutos, Panos y los demás ingenieros fueron enfrentados unos con otros. Era imposible saber de quién fiarse y a quién temer, de modo que se temían entre ellos, hacían lo que les decían, y un año se convirtió en dos.

Durante todo ese tiempo Panos vivió como un marinero forzado a navegar en un barco. No le quedaba más remedio que cumplir las órdenes del amo o perder la vida, aunque estaba seguro de que su final llegaría con el tiempo. El proyecto era tan secreto y tan oscuro que su mente lógica le decía que no dejarían testigos cuando estuviera terminado.

«Nadie sale con vida», había dicho en broma un compañero. Un día después, el hombre desapareció, de modo que tal vez fuese cierto.

Panos recordaba que les habían ofrecido llevar a sus familias. Él no era un hombre religioso, pero daba gracias al dios o al destino o al caprichoso instinto que lo había empujado a declinar la oferta. Otros habían llevado a sus familias. Él los había visto en la isla, abatidos y desgraciados, prisioneros en mayor medida que él. Sabía

que no debía fiarse de ellos. Eran los más fáciles de controlar, pues tenían algo más que perder que sus propias vidas. Algunos incluso habían tenido hijos en las profundidades de aquel mundo hediondo y teñido de azufre. Vivían como criados atados a un contrato, como esclavos construyendo una pirámide moderna.

Panos al menos tenía libertad para pensar en escapar, aunque nunca había tenido la más mínima esperanza real de llevar a cabo su huida. Por lo menos hasta que la nota apareció en su taquilla.

Fue la primera de una serie de comunicaciones de un desconocido ángel misericordioso.

Al principio, supuso que era una trampa, una pequeña prueba para ver si picaba el anzuelo. Pero había llegado a un punto en el que ya no le importaba. La libertad le llamaba. Ya fuese huyendo o padeciendo el frío de la muerte, la aceptaba de cualquier modo.

Evaluó la oferta y recibió más notas. Llegaban de vez en cuando. Se pondría a su disposición ayuda para escapar, prometían las notas, pero con una condición. Tenía que llevar los planos de esa terrible arma a quienes pudieran detener al loco que la estaba construyendo. Se había acordado una entrega. Lo único que Panos tenía que hacer era llegar al lugar vivo.

Con ese objetivo en mente, siguió avanzando por la pasarela mojada y entró en la sala de inmersión. Era tarde; ya no debería haber nadie allí. Usando una llave dejada en su taquilla por su contacto desconocido, Panos abrió la puerta y entró sigilosamente. Cerró la puerta y encendió una lámpara de escritorio.

La sala de inmersión era un rectángulo de seis metros por doce con una cámara estanca cerrada herméticamente que sobresalía en el centro. A través del grueso cristal de la cámara estanca se veía una piscina circular de agua oscura.

Panos encendió las luces de la piscina. El agua se iluminó, totalmente transparente, pues los venenos de los que estaba llena la hacían estéril. Pero en lugar de azul o turquesa o verde, el agua tenía un reluciente tono rojizo, un color como el de la sangre translúcida.

Respiró hondo. No le pasaría nada. El traje de buceo impediría que las toxinas entrasen. Al menos eso esperaba.

Echó un vistazo a una pizarra blanca. Había tres números garabateados: 3, 10 y 075. Su ayudante desconocido había estado allí antes que él, como había prometido.

Panos memorizó las cifras y las borró rápidamente. Se dirigió a la tercera taquilla y la abrió. Un traje de buceo y un tanque de oxígeno habían sido preparados para él. Un reloj de submarinismo, colgado con el traje, tenía la esfera exterior girada hasta la marca de diez minutos. Era el tiempo que tardaría en ascender, moviéndose a nueve metros por minuto, un ritmo calculado para ayudarlo a evitar la enfermedad de descompresión. También le habían dejado una brújula de mano. Cuando saliera a la superficie, miraría en una dirección: 075 grados. Allí encontraría ayuda.

Su única arma sería un cuchillo de submarinismo, en caso de que la necesitara.

Se sujetó la correa del reloj alrededor de la muñeca y llevó los tanques a la cámara estanca. Se metió la brújula en el bolsillo y se aseguró bien de que la carga que se había comprometido a transportar —los esquemas de la estación y un disco duro portátil lleno de datos— estaba protegida en un recipiente hermético.

Lo guardó otra vez dentro de su camiseta, cogió el voluminoso traje y se sentó para ponérselo. Antes de que pudiera meter una pierna, un chasquido sonó al otro lado de la sala.

Una llave en la cerradura.

El pomo giró y la puerta se abrió. Dos figuras entraron, charlando entre ellas.

Por un instante, no repararon en Panos. Cuando lo hicieron, se mostraron más confundidos y sorprendidos que furiosos. Pero Panos sabía que el traje y los tanques lo delatarían.

Atacó a los hombres antes de que pudieran reaccionar, blandiendo el cuchillo hacia abajo contra la figura más próxima y clavándoselo en el hombro. El hombre cayó hacia atrás, agarró a Panos y lo arrastró hasta la mesa. El segundo hombre se abalanzó sobre él y le rodeó el cuello con el brazo.

Panos se revolvió y empujó hacia atrás hasta que los dos chocaron contra el escritorio, cayeron al suelo y se separaron.

Estimulado por la adrenalina, Panos se levantó primero. Propinó un rodillazo al hombre en la cara y acto seguido cogió la lámpara del escritorio y le golpeó en la frente con ella. El hombre cayó al suelo y no volvió a moverse, pero el que había recibido la cuchillada estaba saliendo a toda prisa por la puerta.

—¡No! —exclamó Panos.

Como no tenía forma de bloquear la puerta y disponía de un tiempo precioso antes de que sonase la alarma, tomó una decisión fatídica. Dejó el traje de buceo en el suelo y se metió en la cámara estanca. Pulsando un interruptor cerró la puerta interior y empezó a ponerse el arnés y un tanque de oxígeno.

Panos notó que se le taponaban los oídos mientras un sonido siseante le indicaba que la cámara estanca estaba cerrada y se estaba presurizando. Aunque la presión de la estación era el doble de la atmósfera normal, no era suficiente para impedir que el agua entrase por la piscina abierta. Por eso era necesaria la cámara estanca.

Se puso la escafandra. El cierre no estaba mal. Se aseguró de que el aire circulaba, se colocó las aletas y se sumergió en la brillante agua roja.

La quietud le rodeó. Buceó alejándose de la luz y se internó en la oscuridad. Cuando hubo rebasado el borde de la estructura sumergida, empezó a empujar con los pies hacia arriba. O lo que él creía que era arriba.

A casi cien metros de profundidad no había luz. Rápidamente se desorientó. Le entró vértigo, y notó como si su cuerpo estuviera dando volteretas aunque estaba totalmente quieto.

Encender una luz no sirvió de mucho. El agua roja no dejaba ver nada. Empezó a dejarse llevar por el pánico, consciente de que dentro de poco los hombres de la

estación le seguirían.

¿Qué había hecho?

Expulsó una nube de burbujas. Por pura casualidad, se fijó en la dirección en la que se alejaban a toda velocidad. A Panos le pareció que las burbujas se desplazaban de lado, pero su mente racional sabía que no era así. Las burbujas solo podían moverse hacia arriba. Las leyes de la naturaleza no se podían alterar ni burlar como su sentido del equilibrio.

Obligando a su mente a hacer caso omiso de lo que su oído interno le indicaba, empezó a seguir las burbujas. Era como si se estuviera sumiendo en el foso, descendiendo hasta el fondo de aquella gran piscina roja de muerte en lugar de ascendiendo.

Siguió avanzando hasta que su mente empezó a aceptarlo. Comenzó a recuperar el equilibrio. Expulsó más burbujas y empujó más fuerte con los pies, nadando hacia la superficie lo más rápido que podía.

Con las prisas, Panos se olvidó del aviso de los diez minutos. Cuando se acercó a la superficie estaba paralizado por el dolor. Notaba calambres en las rodillas, los codos y la espalda.

A pesar del dolor, salió a la superficie y contempló el cielo vespertino por primera vez desde hacía meses. Era de un azul violáceo. Supuso que faltaba poco para que anoheciera.

Miró a su alrededor. Altos muros arenosos se alzaban por todas partes. Nunca los había visto. Ni siquiera sabía dónde estaba. Las llegadas y las salidas siempre tenían lugar bajo sedación. Se dormían allí y despertaban en la isla, o viceversa.

A pesar del dolor de articulaciones, Panos consiguió sacar la brújula de su bolsillo. Empezó a nadar rumbo a los 075 grados. Las terribles punzadas de las articulaciones empeoraron y no tardaron en verse acompañadas de cegadores destellos de luz que parecían atravesarle el cerebro.

Aun así, siguió luchando y al final salió del agua en la playa arenosa. Recorrió varios metros antes de llegar a un muro de roca terraplenado. No tenía más de tres metros de altura, pero podría haber sido una montaña.

¿Cómo podía escalarlo? No podía. No en ese estado. Trató de levantarse pero se desplomó presa de horribles dolores.

El sonido de unos pies corriendo hacia él le indicó que había llegado su final. Pero el par de manos que lo levantaron lo hicieron afectuosamente.

Vio una cara oculta por un pañuelo.

—Ha salido a la superficie demasiado rápido —dijo el hombre escondido detrás del pañuelo.

—Me... me he visto obligado... —logró decir Panos—. Me... me han encontrado.

—¿Lo han encontrado?

—En la cámara estanca... —respondió Panos.

—¿Eso significa que vienen?

El ayudante desconocido agarró a Panos y lo arrastró por encima de la elevación del terreno sin hacer concesiones al dolor. Lo llevó hasta un todoterreno que les estaba esperando, lo arrojó en la parte de atrás y cerró la puerta trasera de golpe.

Panos se acurrucó en posición fetal mientras su salvador subía a la parte delantera y arrancaba.

El motor rugió, y pronto estaban dando botes sobre el terreno accidentado; cada sacudida provocaba a Panos nuevas oleadas de dolor. Se sentía como si su cuerpo estuviera siendo aplastado y estuviera explotando desde dentro al mismo tiempo.

—Me estoy muriendo —gritó.

—No —repuso el conductor—. Pero su estado empeorará antes de mejorar. Use el regulador. Le ayudará.

Panos consiguió volver a colocarse el regulador en la boca. Lo mordió y respiró lo más hondo que pudo. A pesar de ello, una nueva serie de espasmos se apoderó de él cuando el todoterreno se inclinó sobre el terreno irregular.

Panos agachó la cabeza y la pegó al pecho. La posición pareció aliviarle un poco el dolor. Se fijó en que sus dedos y sus brazos se curvaban hacia dentro.

—¿Tiene los papeles? —Preguntó el conductor—. ¿Y el disco duro?

Panos asintió con la cabeza.

—Sí... ¿Puede decirme adónde vamos?

El conductor vaciló, tal vez por miedo a explicar demasiado en caso de que los atraparan. Finalmente habló.

—A ver a alguien que puede ayudarnos —dijo—. Alguien que puede poner fin a esta locura de una vez por todas.

Sidney, Australia, 19.00 horas

Kurt Austin estaba sentado en un cómodo asiento a ocho filas del escenario del teatro de la ópera, el más pequeño de los dos edificios que se inspiraban en una serie de velas y conchas de la famosa Ópera de Sidney. La sala de conciertos, que era más grande, estaba al lado, vacía en ese momento.

Durante años Kurt había hecho planes para visitar Sidney y asistir a una actuación allí. Beethoven o Wagner habrían estado bien, y había estado a punto de hacer el viaje cuando U2 había tocado en el recinto, pero no había sido una buena ocasión. Lamentablemente, ahora que por fin lo había conseguido, el único sonido que provenía del escenario era un discurso seco y académico que le estaba durmiendo.

Estaba allí para asistir a la conferencia sobre minería submarina impartida por Archibald y Liselette Muldoon, una acaudalada pareja australiana que había hecho fortuna a lo largo de cuatro décadas de arriesgadas aventuras mineras.

Kurt había sido invitado oficialmente gracias a su experiencia en salvamento submarino y su cargo de director de proyectos especiales de la Agencia Nacional de Actividades Subacuáticas. Pero al parecer a los Muldoon también les interesaba que asistiera debido al mínimo de fama que había conseguido dentro de la industria del salvamento, si tal cosa existía.

Durante la última década había participado en una serie de destacados episodios. Algunas de sus proezas eran secretas, y solo los rumores hacían pensar que había ocurrido algo. Otros episodios eran públicos y sobradamente conocidos, incluida su reciente batalla para despejar un enjambre de máquinas microscópicas del océano Índico antes de que alterasen los ciclos meteorológicos de la India y Asia, y privasen de comida a miles de millones de personas.

Además de la fama que se había ganado, Kurt era fácilmente reconocible. Tenía un aire tosco, el rostro bronceado, el cabello prematuramente canoso y unos ojos penetrantes de un intenso tono azul. Todo ello hacía que su ausencia se notase fácilmente en cualquier acto, algo que la continua atención de uno o los dos miembros del matrimonio Muldoon había impedido hasta el momento.

Desde luego ellos habían sido muy correctos, pero después de tres días de congresos y presentaciones, Kurt estaba planeando la huida.

Cuando las luces se atenuaron y el ponente dio comienzo a una presentación fotográfica, Kurt pensó que se trataba de la oportunidad que había estado esperando. Sacó su teléfono y activó el interruptor que lo hacía vibrar de forma audible como si estuviera sonando.

Unas cuantas miradas se desviaron hacia él.

Se encogió de hombros como disculpándose tímidamente y se llevó el teléfono al oído.

—Soy Austin —susurró dirigiéndose a nadie—. De acuerdo —añadió con el tono más serio del que fue capaz—. De acuerdo. Está bien. Parece grave. Por supuesto. Enseguida lo investigaré.

Hizo ver que colgaba y se metió el teléfono otra vez en el bolsillo.

—¿Ocurre algo? —Preguntó la señora Muldoon desde el asiento de delante.

—Una llamada de la oficina central —respondió él—. Tengo que comprobar una cosa.

—¿Tiene que irse ahora?

Kurt asintió con la cabeza.

—Una situación que ha estado desarrollándose varios días ha llegado al límite. Si no voy ahora, podría ser catastrófico.

Ella alargó el brazo y le cogió la mano. Parecía abatida.

—Pero se perderá la mejor parte de la presentación.

Kurt adoptó una expresión seria.

—Es el precio que tengo que pagar.

Kurt se despidió de los Muldoon, se levantó y recorrió tranquilamente el pasillo hacia las puertas. Las cruzó y subió trotando la escalera hasta el vestíbulo. Temiendo que lo arrastrasen a una conversación si se tropezaba con otros asistentes, giró a la izquierda y avanzó sigilosamente por un pasillo curvo hacia una puerta lateral sin indicaciones.

La abrió y salió al aire húmedo de la tarde australiana. Para su sorpresa, no estaba solo.

Una joven estaba sentada en el escalón enfrente de él, toqueteando el tacón de unos zapatos con tiras. Llevaba un vestido de fiesta blanco con una flor blanca a juego en su cabello rubio fresa. Kurt pensó que podía ser una orquídea.

Ella alzó la vista, sorprendida por su repentina aparición.

—No quería asustarla —dijo.

Por un instante, ella se mostró furiosa, como si la hubiera pillado robando las joyas de la Corona o algo parecido. A continuación, miró a su alrededor y se puso a trabajar otra vez en su zapato, moviendo el tacón culpable de un lado a otro hasta que la delicada y pequeña punta se partió en su mano.

—Probablemente eso no le ayude —aventuró Kurt.

—Mis zapatos favoritos —declaró ella con un melódico acento australiano—. Parece que siempre son los que se rompen.

Apesadumbrada pero exhibiendo un admirable sentido común, la joven se quitó el otro zapato y le arrancó el tacón, y acto seguido comparó los dos.

—Por lo menos coinciden —dijo él, ofreciéndole la mano—. Kurt Austin.

—Hayley Anderson —respondió ella—. Orgullosa dueña de los zapatos planos

más caros de todo Oz.

Kurt no pudo por menos que reírse.

—Supongo que se ha escapado del discurso de apertura —señaló ella.

—Lo reconozco —admitió él—. No va a echármelo en cara, ¿verdad?

—En absoluto —contestó ella—. Si yo no tuviera que estar aquí, estaría en la playa.

Se levantó y se dirigió a la puerta por la que había salido Kurt. Era una lástima que el encuentro terminase tan pronto.

—Los zapatos planos van bien para la arena —propuso Kurt—. Casi tan bien como los pies descalzos.

—Lo siento —se disculpó ella—, no puedo perdérmelo o alguien me hará trizas. Puede volver a entrar conmigo. Le prometo que lo tendré entretenido.

—Tentador —comentó Kurt—. Pero me ha costado mucho conseguir la libertad y en este momento es demasiado valiosa. Si se aburre ahí dentro, me encontrará en Bondi Beach. Me reconocerá porque iré un pelín más arreglado que el resto de la gente.

Ella se rio despreocupadamente y agarró con rapidez la puerta. Parecía que tuviera prisa. La abrió y se detuvo. Su mirada se paseó más allá de Kurt. Estaba mirando al otro lado del puerto de Sidney.

Kurt se volvió. A la luz cada vez más tenue, vio la estela curva de una lancha motora. La barca cruzó el puerto y se acercó peligrosamente a la parte delantera de un *ferry*. A continuación, la sirena del barco sonó a modo de reprimenda, pero la lancha no redujo la velocidad.

Un instante más tarde, Kurt vio por qué. Un helicóptero de color oscuro sobrevoló el *ferry* a toda velocidad, cruzó el atestado barco en un abrir y cerrar de ojos y descendió otra vez hacia el agua persiguiendo de cerca a la lancha.

Esta giró a la izquierda y a la derecha, formando una S en el agua y esquivando el contorno de un lento barco de vela. Era una forma descabellada de cruzar el puerto.

—Debe de estar loco —dijo Hayley, mirando boquiabierta la lancha.

Kurt observó detenidamente el helicóptero, un Eurocopter EC145 azul oscuro. La cabina achaparrada y bulbosa que sobresalía hacia delante le daba al morro un extraño aspecto compacto, como el hocico de un gran tiburón blanco. Un rotor cuatripala daba vueltas en lo alto, formando una borrosa mancha blanca, mientras que su cola corta como un botalón estaba rematada por cuatro pequeños estabilizadores verticales como una especie de tridente.

Kurt no vio señales ni luces de navegación, pero se fijó en unos destellos procedentes de la puerta de carga abierta: fogonazos de la boca de un arma.

Cogió el teléfono y marcó el número de emergencias. No pasó nada.

Hayley dio un paso adelante.

—Están disparando. Están intentando matar a esa gente.

—¿Cuál es el número de emergencias aquí?

—Cero, cero, cero —respondió ella.

Kurt lo marcó y pulsó el botón de llamada. Cuando se estableció la conexión, la lancha motora se había orientado de frente hacia la Ópera. Se lanzó contra ellos a toda velocidad, apuntando al paseo marítimo redondeado que sobresalía hacia el puerto de Sidney como un gran embarcadero.

La mayor parte del paseo era un muro de hormigón sólido, pero en el lado izquierdo había un tramo de escaleras que bajaba al agua. La veloz lancha estaba describiendo una línea directa hacia ellas. El helicóptero la seguía, tratando de ofrecer al tirador un disparo mortal.

Más fogonazos brotaron de la puerta.

La lancha se sacudió a la izquierda cuando un sonido explosivo de disparos alcanzó la orilla. Viró un poco, recuperó el rumbo y llegó al hueco de la escalera a toda velocidad. Salió volando por los aires en diagonal como un coche de acrobacias lanzándose por una rampa. Recorrió quince metros y dio media vuelta de campana antes de caer de costado.

Desde allí, la lancha se deslizó a través del suelo de hormigón, chocó contra el poste de una farola y se hizo pedazos. Trozos de fibra de vidrio salieron despedidos por todas partes mientras el poste se doblaba y sus bombillas estallaban emitiendo un destello.

—Servicio de emergencias —dijo una voz por el teléfono.

Kurt estaba demasiado cautivado por el accidente para contestar.

—¿Diga? Servicio de emergencias.

Cuando la lancha destrozada se paró, el Eurocopter pasó por encima con gran estruendo y le faltó poco para estrellarse contra el puntiagudo techo de la Ópera.

Kurt le dio el teléfono a Hayley.

—Consiga ayuda —gritó, lanzándose escalera abajo—. La policía, una ambulancia, la guardia nacional. Cualquier cosa.

Kurt no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, pero desde lo alto de la plataforma vio a dos personas atrapadas entre los restos de la lancha y olió que se estaba escapando combustible.

Llegó al pie de la escalera, corrió un breve trecho y saltó al paseo marítimo por encima de un muro. Mientras se acercaba a la maltrecha embarcación, la hélice, que seguía girando, tocó la pasarela de hormigón, y saltó una lluvia de chispas. Estas salieron volando hacia los gases de la gasolina, y la súbita combustión rugió hacia fuera.

Tras la pequeña explosión, un mar de llamas se alzó del lugar donde se había vertido el combustible.

A pesar de la conflagración, Kurt avanzó corriendo.

A más de cien metros por encima y un kilómetro y medio de distancia, el Eurocopter realizó un giro cerrado sobre las afueras de Sidney.

A pesar de tener el cinturón abrochado, el tirador alargó la mano y se agarró.

—Despacio —gritó.

Estaba peleándose con el rifle de francotirador Heckler & Koch de cañón largo, tratando de colocar un tambor de cincuenta balas. Lo último que necesitaba era que lo tirasen por un lado.

—Tenemos que hacer otra pasada —contestó el piloto—. Tenemos que asegurarnos de que están muertos.

El tirador dudaba que alguien hubiera sobrevivido al accidente, pero la decisión no era suya. Mientras el helicóptero se enderezaba, renunció a intentar colocar el tambor e introdujo un cargador de diez balas corriente en el arma.

—Esta vez manténlo fijo —pidió—. Necesito una superficie estable para disparar.

—De acuerdo —contestó el piloto.

El tirador se acercó a la puerta abierta con cuidado, flexionando una pierna debajo de él y estirando la otra para apoyarse en el peldaño situado justo encima del patín del helicóptero.

Ya habían dado la vuelta y se estaban acercando a las velas de la Ópera más despacio. Tiró de la corredera y se preparó para disparar.

Cuando Kurt llegó a la lancha destrozada, el fuego había engullido su popa. En el asiento del pasajero, una figura encorvada estaba tratando de liberarse. Kurt lo sacó y lo arrastró por encima del costado haciendo caso omiso de sus gritos de dolor.

A quince metros de la lancha, Kurt dejó al hombre herido y se fijó en la extraña forma en que se curvaban sus manos y sus dedos. Era una imagen tan rara que Kurt no se la pudo quitar de la mente mientras volvía corriendo para ayudar al piloto.

Trepó a la lancha luchando entre el humo acre. Para entonces, las llamas lamían la espalda del piloto.

Kurt trató de tirar del hombre hacia arriba, pero estaba inmovilizado por la sección aplastada del tablero de mandos.

—Déjeme —bramó el hombre—. Ayude a Panos.

—Si se refiere a su pasajero, ya está a salvo —gritó Kurt—. Ayúdeme a liberarlo a usted.

El hombre empujó y Kurt tiró, pero el tablero aplastado lo sujetaba con firmeza. Kurt sabía que necesitaban hacer palanca. Cogió un bichero parecido a un arpón tirado en lo que quedaba de la proa y lo introdujo entre el piloto atrapado y los restos de la lancha.

Apoyándose en él con todas sus fuerzas, Kurt hizo algo de sitio entre el piloto y el tablero.

—¡Ahora! —chilló.

El hombre negó con la cabeza.

—No puedo —dijo—. No noto las...

El piloto echó atrás la cabeza de golpe, y el parabrisas se salpicó de sangre. El humo se arremolinó con renovado desenfreno, y las crecientes llamas danzaron en extrañas direcciones cuando el viento racheado que levantaba la corriente

descendente del helicóptero las agitó.

Al darse cuenta de que el piloto estaba muerto y de que él sería el siguiente, Kurt se lanzó por encima del costado de la lancha y salió rodando.

Unas balas impactaron a la izquierda y la derecha mientras se ponía a cubierto con dificultad.

Oculto entre el humo, Kurt alzó la vista. El Eurocopter planeaba a veinte metros por encima. Vio al tirador buscando un blanco, moviendo el largo cañón de su rifle de un lado a otro. A continuación, el helicóptero se dirigió a la izquierda y se alejó.

El tirador debía de haber visto al pasajero herido cojeando por el paseo marítimo y abrió fuego desenfundadamente.

Las balas rebotaron alrededor del hombre hasta que un proyectil acertó en el blanco y derribó de rodillas al pobre infeliz. Antes de que el tirador pudiera rematarlo, un testigo se acercó corriendo. Era Hayley. Arrastró a la figura coja detrás de un gran tiesto de hormigón y se agachó.

El tirador abrió fuego otra vez, y los proyectiles arrancaron pedazos de hormigón y levantaron trozos de tierra. Aunque el tiesto hubiera sido un gigantesco saco de arena, era demasiado grueso para que las balas lo penetrasen.

El helicóptero empezó a ladearse. Kurt solo disponía de unos segundos hasta que el tirador encontrase una línea de fuego despejada.

Agarró otra vez el bichero de madera, cuya punta estaba ahora encendida. Lo cogió cerca de la parte central, avanzó corriendo y lo lanzó como si fuera una jabalina.

El helicóptero estaba ahora de costado a él, y la lanza en llamas surcó el aire hacia la puerta de carga abierta como un misil termodirigido.

Acertó justo en el centro del objetivo; no le dio al tirador por escasos centímetros, pero se alojó en la cabina y propagó una ola de fuego. Enseguida salía humo por la puerta lateral del helicóptero. Kurt vio que el cuerpo del tirador empezaba a arder y dedujo que había alcanzado un conducto de combustible o de oxígeno.

La luz anaranjada del fuego recorrió el helicóptero mientras empezaba a dar vueltas. Por un instante, pareció que el piloto recuperase el control y se alejase a toda velocidad a través del puerto, pero el ángulo de giro se cerró, y el helicóptero empezó a describir una espiral hacia la sala de conciertos. Para entonces, el interior de la cabina era un infierno, y salían nubes de humo por todas partes.

Cayendo en llamas y acelerando al mismo tiempo, el Eurocopter se estrelló contra el famoso muro de cristal de la sala de conciertos e hizo añicos los cristales transparentes de quince metros. Algunos pedazos producto del impacto estallaron hacia dentro, mientras que otras secciones se desplomaron en enormes láminas y explotaron en miles de fragmentos al caer al suelo.

El helicóptero se desplomó con ellos, con los rotores destrozados y el eje dando vueltas como una desbrozadora que se hubiera quedado sin cable. Aterrizó emitiendo un estruendoso crujido. Instantes más tarde era un armatoste apenas reconocible en

medio de un pequeño infierno.

Para entonces, las unidades de emergencia estaban llegando. Una brigada de policía se dirigía hacia allí corriendo. Estaban apareciendo camiones de bomberos. Unos empleados de la Ópera salieron corriendo con extintores. Otro grupo abrió una manguera de un soporte sujeto a la pared.

Kurt estaba seguro de que no les serviría de nada a los ocupantes del helicóptero, ninguno de los cuales había conseguido escapar del incendio.

Se acercó a Hayley y el único superviviente de la lancha. El hombre yacía entre los brazos de la joven. Su sangre había empapado el vestido blanco de ella. La joven trataba desesperadamente de evitar que se desangrara a causa de los dos balazos que había recibido.

Era una batalla perdida. Los proyectiles lo habían atravesado: habían entrado por su espalda y habían salido a través de su pecho.

Kurt se agachó y ayudó a la joven a presionar las heridas.

—¿Es usted Panos? —preguntó.

La mirada del hombre se desvió un instante.

—¡¿Es usted Panos?!

Asintió con la cabeza débilmente.

—¿Quién era la gente que le estaba disparando?

Esta vez no hubo respuesta. Solo una mirada vacía.

Kurt levantó la cabeza.

—¡Necesitamos ayuda aquí! —gritó, buscando a un paramédico.

Un par de hombres acudieron corriendo, pero no eran auxiliares médicos. A Kurt le recordaron a unos policías de paisano. Se pararon en seco cuando miró en dirección a ellos.

—He traído... lo prometido —dijo el herido con un acento que Kurt pensó que podía ser griego.

—¿De qué habla? —Preguntó Kurt.

El hombre gruñó algo y extendió la mano temblorosa con la que aferraba varias hojas de papel manchadas de sangre.

—Tártaro —contestó el hombre, con voz débil y trémula—. El corazón... del Tártaro.

Kurt cogió los papeles. Estaban llenos de extraños símbolos, líneas sinuosas y algo que parecían cálculos.

—¿Qué es esto? —inquirió Kurt.

El hombre abrió la boca para explicárselo pero no brotó ningún sonido de ella.

—Aguante —chilló Hayley.

Él no contestó, y la joven empezó a practicarle la maniobra de reanimación cardiopulmonar.

—No podemos dejar que muera.

Kurt le buscó el pulso. No lo encontró.

—Es demasiado tarde.

—No, no puede ser —dijo ella, presionando rápidamente el pecho del hombre y tratando de reavivarlo.

Kurt la detuvo.

—Es inútil, ha perdido demasiada sangre.

Ella lo miró, con la cara manchada de hollín y lágrimas, y el vestido blanco manchado de rojo.

—Lo siento —se lamentó él—. Lo ha intentado.

Ella se echó hacia atrás y apartó la vista, con aspecto agotado. El pelo le cayó alrededor de la cara al mirar al suelo. Su cuerpo temblaba mientras sollozaba.

Kurt posó la mano sobre su hombro y contempló los desperfectos que los rodeaban.

Los restos de la lancha aún ardían en el paseo, mientras que el armatoste en llamas del Eurocopter se hallaba donde debería haber estado la fachada hecha añicos de la sala de conciertos. Unos voluntarios lo estaban regando con una manguera, tratando desesperadamente de evitar que prendiera fuego al edificio, mientras grandes cantidades de espectadores salían del discurso de apertura sobre minería submarina; la mitad de ellos miraban boquiabiertos y el resto se movían rápidamente en la dirección contraria.

Todo ocurrió muy rápido. El caos les sobrevino de repente. Y el único hombre que podría haber sabido el motivo yacía muerto a sus pies.

—¿Qué ha dicho? —Preguntó Hayley, enjugándose las lágrimas de la cara—. ¿Qué le ha dicho?

—Tártaro —respondió Kurt.

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué significa eso?

Kurt no estaba convencido de haber oído bien al hombre. Y aunque lo hubiera estado, no tenía mucho sentido.

—Es una palabra de la mitología griega —dijo—. La cárcel más profunda del inframundo. Según la *Ilíada*, está tan por debajo del Hades como el cielo está por encima de la Tierra.

—¿Qué cree que intentaba decirnos?

—No tengo ni idea —dijo Kurt, encogiéndose de hombros y dándole los papeles—. A lo mejor es a donde cree que va a ir. O —añadió, considerando la suciedad, el polvo y el hedor de los que estaba cubierto el pobre hombre— a lo mejor es donde ha estado.

Luces rojas y azules brillaban a través de las famosas velas de la Ópera siguiendo una serie de patrones entrecruzados, mientras deslumbrantes focos blancos iluminaban los restos de la lancha motora y el armazón carbonizado del helicóptero azul oscuro. Seguían donde se habían estrellado, echando humo y ardiendo lentamente, mientras camiones de bomberos vertían olas de espuma sobre los dos vehículos para impedir cualquier posibilidad de que volvieran a encenderse.

El espectáculo atrajo a una multitud que acudió allí tanto por tierra como por agua. La cinta policial y las barreras mantenían a raya a los espectadores de la costa, pero el número de pequeños botes que se apiñaban en el puerto había aumentado a más de cien. Las cámaras y los *flashes* parpadeaban en la oscuridad como luciérnagas.

Desde las sombras de un portal, Cecil Bradshaw, de la Organización de Seguridad e Inteligencia de Australia (OSIA), estudiaba al responsable de todos los daños.

Un ayudante le dio un expediente.

—Esto es muy grueso —dijo Bradshaw—. Solo necesito la información más destacada, no todos los puñeteros recortes sobre ese tipo.

Bradshaw era un hombre fornido de cincuenta y tantos años. Tenía unos brazos robustos, un cuello grueso y un corte de pelo militar. En cierto modo, parecía un gigantesco bulldog humano. Le gustaba pensar en sí mismo en términos parecidos. «Ponte de mi lado o ponte a un lado», solía decir.

El ayudante contestó sin vacilar.

—Esa es la información más destacada, señor. Si quiere, puedo imprimirle otras cincuenta páginas.

Bradshaw gruñó por toda respuesta y abrió la carpeta. Hojeó rápido las páginas, estudiando lo que la OSIA sabía acerca del señor Kurt Austin, miembro de la organización estadounidense NUMA. Sus actividades parecían una serie de novelas de aventuras peligrosas. Antes de eso, al parecer había desarrollado una exitosa carrera en la CIA.

A Bradshaw le costaba imaginar qué extraño azar del destino había llevado a Austin a aquel lugar en aquel preciso momento, pero podía tratarse de la oportunidad que la OSIA necesitaba desesperadamente.

«Austin podría servir —pensó Bradshaw—. Austin podría servir perfectamente».

—Vigílenlo —ordenó—. Si es tan listo como dice el expediente, tratará de sacar información a la señora Anderson en menos que canta un gallo. Si lo hace, tráiganmelos a los dos.

—¿Por qué debemos hacer eso?

Bradshaw le lanzó una mirada de odio.

—¿Le han ascendido sin que yo me entere?

—Esto... No, señor.

—Pues tampoco va a conseguirlo si sigue haciendo preguntas estúpidas.

A continuación, Bradshaw devolvió la carpeta a su agente tirándosela a las manos y se marchó por el pasillo.

Al otro lado de la plaza, Kurt estaba sentado al lado de Hayley mientras un auxiliar médico curaba a la joven varios arañazos y abrasiones y los examinaba a los dos para comprobar que no habían sufrido un *shock*.

Mientras recibían atenciones, un detective de rango superior del Departamento de Policía de Sidney los interrogó acerca de lo ocurrido. ¿Qué vieron? ¿Qué oyeron? ¿Por qué demonios hicieron lo que hicieron?

—Fíjese en los desperfectos —dijo el capitán, señalando la fachada en ruinas de la sala de conciertos—. Tiene suerte de que el edificio estuviera vacío.

En efecto, Kurt se sentía muy afortunado en ese sentido. Pero también consideraba que había tenido pocas opciones salvo actuar.

—¿Preferiría que hubiera dejado que siguieran disparando?

—Preferiría... —Empezó a decir el detective—... que los dos se hubieran quedado dentro hasta la llegada de las unidades tácticas.

Kurt lo entendía. La policía no se diferenciaba de cualquier grupo de individuos adiestrados. «Déjalo en manos de los profesionales». Algo que Kurt habría hecho con mucho gusto si hubiera habido tiempo. Además, le estaba dando la impresión de que había habido otros profesionales en el lugar.

—La próxima vez —dijo—. Lo prometo.

—¿La próxima vez? —murmuró el detective.

Sacudió la cabeza, cerró su cuaderno y se marchó a interrogar a otro testigo.

Cuando se hubieron quedado solos, Kurt observó a Hayley.

—Es usted una mujer valiente.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—La verdad es que no. Yo solo... Da igual.

—Atravesó una lluvia de balas para rescatar a un hombre al que no había visto nunca —expuso Kurt—. No se me ocurre mejor definición de la palabra «valentía».

—Usted también —señaló ella.

—Cierto —convino Kurt—. Pero yo creía que el helicóptero había desaparecido. Usted arrastró a ese hombre detrás del tiesto mientras le estaban disparando.

Ella apartó la vista. Había podido limpiarse la cara con un paño mojado en agua, pero su vestido seguía manchado y cubierto de sangre. La sangre de la víctima.

—Para lo que ha servido —dijo.

Había una indudable tristeza en ella. Más pena de la que uno sentiría normalmente por un desconocido.

—¿Cuánto tiempo llevaba esperándolo? —Preguntó Kurt.

—¿Qué está diciendo? —replicó ella.

—Estaba sentada aquí fuera sola —le recordó él—. En cuanto yo aparecí, trató de hacerme volver a entrar. Creo que no quería que me entrometiera porque estaba esperando para contactar con sus amigos de la lancha. Es más que probable que eligieran un lugar público porque suponían que estarían a salvo. Usted eligió un vestido blanco porque sería fácil de distinguir cuando el resto de la gente iba de negro o de gris para el baile de gala de esta noche. Estaba sentada aquí fuera delante de la fachada para ver a cualquiera que se acercara.

Ella trató de sonreír, pero pareció forzada.

—O se ha dado en la cabeza muy fuerte o tiene una imaginación desbordante —repuso ella—. He venido a la conferencia. Los Muldoon son viejos amigos de mi familia. He elegido el color blanco porque me gusta destacar, porque aquí es verano y porque hace poco alguien me dijo que el blanco es el nuevo negro.

Él se encogió de hombros y apartó la vista.

—Puede que tenga razón —concedió él—. Puede que todo sea producto de mi imaginación calenturienta. Pero dígame una cosa: ¿qué ha sido de los papeles?

—¿Qué papeles?

—Las páginas manchadas de sangre que nuestro querido amigo tenía agarradas cuando pronunció sus últimas palabras. Me he fijado en que la policía no nos ha preguntado por ellos. Mi imaginación calenturienta y yo creemos que alguien podría haberlos traspapelado antes de que la policía llegara. Tal vez incluso se los diera a los dos tipos trajeados que vinieron corriendo hacia nosotros pero se pararon cuando se dieron cuenta de que era demasiado tarde.

La falsa sonrisa de ella desapareció, sustituida por una expresión de sorpresa y luego casi de llanto. Kurt percibió que ella intentaba comunicarse con él.

—Yo no...

Antes de que pudiera decir algo más, un joven vestido con traje oscuro apareció en la escalera al lado de ellos. Kurt distinguió el bulto de una pistola bajo su chaqueta y el auricular en su oreja derecha.

—¿No podía presentarse en peor momento? —murmuró Kurt.

El hombre no le hizo caso.

—Señora Anderson, señor Austin, vengan conmigo.

Hayley se mostró tan abatida al oír la propuesta como se había mostrado con respecto a la posibilidad de responder a la pregunta de Kurt, pero se levantó obedientemente, y Kurt hizo otro tanto.

Dos minutos más tarde estaban dentro de uno de los edificios que no habían resultado dañados. Uno de los agentes que había corrido en dirección a ellos y luego se había parado durante el incidente les hizo pasar a una sala de conferencias.

Kurt entró detrás de Hayley. Allí, otros dos hombres y una mujer se encontraban alrededor de una mesa examinando las páginas manchadas de sangre. Utilizaban

pinzas y llevaban puestos guantes. Uno parecía estar haciendo fotos del contenido bajo una luz ultravioleta. En el rincón opuesto, una mujer tecleaba en un ordenador portátil.

—Nada sobre eso —dijo, respondiendo a una pregunta que había sido formulada antes de que Kurt y Hayley entrasen—. Siguiente frase, por favor.

Un hombre fornido con la camisa arremangada y el pelo cortado al rape se encontraba a la cabecera de la mesa.

—Despejen la sala —gruñó.

Era el jefe, dedujo Kurt. No parecía nada contento.

Los otros empezaron a moverse, dejaron lo que habían estado haciendo y salieron en fila de uno en uno. El último en marcharse cerró la puerta.

—¿Está bien? —Preguntó el hombre robusto a Hayley.

—No, no estoy bien —respondió ella—. Están matando a gente delante de mis narices. Usted dijo que no pasaría nada de esto.

—Creía que sería la última vez —confesó el hombre.

Kurt había deducido acertadamente. Se estaba fraguando algún tipo de encuentro, pero por la forma en que Hayley se comportaba, no parecía que fuera una agente.

—No pretendo ser grosero —señaló Kurt—, pero ¿alguien sería tan amable de informar a este estúpido extranjero de lo que está pasando?

El jefe se volvió hacia Kurt.

—Se ha metido usted en una situación peligrosa, señor Austin.

—Le sorprendería la frecuencia con que me pasa.

—En su caso, no me sorprendería —apuntó el hombre—. He leído su expediente. Parece que los problemas le persiguen. Y cuando no es así, usted mismo los busca.

—¿Mi expediente? —Preguntó Kurt—. ¿Por qué tiene un expediente mío?

—Porque soy Cecil Bradshaw, jefe adjunto de antiterrorismo de la OSIA, la Organización de Seguridad e Inteligencia Australiana. Y usted es un miembro rebelde de la Agencia Nacional de Actividades Subacuáticas además de un antiguo especialista de la CIA.

—Estoy de acuerdo con todo menos con lo de rebelde —expuso Kurt—. Estoy aquí de vacaciones.

No pareció que Bradshaw se lo creyera.

—¿De verdad? Y da la casualidad de que sus vacaciones lo han situado en medio de la operación más delicada que hemos llevado a cabo en años.

Kurt se figuraba lo que debía de parecer, sobre todo considerando su pasado.

—Un mal momento —insistió—. No soy un espía ni nada parecido. Soy ingeniero náutico y jefe de la Sección de Proyectos Especiales de la NUMA, que generalmente se encarga de investigación y desarrollo, aunque también acabamos con bastantes rasguños. En cuanto a la CIA, realizaba sobre todo trabajos de salvamento. Poner a flote barcos hundidos. Recuperar partes importantes de su interior o volarlas para impedir que otros hicieran lo mismo. Y de eso hace mucho.

—Eso dice en su expediente —respondió Bradshaw.

—Oiga, he venido por la conferencia —repuso Kurt—. Y cuando se acabe, tengo pensado hacer surf, bucear y tomarme unas cuantas cervezas. Pero no me quedo cruzado de brazos mirando cómo queman a la gente ni dejo que les disparen si puedo evitarlo. Así es como me metí en esto.

Bradshaw parecía estar sopesando sus palabras, tal vez agradeciendo mentalmente los actos de Kurt. Su tono se suavizó un poco, pero su expresión siguió siendo hosca.

—Está bien, Austin, voy a ser un poco tolerante con usted —dijo—. También voy a dar por supuesto que no es tan tonto como para hablar de lo que ha visto aquí. Pero si no está seguro de que pueda tener la boca cerrada, puedo buscarle una bonita celda pasado el tronco negro donde podrá sentarse a pensar en ello todo lo que quiera.

Kurt no sabía dónde estaba exactamente el «tronco negro», pero sonaba muy lejos. Como un viaje a Siberia, solo que más caluroso.

—Me acuerdo del procedimiento —dijo—. ¿Quiere que firme algo? ¿Que vea a un hipnotizador para olvidar que esto ha pasado? Me parece bien. Solo déjeme salir de aquí para que pueda ir a la playa como era mi intención. Pero más vale que busque filtraciones entre su gente porque alguien sabía que esa reunión suya iba a tener lugar.

Hayley y Bradshaw se cruzaron una mirada. Algo sobrentendido se transmitió entre ellos.

Bradshaw se volvió otra vez hacia Kurt.

—Lo dudo —replicó con una expresión de suficiencia en el rostro, y acto seguido cambió de tema—. Pero ya que está usted aquí, tal vez le apetezca dar su opinión profesional.

—¿Sobre qué?

—Empezando por la última palabra del hombre muerto: «Tártaro». ¿Le dice eso algo?

Kurt se fijó otra vez en la organización. Estaban preparados para asimilar mucha información. Había al menos tres analistas en el lugar, además de Bradshaw. Fuera lo que fuese lo que estaban esperando, era escaso. Muy escaso.

—Solo lo que le he dicho a Hayley —contestó.

—Nos enfrentamos a una amenaza para la seguridad nacional australiana —insistió Bradshaw—. Tal vez incluso para otros países. Cuatro contactos nuestros han muerto, dos antes de este suceso. Uno de ellos nos llevó hasta un barco lleno de un exótico material de minería. Usted ha dicho que el Tártaro estaba bajo tierra.

—Así es —convino Kurt—. En la mitología griega.

Echó un vistazo a la mesa donde estaba el ordenador portátil.

—Y como sin duda ha descubierto, se trata de una cárcel mitológica para los dioses. Pero a menos que usted sepa algo que yo no sé, no es real. No sé lo que ese hombre trataba de decirles, pero dudo que lo dijera en sentido literal. Probablemente «Tártaro» sea una palabra en clave o un código para referirse a algo. Tal vez

relacionado con los papeles que les dio.

Bradshaw se tomó un segundo para asimilar esa información y a continuación hizo un gesto a Kurt con la mano para que se acercase a la mesa de conferencias.

—Afirma que es ingeniero. Esto me parece un esquema. ¿Ve algo aquí que le suene?

Kurt examinó los crípticos papeles. Tenían tanta sangre que la letra estaba oscurecida y manchada en algunas zonas. Lo que podía ver parecía un galimatías. Vio complejas ecuaciones pobladas de símbolos que no reconocía. La segunda página sin duda formaba parte de un esquema, pero parecía describir una bóveda de forma circular.

—Me temo que no —dijo Kurt.

A pesar de su anterior conjetura, no se le ocurría una sola palabra que descifrara el caos que estaba contemplando.

—¿Y la lancha? —Preguntó Bradshaw—. ¿Vio algo dentro antes de que ardiera? ¿Una mochila? ¿Una maleta? ¿Un ordenador?

—¿Es eso lo que les traían?

—Limítese a responder a la pregunta.

—No —respondió Kurt—. No vi nada parecido.

—¿Y el piloto?

Rememoró la escena del paseo marítimo.

—Me pidió que lo dejase y que ayudase a ese tipo. Lo llamó Panos.

—¿Nada más?

—No mantuvimos precisamente una larga conversación.

Hayley apartó la vista tristemente, y Bradshaw suspiró decepcionado.

—Pues nos ha sido usted de gran ayuda —comentó sarcásticamente.

—Me salvó la vida —señaló Hayley.

—Eso es verdad —convino Bradshaw, hablando por primera vez con un dejo de humildad en la voz. Se dirigió a la puerta—. Lamento ser tan desagradable, señor Austin, pero hoy ha sido un día terrible. Disfrute de sus vacaciones.

—Un momento —dijo Kurt.

Estaba rememorando el incidente. No recordaba haber visto ningún equipaje en la lancha ni nada fuera de lo común salvo a Panos haciendo muecas de dolor cuando lo sacó a rastras de la lancha. Recordó la extraña forma en que el hombre curvaba los dedos y lo que le costaba andar. Había algo raro en su aspecto encorvado al alejarse de la lancha. Y también algo familiar. Kurt había visto antes esos andares.

—¿Era ese tipo su confidente?

Hayley se disponía a hablar, pero Bradshaw la interrumpió.

—Venga ya —espetó Kurt—. ¿Quieren mi ayuda o no la quieren?

—Los hombres muertos eran mensajeros —confesó Bradshaw de mala gana—. Nos traían algo.

—¿Sabe de dónde venían?

Bradshaw negó con la cabeza.

—Si lo supiera, no habría necesidad de mantener esta bonita conversación.

—Recomiendo que empiecen a buscar bajo el agua —sugirió Kurt—, porque ese hombre padecía aeroembolismo.

—¿Aeroembolismo?

—Síndrome de descompresión —aclaró Kurt—. Burbujas de nitrógeno en las articulaciones. Causa un tremendo dolor y encorvamiento; si el paciente puede andar, claro está. Se produce cuando haces una inmersión profunda y prolongada y sales a la superficie demasiado rápido. El tratamiento habitual consiste en oxígeno puro y una sesión en una cámara hiperbárica para devolver el gas a su estado de suspensión. No sé de dónde venía ese tipo, pero creo que no le dio tiempo a volver a sumergirse. Es un poco difícil cuando estás huyendo para salvar la vida.

Bradshaw casi se rio con disimulo.

—Acababa de sufrir un accidente, haciendo acrobacias sin cinturón ni casco. Lo más probable es que resultara herido en el naufragio.

—No cojeaba —observó Kurt—, ni apoyaba el peso en un lado. Iba encorvado como el jorobado de Notre-Dame y no podía ponerse derecho. Son los efectos típicos de la enfermedad de descompresión.

Bradshaw parecía estar considerando la deducción de Kurt. Inspiró entre dientes y acto seguido negó con la cabeza.

—No está mal pensado —dijo—, pero se equivoca en esto.

Señaló una mancha de color rojo pardusco en los papeles manchados de sangre. Resultaba extrañamente iridiscente bajo la luz.

—Estaba cubierto de esto —expuso Bradshaw—. Cada poro de su piel y cada fibra de su ropa. Y también el último mensajero que hallamos muerto.

—¿Qué es?

—Es un tipo de suelo llamado paleosuelo —explicó Bradshaw—. Es común en el desierto del interior de Australia, pero no se encuentra bajo el agua. Si coincide con el del otro tipo, contiene una mezcla de metales pesados y diversas toxinas, incluidos rastros de manganeso y arsénico. Eso indica que estos tipos operan en algún desierto, no desde un submarino.

—Podría haber estado en un lago y haberse manchado después —señaló Kurt.

—¿Ha estado alguna vez en el interior de Australia? —Preguntó Bradshaw—. Allí casi todos los lagos son transitorios. Incluso durante la estación de las lluvias (que no es ahora, por cierto), son poco profundos y extensos. Como su Great Salt Lake.

Kurt estaba perplejo.

—No sé qué decirle —afirmó—, pero me jugaría mi reputación. Ese hombre subió de un lugar profundo en el que estuvo expuesto a una gran presión.

—Gracias por su opinión —contestó Bradshaw—. Nos aseguraremos de investigarlo.

Señaló la salida con la mano.

—Así que esto es lo que significa que te enseñen dónde está la puerta —bromeó Kurt.

Daba la impresión de que Hayley hubiera preferido marcharse con él. Kurt había cambiado de opinión sobre ella. Una damisela en apuros. Volvió a preguntarse cuál podía ser el trato que tenía con Bradshaw.

—Adiós —susurró ella tristemente—. Gracias.

Kurt esperaba que no fuera una despedida definitiva. Supuso que a Bradshaw le molestaría que lo insinuase. Todos saldrían ganando.

—Hasta que volvamos a vernos —dijo.

Y salió por la puerta y los dejó a ella y a Bradshaw.

Dos horas después del incidente, Kurt se encontraba de vuelta en su *suite* del hotel Intercontinental. Se había duchado, había enviado un largo correo electrónico a la oficina central de la NUMA y se había bebido un vaso de *whisky* antes de meterse en la cama.

Cuarenta minutos más tarde seguía completamente despierto, mirando al techo y escuchando el zumbido del aire acondicionado. Los acontecimientos se repetían en su mente en un bucle interminable. Y al mismo tiempo, las preguntas daban vueltas en su cabeza.

¿Con qué estaba lidiando la OSIA? ¿Por qué un hombre cubierto de polvo del desierto padecería el síndrome de descompresión? ¿Y qué papel desempeñaba Hayley Anderson en todo eso? Parecía que ella estuviera allí por decisión propia, pero no daba la sensación de que le hiciera gracia.

A pesar de la vocecilla que le decía que dejara correr el asunto, Kurt descubrió que no podía dejarlo.

Echó un vistazo a la mesilla de noche. Había tapado la cara brillante del despertador con una toalla para que la luz no le molestara en los ojos, pero su reloj Doxa estaba al lado. Lo cogió, consultó las manecillas luminosas y se dio cuenta de que eran casi las dos de la madrugada.

Retiró las mantas, salió de la cama y se acercó al escritorio. Ya que no podía conciliar el sueño, tal vez al menos hallase algunas respuestas.

Abrió su ordenador portátil y bebió un trago de agua mientras se encendía. Una rápida búsqueda en internet sobre la OSIA dio de sí varios artículos. No esperaba encontrar una lista de operaciones secretas, pero pensaba que podría haber algo que indicase a qué se estaban enfrentando. Tal vez algo lo bastante críptico que le permitiera atar cabos.

Como no tuvo suerte, pensó en Hayley.

—¿Quién es usted, señora Anderson? —murmuró—. ¿Y en qué está envuelta?

Buscó su nombre en Google, y aparecieron abundantes enlaces.

Para sorpresa de Kurt, Hayley era una estudiosa: una física teórica con una cátedra en la Universidad de Sidney. Había escrito varios artículos con títulos incomprensibles. Había un artículo más legible sobre ella en el que rechazaba una invitación a Oxford. Encontró otro en el que trataba de explicar algo sobre la gravedad y el motivo por el que Einstein se equivocaba en su interpretación del tema.

Kurt se sirvió otro vaso de *whisky*. Se sorprendió más perplejo que antes. ¿Qué demonios hacía una joven que podía demostrar que Einstein estaba equivocado en medio de una investigación sobre terrorismo?

Al no hallar ninguna respuesta a la pregunta, ni ningún vínculo público entre ella

y la OSIA, centró su atención en el confidente fallecido.

Kurt estaba seguro de que el hombre había sufrido síndrome de descompresión. La pregunta era cómo lo había contraído.

El aeroembolismo había recibido el nombre de enfermedad del cajón porque en un principio se había detectado en los obreros de la construcción que trabajaban en los cajones presurizados utilizados para construir los cimientos de los grandes puentes. Pero era más común en los submarinistas.

Panos, el hombre muerto, había llegado en una lancha cruzando a toda velocidad el puerto de Sidney. Eso también hacía pensar que podía haber estado buceando. Pero iba vestido con una ropa andrajosa de calle, no con un traje de buceo, y olía a sudor de varios días, no a la sal fresca del mar. Eso, sumado a la conexión con la minería y la convicción de la OSIA de que un grupo terrorista estaba operando en el desierto del interior, era un factor en contra de la teoría de Kurt.

Encontró un registro de los lagos de Australia y lo examinó concienzudamente. Como Bradshaw había explicado, la mayoría parecían poco profundos o incluso efímeros, y se secaban por completo en verano.

—No son la clase de sitios donde uno pilla la enfermedad de la descompresión — dijo Kurt.

Dejó la lista y empezó a explorar una imagen por satélite de Australia. Desplazándose hacia el oeste de Sidney y hacia territorios más áridos, era fácil ver la rapidez con que el terreno se volvía estéril. De vez en cuando se topaba con una franja verde.

Como en el sudoeste de Estados Unidos y en el Nilo egipcio, dondequiera que corría un arroyo o un río, la vegetación crecía a su alrededor. Aunque no corriese todo el año, a menudo había agua subterránea. Pero esa agua estaba encerrada en arenas permeables y acuíferos, no en lagos ocultos en los que uno pudiera bañarse. Y en el supuesto de que pudiera encontrar un lago, eso no explicaba la presencia de las toxinas en la piel del hombre.

Cuando estaba a punto de apagar el ordenador, Kurt usó el panel táctil para explorar unas cuantas secciones más del mapa. Un punto de un extraño color le llamó la atención y se detuvo. Pulsó un par de veces el icono para enfocar con el *zoom* y esperó.

El mapa se volvió borroso y volvió a enfocarse; esta vez el punto iridiscente ocupaba un cuarto de la pantalla.

Estaba mirando un lago. Un lago de brillantes tonos multicolores, más radiante de lo que ningún elemento de la naturaleza tenía derecho a ser.

Enseguida Kurt supo lo que estaba mirando. Después de eso las piezas encajaron rápido. Sabía por qué el lago lucía unos colores tan extremadamente vistosos, y también por qué el confidente tenía tanto el síndrome de descompresión como toxinas de metales por todo el cuerpo.

Parecía que tanto él como Bradshaw estaban en lo cierto.

Cogió el teléfono, marcó un número de memoria y esperó respuesta.

—Venga, Joe —susurró para sus adentros.

A continuación, se oyó un clic en la línea.

—Hola —respondió una voz soñolienta con acento de Estados Unidos.

Joe Zavala era el mejor amigo de Kurt y su más leal aliado. Otros emplearían la palabra «cómplice».

—Espero que las mujeres de Cairns no te hayan dejado agotado porque necesito que me ayudes con una cosa —dijo Kurt.

Un bostezo sonó por la línea.

—Tengo que preguntártelo: ¿es peligroso, ilegal o es posible que acarree daños físicos graves?

—¿Me creerías si te dijese que no?

—Probablemente no —contestó Joe—. Sobre todo considerando lo que has hecho allí.

—¿Te has enterado?

—Me llamaron de la sede y dejaron un mensaje. Aparte de eso, sales en todos los noticiarios —explicó Joe—. La CNN está informando de que un «estadounidense anónimo» ha derribado la Ópera de Sidney.

—Muy ingenioso por su parte —comentó Kurt—. Lástima que no estuvieran tocando la obertura 1812. Habría sido un final sensacional.

—Y decías que la conferencia era aburrida.

—Parece que estaba equivocado —admitió Kurt—. ¿Quieres apuntarte a la fiesta o no?

—Bueno —contestó Joe—, mañana tengo que enseñar nuestros nuevos sumergibles a un grupo de periodistas y una clase de alumnos de quinto de Airns como actividad del Proyecto de la Gran Barrera de Coral, pero considerando lo aburridas que son sus preguntas, creo que prefiero hacerte compañía. ¿Qué necesitas que haga?

—¿Habéis probado los sumergibles?

—Los hemos revisado hoy.

—Perfecto —exclamó Kurt—. Recógelos y llévalos al aeropuerto. Te fletaré un avión.

—Hecho. ¿Y qué vamos a hacer con ellos?

—Seguir una corazonada —respondió Kurt.

—Sabes que puedes llamar e informar —propuso Kurt—. Que los australianos se ocupen.

—Si fuera listo, lo haría —dijo Kurt—, pero la última conversación que he tenido con ellos no ha ido muy bien. Creo que tendré que mostrárselo en lugar de decírselo.

—Lo de siempre —comentó Joe—. ¿Y adónde vamos?

—Todavía no estoy del todo seguro —contestó Kurt—. Pero lo descubrirás cuando llegues al aeropuerto. Te veré en nuestro destino.

—Sabes que puedes contar conmigo —afirmó Joe—. Hasta mañana, amigo.
Antes de que Joe colgase, Kurt volvió a hablar.

—Una cosa más. No digas una palabra sobre esto. No es exactamente una operación autorizada de la NUMA.

Janko Minkosovic se encontraba en el centro de la sala octogonal. La iluminación era tenue y suave, y el aire a su alrededor tenía una gélida temperatura de cuarenta y cinco grados bajo cero. A pesar de eso, Janko estaba sudando. El hecho de que la sala se mantuviera a una humedad de cerca del ciento por ciento no contribuía a mejorar la situación, pero el miedo y la ansiedad eran los verdaderos motivos de su estado.

Trató de controlarlos, pero cuanto más tiempo estaba en silencio, más dejaba volar su imaginación.

Todos los que habían sido llamados a esa sala sentían una gran inquietud. Su amo vivía allí. Mandaba desde allí como un dictador, emitiendo fallos como un juez.

Nadie lo sabía mejor que Janko. Él había llevado allí a muchos hombres en contra de su voluntad y después los había sacado a rastras de la sala, sentenciados a un terrible castigo o muertos.

Dos guardias se hallaban detrás de él. Sus manos aferraban versiones de cañón corto del rifle estadounidense M16.

En cierto sentido, eran los hombres de Janko. Después de todo, él era el capitán de la guardia. Prefería no mirarlos. No estaban allí para apoyarle; habían recibido la orden de llevarlo.

Enfrente del grupo, mirando por una ventana a la oscuridad absoluta, esperaba su amo.

—¿Cuál es tu principal función, Janko?

La imponente figura habló sin volverse. Su voz tenía un extraño dejo susurrado que respondía a sus cuerdas vocales quemadas y deterioradas.

—Soy el jefe de seguridad, como bien sabe —contestó Janko.

—¿Y cómo juzgas tu actuación a la luz de los recientes acontecimientos?

Maxmillian Thero se dio la vuelta. Janko vio las familiares quemaduras que recorrían el cuello del hombre hasta su cara. Solo la boca de Thero resultaba visible, torcida en una cicatriz por un incendio que debía de haber sido terrible. La nariz, los ojos, la oreja derecha y el resto de su cara se hallaban bajo una máscara de látex negra. Esta ocultaba unas facciones demasiado espantosas para ser mostradas, pero también infundía una sensación de temor a aquellos que la miraban. Lo distinguía de ellos. Le hacía parecer menos, o quizá más, humano.

Janko tenía la impresión de que estaba mirando a algún tipo de semidiós, un ser que debería haber muerto varias veces —a causa del fuego, de los disparos, de la radiación— y que sin embargo seguía vivo. Janko no quería decepcionar a ese semidiós, pero no podía mentir. Se armó de todo su valor.

—Corremos riesgo —reconoció Janko—. Puede que nuestro objetivo se haya visto comprometido. A pesar de los grandes esfuerzos que he hecho, no he

conseguido encontrar a quien pone en peligro nuestras metas. El fracaso es mío y solo mío.

—Dices bien —dijo Thero—. ¿Cómo ocurrió?

—El jefe de inmersión está en posesión de todas las llaves. No se explica cómo Panos pudo acceder a la cámara estanca. O el jefe de inmersión miente o hay una conspiración. Una conspiración que va más allá de Panos y los otros traidores. Pero no hay forma de explicar las cosas extrañas que han pasado. No hay ninguna sola persona que tenga acceso a todas las zonas en las que se han abierto brechas. Ya sabe lo bien vigilado que está todo.

Thero asintió con la cabeza, y el látex blando de la máscara reflejó una pequeña cantidad de la luz presente. Los reflejos danzaban por toda la máscara, como si estuviera enviando y recibiendo señales.

—Panos fue trasladado de aquí —dijo Thero—. Eso solo puede significar una cosa: la ayuda viene de fuera. De alguien en quien hemos confiado para que se ocupe de nuestros asuntos en el mundo secular.

Janko no se mostró de acuerdo, pero se lo guardó para sí.

Thero cambió el peso de una pierna a la otra.

—Eres consciente de la difícil situación en que me encuentro, ¿verdad, Janko? Ya no sé de quién fiarme. Ni aquí ni en la isla. Sobre todo porque la siguiente remesa de diamantes está lista para ser enviada. Esta es la más grande hasta la fecha. Pero no puedo contar con los otros hombres para que lleven a cabo las transacciones.

—Aplácelo —propuso Janko.

—Cuanto más esperen los diamantes, más abiertos estarán los ojos de los hombres —convino Thero—. No puedo retrasar la carga más tiempo. Volverás a la isla y te encargarás personalmente.

Los ojos de Janko se iluminaron.

—¿Yo?

—En primer lugar, matarás a todos los que se han ocupado de nuestros negocios —explicó Thero—. Luego tomarás posesión del cargamento y viajarás a Yakarta, donde un comprador nos espera.

Janko apenas podía creer lo que estaba oyendo. Había ido a las dependencias de Thero esperando que lo torturasen o lo matasen. En cambio, le estaban ofreciendo un gran honor.

Supo entenderlo en el acto. La personalidad veleidosa de Thero pasaba del calor al frío, munificente ahora, cruel y sanguinario un momento más tarde. Todos los que le rodeaban habían aprendido a temer las extrañas pausas que acostumbraba a hacer, las peculiares miradas que lanzaba, como si escudriñase la niebla en busca de algo que solo él podía ver. La paranoia y el poder eran una combinación peligrosa.

—Haré lo que usted exija —dijo Janko firmemente.

—Llévate a estos guardias y ve a cumplir tu cometido. Me reuniré contigo en la isla. Cuando llegue espero ver los cadáveres de los traidores.

Janko se irguió más y miró a los hombres situados detrás de él. Se pusieron firmes.

—Los traidores hablarán y luego morirán —dijo, dudando que los otros hombres fueran traidores pero encantado de matarlos antes que de morir él.

Janko se volvió y salió por la puerta con paso resuelto seguido de cerca por los dos guardias.

Thero permaneció donde estaba, observando cómo la oxidada puerta de acero se cerraba de un portazo detrás de ellos. Consideró la situación en el silencio que se hizo a continuación. Janko era de fiar, pensó. Había estado con ellos mucho tiempo.

Un sonido de pisadas se oyó en la habitación oscura detrás de él. Thero se volvió a tiempo para ver a un joven que salía de entre las sombras. Tenía el pelo rubio cortado al rape, una constitución menuda y una mirada triste y cansada en los ojos. Llevaba una bata de laboratorio.

—Después de esto, los Australianos no tardarán en encontrarnos aquí —afirmó el joven.

—Cierto —convino Thero.

El joven era el hijo de Thero, George. También era el diseñador jefe de la última versión del sistema de Thero, un arma que podía sacudir la Tierra hasta su mismo centro en sentido literal.

—Tienes toda la razón, hijo mío —admitió Thero—. ¿Qué querías que hiciera?

—No hay motivo para mantener esta estación —planteó George—. Deberíamos marcharnos. Que Janko se quede y barrene la estación. Luego puede juntarse con nosotros y completar su otra misión.

—Pero esta estación nos ayudará a infligir el dolor que buscamos —replicó Thero.

—El sistema principal de la isla estará operativo dentro de poco —expuso George—. Una vez que lo esté, seremos invulnerables. Deberíamos llevar todas las cosas de valor allí.

—¿Cuándo estará en pleno funcionamiento?

—Dentro de unos días.

—Magnífico —exclamó Thero, sonriendo con orgullo—. Has tenido éxito donde muchos otros han fracasado. Pronto demostraremos al mundo que han vivido en la ignorancia. Haremos pagar al país que nos rechazó.

El joven adoptó una expresión abatida.

—¿No estás de acuerdo?

—¿No es suficiente venganza demostrar que el sistema funciona, demostrar que podemos extraer energía ilimitada del vacío que nos rodea? Eso y la fortuna que ganaremos después.

—No —repuso Thero bruscamente—. Ni de cerca. Mira lo que nos han hecho. A mí. A ti. Nos lo han robado todo. Se burlaron de nosotros y asesinaron a tu hermana. Nos despacharon como si tuviéramos la peste, nos abandonaron a una muerte segura.

Todos los países del mundo son cómplices. Todos los países a los que podríamos haber ayudado.

El tono de Thero se suavizó. George siempre había sido el piadoso. Su hermana se había parecido más a su padre.

—Eres demasiado compasivo —dijo Thero—. Yo no puedo permitirme ser como tú. No les entregaré el don que hemos creado. No sin antes exigir lo que me corresponde.

El hijo de Thero alzó la vista hacia él. Asintió con la cabeza a regañadientes.

—Hay que probar el sistema —recordó a su padre—. Si no podemos ponerlo a punto, tampoco tu sueño se cumplirá.

—Bastará con pruebas de poca importancia —dijo Thero—. El mundo debe seguir sin saber nada hasta la hora cero.

Joe Zavala estaba en la rampa del aeropuerto de Cairns mientras los sumergibles que había llevado eran sujetos a un palé y remolcados a un avión.

Con una estatura de casi un metro ochenta, los ardientes ojos oscuros de su madre y la constitución robusta de su padre, Joe era un ingeniero y un experto en vivir la vida al máximo.

La vida era dulce, opinaba Joe, sobre todo la suya. Viajaba por el mundo teniendo aventuras, conociendo a personas interesantes, y trabajaba con las máquinas más fantásticas imaginables: lanchas de alta velocidad, submarinos experimentales y algún que otro avión o coche. Era como si le pagasen por jugar con sus juguetes favoritos en lugares fantásticos y exóticos.

A diferencia de la mayoría de las personas que tenían los trabajos de sus sueños, Joe lo sabía. Y eso dibujaba una sonrisa en su cara y daba un brío especial a sus andares que contagiaban a quienes le rodeaban. Hasta el momento, no estaban surtiendo ningún efecto con el robusto supervisor de carga del avión que Kurt había fletado.

—Tiene que haber algún error —dijo el hombre, repitiéndose por tercera vez y repasando un detallado conocimiento de embarque.

Joe llevaba un traje oscuro con camisa blanca y corbata rosa, una especie de disfraz que había decidido ponerse después de que Kurt le dijera que su misión no estaba relacionada oficialmente con la NUMA.

—¿Qué puedo decirle? —Preguntó Joe, adoptando el aire de un agobiado gestor—. Tiene que subir a bordo. Esas son mis instrucciones. «Acompañar el artículo hasta el punto de entrega».

La cara del supervisor de carga se arrugó, y entornó los ojos contra la luz del sol.

—Pero ¿va a enviar material de submarinismo y un par de submarinos unipersonales?

—Eso parece.

—¿En medio del desierto?

—¿De verdad? —dijo Joe, aparentando ignorancia.

El corpulento australiano asintió con la cabeza.

—Alice Springs está en el desierto de Red Center. Es como transportar estas cosas al Sáhara.

Joe vaciló.

—Bueno, no me sorprendería que el próximo envío fuera allí. En mi empresa estamos un poco locos.

El hombre suspiró y devolvió los papeles a Joe.

—De todas formas son demasiado pesados para ir con el resto de la carga —

comentó—. Y no pienso descargar la mitad del cargamento para subir a bordo un error.

Se apartó para impedir que el palé responsable del conflicto se acercara, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, Joe rodeó los hombros del corpulento hombre, acercándose a él en actitud cordial.

—Oiga —dijo Joe—. Yo sé que es un error. Y usted sabe que es un error. Pero si no llevo estos cacharros, se va a armar una buena.

Joe metió un fajo de dinero australiano en la mano del hombre, quinientos dólares en total.

—Por las molestias —indicó, dando una palmada en el hombro a su nuevo amigo.

El supervisor de carga contó el dinero, manteniéndolo escondido y fuera de la vista como un jugador que oculta sus cartas en la mesa de póquer. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Le había caído la paga extraordinaria.

—Esto es una pérdida de tiempo —murmuró, mucho más calmado que antes—. Pero, por otra parte, ¿quiénes somos nosotros para cuestionar el motivo?

—Yo pienso lo mismo —afirmó Joe.

El supervisor de carga se volvió y silbó a sus hombres.

—Quitad los otros palés y cargad este. Y rápido —gruñó—. No nos pagan por horas.

Mientras sus hombres se ponían manos a la obra, una joven de la oficina de vuelos chárter llevó una botella de agua helada a Joe. Le sonrió, toda hoyuelos y ojos chispeantes.

—Gracias —dijo él.

—Es un placer, señor.

La joven le guiñó el ojo y se volvió haciendo frufurú con su ropa, y Joe tuvo que hacer un esfuerzo para no seguirla.

Se levantó y consideró la situación. Estaba acostumbrado a cubrirse de grasa y a acabar hasta el cuello de trabajo manual. Desde luego nunca se había considerado un tipo de persona que pudiera trabajar de supervisor. Pero mientras bebía sorbos de la bebida fresca y miraba desde la sombra cómo los pesados palés eran retirados y cambiados de sitio, empezó a considerarlo una opción.

Se alisó la corbata y volvió a mirar a la sonriente representante de atención al cliente.

—Podría acostumbrarme a esto.

Unas horas más tarde, a mil seiscientos kilómetros de distancia, Kurt Austin esperaba en la cabina de un camión de plataforma de aspecto cuadrado. Observó cómo el CASA-212 aterrizaba sobre la línea central del pequeño aeropuerto regional de Alice Springs y rodaba por la pista hacia él.

Cuando el avión se paró, Kurt metió una marcha y se acercó con el camión.

Mientras el personal de tierra se ponía a trabajar en el avión, Kurt salió de la cabina y subió a la plataforma del vehículo. Activó el mecanismo hidráulico del camión e inclinó la caja hasta que el otro borde tocó el suelo como una rampa. Cuando fijó la posición, el personal de tierra había empezado a transportar el palé de los sumergibles hacia él.

Kurt sujetó un cable a la parte delantera del palé y usó el torno de la plataforma para subirlo a bordo. Después de asegurarlo, niveló la plataforma otra vez y bajó de un salto.

Joe Zavala salió sin prisa de la cabina del avión un momento más tarde, vestido con un traje a medida y gafas de sol.

—No te recordaba tan elegante —dijo Kurt.

—Ahora me dedico a la gestión —aclaró Joe—. Tenemos que vestarnos para el éxito.

Kurt se rio entre dientes. Él y Joe habían sido amigos durante años. Se habían conocido en la NUMA y habían descubierto que eran almas gemelas que preferían hacer cualquier cosa a aburrirse cruzados de brazos. Los habían llamado alborotadores, indeseables y los habían echado como mínimo de veinte bares a lo largo de su vida, aunque ninguno en el último año. Pero en el mundo habitualmente crispado y peligroso en el que trabajaba la NUMA, no había nadie que supiera mantener la sangre fría y hacer su trabajo mejor que ellos.

—Por cierto, me debes quinientos dólares —le recordó Joe.

Kurt se detuvo ante la puerta.

—¿Por qué?

—He tenido que untar la mano a alguien para traer estos cacharros.

Kurt abrió la puerta y subió al vehículo.

—Ahora te dedicas a la gestión. Ponlo en tu cuenta de gastos.

Joe subió por el otro lado.

—Tú eres mi cuenta de gastos —dijo—. ¿Qué tal si me explicas qué hacemos aquí, en medio del desierto, con un camión lleno de material de submarinismo?

—Te lo explicaré por el camino —decidió Kurt, arrancando el motor—. Estamos perdiendo tiempo.

Salieron del recinto del aeropuerto y pronto avanzaban hacia el oeste con gran estruendo y salían de Alice Springs al desierto.

Durante el viaje, Joe se cambió de ropa y Kurt le explicó la situación, empezando por los sucesos acaecidos en Sidney y su extraño encuentro con Hayley Anderson y Cecil Bradshaw, de la OSIA.

—El mensajero estaba cubierto de polvo rojo. Estaba metido en las fibras de su ropa. Bradshaw dijo que era paleosuelo. Es muy antiguo y estéril, y se suele encontrar aquí, en el desierto del interior. Es uno de los motivos por los que este sitio es tan árido. El muerto también tenía una mezcla de metales tóxicos en la piel como la que normalmente se encuentra en las operaciones de minería.

—Eso también apunta en esta dirección —señaló Joe.

—Exacto —convino Kurt—. El problema es el síndrome de descompresión. Estoy seguro de que el tipo tenía aeroembolismo, pero la mayoría de los lagos que hay aquí son efímeros. Y los que duran todo el año son poco profundos.

Señaló el entorno. No había más que desierto y polvo por todas partes, hasta el horizonte.

—Y, sin embargo, has encontrado un sitio donde el agua es profunda y venenosa.

Kurt asintió con la cabeza.

—¿Has oído hablar de la cantera de Berkeley?

Joe negó con la cabeza.

—Es una mina de cobre a cielo abierto en Montana. Se inundó cuando los mineros perforaron demasiado hondo y el agua de los acuíferos que había en la roca de alrededor empezó a filtrarse. Tardó años en llenarse, pero en la última inspección el agua tenía una profundidad de doscientos cincuenta metros y seguía creciendo. Los minerales dan un extraño color al agua, un naranja rojizo. Es tan tóxica que una bandada de ocas se posó allí hace unos años y no volvió a alzar el vuelo; murieron rápidamente debido a la exposición a los venenos.

—Interesante —dijo Joe—. Pero ya no estamos en Montana, Totó.

—No, no lo estamos, Dorothy. Pero resulta que aquí, en Oz, los australianos también tienen minas a cielo abierto. El desierto del interior está repleto de ellas. Y parece que algunas están llenas de agua.

Joe asintió con la cabeza, aparentemente impresionado.

—Te creo —afirmó—. ¿Son lo bastante profundas para provocar el síndrome de descompresión?

—Algunas son más profundas que la cantera de Berkeley.

—Puede que hayas descubierto algo importante —planteó Joe—. Pero en el supuesto de que así sea, ¿por qué demonios se sumergiría alguien en un lago envenenado?

—No estoy seguro —respondió Kurt—. Pero Bradshaw me dijo que esos tipos eran una amenaza para la seguridad nacional de Australia. Y una mina tóxica inundada como esa tiene dos características que podrían interesar a esos conspiradores.

—¿Cuáles son?

—En primer lugar, la gente no se acerca a los lagos tóxicos que pueden tener fugas de gas venenoso —expuso Kurt—. Y en segundo, es difícil ver a través de ellos.

—Crees que están escondiendo algo en el lago —sugirió Kurt.

—Escondiéndolo muy bien de un mundo lleno de satélites.

Joe asintió con la cabeza.

—Técnicamente, es un mundo rodeado de satélites. Pero ya te entiendo.

Kurt estuvo a punto de echarse a reír.

—Gracias por el rigor lingüístico. Seguro que nos viene muy bien cuando las balas empiecen a silbar.

Después de dos horas en una carretera vacía, estaban a ciento sesenta kilómetros de Alice Springs y circulaban por un camino de tierra secundario. No habían visto a nadie durante los últimos noventa minutos.

Kurt miró por el espejo retrovisor. Iban dejando una densa nube de polvo, tan grande que podrían haberlos seguido desde el espacio. Pero si alguien les estuviera siguiendo el rastro, su motor se habría parado hacía mucho.

Redujo la velocidad del camión. Habían llegado a un hueco en la alambrada que recorría el lateral de la carretera. Un sendero todavía más primitivo lo atravesaba y se alejaba hacia una pequeña elevación.

—Debe de ser aquí.

Girando el volante al máximo, Kurt introdujo el gran camión por la abertura.

—A ver si me aclaro —dijo Joe—. No tenemos ni idea de lo que está pasando. No tenemos ni idea de dónde nos estamos metiendo. Pero estamos haciendo todo esto porque a un burócrata repelente no le ha gustado tu teoría.

Kurt asintió con la cabeza.

—Sí.

—Tienes problemas, amigo. Empezando por esa necesidad patológica de demostrar que tienes razón.

—Es el menor de mis defectos —replicó Kurt mientras se acercaban a la cima de la elevación—, pero no es que no me creyesen. Es que ni siquiera me tomaron en serio.

El gran camión coronó la elevación. Ante ellos había una enorme depresión llena de agua carmesí. Anteriormente había sido conocida como la mina de Tasman, pero a trescientos metros bajo tierra, los mineros habían perforado una zona presurizada de la capa freática. Como la cantera de Berkeley, en Montana, la mina de Tasman se había llenado poco a poco de agua envenenada. Hasta el momento, había crecido hasta una altura de treinta metros del borde.

Kurt subió con cuidado el camión a una rampa en pendiente que avanzaba serpenteando alrededor de los muros de la cantera hacia la orilla del agua. Para su sorpresa, había un grupo de vehículos aparcados allí. Cuatro todoterrenos cubiertos de polvo y un par de Jeep Wrangler. Parecían de reciente fabricación. Las ventanas con cristales tintados y los colores a juego proclamaban a gritos que formaban parte del parque de automóviles del Estado.

—Parece que te han tomado más en serio de lo que creías —dijo Joe.

Kurt pisó el freno y aminoró la velocidad hasta que el camión se detuvo dando tumbos. Había algo raro en la escena. Tardó un momento en darse cuenta.

—¿Dónde están? —Preguntó Kurt.

Joe negó con la cabeza.

Había seis vehículos aparcados en extrañas posiciones, dos con las puertas

abiertas y un tercero con la puerta trasera levantada. Había montones de material esparcido por la playa envenenada como si se estuviera llevando a cabo algún tipo de actividad. Pero no había ni un solo ser humano a la vista en ninguna parte.

Kurt registró el perímetro del lago y examinó el agua. No vio a nadie.

—A lo mejor los han abducido los extraterrestres —dijo Joe, mirando al cielo.

Kurt lanzó una mirada a Joe.

—No bromeo —aclaró Joe—. He estado leyendo sobre ovnis. Australia es un foco de avistamientos. Y este es exactamente el tipo de sitio que les gusta frecuentar.

—Y yo sin un gorro de papel de plata... —se lamentó Kurt.

Echó un vistazo a la formación de coches aparcados, pensando en las ocas muertas halladas cerca de la cantera de Berkeley. Se preguntó si algún tipo de gas venenoso habría liquidado a los ocupantes.

Abrió un compartimento de carga situado entre los dos asientos. Un par de bombonas de oxígeno compactas del tamaño de unos grandes termos se hallaban de pie en su interior. A su lado había dos máscaras y un muestreador de aire, diseñado para analizar ciento setenta venenos transmitidos por aire en busca de niveles tóxicos.

—Según la Organización de Protección del Medio Ambiente australiana, este sitio es peligroso —declaró Kurt—, pero solo la capa freática. Se supone que el aire es puro. Creía que pecaríamos de cautelosos.

Kurt sacó el muestreador y lo encendió mientras Joe consultaba la presión de las bombonas.

Kurt bajó la ventanilla lo justo para asomar la boquilla. Treinta segundos después, una luz verde se encendió.

—La calidad del aire es buena. Mejor que la de Los Ángeles en verano.

—No estaría de más seguir comprobándolo —propuso Joe.

Kurt asintió con la cabeza y levantó el pie del freno.

El gran camión empezó a descender en punto muerto por la larga rampa, avanzando despacio. Cuando llegó a la sección llana situada junto a los coches aparcados, Kurt paró a su lado.

Una segunda luz verde en el muestreador de aire dio cierta confianza a Kurt.

Abrió la puerta. Había un silencio sepulcral. No había viento. Ni pájaros. Ni insectos. Ni una brizna de hierba ni un brote de la mala hierba más resistente crecía en la orilla envenenada.

—Desierto —susurró Joe.

—Me siento como si estuviéramos en la luna —reconoció Kurt, sujetándose el sensor de aire al cinturón y cogiendo una de las pequeñas bombonas de oxígeno antes de descender del camión.

Mientras Joe salía por la puerta del pasajero, Kurt se aproximó al todoterreno más cercano con cuidado. La puerta trasera estaba levantada. Había varias carabinas sin tocar en un armario para rifles, y un montón de impermeables con la palabra «OSIA»

en grandes letras de imprenta se hallaban perfectamente doblados en una caja.

—Parece que estén planeando una redada —susurró.

—Aquí hay una remesa de tubos de ensayo —dijo Joe desde detrás de uno de los Jeep—. Algunos están llenos de agua. Yo diría que están tomando muestras. El resto es un equipo de sónar. ¿Es posible que se hayan metido en el lago?

Kurt miró hacia delante. El lago envenenado permanecía inalterable, reflejando el cielo como un cristal oscuro. Kurt se preguntaba si los cadáveres del equipo de la OSIA estaban allí dentro, en alguna parte.

—No se meterían todos —dijo—. Al menos a propósito.

Una mosca pasó zumbando cerca de la oreja de Kurt. El primer indicio de vida que había encontrado desde que había entrado en la cantera. El insecto pasó silbando junto a él en una dirección y se alejó. Una gota de sudor corrió por la sien de Kurt.

Alzó la vista hacia el borde. Allí no había nada, ni se movía nada, ni había rastro de forcejeo delante de ellos. Algo no iba bien.

Cogió un rifle del armero e introdujo un cargador, deslizando la corredera lo más silenciosamente posible.

Joe llegó a su lado.

—¿Crees que alguien los ha echado?

—Si lo han hecho, ha sido la emboscada más pulcra de todos los tiempos —observó Kurt—. ¿Ves agujeros de bala? ¿Sangre?

—No —respondió Joe.

—A lo mejor tienes razón con lo de los ovnis. Coge un rifle por si acaso.

Mientras Joe procedía a hacerlo, un sonido de rocas deslizándose hizo volverse a Kurt. Se dio la vuelta justo a tiempo para ver un reguero de guijarros que caía por la ladera de una duna de tierra roja. Se agachó y apuntó con el rifle, pero nadie les atacó.

Joe se agachó a su lado.

—¿Qué opinas?

Kurt tenía la mirada clavada en la duna.

—Cúbreme.

Joe asintió con la cabeza, y Kurt cambió de sitio con cuidado y corrió hacia la pequeña duna. Subió con dificultad por la ladera y apareció en lo alto, dispuesto a disparar contra lo que hubiera allí.

La tensión de su cuerpo desapareció, sustituida por los remordimientos.

Abajo había una pila de cadáveres. Hombres y mujeres amontonados. Iban vestidos de forma sencilla, pero tenían un aspecto pulcro. Su equipo y su ropa parecían casi idénticos.

Kurt se deslizó hacia ellos, siguiendo una serie de marcas hechas en la arena por alguien que había intentado, infructuosamente, salir trepando. Fue a parar junto a un hombre con el pelo cortado al rape que le resultó demasiado familiar.

—¡Bradshaw! —gritó Kurt, agachándose junto a él y poniéndolo boca arriba.

Mientras Kurt le buscaba el pulso, un leve gemido de dolor brotó de los labios del hombre.

—¡Ven aquí, Joe!

Joe subió a la cima de la duna.

—Examina a los demás.

Mientras Joe se deslizaba, Kurt arrancó un trozo de tela de la camiseta de Bradshaw y le hizo un torniquete alrededor de la pierna, donde parecía tener la peor herida. Vio otras dos heridas, pero parecían superficiales.

Una vez que el torniquete estuvo bien apretado, Kurt sacó su cantimplora y salpicó la cara del jefe de la OSIA con un poco de agua.

—¿Me oye, Bradshaw? ¿Qué ha pasado?

Este movió los labios y farfulló algo de forma incoherente.

Kurt cogió su pequeña botella de oxígeno y colocó la máscara sobre la cara de Bradshaw. Cuando el oxígeno empezó a fluir, el hombre se reanimó. Trató de quitarse la máscara. Kurt la mantuvo en su sitio hasta que los ojos de Bradshaw empezaron a fijarse.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Kurt, quitándole la máscara.

—Bajaron —contestó Bradshaw.

—¿Quién bajó? —volvió a preguntar Kurt.

No hubo respuesta.

—¿Me oye, Bradshaw?

Joe regresó.

—El resto están muertos. Disparos. A corta distancia. Yo diría que los tiraron al suelo y les dispararon con una ametralladora.

—¡Maldita sea! —exclamó Kurt.

Los ojos de Joe estaban escudriñando las paredes en pendiente que se alzaban como precipicios a su alrededor.

—Esto no me gusta, amigo. Somos blancos fáciles.

—Ya hace mucho que estaríamos muertos si hubiera alguien vigilando —respondió Kurt.

Mantuvo la máscara de oxígeno sobre la cara de Bradshaw y giró la válvula al máximo. Los ojos de Bradshaw se abrieron un poco más. Finalmente pareció recuperar cierta coherencia.

Kurt le quitó la máscara una vez más.

—¿Austin? —Murmuró Bradshaw con incredulidad—. ¿Qué hace...? ¿Qué hace usted aquí?

—Siguiendo una corazonada —respondió Kurt—. ¿Qué ha pasado?

—No... lo... sé —contestó Bradshaw—. Alguien nos atacó. Cuando quise darme cuenta estaba en el suelo, escuchando disparos.

Bradshaw tosió como si se estuviera ahogando con polvo, y Kurt volvió a colocarle la máscara contra la cara. Bradshaw la apartó.

—Debe de haber sido una trampa —dedujo—. Usted tenía razón. Tiene que haber una filtración.

—¿Vio quién era? —Preguntó Kurt—. ¿De dónde salieron?

—No —logró decir Bradshaw.

Parecía a punto de desmayarse.

—Tenemos que sacarlo de aquí —resolvió Kurt, tratando de levantar al corpulento hombre—. Ayúdame, Joe.

Joe se agachó por debajo de un brazo de Bradshaw mientras Kurt se agachaba por debajo del otro.

—Hayley... —masculló Bradshaw.

Kurt miró a su alrededor. No la vio entre los muertos.

—¿Estaba con usted?

Bradshaw asintió con la cabeza.

—Ella bajó. —Señaló al lago—. Bajó con el otro submarinista.

—¿Qué hay allí abajo?

—Una estructura. Creíamos que podía ser el artefacto. Pero es enorme. Parece más bien... una especie de laboratorio. Ella bajó a mirar porque solo ella lo reconocería. Pero nos atacaron y luego...

—Y luego, ¿qué?

El jefe vaciló pero se recuperó; su rostro reflejaba un gran dolor.

—Y luego bajaron tras ella —dijo—. Ahora están allí abajo. Todos.

Kurt y Joe arrastraron a Bradshaw cerca de uno de los todoterrenos. Tenía tres heridas de bala. Había perdido mucha sangre. Kurt dudaba que sobreviviese mucho tiempo.

Cogió un botiquín y se lo lanzó a Joe.

—Haz lo que puedas por él —dijo—. Y busca una forma de pedir ayuda. Si no puedes contactar con nadie, sácalo de aquí.

—¿Qué vas a hacer tú?

Kurt estaba subiendo a la parte trasera de la plataforma del camión y retirando la lona que cubría uno de los sumergibles unipersonales.

—Voy a bajar.

—Pero no sabes lo que hay allí abajo.

—Un laboratorio y un artefacto —lo informó Kurt, repitiendo la críptica explicación de Bradshaw, antes de bajar del lateral de la plataforma y caer otra vez en la playa—. Y una joven que se ha metido en camisa de once varas.

—¿Y qué vas a hacer? —Preguntó Joe—. ¿Dar vueltas buscando ese artefacto?

Kurt subió a la cabina del camión cuadrado y giró la llave de encendido.

—No —respondió—. Voy a conducir.

El gran motor diésel arrancó con estruendo. Kurt metió una marcha, y el camión empezó a avanzar. Giró un poco a la izquierda, hacia el lago mortal, y pisó más el acelerador.

Si no hubiera sido Joe el que estaba mirándolo, Kurt podría haber explicado con más detalle lo que estaba a punto de ocurrir, pero Joe entendía de vehículos más que nadie. Había mirado el camión de una forma extraña en el aeropuerto, y lo más probable es que hubiera atado cabos poco después. Si todavía no lo había descubierto, no tardaría en entenderlo.

El camión aceleró a través de la pendiente; sus gruesos neumáticos dejaron profundos surcos en la blanda arena roja mientras Kurt lo conducía directo hacia el agua. Rápidamente se elevó por encima de las ruedas y empezó a avanzar deslizándose.

En cuanto estuvo a flote, Kurt agarró una palanca de acero inoxidable del salpicadero y la empujó hacia arriba contra una muesca, donde se fijó. Las grandes ruedas del camión se elevaron y salieron del agua, mientras una hélice sujeta al árbol motor se extendía por la parte trasera.

Kurt echó un vistazo a un tablero de control. Todas las luces estaban verdes. Era una buena noticia. Significaba que la hélice estaba conectada a la transmisión y que no había fugas detectables.

Pisó el acelerador. La hélice removió el agua roja detrás de él, y el vehículo anfibia empezó a avanzar, completando su conversión de camión lento en

embarcación todavía más lenta. Se conducía como una barcaza con la proa pesada, pero afortunadamente Kurt no tenía mucho trecho que recorrer.

Pulsando otra serie de interruptores, activó un sistema de sónar que había llevado. Un muelle expulsó el pequeño accesorio remolcado por la parte trasera del camión. Empezó a hundirse, desenrollando un cable detrás de él y haciendo rebotar ondas acústicas de media frecuencia en el fondo del lago. En el monitor pronto apareció un patrón.

A medida que Kurt se alejaba del borde inclinado de la cantera, el fondo descendió abruptamente. La cantera medía un kilómetro y medio de ancho en la parte superior pero tenía la forma de una gigantesca V alargada, con un fondo ancho y plano.

—Doscientos y bajando —dijo para sus adentros mientras los números seguían cambiando—. Veamos lo honda que eres.

La parte superior del borde se hallaba a más de trescientos metros del fondo original, pero el nivel del agua estaba como mínimo treinta metros por debajo del borde, y lo más probable era que los años de erosión hubieran empezado a rellenar la cantera. Advirtió una nivelación a doscientos sesenta metros. Costaba asimilar el hecho de estar en mitad del desierto y flotar en un lago tan profundo que un submarino de la Segunda Guerra Mundial se habría aplastado si hubiera descendido a más de la mitad de su hondura, pero allí estaba.

Aproximadamente en el centro del lago, el sónar detectó un objeto de forma abovedada. Parecía un depósito de agua estilizado alzándose por encima de los maizales del medio oeste, bulboso en la parte superior y con una serie de tuberías que descendían de la parte inferior en un prieto racimo. Por lo que Kurt podía ver, bajaba directo hasta el centro del lecho del lago.

Se preguntó qué estaba mirando. ¿Cuál era su finalidad?

Bradshaw había usado la palabra «artefacto», que traía a la mente imágenes de una cabeza nuclear. Lamentablemente, hoy día uno no necesitaba construir una gigantesca torre con una bóveda de veinte metros en lo alto para desencadenar la furia atómica.

La bóveda se perdió de vista y un nuevo objetivo apareció. Ese no tenía los contornos curvos y artísticos de la bóveda. Se parecía más a un montón de vainas cilíndricas y contenedores marítimos apilados unos encima de otros. De arriba abajo, tenía la altura de un edificio de siete pisos. Parecía estar sujeto a la pared más escarpada del lago y conectado a la bóveda con caballetes y gruesos cables. La respuesta intermitente del sónar hacía pensar que había unas guías que lo anclaban a la pared.

El tejado de la estructura se hallaba a una profundidad de setenta y cinco metros, y el fondo por debajo de cien metros. La bóveda se alzaba por encima y hacia un lado.

Kurt estaba impresionado a su pesar. Construir una estructura como esa a una

profundidad de cien metros era una tarea ímproba, pero hacerlo en un lago tóxico, en secreto... Estaba más que impresionado.

Levantó la mano del acelerador manual, y el vehículo anfibia se paró cerca del centro del lago. Kurt se levantó del asiento y subió a la plataforma de detrás.

Estaba justo encima de la estructura principal. Ahora solo tenía que bajar allí.

Joe dedicó unos minutos a curar a Bradshaw y a intentar vendarlo con el escaso contenido del botiquín. A pesar del esfuerzo, Bradshaw lucía mala cara, estaba pálido como un fantasma, y tenía la piel fría al tacto. Necesitaba atenciones de verdad, y las necesitaba pronto.

Joe dejó a Bradshaw y se puso a hurgar en el todoterreno aparcado a su lado. Cogió una radio portátil y la encendió. La pantalla de LED, que debería haberse iluminado con un brillo verde, permaneció apagada. Toqueteó el interruptor de encendido varias veces y luego apretó el botón del micrófono. No consiguió nada: ni silencio automático ni interferencias. La batería estaba gastada.

Se puso a buscar un cargador y se fijó en que las llaves seguían puestas en el todoterreno. También se fijó en que las dos puertas estaban abiertas pero las luces del techo estaban apagadas, y el salpicadero no emitía ningún molesto pitido.

Alargó la mano y giró la llave. La colocó en posición de apagado y luego otra vez en la de modo accesorio. No hubo cambios. Ni señales luminosas, ni una voz diciéndole que la puerta estaba entreabierta, nada.

—Qué raro.

Bajó del todoterreno y cogió el rifle. Moviéndose rápidamente de un vehículo a otro, los comprobó todos. Cada uno estaba tan apagado como el anterior.

Seis vehículos nuevos. Ni uno con una pizca de gasolina. Un montón de radios y dos teléfonos móviles en el mismo estado. En la guantera del último vehículo había una linterna con la energía justa para emitir el clásico brillo del filamento durante un segundo o dos, pero acto seguido también se apagó.

Joe notó que se le erizaba el vello de la nuca. Alzó la vista al cielo. Era exactamente el tipo de situación que se daba antes de que la nave nodriza aterrizara.

Regresó junto a Bradshaw.

—¿Por qué están todas las baterías gastadas?

—¿Gastadas?

—Los coches, las radios, están todos apagados —explicó Joe—. Necesita ser evacuado por razones médicas, pero no encuentro ninguna forma de pedir ayuda.

Los ojos de Bradshaw se volvieron vidriosos. Él no tenía respuestas. Joe ni siquiera estaba seguro de que a esas alturas oyera las preguntas.

Se levantó y contempló el agua. Bradshaw necesitaba ser trasladado lo antes posible, pero el único vehículo con energía era el camión anfibia que en esos momentos se encontraba a casi un kilómetro de distancia en el centro del lago

envenenado.

Kurt se puso un traje de buzo y se acercó a los pequeños submarinos unipersonales que reposaban en la parte trasera de la plataforma del camión. Las brillantes máquinas amarillas parecían motos acuáticas, con unas pequeñas aletas de inmersión adelante y una cubierta exterior transparente que el piloto bajaba y aseguraba una vez que estaba sentado en el vehículo.

Las máquinas estaban preparadas para descender ciento cincuenta metros, alimentadas con una batería de iones de litio parecida a las de los modernos coches eléctricos y equipadas con un par de pinzas de sujeción, faros y una cámara interna de aire/agua.

La cubierta y gran parte del cuerpo estaban hechos de polímeros supersólidos diseñados para resistir la presión a grandes profundidades. Aunque todavía debían ser probados en una inmersión profunda, Kurt tenía mucha confianza en ellos. Joe era el diseñador principal, y Kurt había descubierto que todos los diseños de Joe eran todavía más resistentes de lo que indicaban las especificaciones.

Después de una rápida serie de comprobaciones, estaba listo. Soltó la correa que sujetaba el sumergible y a continuación ajustó la inclinación de la plataforma del camión a treinta grados. El mecanismo hidráulico se puso en marcha, y la plataforma empezó a inclinarse como la parte trasera de un volquete.

Kurt se subió a uno de los sumergibles y pulsó el botón que cerraba la escotilla. La cubierta exterior se encajó rápidamente y tapó bien a Kurt. Sentado a horcajadas en el asiento con los brazos estirados hacia delante y las piernas por detrás, Kurt se sentía como si estuviera en una moto náutica.

El extremo posterior de la plataforma del camión llegó al lago, y el agua subió alrededor de los lados del sumergible. Kurt vio el tono del agua a través de la cubierta exterior. Rosa en la parte superior pero de un rojo más oscuro a medida que la luz se absorbía.

Se preguntó por un instante lo tóxico que era ese revoltijo. A continuación giró el acelerador y bajó de la rampa, preguntándose por la cordura de cualquiera que se sumergiese en semejante sopa.

Al principio el sumergible avanzó varios metros bajo la superficie. Luego Kurt ajustó la palanca de inmersión, y el tanque de lastre se llenó de agua. Al empujar el manillar hacia delante, las aletas de inmersión se inclinaron hacia abajo, y el sumergible empezó a descender.

Kurt siguió avanzando veinte segundos más o menos y entonces se ladeó a la izquierda y realizó un amplio giro. Cuando estaba a veinticinco metros de profundidad, el agua a su alrededor parecía vino tinto. Quince metros más abajo, era del color de la sangre seca. Fuera cuales fuesen los compuestos suspendidos en ella,

filtraban la luz de forma muy eficaz. Pero a medida que seguía descendiendo, Kurt pudo ver la parte superior de la bóveda.

Era lisa pero de aspecto moteado, como si algún tipo de mineral se hubiera precipitado en la superficie curvada. Tal vez era calcio o cobre o manganeso, pero fuera lo que fuese, reflejaba más luz que el agua circundante.

Al concluir la pasada sobre la bóveda, giró ligeramente el acelerador y expulsó el aire de lastre que quedaba. El sumergible empezó a hundirse otra vez.

Kurt miró a la oscuridad. El tejado de la estructura del laboratorio se encontraba a unos veinte metros por debajo de la parte superior de la bóveda. Esperaba que su superficie estuviera cubierta de los mismos minerales y que viera el tejado antes de chocar contra él y alertar de su presencia a todos los que estaban dentro.

—Sesenta y cuatro —dijo, leyendo la lectura del indicador de profundidad en voz alta—. Sesenta y siete.

Escudriñó el vacío que lo rodeaba. Nada salvo oscuridad. Era como si se estuviera hundiendo en un agujero negro.

—Setenta —continuó en voz queda.

Si el indicador funcionaba correctamente, se estrellaría contra el tejado del laboratorio dentro de seis metros más o menos. Aun así, no veía nada.

Bombeó una pizca de aire a la cámara como un motorista tratando de darle a sus neumáticos la presión perfecta. Un rápido siseo y luego otro. La velocidad de descenso se redujo.

El indicador de profundidad no tardó en marcar setenta y tres metros, y Kurt seguía sin ver nada en el exterior. A los setenta y cuatro, volvió a añadir un poco de presión con el interruptor del aire. Y a los setenta y cinco, se le agotó la paciencia.

Pulsó el interruptor hasta que el sumergible alcanzó flotabilidad neutra. El descenso se interrumpió, y el sumergible se quedó flotando inmóvil en la oscuridad.

Kurt deslizó el pulgar hacia arriba y pulsó el interruptor de las luces. Le dio lo justo para transmitir algo de corriente a través del circuito, pero no lo bastante para encenderlas del todo. Las luces emitieron un tenue destello y volvieron a apagarse. En un breve instante, mostraron un mundo de color rojo neón y el corroído tejado del laboratorio a un metro escaso por debajo de él.

—Por fin estoy en el sitio correcto —murmuró.

Si esa construcción sin gracia era realmente un laboratorio, tenía que haber una entrada. Ya fuese con agua tóxica o con agua normal, la forma más segura y eficaz de construir una cámara estanca en un entorno marino era situarla debajo de la estructura.

Kurt se arriesgó a encender otra vez la linterna, localizó el borde del edificio y se acercó a un lateral. Mientras descendía otra vez, empezó a distinguir un tenue brillo alrededor del fondo del laboratorio: la luz que salía a raudales de la cámara estanca.

—Es un detalle que alguien me haya dejado una luz encendida —murmuró Kurt.

En ese preciso momento, el sumergible se ladeó violentamente a la derecha, y un

extraño sonido metálico reverberó a través del agua.

Kurt supo en el acto lo que había pasado. Al descender a la deriva, había dado contra una de las guías que sostenían la bóveda y su columna de tuberías. El impacto lo había desviado a un lado y le había hecho girar. Y lo que era peor, había enviado una vibración a través del agua como la pulsación de una gigantesca cuerda de guitarra. El ruido reverberó en las paredes de la cantera y volvió a él con un eco vago.

Kurt enderezó la embarcación y buscó vías de agua. La cabina parecía segura. Dejó escapar un suspiro de alivio y siguió bajando, con la esperanza de evitar más problemas.

—¿Qué ha sido ese ruido?

La pregunta se la formuló a Janko uno de sus hombres, que estaba colocando nervioso un bloque de explosivos plásticos debajo de un equipo de servidores informáticos.

—No estoy seguro —reconoció Janko.

Había escuchado toda clase de chirridos y crujidos durante el tiempo que había estado en la estación, sobre todo cuando los técnicos hacían pruebas con la bóveda o extraían energía de ella, pero nada como la extraña reverberación que acababan de oír.

—El agua distorsiona el sonido —señaló uno de los técnicos.

Eso era cierto, pero Janko no era el único que se preguntaba si la estructura era segura. No hacía falta ser científico para imaginarse las paredes metálicas atravesadas poco a poco por ácidos.

—Quién sabe el efecto que han tenido las sustancias químicas de este lago en nuestro casco durante todos estos años —comentó—. Termina de colocar los explosivos. Quiero salir de aquí y volar esto antes de que se deshaga a nuestro alrededor.

Los hombres parecían estar de acuerdo. Redoblaron sus esfuerzos, y momentos más tarde el experto en demoliciones salió de debajo del equipo informático.

—Todo listo.

—Bien —dijo Janko.

Los explosivos harían pedazos las tarjetas de circuitos y los bancos de memoria. El fuego que se encendería después derretiría los restos antes de que el agua entrase a raudales. Incluso suponiendo que tuvieran la capacidad y el valor para recuperar los restos de debajo de casi trescientos metros de agua envenenada, los laboratorios equipados de alta tecnología de las agencias de inteligencia del mundo no sacarían nada de lo que encontrasen.

Eso significaba que solo quedaba una tarea pendiente.

Se dio la vuelta y apuntó con su rifle a un par de figuras amordazadas sentadas en el suelo. Un hombre y una mujer. Los dos con las manos atadas a la espalda.

El hombre era agente de la ley o militar. Lleno de resolución, miró fijamente a Janko, casi desafiándolo a que les disparase. La mujer era más dulce, guapa, con el cabello bermejo y una mirada de miedo. Janko pensó que le dispararía a ella primero para acabar con su sufrimiento. Levantó el arma.

—¿Estás loco?! —gritó el técnico.

Janko le lanzó una mirada de odio.

—Hemos subido el oxígeno al máximo —explicó el técnico—. También hemos abierto los tanques de acetileno. Toda la estación se está llenando de gas inflamable. Si aprietas el gatillo, todo este sitio podría arder en llamas. Si quieres matarlos, usa un cuchillo.

Janko bajó el rifle y miró otra vez a los cautivos. ¿Se habían dado cuenta ellos? ¿Habían estado provocándolo para que acabara consigo mismo? No importaba. Dentro de unos minutos se enfrentarían solos al doloroso destino de una explosión y un incendio.

—Fija el temporizador —dijo—. Salgamos de aquí.

Janko observó cómo el especialista en demoliciones fijaba el temporizador a las 10.00 y pulsaba el botón de inicio. El reloj marcó 09.59 y dio comienzo a la cuenta atrás. Sin volverse, Janko se giró y se dirigió a la escalera principal. Su submarino les esperaba.

Joe estaba en la playa considerando sus opciones. A pesar de la confianza que tenía en que Kurt volvería de una manera o de otra, si se quedaba esperando a que regresara no ayudaría a Bradshaw. Tampoco le interesaba recorrer un kilómetro a nado a través de un lago tóxico para recuperar el camión anfibio.

Su mente volvió sobre los vehículos apagados. Tenían cargadores. Suponiendo que pudiera encender uno, podría conectar las radios y pedir ayuda. Vendría en forma de un helicóptero o de tres: uno para llevar volando al jefe de la OSIA herido de gravedad a un hospital y dos o tres más llenos de comandos militares o equipos especiales para rodear y proteger el lago.

Había dos horas de trayecto en coche hasta Alice Springs pero solo treinta minutos por aire. Para Bradshaw, eso podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

—Si estos trastos tuviesen manivela —murmuró Joe, pensando en los coches clásicos.

Consideró arrancar uno de los vehículos empujando. Los dos Jeep tenían transmisión manual, y la playa descendía en pendiente hasta el agua. Eso sería de ayuda, pero no estaba seguro de que pudiera ganar suficiente velocidad.

Introdujo el brazo en uno de los Jeep, puso la transmisión en punto muerto y apoyó el hombro en el marco de la puerta. Empujando con todas sus fuerzas, puso el coche en movimiento. Pero la arena era blanda, y no pudo alcanzar una velocidad

superior al ritmo de un paseo lento. Se apartó cuando el vehículo llegó a la orilla.

Esperaba ver que las ruedas delanteras se introducían en el agua y se paraban, pero el morro del vehículo se hundió, y la cabina se llenó de agua por la puerta abierta. Segundos más tarde, se sumergió y desapareció bajo la superficie. Lo último que vio fue el enganche para remolque que sobresalía del parachoques trasero como una bandera de combate en el extremo de popa de un barco que se hundía.

Miró a Bradshaw, que parecía haber perdido por completo el conocimiento.

—No hacía falta que lo vieras.

Joe se quedó perplejo por un instante, preguntándose por lo que acababa de pasar. Entonces lo entendió. Como la mayoría de minas a cielo abierto, toda la excavación estaba hecha en forma de terrazas. Una pendiente pronunciada, una sección llana y luego otro corte abrupto. La playa no era más que una amplia terraza. Un muro de veinte metros se alzaba detrás de ella en un ángulo casi vertical. Detrás de la orilla debía de haber una pendiente parecida.

Echó un vistazo a los vehículos que quedaban, y un nuevo plan cobró forma en su mente. Le costaría a la OSIA como mínimo un vehículo más, pero si Joe estaba en lo cierto, serviría para arrancar el otro Jeep.

Kurt miraba hacia arriba contra un charco de luz color cereza. Había situado el sumergible debajo de la estación y había encontrado la cámara estanca.

Entró en el compartimento maniobrando con cuidado y salió a la superficie. La piscina y el espacio de cubierta de alrededor parecían vacíos.

Aceleró ligeramente y subió la embarcación a algún tipo de saliente. Retiró la protección exterior y salió a la cubierta. Un momento más tarde, estaba cruzando la cámara estanca principal y entrando en la sala de instrumental.

Cerca había un par de bombonas y dos escafandras integrales. El mismo tipo de instrumental que la OSIA tenía en uno de sus vehículos.

El equipo de submarinistas había llegado hasta allí, pensó. Pero ¿dónde estaban ahora?

Kurt había llevado la carabina M4 de cañón corto, pero la energía extraña y casi nerviosa que había empezado a sentir le decía que estaba respirando una mezcla con alto nivel de oxígeno. Era sorprendente.

Él habría esperado encontrar un trimix de gases, o incluso una combinación de oxígeno y helio, que funcionaban mejor a profundidades constantes. Para asegurarse de que no eran imaginaciones suyas, pronunció unas breves palabras.

—Hace ochenta y siete años...

Su voz debería haber sonado como la de Mickey Mouse o el Pato Donald, pero sonaba como siempre. No había helio en el aire, o al menos había muy poco. Guardó el rifle. No habría tiroteos en el fondo del lago de Tasman. Un disparo destruiría todo el complejo.

Sacó un largo cuchillo de buceo de una funda sujeta a su pierna, preguntándose si el giro de los acontecimientos aumentaba o reducía sus posibilidades.

Después de avanzar seis metros por un pasillo, encontró agua al pie de una escalera de mano. Subió por ella, exploró el siguiente piso y encontró dos habitaciones llenas de montones de baterías. En la pared, un panel mostraba distintos estados de consumo de energía; la mayoría estaban en verde, y unos cuantos en amarillo o rojo. Kurt se preguntó de dónde estaban sacando la energía para cargar aquel enorme montón de baterías o para qué la estaban usando.

Subió otro piso y encontró lo que parecían las dependencias de la tripulación. Las taquillas vacías y las camas deshechas le hicieron pensar que el lugar había sido abandonado.

Regresó a la escalera central, ascendió al tercer nivel y encontró la siguiente escotilla cerrada. Estaba a punto de abrirla cuando oyó un sonido de pasos descendiendo pesadamente por la escalera hacia él.

Se quedó totalmente quieto.

Unas voces resonaron.

—¡Vamos! —Gritó alguien—. ¡Moveos!

Kurt se disponía a bajar un nivel y esconderse cuando los pasos se desviaron abruptamente a la izquierda, pisando en la cubierta de encima, y se alejaron de él. Parecían varias personas con prisa.

Abrió un resquicio la escotilla y miró a través de ella. No había nadie.

Salió sin hacer ruido y se asomó a la esquina. Tres hombres se hallaban delante de otra cámara estanca. A Kurt le recordó las puertas giratorias de un edificio de oficinas de una gran ciudad. Cuando se abrieron, dos de ellos entraron y el tercero se quedó esperando.

A continuación se oyó el sonido de más pisadas descendiendo por la escalera. Kurt alzó la vista justo cuando un hombre apareció a su lado.

—Pero ¿qué...?

Kurt tapó la boca al hombre y le clavó la hoja de acero al carbono en el pecho, y acto seguido lo estampó contra la pared. Otro hombre apareció, golpeó el brazo de Kurt y le tiró el cuchillo al suelo.

Kurt se dio la vuelta y propinó un codazo en la sien al segundo agresor. El golpe le hizo rodar por la cubierta cerca de la cámara estanca.

Para entonces, un tercer hombre había bajado por la escalera, deslizándose las manos y los pies por las barandillas en lugar de usar los peldaños. Cayó y agarró a Kurt por detrás, rodeándole la garganta con un brazo y tratando de ahogarlo.

Kurt empujó hacia atrás y golpeó al hombre contra la pared del mamparo. El atacante aflojó ligeramente la presión. Kurt volvió a empujar, echando la cabeza hacia atrás en una especie de cabezazo invertido.

El segundo impacto le libró del hombre justo cuando la cámara estanca emitió un pitido como el del ascensor del vestíbulo de un hotel. Kurt se vio empujado al suelo

cuando el tercer agresor pasó a toda velocidad.

Cuando se levantó, la puerta de la cámara estanca estaba cerrándose. Los cuatro hombres que quedaban se apretujaban dentro y miraban atrás hacia él. Uno sacudió la cabeza sonriendo de forma sádica.

Cuatro contra uno, y habían huido. A Kurt solo se le ocurría un motivo: estaban a punto de barrenar la estación.

Un vistazo rápido al hombre muerto que había en el hueco de la escalera lo confirmó. Llevaba unos alicates pelacables en el bolsillo de la pechera, un rollo de cinta aislante en el cinturón y un trozo de cable plano rojo y azul. Lo más probable es que la estación estuviera lista para explotar.

Kurt cogió los alicates y siguió subiendo por la escalera. A juzgar por las prisas que había mostrado el grupo de hombres que había escapado, dudaba que dispusiera de mucho tiempo.

El plan de Joe estaba ahora en pleno desarrollo. Había montado un sistema de poleas pasando el cable de la parte delantera del último Jeep alrededor de la defensa delantera de uno de los todoterrenos y lo había atado al extremo trasero de otro todoterreno.

Su plan era sencillo: empujar el vehículo enganchado hasta el agua y lanzarlo por encima del borde. Cuando cayese, el cable arrastraría hacia delante el Jeep lo bastante rápido para que Joe embragase y arrancase el motor.

Una vez listo, volvió a comprobar el estado de Bradshaw, cruzó los dedos y se acercó al todoterreno que iba a usar como peso muerto. No podía bajar las ventanillas sin energía, de modo que las rompió. Abrió todas las puertas y el portón trasero e incluso levantó la capota: cualquier cosa que dejara salir el aire y entrar el agua para ayudar al todoterreno a hundirse más rápido.

Puso la transmisión en punto muerto, soltó el freno y acto seguido se bajó de un salto. Hundiendo con fuerza los pies en la arena, empezó a empujar. Poco a poco, el todoterreno comenzó a moverse, y su ritmo aumentó al llegar al terreno más firme de la orilla. Joe lo lanzó con un último empujón y retrocedió, y estuvo a punto de perder el equilibrio y caer en la sopa tóxica.

El todoterreno se fue rodando y empezó a llenarse de agua. Inclino el morro como había hecho el primer vehículo, pero se detuvo cuando el cable de alambre se tensó.

Joe volvió corriendo al Jeep y subió de un salto. Se aseguró de que la llave estuviera girada y soltó los frenos. El coche empezó a avanzar, despacio al principio, pero aceleró a medida que el todoterreno hundido tiraba del cable.

Joe esperó todo lo que pudo y embragó.

El motor cobró vida, tosió y se encendió. Pisó el embrague y lo mantuvo apretado al mismo tiempo que echaba los frenos. El Jeep se paró cuando estaba a punto de embestir contra el vehículo de la polea.

Con el pie todavía en el embrague, dio un poco de gas al Jeep y aceleró el motor. A los pocos segundos, empezó a zumbar, y cuando por fin Joe soltó el acelerador, el motor marchó al vacío a un ritmo constante. Después de poner el freno de mano, se bajó y se dirigió al torno situado en la parte delantera del Jeep.

Puso la mano en la palanca de desbloqueo y tiró hacia abajo. La mordaza del tambor se abrió y soltó el cable metálico. Salió disparado hacia delante sometido a una gran tensión, dio un latigazo al coche de la polea e hizo añicos el parabrisas antes de deslizarse sobre la arena y seguir al todoterreno hundido hasta el lago.

Joe dedicó un saludo al vehículo que se alejaba y subió al Jeep. Conectó la radio al cargador y observó cómo la luz roja se encendía.

Echó un vistazo a su reflejo en el espejo retrovisor.

—Eres bueno, Zavala —se dijo a sí mismo—. Eres muy bueno.

Calculando que la radio tardaría varios minutos en acumular suficiente energía para poder usarla, decidió ir a ver a su paciente.

Salió del Jeep y se dirigió rápidamente a donde yacía Bradshaw. El hombre estaba inconsciente, pero aún respiraba.

—Aguante —susurró Joe.

En el lago, el agua empezó a removerse. Un ligero bulto estaba empezando a formarse cerca del centro, a mitad de camino entre la costa y el vehículo flotante. Algo estaba moviéndose debajo de la superficie, como una orca embistiendo contra la playa.

Por un segundo, Joe esperó que fuese Kurt en el submarino unipersonal. Pero el objeto salió a la superficie y resultó ser un sumergible de seis metros de largo con una ancha quilla bordeada de goma. El motivo de ese diseño se vio claro segundos más tarde cuando el sumergible emergió del agua y empezó a navegar a toda velocidad a través de la superficie, dejando una ancha franja de espuma por debajo y por detrás de la embarcación.

—Un aerodeslizador sumergible —dijo Joe asombrado—. Es aún mejor que un camión que nada.

Durante veinte segundos, el aerodeslizador se dirigió al norte a lo largo de la superficie y luego giró ligeramente al este, salió a toda velocidad del agua en el lado opuesto de la cantera y subió a la rampa.

Joe comprendió que estaba presenciando la huida del grupo que había cazado por sorpresa a los miembros de la OSIA.

—Va a ser que no —dijo.

Corrió al Jeep y se subió. Se detuvo un segundo pensando en Bradshaw. No podía hacer nada por él, pero en cuanto la radio estuviera cargada, pediría ayuda.

Metió una marcha y pisó el pedal del acelerador. Los neumáticos chirriaron en la grava cuando salió a toda velocidad hacia el aerodeslizador.

En la estación vacía, Kurt seguía buscando a Hayley. Subió a los otros dos niveles y los registró lo más rápido que pudo antes de atravesar la escotilla superior y salir a una especie de sala de mandos.

En el rincón opuesto había dos figuras atadas y amordazadas en el suelo. Kurt se acercó a ellas corriendo y extrajo la mordaza de la boca de Hayley.

—Explosivos —dijo ella de sopetón, sin ni siquiera saludarlo—. Debajo del tablero.

Kurt la soltó y le dejó el cuchillo mientras él se dirigía a toda prisa al tablero y se deslizaba debajo. Encontró las cargas de explosivo plástico y el temporizador. Marcaba 01.07, y la cuenta atrás seguía segundo a segundo.

Sacó los alicates pelacables mientras Hayley liberaba al hombre que había a su

lado. Estaba a punto de cortar uno de los cables cuando ellos se le acercaron corriendo por detrás y empezaron a molestarlo más de lo que le habría gustado.

—¿Alguno de ustedes sabe algo de explosivos? —preguntó.

Ellos negaron con la cabeza.

—Deberíamos salir de aquí —advirtió Hayley, tragando saliva.

El reloj marcó 00.59. Tenían menos de un minuto. Kurt sacudió la cabeza.

—No lo conseguiremos.

El tipo de la OSIA alargó la mano para coger el temporizador. Kurt le dio un manotazo.

—Si pulsa el botón incorrecto, nos volará en pedazos.

Señaló con el dedo. En la parte superior de la pantalla había un diminuto símbolo de un candado iluminado. Si Kurt estaba en lo cierto, tendrían que introducir un código para interrumpir la cuenta atrás.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados —dijo el hombre.

—Cuarenta segundos —anunció Hayley.

Kurt examinó el detonador. Era un diseño industrial estándar, no el juguete de un experto en explosivos. Él había usado aparatos parecidos para barrenar unos cuantos barcos. Si no se equivocaba, debía de ser a prueba de fallos y no fulminante. Estaba conectado a dos cables, uno rojo y otro azul.

—Treinta segundos.

El hombre de la OSIA empujó a Kurt tratando de ver mejor.

—¿Cómo se llama? —Preguntó Kurt.

—Wiggins.

—Retroceda, Wiggins —ordenó Kurt.

—Veinte segundos —anunció Hayley con tensión.

—¿De qué servirá? —Preguntó Wiggins.

—Así no lo tendré en mi sitio.

Los dos se apartaron ligeramente de él, y Kurt abrió los alicates lo máximo posible.

—Diez segundos —prosiguió Hayley—. Nueve... ocho...

Kurt no esperó a que llegase a siete. Alargó la mano y cortó los dos cables lo más enérgicamente que pudo.

No pasó nada. Ni fuego, ni explosión, nada. El temporizador se detuvo en 00.00.

—Gracias a Dios —exclamó Hayley.

Aparentemente a punto de desmayarse, rodeó los hombros de Kurt con los brazos y pegó la frente a su espalda.

—Magnífico trabajo —lo felicitó Wiggins—. ¿Le ha enviado Bradshaw?

—No exactamente —contestó Kurt.

Antes de que pudiera dar explicaciones, un rumor sacudió la estructura, seguido de varios golpes violentos uno tras otro, en rápida sucesión. Sonó como un trueno lejano. El suelo se inclinó ligeramente y acto seguido volvió a nivelarse. La estación

entera se balanceó y crujió como un árbol viejo agitado por el viento.

—La bóveda —dijo Hayley—. Iban a volarla también.

Otra ronda de explosiones estalló, y esta vez la onda expansiva golpeó como una almádena. A continuación se oyó un sonido de cables rompiéndose. Momentos más tarde, el demoledor impacto de una colisión los tiró a todos al suelo.

Kurt se acordaba de que la bóveda estaba encima de ellos y sujeta a la estructura, y solo podía imaginar lo que su destrucción causaría al ruinoso laboratorio. Un sonido de metal deslizándose contra metal y la aparición de chorros de agua a través de la sala le dieron la respuesta.

Joe corría a través del desierto en un Jeep Wrangler con un motor V-8. Con sus grandes neumáticos de tacos, su potente motor y su elevada holgura respecto al centro, las capacidades todoterreno del Jeep se contaban entre las mejores del mundo. Pero no eran comparables a la habilidad de un aerodeslizador para cruzar terreno accidentado.

Joe tenía que esforzarse para mantener el Jeep derecho cuando atravesaba barrancos, cruzaba terreno irregular y rodeaba zonas de maleza demasiado densas para conducir a través de ellas. El aerodeslizador simplemente las sobrevolaba y seguía en línea recta.

Estaba perdiendo terreno rápidamente hasta que llegó a una sección llana que le recordó las salinas de Utah. Una vez que estuvo en suelo nivelado, empezó a alcanzar al aerodeslizador. A medida que recortaba la distancia, la luz de la radio portátil se puso por fin verde.

Joe la desconectó del cargador y pulsó el interruptor para hablar.

—OSIA, ¿me reciben? —dijo, suponiendo que fueran quienes le estaban escuchando—. ¿Hay alguien ahí?

Sonó una respuesta estridente.

—¿Es usted, Bradshaw?

—Negativo —contestó Joe—. Bradshaw ha resultado herido. Han perdido a varios agentes.

—¿Quién es usted? —Preguntó la voz al otro lado de la línea.

Joe se explicó lo mejor que pudo, y también explicó que estaba persiguiendo a los sospechosos rumbo al oeste a través del desierto.

—¿En qué carretera está?

—No estoy en ninguna carretera —dijo Joe—. Estamos yendo campo a través hacia el oeste desde la mina inundada. Justo hacia el sol.

Sonó una respuesta confusa, y acto seguido la radio se apagó otra vez. Joe volvió a conectarla al cargador. Delante de él, el aerodeslizador se estaba torciendo, deslizándose de lado. Acabó girado ciento ochenta grados y apuntando directamente a él.

Joe empezó a virar bruscamente, pero era demasiado tarde. Algo emitió un destello, tanto en su mente como en sus ojos, y el mundo de Joe quedó inmediatamente a oscuras.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Kurt, llevando a Hayley y a Wiggins a la escalera de mano.

Hayley iba primero, Wiggins en medio y Kurt el último.

Otro impacto sacudió la estructura, y Kurt estuvo a punto de soltarse. Agarró la escotilla encima de él y la bajó, pero no se cerraba. Como una puerta imposible de cerrar porque el marco se había hinchado, la escotilla no impediría la entrada de agua.

—El impacto debe de haber deformado las planchas de la cubierta —comentó Wiggins.

Kurt lo intentó una vez más, utilizando todas sus fuerzas, pero la pequeña rendija seguía abierta. Empezó a caer agua por el hueco de la escalera, agua que Kurt no tenía ningún interés en tocar.

—Vamos —le indicó a Wiggins.

Los dos se deslizaron al nivel inferior y pronto llegaron a la cámara estanca. Hayley ya estaba allí, colocándose su escafandra. Llevaban trajes de buceo. Con unos guantes y unas escafandras integrales, en teoría no estarían expuestos a las toxinas del lago.

El agua caía ahora a raudales, acompañada del chirrido y el crujido del metal sometido a una presión máxima. La estación implosionaría de un momento a otro.

—No podemos subir directamente —advirtió Kurt—. Ustedes dos llevan aquí abajo demasiado tiempo. Acabarán con síndrome de descompresión como el mensajero.

—Tenemos que escapar —repuso ella.

—Agárrense a los asideros —ordenó Kurt—. Los remolcaré hasta donde podamos llegar.

Ella asintió con la cabeza y cerró su escafandra.

Kurt subió al sumergible y a continuación cerró la cubierta exterior. Las luces se apagaron cuando Hayley y Wiggins estaban colocándose las bombonas. Kurt encendió el faro delantero del sumergible para que pudieran ver.

Una vez que tuvieron las reservas de aire sujetas, Wiggins hizo un gesto de aprobación a Hayley con el pulgar.

—Allá vamos —dijo Kurt para sus adentros.

Ellos dos empujaron el sumergible a la piscina de inmersión y se sumergieron detrás de él. En cuanto estuvieron agarrados, Kurt expulsó todo el aire del tanque de flotación, y empezaron a hundirse.

Dejaron atrás el fondo del portal en tres segundos.

—¡Agárrense! —gritó Kurt, esperando que pudieran oírle de alguna forma.

Giró despacio el acelerador, y el chorro de agua que impulsaba el sumergible empezó a salir. Aceleró poco a poco, pero solo hasta la mitad de velocidad. Si iba más rápido, sus pasajeros se soltarían.

Con los faros delanteros encendidos, Kurt miró a través del agua teñida de rosa. Descendió un poco para evitar una de las guías y siguió avanzando. Cuando los compartimentos de la estación cedieron, se produjeron unas explosiones de compresión detrás de ellos.

Una serie de destellos recorrieron de arriba abajo el grupo de tuberías que colgaban del centro de la bóveda deteriorada. Más explosiones desencadenándose.

Cada destello iluminaba a contraluz la estructura como un relámpago perfila un edificio abandonado. Lo que quedaba de la bóveda había chocado con la estación y se había deslizado a un lado. Descendió arrastrándose y se alojó en una juntura, un acto que resultó la estocada definitiva del laboratorio.

La capa metálica del casco se combó, y el agua la aplastó hacia dentro y la machacó como un pie gigantesco que pisara una lata pequeña. Un torrente de luz y de aire salió disparado hacia fuera y lanzó una onda de choque a través del pozo inundado. Hayley y Wiggins se vieron succionados hacia atrás en dirección a la estación un segundo antes de ser arrojados violentamente hacia delante mientras nubes de sedimento explotaban en la oscuridad.

Cuando la onda de choque alcanzó el sumergible, la embarcación se zarandeoó como un juguete. El vehículo dio un vuelco, y Kurt se golpeó la cabeza con la cubierta exterior. Se dio la vuelta y vio a Hayley y Wiggins justo cuando las olas de sedimento se los tragaron enteros.

El ruido llegó hasta Joe a través de la bruma del sueño. Al principio sonaba como un aspersor regando un campo, repetitivo y brusco, solo que más lento: «Chi-chi-chi-chi...».

Joe recordó las tierras de labranza de Nuevo México alrededor de las que se había criado y el riego de alta presión que se usaba para dar vida al desierto. De algún modo, incluso medio dormido, sabía que no estaba en Nuevo México.

Cuando abrió los ojos el mundo estaba borroso. Saboreó algo salado, se llevó la mano a la boca y al apartarla vio que la tenía manchada de rojo. Le goteaba sangre de un corte en la frente y le caía por la nariz hasta los labios.

Se le empezó a aclarar la vista, y se dio cuenta de que estaba en el asiento del conductor de un automóvil. El parabrisas situado delante de él tenía una rotura de forma radial alineada con su cabeza. El morro del vehículo apuntaba hacia abajo en un ángulo cerrado, como si se hubiera metido en una zanja.

Aunque sus otros síntomas se despejaron, el extraño ruido continuó. Se volvió todavía más nítido; sonaba exactamente como un ventilador gigante dando vueltas a velocidad moderada.

Unos gritos procedentes del exterior del Jeep llegaron a sus oídos.

—Aquí —dijo alguien.

—Trae una palanca.

La puerta que tenía al lado se movió. Unos dedos aparecieron alrededor del borde y la abrieron varios centímetros de un tirón. Una cara apareció en la rendija.

—¿Estás bien, amigo? —Preguntó un hombre con uniforme militar.

Joe se llevó la mano al corte de la frente.

—He estado mejor.

—No te muevas. Te vamos a sacar.

El soldado se puso a trabajar en la puerta doblada y torcida, ayudado por otro soldado que había traído una palanca. Juntos siguieron abriéndola un par de centímetros cada vez.

Mientras ellos trabajaban, Joe recobró la memoria. Estaba en Australia. Había ido a la caza de otro vehículo. Trató de mirar alrededor de la rotura del parabrisas buscando algún rastro del aerodeslizador, pensando por un instante que podían haber chocado de frente. Solo vio la pared sucia del barranco en el que se había metido.

La puerta por fin se soltó, y los soldados introdujeron los brazos para ayudarle. Con mucho cuidado, lo liberaron de los restos aplastados del vehículo. Mientras uno de ellos registraba el Jeep, el otro sacó a Joe de la zanja y lo llevó a un helicóptero NH90 color canela con marcas del ejército australiano.

Entonces Joe comprendió de dónde había venido el sonido. Los rotores de la gran

aeronave seguían dando vueltas.

Un hombre de aspecto severo vestido con un traje negro se reunió con él a escasa distancia de la puerta del helicóptero.

—¿Es usted el que nos ha llamado? —Preguntó el hombre—. ¿Por la radio de Bradshaw?

Joe asintió con la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—¿A qué se refiere?

—Los tipos a los que perseguía —aclaró Joe—, ¿los han atrapado? Iban en un aerodeslizador.

El hombre arqueó una ceja.

—¿Aerodeslizador?

—Ya sé que parece una locura, pero es lo que pilotaban —dijo Joe—. Me temo que no puedo decirles la marca ni el modelo.

El hombre movió la cabeza con gesto sombrío.

—Fuera cual fuese el vehículo en el que iban, no los hemos encontrado. —Señaló la puerta abierta del helicóptero—. Tenemos que interrogarle. Este pájaro le llevará a Alice Springs.

—¿Y Bradshaw? —Preguntó Joe.

—Ha sido evacuado hace treinta minutos.

—¿Treinta minutos?

La confusión le invadió. Tenía la sensación de que había hecho la llamada hacía menos de treinta segundos. Incluso teniendo en cuenta los pocos minutos que había estado inconsciente, no podían haber llegado hasta Bradshaw tan rápido.

Entonces reparó en que era casi de noche. El sol había estado descendiendo hacia el horizonte durante la persecución, pero hacía mucho que se había puesto. Solo quedaba un desvaído brillo naranja en el cielo cada vez más oscuro.

Las palas del helicóptero empezaron a acelerar encima de ellos mientras el piloto aumentaba las revoluciones para despegar.

—Nos ha llevado un tiempo encontrarlo —explicó el hombre.

—¿Y Kurt?

—¿Quién?

—Kurt Austin.

—No conozco ese nombre —admitió el hombre. Cogió a Joe del brazo y lo condujo a la puerta—. Por favor, tenemos que marcharnos.

Joe se soltó.

—No voy a ir a ninguna parte hasta que me diga lo que le ha pasado a mi amigo. Bajó a la mina para rescatar a sus buzos.

El oficial puso una cara rara.

—Hubo una explosión —le contó—. Si su amigo sobrevivió, se habrá marchado por aire. Pero en el lago solo quedan muertos.

Con una insoportable sensación en el corazón, Joe subió a bordo del helicóptero y se abrochó el cinturón de seguridad. Mientras volaba, la noche se cernió sobre el territorio. Cuando llegó a la base militar australiana en las afueras de Alice Springs, el cielo era como una tela negra tachonada de algunas de las estrellas más brillantes que había visto en su vida.

Primero lo llevaron a la enfermería. Un joven médico lo examinó y le realizó pruebas para comprobar si padecía síntomas de intoxicación por sustancias químicas o metales. Después de informar a Joe de que sobreviviría, el doctor se marchó y una enfermera todavía más joven entró. Ella le cosió la herida de la cabeza que se había hecho al golpearse con el parabrisas.

Poco después de terminar, le puso una inyección en el brazo.

—¡Ay!

—La vacuna contra el tétano y antibióticos —dijo ella.

—Claro —convino Joe frotándose el bíceps—. Pero ¿no se supone que antes tienes que avisarme o decirme que no me va a doler?

—¿Por qué mentir? —Preguntó ella—. Además, yo pensaba que los yanquis eran duros.

—Hoy ha sido un día muy delicado —reconoció él—. Y hablando de yanquis, ¿has atendido a más estadounidenses esta noche? ¿Un tipo de un metro ochenta con el pelo canoso?

—Lo siento —dijo ella, recogiendo sus cosas—, usted es el primero.

Cuando la enfermera se marchó, llevaron a Joe a otra sección de la base. Parecía una vivienda básica o unos barracones para suboficiales.

Su escolta/guardia abrió la puerta y mostró una habitación con dos literas, una práctica mesa colocada entre ellas y paredes de ladrillos de cemento. A Joe le recordó la habitación de una residencia de estudiantes; hasta había un compañero tumbado en una de las camas con los pies en alto.

Joe entró, la puerta se cerró detrás de él, y Kurt Austin se incorporó.

—¡Caramba, qué alegría verte! —Exclamó Joe—. Me habían hecho creer que estabas entre el montón de trastos en el fondo de la mina.

Kurt se levantó y le dio a Joe un fuerte abrazo.

—Yo temía lo mismo por ti. No esperaba salir a la superficie y encontrar a Bradshaw solo tomando el sol. Tenía miedo de que esos matones hubieran acabado contigo.

—Pensé que no estaba en condiciones de ir de rally por el desierto —contestó Joe.

Kurt lo miró de forma extraña.

—Deduzco por los puntos que te han dado que la persecución terminó con actividades extraescolares.

—No —respondió Joe—. No los atrapé. Acabé en una zanja. Pero considerando lo bien que me iba hasta entonces, me estoy planteando participar en la Baja 1000 el

año que viene.

—No se gana la Baja 1000 estrellándose, Joe. Lo sabes, ¿verdad?

—No me estrellé, amigo. Estaba... —Joe hizo una pausa—. Vale, supongo que me estrellé, pero estoy seguro de que yo no tuve la culpa.

A Joe le desconcertaba la vaguedad de sus recuerdos. Se esforzó por recordar.

—Iba a chocar de frente con ellos... hubo un destello, como el reflejo del sol en un cristal, y entonces... Debí de virar. Aunque, sinceramente, no me acuerdo.

—Pareces Bradshaw —observó Kurt.

—¿Qué tal está, por cierto?

—Vivo, gracias a ti. Se lo han llevado al quirófano.

Joe se alegró de oírlo.

—¿Encontraste a la científica allí abajo?

—A ella y a otro buzo de la OSIA. Estaban atados a una bomba. Escapamos, pero la estación explotó.

—¿Están bien?

—Que yo sepa —respondió Kurt—. Les perdí la pista un momento cuando la estación voló. Cuando los encontré, los dos estaban inconscientes. Pero gracias a las pinzas que pusiste en la parte delantera del sumergible, pude cogerlos y llevarlos a la superficie.

Joe sonrió con orgullo.

—Así que el sumergible se portó como un campeón. Lo sabía.

—Puede que tengas futuro en el negocio de los submarinos —observó Kurt—. Siempre, claro está, que renuncies a tus sueños de dedicarte a la gestión y a correr en carreras de todoterrenos.

Joe se rio y se sentó tras la mesa entre las dos literas. Dio unos golpecitos en la pared de ladrillos de cemento con los nudillos.

—¿Estamos en la cárcel o en custodia preventiva?

—Ni idea —contestó Kurt—. Tampoco tengo ni idea de dónde nos hemos metido. Pero si me dejan hablar con alguien, estoy decidido a averiguarlo.

—O puedes hacerme caso por una vez —dijo Joe—: podríamos fingir que todo ha sido un malentendido y ocuparnos de nuestros asuntos.

El ceño fruncido de Kurt mostró su opinión al respecto.

—¿Qué tendría eso de divertido?

Joe conocía tan bien a Kurt que podría haber adivinado su respuesta. Una vez que su amigo le hincaba el diente a un misterio, no había vuelta atrás hasta que descubría lo que estaba buscando.

Lamentablemente, no encontrarían respuestas durante las siguientes horas. De hecho, nadie los molestó hasta bien pasada la medianoche, cuando la puerta se abrió y un par de militares australianos entraron. Policías militares o el equivalente australiano, vestidos de uniforme. Un hombre y una mujer.

—¿Señor Austin? —lo llamó el soldado—. Por favor, venga conmigo.

Kurt se levantó con aire cansado. Joe hizo lo mismo.

—Usted no, señor Zavala —ordenó la guardia—. Usted quédese aquí.

Joe fingió una gran indignación.

—¿Qué? ¿Nadie quiere interrogarme? Yo podría saber un par de cosas.

Kurt se dirigió a la puerta.

—Seguro que te hacen pasar cuando yo termine. No te quedes levantado esperando.

Joe lo perdió de vista y se apoyó estoicamente contra la pared. Para su sorpresa, la guardia se quedó cuando la puerta se cerró.

Joe la observó. Era guapa, a pesar de no ir maquillada y del uniforme holgado. A Joe se le ocurrió que podía estar allí para llevar a cabo un interrogatorio subrepticio. Pensó que se lo pondría fácil y aprovecharía para averiguar lo que ella sabía.

—¿Estás aquí para vigilarme? —preguntó.

No hubo respuesta.

—Hay algo que me encanta de las mujeres con uniforme, ¿sabes? —dijo con más labia.

Nada, otra vez. Si se suponía que ella tenía que seducirlo, la estrategia de la estatua no estaba dando resultado.

—No eres muy sociable, ¿verdad? —Dijo Joe—. Bueno, ¿qué opinas de... los ovnis?

Ella siguió sin hablar, pero esta vez las comisuras de su boca se curvaron en una leve pero aparentemente irreprimible sonrisa. Joe sonrió a su vez. Ahora sí que estaba haciendo progresos.

Mientras Joe intentaba seducir a su centinela, Kurt fue llevado de excursión por lo que pareció la mitad de la base militar. Pasaron frente a la enfermería y siguieron adelante hasta que llegaron a un largo pasillo. Más guardias o policías militares se hallaban en el otro extremo.

—La tercera puerta a la derecha —dijo el escolta de Kurt.

El corredor era lúgubre. La pintura de las paredes estaba desconchada. Había montones de material cubiertos con lonas polvorientas contra una pared, y los fluorescentes parpadeaban. Parecía la clase de sitio donde podían guardar el equipo de electroterapia.

—¿Va a venir conmigo? —Preguntó Kurt.

El guardia permaneció con las manos a la espalda. No dijo nada.

—Supongo que no.

Kurt respiró hondo y recorrió despacio el pasillo hasta que llegó a la tercera puerta. Giró el pomo y entró en una habitación moderadamente iluminada con el instrumental de una unidad de cuidados intensivos. Tumbado en una cama a la derecha —con un tubo de oxígeno conectado a la nariz y un gota a gota enganchado

al brazo— estaba Cecil Bradshaw. No tenía buen aspecto.

Kurt cerró la puerta.

Bradshaw volvió la cabeza. Tenía los ojos oscuros, hundidos y medio cerrados.

—Me alegro de verlo —confesó Kurt—. Creía que iban a enchufarme a la red eléctrica.

Los ojos de Bradshaw se arrugaron un poco, lo más próximo a una sonrisa que podía esbozar. Se estiró hacia el interruptor que controlaba la cama de hospital, pero no lo alcanzó.

—Incorpóreme, ¿quiere?

Kurt encontró el botón que levantaba el respaldo de la cama, lo pulsó y lo mantuvo apretado hasta que Bradshaw estuvo casi sentado.

Una alarma empezó a parpadear en el monitor por un instante, señal de que el pulso de Bradshaw había descendido a cincuenta pulsaciones y que su tensión era un poco baja.

—Es lo que pasa cuando pierdes la mitad de la sangre —expuso Bradshaw—. Han estado bombeándome toda la noche.

—Me sorprende que le quedara algo —dijo Kurt.

—Soy un malnacido sin corazón —contestó Bradshaw—. No necesitamos mucho.

—Es una suerte para usted.

—He pedido que me quiten los analgésicos para poder hablar claramente con usted —pasó a explicar el jefe de la OSIA—. En primer lugar, quiero darle las gracias por ser uno de esos idiotas que no saben cuándo retirarse. Creo que Hayley, Wiggins y yo le debemos la vida.

Kurt agradeció el comentario.

—Hay un partido de rugby que quiero ver desde hace tiempo. Consígame buenos asientos, y estamos en paz.

Bradshaw se rio un poco, pero le hizo toser.

—La otra noche, después de su intervención en la ópera, estuve a punto de pedirle ayuda. Tenía una corazonada respecto a usted. Pero cuando mencionó el síndrome de descompresión, pude armar el rompecabezas, así que lo dejé correr. Menos mal que lo hice, porque, si no, habría venido con nosotros cuando nos atacaron. Y entonces estaríamos todos muertos.

—Un golpe de suerte —observó Kurt.

—Eso parece —convino Bradshaw—. Espero que sigamos teniéndola. No tengo suficiente aliento para andarme por las ramas, así que hablaré claro: quiero que usted se encargue de la investigación.

Los ojos de Kurt se entornaron.

—Tenía usted razón —explicó Bradshaw—, hay una filtración en mi departamento. No sé cómo es posible, pero es la única explicación lógica. A pesar de mis esfuerzos, parece que alguien sabe lo que estamos haciendo casi antes de que lo

hagamos. Están marcando un récord en adelantarse a nosotros.

—¿Ese es el motivo de que estemos en esta base aérea en lugar de en un hospital civil?

—Exacto —dijo Bradshaw—. Estamos haciendo creer a mis hombres que sigo en el quirófano, y luego se les dirá que no he recuperado la conciencia. Aparte de Wiggins y Hayley (quienes están temporalmente incomunicados como usted y Zavala), nadie está siendo informado de su presencia ni de su intervención.

—Estas cosas acaban filtrándose —observó Kurt—, sobre todo si empezamos a husmear haciendo preguntas. Cosa que, considerando que somos estadounidenses, podría ser un poco difícil en terreno australiano.

—Sería difícil si se quedara en suelo australiano —señaló Bradshaw.

Kurt se apoyó en una mesa.

—¿Qué está diciendo?

—Nos enfrentamos a terroristas —contestó Bradshaw—. Creemos que la siguiente fase de su plan se iniciará desde algún lugar mar adentro.

—¿Basándose en qué?

—Nuestro confidente —dijo Bradshaw—. Nos han dicho que el proyecto del desierto ha sido desbancado por un plan más peligroso y de mayor envergadura. Las pruebas lo confirman. Considerando el esfuerzo que debe de haber costado construir y esconder ese laboratorio (o como quiera llamarlo), es totalmente irracional volarlo a menos que tengan otra cosa a la que recurrir.

Kurt asintió con la cabeza. Tenía sentido.

—Además —añadió Bradshaw—, el cargamento de material de minería que interceptamos estaba compuesto por algunos de los últimos equipos marítimos autocontenidos. Están diseñados para ser usados en los entornos más peligrosos y en las peores condiciones meteorológicas. Lo sacamos de un buque de carga que zarpó de Perth oficialmente con rumbo a Ciudad del Cabo, pero el barco iba en dirección sur, hacia aguas antárticas, no hacia el oeste de Sudáfrica.

—En los tiempos que corren, la mala navegación no se explica —bromeó Kurt—. ¿Adónde cree que se dirigían?

—Creemos que Thero se esconde en la plataforma antártica.

—¿Thero?

—El líder de este desaguisado.

Kurt acercó una silla, le dio la vuelta y se sentó con los brazos apoyados en el respaldo, inclinándose hacia Bradshaw. Consideró lo que el hombre le estaba pidiendo. La curiosidad le incitaba a hacerlo, pero había cuestiones más importantes.

—La NUMA no es exactamente una agencia de la ley. Tal vez prefiera contactar con la Interpol.

—¿Y esperar seis meses a que se tramite todo el papeleo?

Bradshaw negó con la cabeza en respuesta a su propia pregunta.

—Además —añadió—, esto es un problema científico y una amenaza terrorista.

Por lo que he oído, los tipos de la NUMA están especializados en esa combinación. Y si esos hombres están usando el mar como escondite... bueno, eso es precisamente lo que a ustedes les va, ¿no?

Kurt asintió con la cabeza.

—Así es.

—Entonces deje que le entregue el testigo.

—La decisión no me atañe únicamente a mí —explicó Kurt—. Todo esto... nuestra participación... Solo ha sido una idiotez por mi parte, como usted ha dicho. Pero si vamos a involucrar oficialmente a la NUMA, tengo que pedirles permiso. No puedo prometerle nada. Pero por lo que me ha contado, creo que nuestro director compartirá su opinión.

—¿Pitt? —Dijo Bradshaw—. Sí, he oído hablar de él. Parece un buen hombre.

—El mejor —sentenció Kurt—. Pero antes de que hable con él, tengo que saber exactamente a qué nos enfrentamos. ¿Qué están tramando esas personas? ¿Quién es ese tal Thero y qué quiere?

Bradshaw no vaciló. Había llevado a Kurt allí para hablar y estaba listo.

—¿Ha oído hablar de la energía de punto cero?

Lo cierto era que Kurt no había oído hablar del tema. Al menos hasta que había buscado información sobre Hayley Anderson en internet.

—He visto el término en un artículo científico —reconoció—. No puedo decir que leyera más de un párrafo o dos, pero parecía un tipo de fuente de energía.

—No mentiré diciendo que entiendo de física —subrayó Bradshaw—, pero se trata de extraer energía de los campos de fondo que supuestamente están a nuestro alrededor. Según la teoría, accediendo a uno de esos campos se conseguiría una fuente de energía ilimitada e inagotable para todo el mundo, una que no costaría casi nada usar y distribuir.

—Parece un sueño imposible —comentó Kurt.

—Tal vez lo sea —dijo Bradshaw—. ¿Quién sabe? Pero el grupo al que nos enfrentamos cree en ello. Aseguran que han descubierto su secreto.

Bravo por ellos, pensó Kurt.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que hemos presenciado hoy? Si la energía gratuita es cosa de paz, amor y kilovatios, ¿por qué disparan y vuelan a la gente por los aires?

Bradshaw tosió e hizo una mueca de dolor.

—Le daré un expediente con todo lo que creemos que sabemos, pero esta es la versión breve. Como ya le he dicho, todo empieza con un tipo llamado Thero, Maxmillian Thero. Es estadounidense, de hecho. Un ingeniero nuclear de oficio y un físico autodidacta. Se pasó ocho años en la marina de su país, trabajando en submarinos y portaaviones. Lo despidieron en 1978 y empezó a trabajar en Three Mile Island pocos meses antes del accidente de 1979.

—Muy oportuno —observó Kurt.

—Por lo visto, para él sí que lo fue. Teniendo presente que el mundo había evitado por los pelos una catástrofe de proporciones épicas, empezó a reconsiderar sus opciones profesionales. Fue de acá para allá durante mucho tiempo y al final emprendió una cruzada en busca de un sistema alternativo para generar energía. En un momento dado, se le ocurrió la idea de la energía de punto cero. Por lo que sabemos, se pasó veinte años tratando de conseguir financiación y de demostrar que la idea era factible. Lamentablemente, nunca lo tomaron en serio.

»Al cabo de un tiempo, llegó a creer que había un motivo siniestro detrás, que sus esfuerzos estaban siendo frustrados por peces gordos de la industria nuclear, las compañías petrolíferas y otros poderes en la sombra del Departamento de Energía de su país. En una entrevista afirmaba que su gobierno le había pinchado el teléfono y que había puesto micrófonos en su casa y su laboratorio. Cuando Hacienda investigó sus finanzas no hizo más que echar leña al fuego.

—Parece manía persecutoria.

—Es la conclusión a la que llegó la CIA en un perfil que su gobierno ha compartido con nosotros. Es un hijo de puta paranoico. Parece que eso es lo que lo empuja. Poco después del efecto 2000, huyó de Estados Unidos y vino a Australia.

—¿Por qué Australia? —Preguntó Kurt—. Si mal no recuerdo, ustedes ni siquiera utilizan energía nuclear.

—Así es —dijo Bradshaw—. Y ese es exactamente el motivo por el que vino. Supuso que eso igualaba las condiciones. Eso y el hecho de que Australia y Nueva Zelanda se estaban oponiendo a las visitas de buques de guerra nucleares estadounidenses. Por lo que tengo entendido, él creía que mi gobierno lo acogería.

—¿Y fue así?

—Al principio —respondió Bradshaw—. Recibió la primera subvención que había visto en su vida y encontró trabajo como profesor en la Universidad de Sidney, mientras trataba de perfeccionar su teoría. En 2005 afirmó que solo le faltaba un año para disponer de un sistema funcional. Pero antes de que pudiera llevar a cabo la gran prueba, mi gobierno intervino y lo cesó.

—¿Por qué?

—No tengo respuesta a esa pregunta, pero había gente que creía que sus experimentos eran peligrosos —contestó Bradshaw.

No era ninguna sorpresa. Los científicos nucleares paranoicos que hacían pruebas clandestinamente acostumbraban a poner nerviosa a la gente.

—¿Qué pinta Hayley en todo esto?

—Es una física. Era una estudiante de posgrado cuando Thero llegó. Trabajó con él todo el tiempo que estuvo aquí. Hayley, junto con el hijo de Thero, George, y su hija, Tessa, todos físicos, formaban un estrecho triángulo que admiraba a Thero.

—Todos miembros de la cruzada —aventuró Kurt.

—Creyentes convencidos.

—Así que ustedes lo cesaron hace ocho años —observó Kurt—. Deduzco que ese

no es el final de su historia.

—No lo es. Ordenaron a Theo y a su familia que abandonaran el país o serían deportados. Podrían haber vuelto a Estados Unidos, pero un inversor de capital riesgo llamado Tokada le prometió que Japón, a diferencia de su país o el mío, financiaría su trabajo.

—Tiene sentido —dijo Kurt—. Japón siempre ha dependido de la energía importada.

—Ha dependido mucho —recalcó Bradshaw—. Importan el 98 por ciento de su petróleo y el 90 por ciento de su carbón. Su industria nuclear es muy importante, pero debido a los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, la energía nuclear siempre ha sido un tema delicado para ellos, incluso antes de que el tsunami arrasara los reactores de la costa.

Kurt podía ver cómo las fichas de dominó se alineaban.

—De modo que si Theo conseguía acceder a la energía de punto cero, Japón podría acabar con todo eso, y el país entero lo aclamaría como a un héroe y probablemente lo haría millonario de la noche a la mañana.

Bradshaw asintió con la cabeza otra vez.

—Thero se trasladó allí en 2006 y se instaló en un laboratorio secreto en una pequeña isla del norte llamada Yagishiri. Su hijo y su hija se fueron con él. Hayley se quedó.

—¿Por qué?

Bradshaw trató de ponerse más cómodo tirando de una almohada.

—Bueno, en primer lugar, empezó a creer que habían tomado un camino peligroso. Aparte de eso, padece miedo a viajar. No vuela, ni siquiera tiene coche. La mayoría de las veces va andando o toma el tren. Hasta ayer, hacía nueve años que no salía de Sidney.

Esa información sorprendió a Kurt, considerando la valentía que había visto en la joven.

—¿Cómo conseguí sacarla de aquí?

—Con sedantes.

Kurt se rio.

Bradshaw volvió a toser y se aclaró la garganta.

—Dos años después de que Thero se fuese a Japón, hubo un accidente, una enorme explosión en Yagishiri. Su laboratorio quedó totalmente arrasado.

—¿Qué pasó?

—Nadie lo sabe con certeza. Algunos dicen que sus experimentos le volaron la cara. Las fotografías por satélite solo mostraban un agujero humeante en el suelo. Parecía imposible que alguien pudiera haber sobrevivido. Se celebraron los funerales de todos los que se creía que estaban presentes, incluidos Thero y sus hijos.

—Caso cerrado —concluyó Kurt—. Demasiado sencillo.

—Sí —convino Bradshaw—. Avanzamos al año pasado, cuando mi gobierno

recibió una carta firmada por Thero. En ella insistía en que había venido a vengarse y que tenía intención de destruir Australia, del mismo modo que su familia había sido destruida.

Kurt se recostó.

—¿Destruir Australia? ¿Sembrando el caos y la agitación social o algo por el estilo?

Bradshaw negó con la cabeza.

—Partiendo el continente en dos.

Kurt observó el rostro de Bradshaw. No había nada que hiciera pensar que bromeaba o que deliraba.

—¿Perdón?

—Esa es la parte en la que el oprimido se rebela —dijo Bradshaw—. Como cualquier forma de energía, tiene usos beneficiosos y usos perjudiciales. Thero afirma que por fin ha triunfado en su empresa y ha descubierto el secreto de la energía ilimitada. Insiste en que la habría usado en beneficio del mundo, pero como el mundo lo rechazó y trató brutalmente a sus hijos, ahora él usará ese poder recién descubierto para la venganza, empezando por partir esta isla por la mitad.

—Incluso con una fuente de energía de la que jamás he oído hablar, parece un poco absurdo —dijo Kurt—. Mil bombas nucleares no podrían partir Australia por la mitad.

—No —convino Bradshaw—, pero las placas tectónicas sí.

—¿Por qué no va al grano? ¿Qué me está diciendo?

—Dejaré que Hayley le explique los detalles, pero Thero asegura que puede usar la energía de punto cero para provocar terremotos y alterar el movimiento de las placas tectónicas.

Hacía años Kurt había visto un estudio que insinuaba que algo similar se podría hacer a pequeña escala. Se sabía que las inyecciones en pozos profundos a elevada presión lubricaban las fallas y provocaban terremotos. Sin embargo, casi siempre esos temblores solo se detectaban en las lecturas de los monitores sísmicos, no en las calles de ciudades y pueblos situadas muy por encima.

Pero por otra parte, la energía de punto cero no era comparable a nada de lo que Kurt hubiera oído hablar.

—Thero ya nos lo ha demostrado —señaló Bradshaw—. En la carta que detallaba su amenaza, prometía causar un terremoto exactamente dos meses después de la fecha de su firma. Insistía en que ocurriría en algún lugar entre Adelaida, en la costa meridional, y Alice Springs, donde estamos ahora.

—Hubo un terremoto el mes pasado —afirmó Kurt, recordando las noticias—. Uno grande.

—De seis coma nueve —puntualizó Bradshaw—. A unos doscientos kilómetros al nornoroeste de Adelaida. Se produjo en la fecha exacta que Thero dijo. El terremoto más grande que hemos tenido en años.

—Pero aquí no hay fallas —repuso Kurt, recordando sus conocimientos de geología—. Australia está en mitad de una placa, no en el límite como California o Japón.

—Eso me han dicho —contestó Bradshaw—. Thero insiste en que puede cambiar eso. Insiste en que cuando haya terminado, Australia quedará partida por la mitad y habrá dos placas más pequeñas donde actualmente hay una.

A Kurt le daba vueltas la cabeza. ¿Era realmente posible?

—¿Existe alguna posibilidad de que sea una coincidencia? —preguntó—. ¿Una hipótesis afortunada que casualmente se haya hecho realidad? ¿Incluso una predicción bien fundamentada basada en un nuevo aparato de detección que él haya creado?

Bradshaw se encogió de hombros.

—Ni siquiera Hayley está segura. Pero no podemos quedarnos esperando a averiguarlo.

No, pensó Kurt, de ninguna manera podían hacer eso. No cuando se enfrentaban a un loco que buscaba justicia poética y que ya había perdido todo lo importante en la vida.

—¿Por qué sigue Hayley implicada? —inquirió—. Ella no es una agente. La otra noche me pareció al borde de un ataque de nervios. ¿Por qué la hace reunirse con esos mensajeros?

Bradshaw suspiró.

—Ya se lo he dicho: tenemos un confidente, una persona anónima dentro de la organización de Thero que ha estado proporcionándonos datos. Él o ella contactó con Hayley de improviso poco después de que la amenaza saliera a la luz. Quiquiera que sea esa persona de dentro de la organización de Thero, está dispuesta a tratar con nosotros solo si Hayley hace de intermediaria.

Kurt entendió el dilema al que se enfrentaba Bradshaw.

—Es una mujer valiente —dijo—, demasiado valiente para su seguridad. Debería ponerla en custodia preventiva.

—No hay custodia preventiva que proteja de lo que Thero está a punto de desencadenar. Al menos aquí abajo. Y como ella se niega a viajar, eso limita bastante las opciones. Además, quiere seguir ayudando. Y si usted acepta el caso, la necesitará. Ella es la única que entiende a lo que realmente nos enfrentamos.

Kurt comprendía que Bradshaw tenía razón, pero no le gustaba la idea. A los civiles que se metían en líos como ese les pasaban cosas malas.

Bradshaw señaló el sobre de manila cerrado que había sobre la mesa. Parecía que contuviera una gruesa carpeta.

—Eso es todo lo que sabemos. Léalo, hable con su gente y comuníqueme su decisión lo antes posible. Conseguiré las entradas para el partido de rugby de todas formas.

Kurt sonrió. Bradshaw era una buena persona, duro como una roca, dispuesto a

soportar el dolor para poder pasar el testigo y, sin embargo, capaz de gastar una broma. Kurt pensó que se merecía más jugo feliz para poder perderse en el reino de los sueños un rato. La idea le recordó otro misterio.

—¿Qué pasó allí? —preguntó—. ¿Cómo le hirieron?

Bradshaw sacudió la cabeza.

—Estaba preparándome para llamar por radio. Cuando quise darme cuenta estaba en el suelo, y alguien estaba disparando.

—¿Vio un destello?

Bradshaw se detuvo.

—¿Como la luz del sol reflejándose en un cristal?

—Sí —dijo Bradshaw despacio—. Creo que sí.

Kurt asintió con la cabeza. Seguía sin conseguir una respuesta, pero estaba convencido de que lo que le había pasado a Bradshaw era lo mismo que le había pasado a Joe. Thero tenía más de un arma a su disposición.

Cogió la carpeta y se levantó.

—Haré pasar a la enfermera.

—Descansaré mejor cuando sepa que usted está en el caso —gruñó el jefe de la OSIA.

—Entonces le avisaré lo antes posible.

Washington, 22.00 horas

Bajo la tenue luz de unas antiguas arañas, un grupo de embajadores, miembros del Congreso y otros dignatarios alternaban en la Sala Este de la Casa Blanca. Hablaban en voz baja, acompañados por los tonos apagados del piano Steinway dorado que adornaba la estancia.

Al término de la cena de Estado en honor al primer ministro de la India, los asistentes dispusieron de la oportunidad de hablar, hacer contactos y debatir ideas sin las restricciones de las posturas oficiales. Se decía que se hacían más negocios después de las horas de oficina que durante todas las reuniones oficiales, las sesiones de negociación y las mediaciones cuidadosamente organizadas de los gobiernos del mundo juntas.

Dirk Pitt no lo dudaba.

Mientras recorría la sala, oyó tratos que se cerraban, posturas flexibles en acuerdos sometidos a debate y muchas otras actividades. Como director de la NUMA, él también había aprovechado esas ocasiones colocándose un micrófono oculto en el oído derecho o en los dos. Esa noche, sin embargo, estaba presente solo como favor a un viejo amigo.

Alto y robusto, con el atractivo curtido de un hombre de campo, Pitt era un hombre de acción y un líder resuelto que exhibía la mayor serenidad en las circunstancias más caóticas. Si se hubiera producido una explosión al fondo del pasillo, Dirk Pitt podría haber evaluado la situación, haber terminado su copa y haber buscado tranquilamente el extintor más próximo.

Con esa actitud, se movió lentamente por la sala buscando el único punto de inflamación potencial que esperaba encontrar esa noche: su buen amigo James Sandecker, exdirector de la NUMA y actual vicepresidente de Estados Unidos.

Pitt lo encontró, situado orgullosamente en el otro extremo de la recepción. El cabello pelirrojo de Sandecker era ahora parcialmente gris, pero su cuerpo de peso gallo seguía firme y en forma. Estaba de pie con las manos juntas a la espalda; era de suponer que para disuadir a cualquiera de intentar estrechárselas. Esa postura y el ceño fruncido de su rostro bastaban para advertir al tráfico humano más espurio de que no se acercasen a él.

A la mayoría pero no a todos.

—¿Cuántos senadores hacen falta para enroscar una bombilla? —le preguntó un fornido miembro del Congreso con la cara colorada entre trago y trago de un *whisky* con hielo.

Dirk Pitt observó el diálogo con diversión. Estimó que las probabilidades de que la respuesta contuviera tacos eran de un 50 por ciento. Habrían sido más elevadas, pero después de todo estaban en la Casa Blanca.

—¿Cuántos? —dijo el vicepresidente secamente.

El miembro del Congreso se echó a reír de su propio chiste.

—Nadie lo sabe, pero si quiere podemos formar un comité especializado para que estudie el asunto y le informe dentro de un año o dos.

Sandecker esbozó una sonrisa fugaz, pero el ceño fruncido regresó a su cara casi en el acto.

—Interesante —comentó, sin añadir nada más.

La risa del miembro del Congreso se fue apagando y se interrumpió repentinamente. Parecía confundido y al mismo tiempo irritado por la respuesta de Sandecker. Bebió otro trago de su copa, le dedicó un saludo cortés con la mano y se marchó, mirando atrás una o dos veces con una expresión de desconcierto en el rostro.

—Creo que se te está suavizando el carácter —dijo Pitt, acercándose al vicepresidente—. El hecho de que no le hayas pegado un puñetazo a ese tipo lo pone de manifiesto.

En ese momento, un estridente pitido de aviso sonó en uno de sus bolsillos.

—¿El tuyo o el mío? —Preguntó Sandecker.

Pitt ya había alargado la mano para coger su teléfono.

—Creo que el mío.

Sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta y tecleó un código. Cuando la pantalla se encendió, mostraba las palabras «MENSAJE DE PRIORIDAD 1».

Sandecker adoptó una expresión seria.

—Recuerdo la época antes de los móviles y los buscas —empezó a decir—, cuando un pobre infeliz tenía que venir corriendo como un descosido para darte una mala noticia.

—Los tiempos han cambiado —dijo Pitt, esperando a que el mensaje se abriese.

—No para bien —comentó Sandecker—. Disparar al mensajero no es ni la mitad de divertido cuando solo es una puñetera máquina. ¿Qué hay de nuevo?

—Kurt se ha metido en un lío en Australia.

Una sonrisa iluminó el rostro de Sandecker.

—He oído que ha dejado la Ópera hecha unos zorros —reveló, sin apenas contener la risa.

—¿Qué tiene eso de gracioso? —Preguntó Pitt.

—Son como nietos —explicó Sandecker—. Te están haciendo pagar todos los dolores de cabeza que tú y Al me disteis a mí. Cuando pienso en todas las cosas que tenía que arreglar o esconder debajo de la alfombra...

Sandecker volvió a reírse y sacudió la cabeza.

—¿Sabes que Hacienda todavía quiere cobrarte impuestos por el Messerschmitt

que te trajiste de Alemania?

Pitt lanzó una mirada a su amigo.

—Considerando todo el dinero que he invertido en él, es más una carga.

La respuesta brotó de los labios de Pitt casi de forma inconsciente; ya no estaba centrado en la conversación. Estaba examinando el mensaje mientras el *software* de seguridad del teléfono lo descifraba. En compañía de otra persona, habría ocultado sus emociones. Pero delante de uno de sus más viejos amigos, no importaba.

—Ocurre algo —aventuró Sandecker.

—Nueve miembros de la OSIA muertos en una emboscada. Parece que Kurt y Joe se tropezaron con la escena y consiguieron salvar a otros dos y a una científica. Kurt quiere hablar por conexión vía satélite codificada. Dice que está en la base aérea de Alice Springs.

—Alice Springs —repitió Sandecker—. Interesante.

Pitt alzó la vista.

—¿Interesante como el chiste de los senadores? ¿O interesante de verdad?

—Interesante de verdad —remarcó Sandecker, aunque no dio más detalles.

Dirk se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Supongo que en este edificio tenéis un sitio donde pueda hablar con Kurt.

—La Sala de Situaciones está disponible —dijo Sandecker, mientras sacaba su teléfono y enviaba un mensaje—. Mandaré al equipo de comunicaciones que la preparen. Las luces estarán encendidas y el café bien caliente cuando lleguemos.

—¿Lleguemos?

—No puedo dejar que andes por la Casa Blanca solo —explicó Sandecker, como si Pitt formara parte de un grupo de visita o algo parecido—. Además, necesito una excusa para salir de aquí antes de que le pegue un puñetazo a alguien y manche la reputación de mi departamento.

Veinte minutos más tarde, Pitt y Sandecker estaban en una zona secundaria de la Sala de Situaciones, una sección más pequeña cuyas dimensiones no eran mayores que las de un estudio corriente. Había un monitor grande y tres más pequeños empotrados en una pared. Dos hileras de cómodas sillas completaban el conjunto. En general, parecía una lujosa sala de cine en casa.

Como Sandecker había prometido, uno de los mejores cafés que Pitt recordaba les estaba esperando. Lo bebió a sorbos mientras un técnico del equipo de comunicaciones terminaba de hacer unos ajustes y salía.

Pitt se sentó al frente, y Sandecker tomó asiento a su lado.

Segundos más tarde, recibieron una señal, y la cara cubierta de barba incipiente de Kurt Austin apareció en la pantalla.

—Conexión bilateral establecida —anunció la voz del técnico por el intercomunicador—. Pueden verlos y oírlos, y ellos pueden verlos y oírlos a ustedes.

—Gracias, Oliver —contestó el vicepresidente.

En la pantalla, Austin se enderezó.

—¿Señor vicepresidente? —dijo—. No esperaba verlo.

—¿Te habrías afeitado si lo hubieras sabido?

—Si me dejasen algo más afilado que un cuchillo para untar mantequilla, por supuesto.

Sandecker esbozó una sonrisa.

—No te preocupes. Por cierto, la buena gente de la isla de Pickett te manda recuerdos. Hace poco los hemos nombrado ciudadanos estadounidenses. Han decidido mantener la isla como está en su mayor parte, con una notable excepción. Han cambiado el nombre de la cueva donde te encontraron. Ahora se llama bahía de Austin.

—Suena fenomenal —dijo Kurt—. Espero vivir para volver a verla.

Pitt habló a continuación.

—Has estado de vacaciones menos de una semana, Kurt. Hasta ahora, has conseguido destruir un edificio de fama mundial, os has metido a ti y a Joe Zavala en un asunto de seguridad nacional australiana, y al parecer habéis acabado en el hospital. Estoy empezando a preocuparme por lo que tú entiendes por diversión.

—No debería haber mezclado a Joe —reconoció Kurt.

—Probablemente tú tampoco deberías haberte mezclado —le corrigió Pitt—. Por otra parte, habéis salvado vidas. Eso suele nivelar la situación.

Kurt asintió con la cabeza.

—Por si no ha quedado del todo compensada, el jefe de la unidad antiterrorista de la OSIA ha pedido ayuda extra.

Kurt pasó a explicarles los sucesos de los últimos dos días, la situación actual y lo que consideraban una amenaza. Terminó describiendo lo que sabía acerca de la energía de punto cero y exponiendo la petición de Bradshaw.

A medida que Pitt escuchaba, la historia le resultaba cada vez más difícil de creer, pero hacía tiempo había aprendido que cuando uno hacía caso omiso de lo que parecía imposible, normalmente se veía obligado a enfrentarse a ello en el futuro. Se fijó en Sandecker, sentado en actitud hermética y aparentemente menos sorprendido por lo que Kurt estaba diciendo.

—Australia corre un peligro inmediato —concluyó Kurt—. Pero según Bradshaw, la carta de Thero indica que el resto de los países padecerán su ira después de Australia.

—Así que quieres buscarlo —dedujo Pitt—. ¿Tienes alguna idea de dónde mirar?

—Basándose en el equipo de minería de contrabando y en otros datos, la OSIA cree que la siguiente fase del proyecto de Thero se llevaría a cabo mar adentro, o en una instalación sumergida o en la plataforma antártica.

Pitt asintió con la cabeza pensativamente.

—Eso es muchísimo espacio. Estás hablando de cientos de miles de kilómetros cuadrados. Tenemos que encontrar una forma de restringir la zona de búsqueda.

—Según Bradshaw, la señora Anderson ha estado trabajando en un tipo de

detector —dijo Kurt—. Ella cree que el terremoto inicial lo provocó el prototipo del artefacto en la mina inundada pero que Thero está construyendo un artefacto más grande que necesitará pruebas de calibración antes de que pueda usarlo a pleno rendimiento. Esas pruebas podrían conllevar cierto peligro y causar ciertos estragos, pero si ella está en lo cierto, nos servirán para acotar la situación del arma.

Se oyó un gruñido procedente de la dirección de Sandecker. Pitt miró a su viejo amigo.

—¿Le dice eso algo, señor vicepresidente?

Sandecker se recostó en su asiento y empezó a acariciarse la barba puntiaguda cuidadosamente recortada de su mentón. Un momento después, se puso derecho y se inclinó hacia delante. Tenía una expresión inamovible, y los ojos no le parpadeaban. Era la viva imagen de un comandante que tomaba decisiones inmediatas y autoritarias.

—Lo que estoy a punto de contarles es confidencial —subrayó—. Alto secreto, de hecho. La Agencia de Seguridad Nacional ha desarrollado un nuevo sistema de teledetección. Está diseñado para localizar explosiones nucleares a través de los estallidos de neutrinos y los rayos gamma que producen. Los nuevos detectores son mucho más sensibles que nuestros sistemas por satélite a la hora de estudiar las pruebas nucleares subterráneas y las explosiones. Hay veinticuatro situados en varias bases militares por todo el mundo. Por motivos desconocidos, varios de ellos recibieron una señal anómala hace un mes a las siete treinta y cinco hora media de Greenwich, inmediatamente antes del terremoto de Australia.

—¿Qué estaciones? —Preguntó Pitt.

—Ciudad del Cabo, Alice Springs y Diego García; la señal más intensa llegó a Alice Springs.

—¿Podemos acceder a esos datos? —Preguntó Pitt.

—Me aseguraré de que así sea —respondió Sandecker.

—Parece que podría estar relacionado —dijo Kurt—. Podría ayudarnos a restringir la zona de búsqueda.

Pitt se mostró de acuerdo.

—¿Qué necesitas para dar el siguiente paso, Kurt?

—Necesitaré unos cuantos barcos, tantos como puedan ofrecerme —contestó Kurt—. Nos gustaría montar un piquete y estar a la escucha de cualquier sonido más fuerte que un pitido. Y necesitaré ayuda técnica. Paul y Gamay Trout cumplen con los requisitos, si puede hacerlos venir. También voy a enviar una lista de instrumentos de alta tecnología que la señora Anderson ha solicitado. Si pueden mandarlos a Perth, sería estupendo. Llegaremos allí dentro de un par de días.

—¿Un par de días? —Repitió Pitt—. Perth no está a más de tres horas de Alice Springs por aire.

—Lo sé, pero no estamos viajando por aire —replicó Kurt—. Joe y yo tenemos que acompañar a la señora Anderson. Y volar le da un pánico mortal. Así que parece

que viajaremos en tren.

Pitt habría preferido enviarles un avión a reacción, pero de todas formas llevaría varios días enviar los barcos y el instrumental.

—Entendido —dijo—. Zarpáis en cuanto lleguéis al muelle.

—Estaremos listos —aseguró Kurt.

Puso fin a la comunicación, y Dirk Pitt consideró la tarea que les aguardaba. Localizar un experimento en la vasta extensión del océano Antártico no sería fácil ni siquiera para una pequeña flota de embarcaciones de alta tecnología.

Se volvió hacia Sandecker.

—¿Tienen esos detectores de neutrinos tuyos toma de variables direccionales?

—Hasta cierto punto —reconoció Sandecker—, pero no tienen una precisión matemática, si es lo que buscas.

Los engranajes de la mente de Pitt estaban dando vueltas.

—¿Existe alguna posibilidad de que los ajusten para buscar esas ondas? ¿Por si acaso nuestros amigos hacen exactamente lo que Kurt está insinuando pero el sensor que la científica amiga de Kurt está construyendo no las detecta?

—¿En qué estás pensando?

—Aunque sea un vector direccional vago, si tres estaciones recibieron una señal, deberíamos poder contrastarlo y triangularlo. Eso nos ayudará a acotar la zona de detección.

Sandecker sonrió.

—Veré lo que puedo hacer.

Buque de la NUMA Gemini

*Océano Índico, a doscientos veinticinco kilómetros
hacia el oeste de la isla de Navidad*

El buque de la NUMA *Gemini* era un barco de diseño estilizado de cincuenta metros. De perfil, parecía un yate aumentado, más grueso y más pesado, diseñado para transportar instrumentos y robots submarinos y una tripulación de científicos apretujados en diminutos camarotes.

En ese momento el *Gemini* navegaba hacia el oeste, mientras la tripulación probaba un nuevo tipo de sónar diseñado para penetrar el fondo del mar.

Con un walkie-talkie en la mano, Paul Trout se dirigía a la parte de delante de la cubierta de proa. Se inclinó por encima de la barandilla y miró abajo. Justo a popa del punto donde la proa del barco se juntaba con el agua, una pestaña triangular de tres metros sobresalía del lado del casco. Esa protuberancia, junto con una idéntica situada en el lado de babor, daba al barco una extraña forma, como la cabeza de una pastinaca, y la tripulación lo había apodado Raya.

Tal vez fuese un sobrenombre adecuado. Como su homónimo en el mundo animal, la Raya estaba diseñada para registrar el fondo del mar buscando cosas ocultas bajo eones de sedimento amontonado.

Se esperaba que fuese un gran salto adelante en la búsqueda y el desarrollo de recursos submarinos. Pero primero tenía que funcionar, algo que hasta el momento había resultado impredecible.

Paul pulsó el interruptor de la radio para hablar.

—Pestaña doblada y asegurada. Las barras de acoplamiento están fijadas y los indicadores de alineación coinciden. La Raya está visualmente en la situación correcta.

—De acuerdo, Paul —dijo una voz de mujer por la radio—. Seguimos recibiendo una señal extraña en el procesador.

La voz de mujer pertenecía a Gamay Trout, la esposa de Paul. Ella estaba en el centro de información del *Gemini*, supervisando el flujo de datos desde la carcasa con forma de campana de la Raya.

Paul prefería estar en la cubierta, en parte porque el centro de información era estrecho y reducido y él medía dos metros, pero también porque la idea de embarcarse en una misión en el mar y pasar la mayor parte del tiempo en una habitación oscura rodeado de ordenadores le parecía el colmo de lo absurdo.

—¿Ves algún delfín? —Preguntó Gamay.

—¿Delfines?

—Durante una prueba, aparecieron delfines nadando cerca de nuestra proa. Parecían muy interesados en la Raya. No paraban de acribillarla con el sónar. Era una señal en *staccato* parecida.

Paul no la había oído antes. Comprobó los dos lados del barco.

—No hay delfines ni calderones negros.

A continuación hubo una larga pausa. Paul supuso que Gamay estaba repasando un protocolo de diagnóstico o algo parecido. Aprovechó el tiempo para estirarse y admirar el cielo azul, la brisa fresca y el cálido sol.

Después de otro rato de silencio, decidió arriesgarse a preguntar a Gamay.

—¿Todo va bien?

No hubo respuesta, y Paul se imaginó los ordenadores colgados y toda clase de juramentos proferidos en la sala de control. Se alegró doblemente de no estar allí abajo.

Se volvió cuando una figura apareció en el puente de mando del *Gemini* y descendió por la escalera hacia la cubierta principal.

Paul sonrió cuando Gamay se acercó. Con una estatura de casi un metro ochenta, era relativamente alta para ser una mujer, pero sus dimensiones no le hacían parecer ni delgada ni larguirucha como muchas mujeres altas. Era elegante cuando la ocasión lo requería. En ese momento iba vestida como el resto de la tripulación, con unos pantalones color caqui y un polo de la NUMA. Su cabello pelirrojo oscuro estaba impecablemente recogido en una cola de caballo y cubierto con una gorra de la NUMA en la que se leía GEMINI en letras doradas. Dedicó una sonrisa a Paul, y sus ojos azules chispearon con picardía.

—¿Has decidido venir a dar un paseo conmigo? —dijo él, con un acento de New Hampshire detectable en su voz.

—En realidad vengo a darte una mala noticia —contestó ella—. Tenemos que marcharnos y dirigirnos al sur.

—¿Al sur? ¿Por qué? Seguro que puedes volver a conectar la Raya.

—No es la Raya —lo corrigió ella—. Tenemos nuevas órdenes.

Paul notó que el barco empezaba a girar hacia babor.

—No hay tiempo que perder.

—Dirk quiere que vayamos a ayudar a Kurt y Joe en un proyecto crítico, según sus palabras.

—Lo último que supe de Kurt y Joe es que estaban de vacaciones —le recordó Paul—. ¿Tiene algo que ver ese proyecto con pagar una fianza o con sacarlos del país a escondidas?

—Ya conoces a Dirk —dijo ella, rodeando la cintura de Paul con el brazo—. Es un hombre de pocas palabras. Ha dicho que nos daría más detalles cuando lleguemos.

Entonces Paul empezó a sospechar. Aparte de las palabras de Gamay, notaba que el *Gemini* estaba cobrando velocidad.

—¿Adónde vamos exactamente?

Gamay negó con la cabeza.

—Lo único que sé es que Dirk me ha recomendado que saquemos la ropa para el frío.

—Entonces has salido por eso —dedujo Paul.

—He pensado que tenía que aprovechar el sol mientras pudiera.

Paul y Gamay trabajaban a menudo codo con codo con Kurt y Joe. Y en la mayoría de los casos, cuando la velocidad de viaje aumentaba, se veían envueltos en situaciones inesperadas. Si la tendencia se mantenía, solo les quedaría un día o dos para relajarse durante una temporada.

—¿Qué tal si damos ese paseo?

—Bueno —aceptó Gamay.

Este de Siberia, 17.00 horas

La niebla descendía sobre las estepas cubiertas de hierba de la llanura de Kamchatka. El cielo gris moteado oscurecía los picos de las montañas y amenazaba lluvia.

—¡Tirad!

A continuación, las puertas de varias jaulas se abrieron. Estalló un aleteo.

Tres disparos resonaron. Tres pájaros, huyendo en diferentes direcciones, cayeron uno tras otro en rápida sucesión, y sus alas explotaron hacia fuera como el polvo.

Situado en medio de la masacre, Anton Gregorovich introdujo otro cartucho en la ranura de su escopeta. Tres disparos, tres aciertos.

Sonriendo ante su hazaña, bajó el arma y miró a sus dos ayudantes, unos adolescentes agachados junto a un círculo de jaulas.

—¿Cuántos quedan?

—Cuatro —dijo uno de los chicos.

—Esta vez todos —ordenó Gregorovich.

Los chicos asintieron con la cabeza y prepararon las jaulas. Unos pájaros con alas grises saltaron con nerviosismo en las trampas.

Gregorovich mantuvo la calma. Agachó la cabeza y cerró los ojos, permaneciendo atento al sonido del vuelo.

Con una estatura de casi un metro noventa y cinco kilos de peso, Gregorovich llevaba unos pantalones militares con un estampado de camuflaje ártico y el torso descubierto, pese a que la temperatura apenas rebasaba los cero grados. Su cuerpo musculoso no tenía más de un 1 por ciento de grasa. Subsistía a base de una dieta compuesta de proteínas prácticamente puras, suplementos alimenticios y combinados nutritivos desarrollados por el equipo olímpico ruso. Allí de pie, inmóvil, parecía una estatua, como la versión del hombre ideal tallada por un escultor a partir de un bloque de piedra.

En muchos aspectos, estaba más en forma que cualquier atleta porque su régimen incluía esteroides, hormonas del crecimiento humanas y otros elementos prohibidos por las asociaciones de atletismo del mundo.

Era justo. En su mundo, las consecuencias del fracaso no se representaban con medallas de plata ni con la eliminación de una prueba. Si Gregorovich vacilaba, moría.

—Cuando estéis listos... —dijo en voz queda.

Silencio por un momento. Podía percibir a los muchachos ocupando sigilosamente posiciones, moviendo silenciosamente las jaulas, reacios a revelar

ningún detalle. Agradecía que quisieran ponerlo a prueba. Mantuvo los ojos cerrados, el ritmo del corazón estable y la mente despejada. Los segundos pasaron, seguidos del repentino ruido de las puertas de las jaulas al abrirse.

Gregorovich alzó la cabeza de golpe y abrió los ojos. En un instante, fijó la vista en los pájaros, que volaban otra vez en distintas direcciones. Sacó precipitadamente un par de pistolas Makarov de las pistoleras que llevaba en las caderas como un pistolero del Lejano Oeste.

Se volvió hacia la derecha con un arma en cada mano y apretó los dos gatillos. Las dos palomas de ese lado cayeron simultáneamente.

Se giró a la izquierda y vio el tercer blanco, que volaba bajo. Apuntó con la mano derecha y disparó dos veces. La paloma se desplomó sobre la alta hierba. La cuarta estaba ya a cincuenta metros de distancia.

Gregorovich le disparó con las dos pistolas y le arrancó un ala. El pájaro descendió en espiral como un avión de la Segunda Guerra Mundial abatido. Cayó al suelo antes de que pudiera volver a disparar y rematarlo con certeza.

—¡Maldita sea!

Los muchachos lo miraron nerviosos, lo más agachados que podían. Él podía ver el miedo en sus ojos. Antes de que pudiera tranquilizarlos, un nuevo sonido atravesó la tundra: un helicóptero que se dirigía a ellos.

Gregorovich se volvió y vio un monstruoso modelo Mi-24 volando pesadamente bajo el cielo encapotado. Una falange de lanzamisiles y cañones múltiples se veían en las barquillas bajo sus gruesas alas. Su rotor de seis palas giraba en lo alto en medio de un gran torbellino continuo.

El helicóptero descendió más y más, redujo la velocidad a medida que se acercaba y acto seguido planeó. Finalmente aterrizó en la hierba a cincuenta metros de distancia. Antes de que los motores estuvieran al ralentí, una puerta lateral se había abierto y un hombre con un grueso abrigo había bajado y había echado a andar hacia Gregorovich.

A pesar de la distancia, Gregorovich lo reconoció: Dmitri Yevchenko, uno de los magnates del petróleo de Rusia.

Con la caída de la Unión Soviética, Yevchenko se había sumado a la pelea por la riqueza y había transformado un agonizante campo petrolífero siberiano en una suerte de imperio euroasiático. Al igual que muchos nuevos millonarios, Yevchenko había llegado a lo más alto mostrándose implacable. Pero a diferencia de la mayoría de ellos, había advertido la necesidad de cambiar al ver lo que se le venía encima.

Su corporación ahora llenaba las arcas de los partidarios incondicionales del Partido Comunista. Contratava a sus amigos y familiares. No tenía en cuenta los sobornos y los robos a los que tenía que hacer frente, considerándolos otra forma de impuestos e incluyéndolos en su plan de empresa como un concepto aparte.

Sin embargo, el pasado era difícil de ocultar y no desaparecía solo porque Yevchenko lo deseara. Hacía unos meses, un periodista había empezado a investigar

la verdad y se había estado a punto de conseguir respuestas antes de morir repentinamente en un accidente de avión. Un político excesivamente entusiasta que había pedido demasiado había corrido distinta suerte: se había ahogado en el mar Negro.

No era casual que llamaran a Yevchenko el Carnicero Siberiano: sus enemigos yacían por todas partes. Pero era un apodo inadecuado. Yevchenko no había matado a ninguno. Gregorovich lo había hecho siempre por él.

—Coged los caballos —ordenó Gregorovich a los chicos—. Os veré en el pueblo.

Los muchachos hicieron lo que les ordenó y desaparecieron cuando Yevchenko se acercó.

—¿Ahora juegas con niños, Gregorovich?

Yevchenko siempre había sido corpulento, pero ahora estaba rollizo, incluso debajo del grueso abrigo. Al parecer había estado comiendo bien en Moscú.

—Son unos chicos del pueblo —contestó Gregorovich—. Su madre me atrae, y no tienen nada mejor que hacer.

—Entiendo —dijo Yevchenko—. ¿Y tú?

Gregorovich se puso una camiseta gris.

—¿Para qué has venido a molestarme?

—He estado en una reunión de emergencia con miembros del partido —explicó Yevchenko.

—¿Están intentando hacerse con el control?

—No, nada de eso. Han descubierto que lo que es bueno para nosotros es bueno para Rusia.

—Entonces ¿por qué tienes cara de haber visto un fantasma?

—Porque lo he visto.

Yevchenko tenía las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos y el cuello de su abrigo subido. Estaban a mediados de marzo, pero estaba helado. El Carnicero Siberiano se había ablandado.

—¿Por qué no vas al grano, amigo mío? —le dijo Gregorovich.

—¿Qué tememos? —Preguntó Yevchenko retóricamente—. No conseguir lo que deseamos o perder lo que tenemos. Nuestro negocio, nuestra economía, la misma existencia de nuestro país, dependen de una sola cosa: la energía. Carbón, petróleo, gas natural. Actualmente somos el mayor productor de crudo del mundo, y hemos superado a los saudíes en los dos últimos años. Durante una década, hemos sido el mayor productor de gas natural, y poseemos las reservas de carbón más extensas del planeta. Esos son los recursos que nos mantendrán en el futuro. Se los venderemos a potencias sedientas de poder como China, la India y Europa a precios cada vez más altos. Es nada menos que de la sangre que nos da vida. Pero ahora nos enfrentamos a una amenaza que podría arrebatárnosla en un abrir y cerrar de ojos.

Gregorovich recogió la escopeta y echó a andar, más interesado en encontrar al pájaro herido que en proseguir la conversación. Lamentablemente, Yevchenko lo

siguió.

—Hace cinco años te mandé a una misión —explicó Yevchenko—. Los japoneses estaban desarrollando un método para sacar energía del aire que nos rodea. Planeaban construir una flota de coches exclusivamente eléctricos, una red nacional que no necesitase plantas de petróleo, carbón o gas natural. Y deseaban codiciosamente exportar la tecnología al resto del mundo, conseguir más riqueza y cerrarnos la puerta de la pobreza en las narices una vez más.

—Los experimentos de Yagishiri.

—Veo que te acuerdas.

—Por supuesto que me acuerdo —le espetó Gregorovich—. Destruí el laboratorio y maté a los científicos.

Yevchenko arqueó una ceja.

—¿Estás seguro?

Gregorovich estaba buscando la paloma en la hierba. Encontró plumas y un reguero de sangre.

—¿Qué estás insinuando?

—Como con esa paloma herida —contestó Yevchenko—, parece que no eliminaste la amenaza tan meticulosamente como dijiste.

Gregorovich interrumpió la búsqueda y se volvió hacia Yevchenko.

—El laboratorio fue aniquilado. Utilizamos suficientes explosivos para derribar una manzana de una ciudad. La termita lo redujo todo a cenizas. No quedó ninguna constancia de lo que estaban intentando hacer. Y antes de eso, disparé personalmente a todos esos pobres desgraciados.

—Alguien sobrevivió.

—Imposible.

—Los experimentos han empezado otra vez, en secreto —explicó Yevchenko.

Gregorovich apartó la vista y respiró hondo el aire puro siberiano. Se imaginó que había una explicación menos siniestra.

—Sabías que solo estábamos aplazando lo inevitable —dijo—. Si esa teoría científica es válida, alguien acabará dando con ella y terminando el trabajo. Y aunque se demuestre que la teoría es falsa, los cambios vendrán de otra parte. Algún día habrá un panel solar que sea cien por cien eficaz o un método para acumular de forma económica la energía de las mareas o las olas o el viento. Cuando eso ocurra, las Gazprom, las Aracom o las Exxon del mundo ya no serán necesarias.

—¡Sí, claro! —Gritó Yevchenko—. Pero que ocurra dentro de cien años. Hemos gastado cien mil millones de dólares en los últimos tres años comprando nuevas reservas de petróleo y gas natural. Se han invertido enormes porcentajes del presupuesto del gobierno en infraestructuras para nuestra industria. No podemos permitir que esas inversiones se desperdicien. No ahora, en esta encrucijada.

Gregorovich retomó su búsqueda pisando la larga hierba con las botas y siguiendo el rastro de sangre.

—Aunque los japoneses desarrollen ese sistema, tardarán décadas en construir la infraestructura —dijo—. Y más décadas en cambiar el mundo.

—No —repuso Yevchenko—. Cuando llegue el cambio, llegará de repente. Hace diez años los móviles eran aparatos para los ricos. Ahora la Tierra está llena de ellos. Los billones de dólares gastados en líneas fijas por las compañías de teléfonos del mundo son cada vez más inútiles.

Gregorovich todavía no había encontrado a la paloma. Se detuvo para centrarse otra vez en su viejo mentor.

—No es propio de ti mostrar miedo, amigo mío. Tal vez hayas vivido demasiado tiempo en la comodidad del seno de Moscú.

—No tienes por qué envidiarme; tú podrías haberme acompañado.

—¿Y vivir con miedo como tú? —Gregorovich negó con la cabeza—. Estás poniendo el grito en el cielo por una quimera y una posibilidad remota. No me cuadra. ¿Qué es lo que realmente te da miedo?

Yevchenko pareció temblar un poco más. Vaciló y acto seguido habló finalmente.

—He recibido una amenaza. Dice que sufriremos por lo que hicimos. Es de Thero en persona. Incluye detalles que solo sabría alguien que hubiera estado allí. Promete que los mártires de Yagishiri serán vengados y que su sangre será resarcida un millón de veces. Lo que una vez fue diseñado para la paz será usado ahora para la guerra.

Gregorovich consideró esa información. Le costaba imaginar que alguien hubiera sobrevivido a las explosiones y el fuego que él había provocado. El laboratorio se había convertido en un cráter humeante de sesenta metros de ancho. El fuego había ardido tanto que Gregorovich y otro comando se habían quemado desde muy lejos.

—Alguien está usando su nombre para asustarte.

—Puede —convino Yevchenko—. Pero en cualquier caso, hay que detenerlo. Y hay que destruir la tecnología para siempre.

Gregorovich hizo una pausa, preguntándose quién podría estar detrás de ese bulo.

—Si mal no recuerdo, había una mujer, una australiana. Era colega de Thero y amiga de su hijo y de su hija. Ella denunció el trabajo alegando que era una pérdida de tiempo y se quedó en Australia cuando Thero y su equipo se fueron a Japón.

Yevchenko asintió con la cabeza.

—La hemos vigilado, y ella no es la responsable. Pero de todas formas es un peligro para nosotros, sobre todo ahora que trabaja con los estadounidenses.

—¿Cómo se mezcló ella en este embrollo?

—Hubo un incidente en Australia —dijo Yevchenko—. La mujer que has mencionado fue rescatada por un estadounidense de la Agencia Nacional de Actividades Subacuáticas. Creemos que ellos también están buscando a Thero. Hace poco dos de sus barcos han sido desviados hacia Perth, y un tercero hacia Sidney.

Gregorovich había oído hablar de la NUMA. Aunque su trabajo era de carácter civil y su personal estaba compuesto en su mayoría por científicos y benefactores medioambientales, en Rusia había quienes estaban convencidos de que se trataba de

una rama de la Agencia de Seguridad Nacional. Gregorovich lo dudaba. Pero aun así tenía que reconocer que acababan en más aprietos que la CIA.

—¿Por qué la NUMA?

Yevchenko se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Pero lo más probable es que intenten robar lo que descubran y desarrollarlo para Estados Unidos. Como seguro comprendes, un resultado así es total y categóricamente inaceptable.

Tal vez eso fuese lo que más temían Yevchenko y los líderes del partido.

—Deberías haberme hecho caso la primera vez —dijo Gregorovich—. Yo te habría traído a Thero y a los demás científicos. Habrían sido tus presas y habrías podido explotarlos.

—Solo queremos el *statu quo* —explicó Yevchenko—. Tu misión era garantizarlo. En lo que al partido respecta, sigue siéndolo.

La mirada de Yevchenko era dura, y su voz firme y amarga. Al parecer, todavía quedaba un poco de pasión en su alma, por lo menos en lo tocante a ese tema.

—¿Qué estás diciendo?

—Debes buscar a Thero o al impostor y acabar con él. Debes eliminar toda constancia de su investigación y toda prueba de sus esfuerzos. Y esta vez no debes dejar cabos sueltos que nos persigan.

Gregorovich entendió el contexto. No se trataba de una petición.

—Yo no fallé.

—Algo se te escapó.

Gregorovich se enfureció al oír su insinuación. Tenía que haber otra explicación. Parecía que tendría que buscar esa explicación él mismo.

—Si quieres detener a Thero, primero tendrás que localizarlo. La mujer es la clave. Sin duda ese es el motivo por el que los estadounidenses y los australianos la están utilizando.

—¿Qué insinúas?

—¿Tienes hombres vigilándola?

Yevchenko asintió con la cabeza.

—Ordénales que la capturen y que la lleven al puesto de mando que me estás preparando —propuso Gregorovich.

—Tenemos un barco esperando a que llegues. Un equipo de comandos fue trasladado ayer. No están al tanto de la situación, pero obedecerán tus órdenes.

—Preferiría contratar a mis propios hombres —replicó Gregorovich.

—No —negó Yevchenko.

Gregorovich apartó la vista al advertir un movimiento en la larga hierba delante de él. La paloma herida estaba allí, tratando desesperadamente de arrastrar su cuerpo maltrecho a través del prado. Por un momento, pensó dispararle con la escopeta, pero ya no le importaba. Ahora tenía una nueva presa que cazar.

Yevchenko también la vio y dio un paso adelante.

—Déjala —dijo Gregorovich—. Deja que sufra.

Yevchenko se apartó. Parecía en parte satisfecho y en parte inquieto.

—Eres un hombre muy frío, Anton Gregorovich. Por eso te elegimos. No vuelvas a fallarnos o serás tú el que sufra.

Yakarta, Indonesia, 05.40 horas

El sol se elevaba sobre el puerto de Tanjung Priok envuelto en un manto de bruma. Iluminaba el bosque de grúas y aguilonos que brotaban de una hilera interminable de barcos y de los largos muelles de hormigón. Situado a solo siete grados al sur del ecuador, y destinatario de humedad constante del mar de Java, el puerto era una sauna incluso a esa hora de la mañana.

Al menos eso le parecía a Patrick Devlin, de sesenta y cinco años, mientras vagaba bajo el sol de primera hora de la mañana.

Después de cuarenta y cinco años en el mar, Devlin se acercaba al momento de jubilarse. Esa idea inminente y una larga noche de borrachera lo habían sumido en un estado reflexivo. ¿Qué le esperaba exactamente cuándo se jubilara? No tenía familia ni amigos de verdad aparte de sus compañeros de tripulación o de bebida.

—No puedo creer que esta sea la última vez que vea este asqueroso sitio —comentó, dirigiéndose a un compañero de bebida igual de agotado, otro irlandés llamado Keane.

—Si era tu última noche aquí, has dado la campanada, Padi —dijo Keane—. Al estilo irlandés... Has bebido más que nadie. Y les has dejado la cuenta.

A pesar del estatus musulmán de Indonesia, había muchos sitios para beber en la ciudad de Yakarta. Menos mal, porque el puerto se había llenado tanto que a menudo los barcos permanecían anclados durante días esperando su turno para cargar y descargar. El tráfico en el puerto se había triplicado en la última década. A pesar del nivel frenético de construcción, el puerto no podía mantener el ritmo.

—Piénsalo —añadió Keane—. En casa no te despertarás con la garganta llena de polvo ni la cara chorreando sudor. —Estuvo a punto de tropezar pero recuperó el equilibrio—. Ni con ninguno de esos puñeteros altavoces que parecen alarmas antiaéreas.

La llamada de los muecines de las mezquitas de Yakarta era conocida por ser extremadamente ruidosa y por sonar a horas extremadamente tempranas. No había sido hasta hacía poco cuando la hora de sus cánticos se había retrasado de las tres de la madrugada a una hora algo más razonable: las cuatro y media.

Seguía siendo muy temprano, pensaba Devlin. Pero, en cierto modo, también echaría de menos eso, tal era el atractivo de las tierras exóticas.

—Siempre pensé que llegaría a capitán —confesó.

—¿Y renunciar a todo esto? —Preguntó Keane, arrastrando todas las palabras.

Devlin se rio. Había deseado ser capitán de barco durante casi toda su vida, pero

un episodio acaecido hacía varios años le había hecho preguntarse si deseaba esa responsabilidad. También lo había empujado a beber sin control. Los capitanes no se emborrachaban con su tripulación; bebían solos en sus camarotes. Y a menudo se veían obligados a tomar decisiones difíciles, la clase de decisiones que perseguían a Devlin.

—Ni soñarlo —dijo Devlin con falsa bravuconería.

Rodeó el cuello de Keane con el brazo en un movimiento que era en parte una llave y en parte un abrazo.

Los dos hombres estaban riéndose cuando llegaron a la lancha motora que habían cogido desde su barco: una nave de mercancías cargada de rollos de cobre, anclada cerca de la costa en la interminable cola.

Cuando subieron a la pequeña embarcación, Devlin se dirigió a los mandos. Keane, por otra parte, buscó un sitio cómodo en el que tumbarse, se estiró a lo largo de un trío de asientos y se colocó un chaleco salvavidas naranja debajo de la cabeza para usarlo como almohada. Antes de que Devlin hubiera desamarrado la lancha, Keane ya se había dormido y roncaba sonoramente.

—Eso es —masculló Devlin—, tú duerme. Yo haré todo el trabajo como siempre.

Soltó las amarras y a continuación arrancó el motor de la pequeña barca. Un momento más tarde estaba abriéndose camino cuidadosamente a través del concurrido puerto.

Pequeños botes se movían aquí y allá. Un par de remolcadores dirigían sus esfuerzos a arrastrar un monstruoso granelero hasta el canal, mientras los tripulantes, jadeando y rascando y librando la interminable batalla contra el óxido y la corrosión, se escabullían por encima de otras embarcaciones como cangrejos sobre las rocas.

Devlin guio la lancha más allá de todo ese panorama hasta el ancladero. Mantuvo un buen rumbo, moviéndose despacio por delante de los barcos que aguardaban, hasta que una embarcación en concreto le llamó la atención.

Reduciendo un poco la velocidad de la lancha, Devlin contempló un barco de casco negro con una superestructura gris oscuro. Parecía vagamente familiar, como un pequeño crucero, aunque la pintura oscura no era ni festiva ni llamativa. Cuanto más observaba el barco, más extraño le resultaba su aspecto. No parecía que llevase lanchas de socorro, palos de radar, ni siquiera antenas. De hecho, no llevaba ninguno de los apéndices normales que se elevaban de los barcos modernos.

En su estado de embriaguez, Devlin se esforzó por entenderlo. No vio a nadie en la cubierta ni señal de actividad. El barco en sí le recordaba un derrelicto, desmontado para sacar sus piezas. Su color gris negruzco era como el del acero carbonizado, pero el revestimiento no era hollín: había sido pintado a propósito de esa forma.

Inconscientemente, Devlin orientó la lancha hacia el barco, se acercó y rodeó la proa. Allí vio algo nuevo, algo inconfundible.

—No puede ser —dijo en voz alta.

Delante de él se encontraba el enchapado superpuesto de una reparación hecha apresuradamente. Chapas de distinto grosor y consistencia habían sido soldadas y fijadas con remaches para tapar una brecha en el casco. La gruesa pintura negra lo cubría todo, pero la silueta dentada con forma de H de la reparación era inequívoca.

Gritó a Keane.

—Despierta, tienes que ver esto —le ordenó.

Keane gruñó algo y se dio la vuelta.

—¿Keane?!

No hubo respuesta. Devlin se negó a perder más tiempo con él y se volvió hacia el barco. Ya estaba completamente despierto.

—Eres un puñetero fantasma —susurró, acercándose poco a poco al casco negro—. Un puñetero fantasma o un puñetero truco.

Todavía estaba murmurando juramentos de incredulidad cuando la lancha chocó con el barco. Alargó la mano y lo tocó. La pintura tenía un tacto extraño, como si fuera de goma. Pero el barco propiamente dicho era de verdad.

Una sensación de ira incontrolable empezó a brotar dentro de Devlin, una siniestra rabia irlandesa. Años de culpabilidad y de odio a sí mismo la estimulaban. Alguien le estaba engañando o le había engañado hacía años.

Rodeó la proa y se dirigió a la popa. Había una pasarela bajada que reposaba en diagonal sobre el extremo de popa del barco. Su peldaño inferior estaba a dos metros y medio por encima de las aguas oleaginosas del puerto. Devlin paró a su lado.

Apagó la válvula reguladora y ató lentamente una amarra a la escalera inclinada. No se molestó en avisar a Keane y se subió al techo de la lancha. Desde allí, trepó torpemente a la pasarela.

Esta se sacudió con su peso y golpeó contra el casco, pero se sostuvo. A pesar del estrépito, nadie apareció a recibirlo a bordo ni a ahuyentarlo.

Devlin empezó a subir. Se movió despacio al principio con las piernas temblorosas, y luego más rápido a medida que cobraba certeza de la verdad.

—¡Yo te vi hundirte! —Gritó al barco—. ¡Yo te vi hundirte, maldita sea!

Tropezó al llegar a lo alto y se desplomó en los últimos peldaños, jadeando y al borde de las lágrimas. Vio las letras en relieve en la popa. Estaban ocultas bajo la pintura negra como de goma, pero no las habían raspado antes de aplicar la nueva pintura encima.

Pasó la mano por encima de las letras a las que llegaba. Eran de verdad, como el propio barco.

Pacific Voyager.

Como a un hombre atrapado en el oleaje, a Devlin le acometieron oleadas de emoción. Confusión, tristeza y júbilo le sobrevinieron casi simultáneamente, una detrás de otra. ¿Cómo podía estar allí el barco? ¿Lo había salvado alguien? Lo último que había sabido era que los restos del naufragio no habían sido localizados.

Se quedó allí sentado, sollozando como un niño y esperando no estar en mitad de

un sueño, hasta que oyó un sonido de pisadas procedente de arriba. A continuación sonó el chirrido de una puerta cuando una sección de la barandilla fue retirada a la altura donde la pasarela se juntaba con la cubierta principal.

Devlin alzó la vista cuando apareció un hombre. La cara tenía ahora barba pero le resultaba familiar. Transcurrió un extraño momento mientras los dos pares de ojos trataban de asociar lo que veían con unos recuerdos lejanos y desvaídos.

El hombre de la barba ganó la competición. Una sonrisa triste se dibujó en su cara.

—Hola, Padi —saludó de forma tierna y melancólica.

—¿Janko? —Dijo Devlin—. ¿Estás vivo? Pero te hundiste con el barco.

El hombre de la barba le ofreció la mano y ayudó a Devlin a levantarse. Subió a bordo al viejo marinero ebrio y lo sostuvo cuando pisó la cubierta principal.

—Ojalá no nos hubieras encontrado —se lamentó Janko.

—¿Nos?

—Lo siento, Padi.

A continuación, Janko atizó a Devlin en las costillas con un artillugio portátil. El golpe aturdió al viejo marinero, pero la enorme descarga que recibió después le hizo más daño. Devlin se retorció mientras se desplomaba hacia atrás. Cuando cayó a la cubierta estaba inconsciente.

Una escotilla de cierre hermético se abrió detrás de Janko, y otros dos hombres salieron corriendo.

—¿Va todo bien? —Preguntó uno de ellos.

Janko asintió con la cabeza y se guardó el artillugio en el bolsillo.

—Registrad la lancha.

Uno de los hombres bajó la escalera corriendo. El otro miró a Devlin, que seguía tumbado en la cubierta.

—¿Cómo demonios se ha enterado de que estabas aquí?

—Él era el jefe del remolcador en el que me alisté —explicó Janko—. El que nos soltó en la tempestad. Por lo que parece, ha estado castigándose desde entonces.

—¿Qué debemos hacer con él?

—Llevadlo abajo —indicó Janko—. Los cadáveres llaman la atención. Una desaparición es más fácil de explicar. Sobre todo la de un borracho.

Un grito llegó hasta ellos desde la lancha de abajo.

—Hay otro hombre en la barca. Está durmiendo la mona.

—Debía de estar inconsciente cuando llegaron aquí —pensó Janko en voz alta—. Dudo que se acuerde de algo. Desata la lancha y déjala a la deriva. Cuando se despierte creerá que este se cayó por la borda. Otro triste accidente en el mar.

El hombre de debajo desató la lancha y la empujó antes de subir por la escalera.

—Tenemos que ponernos en camino —dijo Janko mientras los otros dos hombres recogían a Devlin y lo llevaban hacia la escotilla.

—Y luego, ¿qué? —Preguntó el primer tripulante—. ¿Qué hacemos con él

cuando se despierte?

—Le enseñaremos lo que fue del barco que perdió —explicó Janko—. Y luego lo echaremos al pozo, junto con la tripulación de los buques de carga coreanos. Él puede desenterrar los diamantes de Thero como el resto.

*Desierto del interior de Australia,
justo al sur de Alice Springs*

El *Ghan* corría a través del desierto como una gran serpiente metálica: veinte relucientes vagones de pasajeros tirados por un par de locomotoras diésel a juego pintadas de rojo ladrillo.

Bautizado en honor a los exploradores afganos que ayudaron a levantar un mapa del desolado interior de Australia y decorado con el logotipo de un camello, el *Afghan Express* recorría una ruta que se extendía en vertical a través del continente, de Darwin en el norte a Adelaida en la costa meridional de la isla, con parada en Alice Springs cada pocos días cerca del punto intermedio del viaje en cada dirección.

Una parada de cuatro horas permitía a los pasajeros explorar la pequeña ciudad, pero a medida que atardecía, el tren empezaba a llenarse otra vez. Kurt y Hayley subieron poco antes de que partiera.

—¿Adónde vamos exactamente? —Preguntó Hayley.

Kurt no dijo nada. Siguió avanzando hasta que llegó al Vagón Platino, que contaba con el equipamiento más lujoso del tren. Un auxiliar abrió la puerta de su compartimento y mostró un salón compacto, con cuarto de baño y ducha privados incluidos, una mesita y un par de elegantes butacas que de noche se convertían en camas. El espacio era reducido, como el camarote de un barco, pero el diseño y la decoración modernos hacían que pareciese más espacioso.

—Elija un lado, el que quiera —le invitó Kurt—. Relájese y espere a que nos sirvan la cena.

Hayley señaló con el dedo, y Kurt colocó la pequeña maleta de mano de la joven al lado de la butaca.

—¿Intenta impresionarme? —Preguntó ella.

—Es posible —reconoció Kurt—. Pero sobre todo he pensado que le vendría bien que cuidaran un poco de usted después de todo lo que ha pasado. Uno no deja su vida cotidiana y se embarca en algo así todos los días.

Una dulce sonrisa apareció en el rostro de Hayley. Parecía sorprendida y reconfortada al mismo tiempo.

—Parece que haya pasado una eternidad desde la última vez que alguien se preocupó por lo que podía necesitar. Gracias.

—Faltaría más —comentó Kurt, guardando su equipaje mientras el tren empezaba a moverse.

Una hora más tarde estaba anocheciendo. La vista a través de los ventanales del

camarote era de un cielo añil que se fundía poco a poco con el negro mate de la cordillera montañosa de MacDonnell. Adornada con semejante telón de fondo, la cena llegó en un carrito con ruedas empujada por un camarero privado.

Kurt pagó al camarero, incluyó una generosa propina y a continuación hizo de una mezcla de *sumiller* y *maître*, colocando una servilleta de tela sobre el regazo de Hayley y presentando el vino.

—Un Penngrove Cabernet Sauvignon de 2008.

—Adoro un buen cabernet —reconoció Hayley, con los ojos chispeantes como una niña esperando un regalo.

—Yo no he probado este —dijo Kurt—. Me han dicho que es muy suave, con un ligerísimo sabor a regaliz y vainilla.

Descorchó la botella, cogió la copa de ella y lo sirvió a unos veinticinco centímetros encima del recipiente.

—Una buena caída ayuda al vino a airearse —declaró—. Acelera el proceso de oxigenación. Pero de todas formas deberíamos esperar unos minutos.

—¿Por qué no? —Contestó Hayley—. Las pobres uvas aplastadas llevan años ahí metidas. Sería una lástima no esperar unos minutos a que absorban el aire fresco.

Kurt se sirvió vino en su copa y dejó la botella.

A continuación, levantó las tapaderas de los platos dispuestos delante de ellos. De primero había una sopa de color verde aguacate con toques rojos.

—Sopa de guisantes y jamón, con un ligero sabor a ajo.

—Tiene una pinta deliciosa.

Kurt retiró la tapadera del segundo plato, que tenía un aspecto sabrosísimo, y continuó:

—Costillar estofado con gratén de acelgas. Y el plato fuerte... —Levantó la última tapa—. Pudín de pan y mantequilla empapado en natillas y *brandy*.

—Yo podría empezar por eso —comentó Hayley—. ¿Cómo demonios ha conseguido una comida tan fantástica en un tren perdido en el quinto pino?

—Servicio platino —contestó Kurt—. Además, el chef es amigo personal. Al menos lo ha sido durante las últimas horas.

Ella respiró hondo.

—Si esto es viajar, tal vez pueda acostumbrarme.

Kurt se sentó mientras Hayley probaba la sopa.

—Debo decir que no he conocido a nadie tan valiente e inteligente a quien le dé miedo viajar —dijo Kurt.

—Ya sé que es raro —admitió ella—. Conozco las estadísticas y sé que la parte más peligrosa de cualquier viaje es el trayecto al aeropuerto. Entiendo de aerodinámica y me he pasado media vida soñando con lugares remotos, pero algo se apodera de mí cuando abandono mi hogar.

—Parece que ahora está bien —señaló Kurt.

Ella sonrió.

—Tal vez sea la compañía.

—Considéreme su guía y protector personal adondequiera que vayamos.

—Lo cierto es que me encantaría ver mundo —dijo ella—. Y el universo. De pequeña soñaba con ser astronauta. Parece un poco ridículo, cuando salir de Sidney me pone enferma.

—El universo es un paso muy grande —sentenció Kurt—. Empecemos por llegar a Perth.

El *Ghan* los llevaría al sur hasta Port Augusta, donde subirían a otro de los grandes trenes de Australia para emprender el viaje al oeste.

Durante los siguientes veinte minutos, comieron y charlaron alegremente, disfrutando del ambiente y del suave movimiento del tren. Hasta que hubieron tomado una segunda ración de pudín, Kurt no sacó a colación el tema que más le preocupaba.

—Hábleme de la energía de punto cero —le pidió.

Ella terminó su último sorbo de cabernet y deslizó la copa hacia él. Kurt la llenó hasta la mitad y acto seguido rellenó la suya.

—La energía de punto cero es un concepto relativamente simple —expuso ella—. Es la energía que queda en un sistema cuando todo lo que se puede sacar ha sido extraído.

Señaló la botella de vino.

—Imagínese que esta botella es un sistema o un campo de energía, y usted o yo decidimos beber de ella con una pajita.

—Cosa que no haríamos jamás —apuntó Kurt.

—A menos que estuviéramos terriblemente desesperados —replicó ella sonriendo de forma cómplice—. Pero suponiendo que perdiéramos todo el sentido del decoro y decidiéramos intentarlo, podríamos sacar la energía de ella hasta el final de la pajita. Pero todo el vino que quedase por debajo de ella se desaprovecharía. Ese vino que no se puede alcanzar es la energía de punto cero.

—A menos que encontrásemos una pajita más larga —dijo Kurt.

—Exacto —convino ella—, solo que la física nos dice que llega un punto en que no existe una pajita más larga.

—¿Puede ponerme un ejemplo real?

—El caso más clásico es el del helio —explicó ella—. Cuando se enfría, la actividad molecular dentro de la muestra empieza a disminuir, y el helio pasa de gas a líquido. A cero absoluto, debería congelarse y convertirse en sólido, y toda la actividad molecular de su interior debería detenerse. Pero por mucho que uno baje la temperatura hasta cero absoluto, el helio no se transforma en sólido bajo una presión atmosférica normal.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que parte de la energía se mantiene en el sistema. Parte de la energía no se puede extraer.

—¿Y esa es la energía de punto cero?

—Exacto —respondió ella otra vez.

—Entonces, si no se puede extraer, ¿qué esperanza hay de acceder a ella? — Preguntó Kurt.

—Bueno, todas las cosas son imposibles hasta que se demuestra lo contrario — contestó ella de forma evasiva—. Teóricamente, hay campos de energía a nuestro alrededor que se encuentran en su punto cero. La misma teoría que postula la existencia de esos campos hace pensar en la posibilidad de desalojar esa energía oculta de la misma forma que alguien desaloja los electrones en una red eléctrica y obtiene los beneficios de la electricidad. Solo que nadie ha podido hacerlo todavía.

A Kurt le recordaba un poco el éter mítico de la antigüedad, una sustancia que se creía que llenaba el espacio vacío entre los planetas y las galaxias cuando los científicos de la época no podían creer que existiera el vacío.

—¿Lo ha intentado alguien? —Preguntó Kurt—. Antes de usted y de Thero, quiero decir.

—Unos pocos valientes —contestó ella—. Supongo que ha oído hablar de Nikola Tesla.

Kurt asintió con la cabeza.

—Tesla fue uno de los primeros —dijo ella—. En la década de 1890 empezó a desarrollar lo que llamó la teoría dinámica de la gravedad. Trabajó en ella durante años hasta 1937, cuando aseguró que por fin estaba completa y prometió osadamente que desplazaría la teoría de la relatividad de Einstein, al menos para explicar cómo funciona la gravedad.

—¿No sabemos cómo funciona la gravedad?

—Sabemos lo que hace la gravedad —le corrigió ella—, pero no sabemos cómo provoca lo que provoca. Tesla creía que estaba conectada con una especie de campo de energía que existía en todas partes, pero en algunos lugares ese campo tenía concentraciones superiores a otros. También creía que se podía acceder a ese campo y que el resultado sería una fuente de energía ilimitada, una que traería la paz y la prosperidad en lugar de explosiones termonucleares y genocidio.

—Entonces ¿me está diciendo que la energía de punto cero y la gravedad están relacionadas?

Ella asintió con la cabeza.

—Si Tesla estaba en lo cierto (y Einstein y los demás estaban equivocados), entonces sí, las dos están relacionadas de forma muy compleja.

Kurt consideró esa información.

—¿Lo bastante compleja para causar el peligro con el que Thero amenaza?

Ella necesitó un segundo para pensarlo.

—Tesla se pasó cuatro décadas trabajando en su teoría —dijo—, más de la mitad de su vida. Anunció al mundo que por fin había terminado su teoría dinámica de la gravedad, que todos los detalles funcionaban, y luego no la publicó. Después de todo

ese trabajo, la guardó bajo llave y no volvió a hablar de ella. A pesar de los años de ridículo y de la extrema pobreza a la que se vio abocado por culpa de la traición de Westinghouse y Edison, Tesla se llevó la teoría dinámica de la gravedad a la tumba.

Kurt no había oído nunca esa historia.

—¿Ha salido a la luz algún documento sobre su teoría?

Hayley negó con la cabeza.

—Cuando Tesla murió, el gobierno de su país incautó todas sus pertenencias y sus papeles... a pesar de no tener ningún motivo legal para hacerlo. Los retuvieron durante un año más o menos y luego se los cedieron a su familia. Su trabajo sobre la energía de punto cero y la teoría dinámica de la gravedad no estaba entre ellos.

Kurt consideró lo que ella le había dicho. Sabía que Tesla tenía fama de genio y de ser algo así como un científico loco. También sabía que era considerado ante todo un pacifista. Era perfectamente imaginable que Tesla no hubiera dejado ninguna constancia de su teoría. También era posible que en algún lugar de los archivos del gobierno federal hubiera un expediente con el nombre de Tesla que contuviera los documentos perdidos. Tomó nota mentalmente de que debía comunicar esa información a Dirk la próxima vez que le llamase.

—La verdad es que nos enfrentamos a una fuerza primordial de la naturaleza. Muchas personas le dirían que es mejor dejarlo correr.

—Pero Thero no piensa lo mismo —señaló Kurt—. ¿Qué pasará si consigue algún progreso?

—Si tiene éxito, una enorme cantidad de energía y el efecto secundario de unas fluctuaciones gravitacionales efímeras y muy potentes.

—¿Puede decirlo en mi idioma? —pidió Kurt.

—La Tierra no se volatilizará ni nada por el estilo —dijo ella—. No empezaremos a flotar sobre nuestras sillas como astronautas en gravedad cero.

—¿Con qué nos encontraremos?

—Las primeras y más dramáticas manifestaciones se detectarán en los mares —contestó ella.

—Las mareas —apuntó Kurt.

—Exacto —respondió ella—. Los océanos de la Tierra reciben la atracción gravitatoria de la Luna. La Tierra también, pero a diferencia del líquido del océano, tiene una posición fija, excepto en las fallas.

—¿De cuánta energía estamos hablando?

—Si los papeles que nos han mandado son válidos —empezó a decir ella—, de más energía en potencia de la que toda la humanidad ha producido y gastado desde el inicio de la revolución industrial.

Kurt hizo una pausa antes de responder. Por segunda vez en muchos días, le costaba creer lo que le estaban diciendo.

—¿Cómo es posible algo así?

—De la misma forma que es posible hacer funcionar un submarino nuclear con

un pedacito de uranio durante años. O arrasar una ciudad con solo diez kilos de plutonio. Hay ingentes cantidades de energía oculta en lugares que el ojo humano no puede ver.

—Pero ¿partir un continente por la mitad? —Preguntó Kurt—. He visto grandes terremotos en California. Derriban autopistas y edificios, pero en contra de lo que comúnmente se cree, la mitad del estado no se va a la deriva por el Pacífico.

—No —convino ella—. Nadie está insinuando que vaya a ver un continente dividido con el océano en medio. Pero Thero no es tonto. Su primer terremoto fue una prueba, probablemente originado desde la estación de la mina de Tasman. Tenemos razones sobradas para creer que solo se trataba de un pequeño prototipo. La próxima vez nos atacará más fuerte, mucho más fuerte, y lo hará donde la Madre Naturaleza ya ha hecho la mitad del trabajo.

—¿Qué está diciendo?

—Australia posee el nacimiento de una gran fosa tectónica —explicó ella—. Como el Valle de la Gran Falla en África. La nuestra va de Adelaida al nordeste hacia la Gran Barrera de Coral. Empezó a formarse hace ciento cincuenta millones de años y se interrumpió por motivos desconocidos. La corteza es fina y está fracturada en esta sección, y la presión acumulada tras cien millones de años sin movimiento está esperando a ser liberada.

»Si Thero puede dirigir su arma hacia ese punto y crear una distorsión gravitacional que mueva la placa solo unas fracciones de milímetro, la presión acumulada a lo largo de los milenios se podría liberar de golpe. Estamos hablando de una serie de terremotos, cientos incluso, unos detrás de otros, en rápida sucesión, a lo largo de la falla. Lo que normalmente requiere diez mil años podría ocurrir en un día, en una semana, incluso en horas. La devastación de esa clase de temblor no se podría medir con la escala de Richter, ni con ninguna otra escala concebida. Todas las ciudades, todos los pueblos, todas las aldeas de Australia quedarían reducidas a escombros. Ni un solo edificio se mantendría en pie.

Kurt consideró su observación en silencio. Era un panorama desalentador.

—Lo sé —dijo ella, interpretando su silencio como incredulidad—. Soy una tonta profesora de universidad planteando el peor de los casos. «El cielo se está desplomando... otra vez». El caso es que cuando esos acontecimientos se dan realmente, siempre hay alguien que se pregunta por qué nadie avisó de que podía ser tan grave. Se lo aseguro, aquí y ahora, sería horrible.

Kurt tenía una expresión sombría. Se le ocurrió una idea.

—Tengo que preguntarle por qué usted.

—Creo que no sé a qué se refiere.

—El confidente le envió a usted los papeles —aclaró Kurt—. ¿Por qué no se los envió directamente a las autoridades?

Hayley se encogió de hombros.

—Solo puedo suponer que fue por mi trayectoria. A otra persona, las

explicaciones y los cálculos le parecerían un galimatías. Si el paquete hubiera sido enviado directamente a la OSIA, me imagino que hubiera acabado en el cubo de la basura.

—De acuerdo, pero ¿por qué no a otro científico? —dijo Kurt.

—Es un campo muy poco conocido —explicó ella—. Éramos un grupo diminuto.

—Diminuto pero no infinitesimal —replicó Kurt.

—No —convino ella—, infinitesimal no.

—Entonces tengo que preguntárselo una vez más: si había otras opciones, ¿por qué cree que la eligió a usted?

Ella hizo una larga pausa.

—No lo sé —respondió finalmente. La tristeza regresó a su voz. Había un matiz de cansancio en ella, y un dejo todavía más marcado de culpabilidad—. No lo sé.

La joven apartó la vista y se quedó mirando a la noche. En ese instante Kurt supo que estaba mintiendo.

Consideró exigirle la verdad, pero se echó atrás al notar un sutil cambio en el movimiento del tren, como si el maquinista hubiera levantado la mano del regulador.

Hayley alzó la vista.

—¿Ocurre algo?

—No estoy seguro —contestó Kurt.

Se levantó justo cuando los frenos se accionaron a toda presión.

El vagón dio una sacudida. Kurt se apoyó, agarró el brazo de Hayley e impidió que se cayera cuando los platos de la cena y las copas de vino salieron volando de la mesa. El chirrido de las ruedas de acero deslizándose sobre los raíles anuló el resto de los ruidos cuando el tren de casi medio kilómetro de largo empezó a patinar y a parar.

Sin soltar a Hayley, Kurt miró por la ventanilla. El tren estaba en una curva, en una pendiente ligeramente inclinada hacia arriba. Al mirar hacia delante, vio otros dos vagones de pasajeros y las dos locomotoras diésel. De las ruedas salían volando chispas mientras se clavaban en la vía. Pero otra cosa le llamó la atención: unos puntitos carmesí que ardían en la noche, llamaradas a lo largo del balasto de la vía y, un poco más adelante, el contorno de un camión con remolque parado a través de la vía en un cruce. Dos hombres se hallaban delante del vehículo agitando frenéticamente los brazos.

Los destrozos continuaron hasta que el *Ghan* se paró pesadamente dando sacudidas a cien metros escasos del cruce.

A esas alturas Hayley también podía ver el camión.

—Es una suerte que hayamos podido parar —dijo.

Kurt miró a su alrededor.

—No creo que la suerte tenga nada que ver en esto.

Antes de que Hayley pudiera contestar, Kurt vio exactamente lo que esperaba ver: unos hombres con pasamontañas saliendo de la noche, directos hacia el tren parado.

Los hombres enmascarados subieron al tren por distintos puntos, trepando a los enganches situados entre los vagones y forzando las puertas.

—¿Qué pasa? —Preguntó Hayley con voz de pánico.

—A ver si lo adivina.

Hayley comprendió rápidamente la verdad.

—Nos están buscando.

—O eso o esto es una recreación de las andanzas de Butch Cassidy y nadie me ha avisado.

Hayley cogió su móvil e hizo una llamada intentando pedir ayuda.

—Tengo señal, pero no consigo llamar.

—Es una pérdida de tiempo —opinó Kurt—. Probablemente estén interfiriendo la torre.

Echó un vistazo al exterior. Dos vagones más allá, se distinguía otro hombre fuera del tren, escudriñando aquí y allá.

—Tienen a un tipo fuera —anunció Kurt—. Probablemente esté pendiente de si alguien trata de fugarse.

Una voz sonó por el sistema de megafonía. Tenía un ligero acento que Kurt no pudo identificar de inmediato. Desde luego no era el revisor.

—Mantengan la calma, por favor —dijo—. Hemos secuestrado el tren, pero no nos interesa hacer daño a nadie. Buscamos a dos personas. Un hombre con el pelo canoso, de un metro ochenta de estatura, y una mujer unos quince centímetros más baja que él con el pelo rubio. Se llama Anderson. Si colaboran con nosotros, nadie resultará herido. Si interfieren o nos llevan la contraria, acabarán linchados o muertos.

Cuando el aviso terminó, Kurt entreabrió un poco la puerta del compartimento y miró por el estrecho pasillo.

Vio a dos hombres en el pasillo que se abrían paso a empujones en uno de los compartimentos. Eran unos brutos anchos de espaldas, con gruesos brazos y piernas y las caras ocultas con pasamontañas. Se movían sin un asomo de elegancia ni de remordimiento. Kurt los identificó como matones callejeros contratados a cambio de dinero.

Estalló un torrente de gritos. El sonido de una refriega y de alguien siendo zarandeado reverberó por todo el vagón. Un momento más tarde, un hombre de la estatura aproximada de Kurt fue sacado a rastras del compartimento. A su lado había una joven. Parecían recién casados.

El jefe los examinó.

—No —dijo sin la más mínima emoción—, no son ellos. —A continuación cogió

impulso con el brazo y le dio al hombre indefenso un puñetazo—. Esto por resistirte.

El hombre se encorvó, sujeto por los otros dos malhechores. Su jefe no había terminado. Propinó una patada al hombre en el pecho y lo mandó rodando otra vez a su compartimento.

El instinto de Kurt le dictaba que interviniese, pero era evidente que el jefe estaba armado, y sus dos esbirros también podían estarlo. Además, ahora mismo tenía otra misión: mantener a Hayley Anderson a salvo.

Se acercó a la ventanilla otra vez, preparándose para romperla. Salir a la oscuridad y luchar contra un oponente parecía una decisión más acertada que pelear cuerpo a cuerpo contra tres.

Agarró una silla y la levantó por encima de su cabeza. Antes de que pudiera utilizarla, la puerta se abrió de golpe.

—¡Suéltala! —gritó una voz.

Kurt soltó la silla, que cayó al suelo ruidosamente.

Se dio la vuelta poco a poco mientras los intrusos lo evaluaban y echaban un vistazo a Hayley.

—Supongo que venís a por los platos —dijo Kurt, señalando el montón de cubiertos, copas y cristales que había en el suelo.

Los dos hombres bajaron la vista; su mirada se desvió instintivamente en la dirección que Kurt había señalado. Era una respuesta de aficionado, pero ellos eran aficionados, unos forzudos de la zona contratados para hacer el trabajo sucio de otra persona. En la milésima de segundo que transcurrió antes de que corrigiesen su error, Kurt se movió. Giró sobre el pie izquierdo y lanzó la pierna derecha al estómago del hombre más próximo.

El tacón de su bota le golpeó como un martinete y derribó al hombre hacia atrás. Se desplomó como una silla plegable, resollando y agarrándose la barriga al caer al suelo. El segundo matón arremetió contra Kurt lanzando sus enormes manos como garras al cuello de su oponente.

Kurt interceptó el ataque agarrando la muñeca del hombre y retorciéndola. Utilizando el considerable impulso del agresor, lo desequilibró y lo estampó contra el suelo. El hombre cayó emitiendo un ruido sordo, y Kurt se agachó y le asestó un golpe de antebrazo en la cara.

Habría vuelto a aporrear al tipo, pero sabía que el jefe acudiría. Se levantó y se volvió.

Era demasiado tarde.

El flaco y adusto jefe del grupo ya estaba allí con una pistola en la mano, sosteniéndola de lado al estilo de los gánsters. Observó a Hayley, hizo un gesto de aprobación con la cabeza y acto seguido se volvió otra vez hacia Kurt.

—A ti no te necesito —dijo.

Kurt se lanzó a la derecha cuando el hombre disparó sin piedad. El primer proyectil erró el blanco y el segundo le rozó el brazo. La tercera bala hizo añicos la

ventanilla detrás de él. Antes de que el aspirante a asesino pudiera disparar por cuarta vez, se oyó un sonido distinto. Era un horrible ruido sordo, como el sonido de un bate de béisbol al romperse.

La cabeza del pistolero se alzó de golpe, y la pistola salió volando de su mano. Cayó al compartimento, se dio contra la mesa y se estiró en el suelo como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

Detrás de él, Joe Zavala se encontraba en la puerta con un trozo de madera en la mano.

Kurt recogió la pistola negra.

—Vaya forma de hacer tu entrada.

Joe sonrió.

—Me gusta hacerlo todo con clase.

El jefe estaba inconsciente, y los otros dos agresores se movían pero no tenían interés en seguir luchando. No habían esperado recibir una paliza, y ahora que eran menos y tenían menos armas, parecían más interesados en rendirse.

Kurt quitó el pasamontañas al jefe.

—¿Alguien reconoce esta cara?

Joe negó con la cabeza, y Hayley hizo otro tanto.

—No lo había visto nunca —contestó ella.

—Creo que no son nuestros amigos de la mina inundada —declaró Kurt.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Que sigamos conscientes —respondió.

Una radio empezó a sonar de forma estridente en el bolsillo del jefe.

—¿A qué viene el retraso? Hemos oído disparos. ¿Necesitáis ayuda?

Esta vez Kurt creyó reconocer el acento.

—¿Rusos?

—Eso me ha parecido —dijo Joe.

—¿Qué hacen mezclados en esto?

—No tengo ni idea —contestó Joe—. Pero he visto a otro grupo que iba en la parte trasera, donde estaría el furgón de cola si este tren tuviera uno.

—Y afuera hay al menos otros dos —afirmó Kurt.

Kurt apuntó al hombre con la cara destrozada.

—¿Cuántos amigos habéis traído a la fiesta?

El hombre respondió despacio.

—Ocho o nueve en el camión. No los he contado.

Kurt apuntó al ruso.

—¿Cuántos hay como él, los que os contrataron?

—Había cuatro.

Kurt alzó la vista.

—Eso significa que como mínimo hay otros tres con armas.

—Y músculos de sobra para hacer el trabajo sucio —añadió Joe.

—Tenemos que salir de aquí —resolvió Hayley.

Joe asintió con la cabeza.

—La señora es ingeniera astronáutica. Deberíamos hacerle caso.

Kurt no podía estar más de acuerdo, pero ¿cómo y adónde? Si seguían a pie por el desierto no llegarían muy lejos.

La radio volvió a sonar.

—Victor, responde. ¿Qué pasa?

Kurt cogió la radio y apretó el interruptor para hablar.

—Victor no está disponible ahora mismo, más que nada porque está echando una siesta involuntaria. Pero no desconectéis, por favor. Vuestra llamada es importante para nosotros.

—¿Qué está haciendo? —Preguntó Hayley, con los ojos prácticamente fuera de las órbitas—. Ahora saben que estamos aquí.

—Ya saben que estamos aquí —convino Kurt—. Gracias a Joe, hemos ganado el primer asalto. Es hora de pasar a la ofensiva, al menos lo suficiente para sembrar un poco de duda en sus mentes.

La radio crepitó.

—Como nos toquéis los cojones, os arrepentiréis —gruñó la voz.

—Nos ocuparemos de eso —respondió Kurt—. Para que lo sepáis, tengo la pistola de vuestro amigo Victor, y a diferencia de él, yo acierto a lo que disparo.

Kurt supuso que eso les daría un motivo de preocupación. Salió y examinó el pasillo. Al ver que estaba despejado, hizo un gesto para que Joe y Hayley le siguieran.

Se figuró que el grupo que antes iba a la parte trasera del tren se dirigía ahora hacia delante al doble de velocidad. Tenía un plan para retrasarlos. El primer paso consistía en proferir unas cuantas amenazas, y el segundo, en buscar el tablero de circuitos en la parte delantera del vagón. Lo abrió justo cuando la radio volvió a encenderse.

—Si dejas a la mujer, saldrás con vida.

Kurt acercó la mano al interruptor general del vagón y habló por la radio una vez más.

—Si la quieres, ven a por ella —le retó.

A continuación le dio al interruptor, que cortó la electricidad y sumió el vagón de quince metros en la oscuridad. Los pasajeros prorrumpieron en una oleada de gritos apagados.

Kurt no les hizo caso y siguió hasta la puerta delantera sin vacilar un solo segundo. Abrió la puerta y la cruzó. Joe y Hayley le siguieron. Y los tres se quedaron en el hueco entre los vagones sobre el enganche.

—Espero que tengas un plan —comentó Joe.

—¿No lo tengo siempre?

—No creo que te interese que responda ahora mismo.

Kurt examinó la capa metálica que cubría el enganche con forma de nudillo situado debajo de ellos. A continuación, alzó la vista y miró a través de la ventanilla polvorienta el vagón que tenían delante.

Era un vagón-mirador. Tenuemente iluminado y medio lleno. Los pasajeros estaban agachados en distintos lugares, con las manos sobre la cabeza, demasiado asustados para moverse. En el otro extremo, vio a otros dos secuestradores.

—Mirad por los lados.

Joe y Hayley se asomaron a los bordes del vagón y miraron hacia atrás.

—Nuestro amigo sigue ahí fuera —anunció Hayley—. Ahora tiene un compañero. Parece que vienen tranquilamente en esta dirección.

—En este lado hay otro tipo —dijo Joe—. También viene hacia delante. Probablemente avance en formación con los hombres de dentro.

—Eso significa que en general mi plan está dando resultado.

Joe arqueó las cejas.

—¿En general? Estamos casi rodeados.

—Exacto —dijo Kurt.

Joe se quedó confundido.

—No estoy seguro de querer saber lo que consideras un éxito total.

—Estar completamente acorralados —explicó Kurt. Miró hacia delante al vagón iluminado una vez más—. Por fin —susurró—, un par de gorilas vienen hacia aquí.

Los matones avanzaban despacio, examinando cada fila de asientos para asegurarse de que Kurt y Hayley no estaban entre los pasajeros del vagón.

—Enhorabuena —murmuró Joe—. Ya te has graduado en la Escuela de Brillantez Estratégica del General Custer.

Kurt sonrió, alargó la mano y abrió con delicadeza una trampilla que había en la chapa del suelo. La grava y las traviesas del balasto no se veían a través de la abertura.

—Si Custer hubiera sabido lo que hacía, habría hecho un túnel debajo de Toro Sentado y habría aparecido detrás de él. Avanzad a gatas, rápido y sin hacer ruido.

—Y luego, ¿qué?

—Y luego secuestramos el tren. O lo volvemos a secuestrar, mejor dicho.

—¿Secuestrar a los secuestradores? —Preguntó Joe—. Ahora nos entendemos.

Joe bajó primero, y Hayley le siguió. Kurt avanzó apretujándose detrás de ellos y bajó con cuidado la plancha metálica una vez que hubo descendido. Había recorrido menos de un metro cuando oyó que la puerta se abría encima de él.

Permaneció inmóvil mientras unos pies se arrastraban pesadamente y hacían ruido en el suelo.

Los matones estaban dudando; esperaban instrucciones o una señal para emprender un ataque coordinado.

—Estamos en posición —dijo una voz.

Kurt acercó la mano a la radio para tajarla, pero no se oyó ningún sonido. Los

secuestradores habían cambiado de canal para impedirle oír sus planes.

—Avanzad —respondió una vocecilla—. Y rápido. Se nos acaba el tiempo.

A través de un estrecho hueco en la chapa, vio que la puerta del vagón a oscuras se abría y observó cómo los hombres entraban. En cuanto lo hicieron, Kurt se puso en marcha avanzando a gatas, moviéndose como una lagartija sobre su barriga. Había sesenta centímetros de margen entre los ejes de los vagones y el balasto. No era mucho espacio, pero bastaba para llevar a cabo la huida.

Envuelto del olor a aceite, polvo y creosota, mientras los bordes puntiagudos de las piedras de grava se le clavaban en las rodillas y los codos, Kurt avanzaba lo más deprisa posible.

Lo que más temía era que los hombres que estaban en el suelo del tren lo vieran, pero no tenía por qué preocuparse. La luz que salía de los otros vagones era lo bastante brillante para afectar a la visión nocturna de los matones. Desde su posición, mirar al espacio oscuro situado debajo del tren era como contemplar un agujero negro.

Kurt dejó atrás los dos bogies sobre los que reposaban las ruedas del vagón, siguió avanzando debajo del siguiente coche y vio a Joe y a Hayley. Ella se movía con dificultad.

—No me está gustando precisamente esta parte del viaje —se quejó Hayley.

—Por lo menos cabe aquí debajo —repuso Kurt—. Yo estoy un poco apretado. Y considerando el tamaño de la cabeza de Joe, no sé cómo todavía no se ha dado un golpe y ha perdido el conocimiento.

Joe se rio entre dientes. Siguieron avanzando y rápidamente llegaron a la parte posterior de las dos locomotoras diésel.

—Me temo que hemos tropezado con un obstáculo —dijo Joe.

Kurt miró más allá de ellos. Había mucho menos espacio libre debajo de la locomotora que en los vagones de pasajeros.

—Estas locomotoras modernas tienen los motores eléctricos en las ruedas —explicó Joe, señalando con el dedo—. Y los engranajes también. Por no hablar del depósito de combustible en el medio y probablemente un quitapiedras en la parte delantera.

—¿Estás seguro de que no podemos pasar apretujándonos?

—Imposible.

Kurt frunció el ceño. Si no podían ir por debajo, tendrían que ir por encima o alrededor.

—Si fueras un secuestrador en una locomotora, ¿qué estarías vigilando?

—Al maquinista —dijo Joe.

Kurt arqueó las cejas.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Qué van a hacer? —Preguntó Hayley.

Kurt echó un vistazo detrás de ellos. Los centinelas que estaban en tierra seguían

centrados en el vagón de pasajeros, pero no por mucho tiempo. Debido a la forma en que el tren había parado en la curva, había más espacio en un lado que en el otro.

—Vamos a entrar y a sorprender a los que estén en la primera locomotora. Con suerte, sin tener que disparar.

Kurt observó a la patrulla a pie una vez más. Cuando se volvieron hacia la parte posterior del tren, salió de debajo del vagón de pasajeros y avanzó corriendo en la oscuridad. Llegó a la primera locomotora y subió por la escalera de mano a la pasarela, o la repisa, que recorría la locomotora de punta a punta como el estribo de un coche antiguo.

Joe se acercó detrás de él, y Hayley lo siguió rápidamente.

Se dirigieron con cuidado a la cabina de la locomotora. Las vibraciones de los dobles motores diésel ocultaban su progreso.

Kurt llegó a la puerta, consiguió echar una ojeada al interior y vio exactamente lo que esperaba ver: un solo hombre de espaldas a la puerta que apuntaba con una pistola a un hombre fornido sentado en el asiento del maquinista.

Posó la mano en la puerta y comprobó la resistencia de la manilla. Estaba seguro de que no estaba cerrada con cerrojo. La abrió de repente y entró.

El secuestrador tardó en reaccionar. Se volvió como si esperase ver a uno de sus compañeros. Sus ojos se abrieron más de lo normal justo cuando vio la pistola apuntándole a la cabeza.

—Buenos días, amigo —dijo Kurt.

El secuestrador vaciló y a continuación entregó la pistola.

Victor Kirov se despertó a oscuras con un punzante dolor de cabeza como una jaqueca. Tardó un momento, pero pronto se acordó de dónde estaba y lo que su misión requería. Las luces del vagón de pasajeros se encendieron y, segundos más tarde, un grupo de hombres entró corriendo en el compartimento.

—¿Dónde están? —Preguntó uno.

—¡Yo qué sé! —Contestó Kirov—. Estaba inconsciente cuando se marcharon.

Uno de los matones que habían recibido una paliza señaló hacia delante.

—Han ido a la parte delantera.

—Venimos de allí —dijo otro tipo—. No los hemos visto.

Kirov se levantó, furioso y tambaleante. Recobró el equilibrio.

—Están escondidos. Mirad en todas partes. Mirad en el techo. Mirad en los compartimentos del equipaje. Volved a comprobar cada rincón.

Los hombres se desplegaron con aspecto nervioso.

El socio de Kirov se le acercó furtivamente.

—Hemos estado demasiado en este tren.

Kirov consultó su reloj; le costaba enfocar la vista. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado, pero no importaba.

—No pienso volver sin la mujer.

—Esto no es un país del tercer mundo —le recordó su socio—. Las autoridades no tardarán en venir.

Kirov consideró sus palabras. Prefería que no lo pillaran con las manos en la masa. Haría falta cianuro, una idea que prefería no contemplar.

De repente, el tren avanzó dando tumbos. Se podía notar el sonido y las vibraciones de las locomotoras diésel tirando afanosamente de la carga.

—Están en la locomotora —dijo Kirov, dirigiéndose a la parte delantera.

—No los pillarás a tiempo —señaló su socio.

—Olvidas que el camión sigue cruzado en la vía. Este tren no va a llegar muy lejos.

En la cabina de la locomotora diésel, Kurt vigilaba la puerta con un ojo y al secuestrador al que habían sorprendido y sometido con el otro. Era consciente de que Hayley y Joe miraban fijamente el gran camión que se interponía en su camino a unos ciento cincuenta metros de distancia.

Al principio, el tren solo se dirigía a él muy lentamente, pero pronto empezó a cobrar velocidad. El rugido atronador de los ocho mil caballos de las dos locomotoras empezaba a ganar la batalla contra la inercia. Cuando estaban a ciento veinte metros,

el conductor del camión empezó a encender y apagar los faros y a tocar el claxon. Como si todos no supieran que estaba allí.

—Se apartará —auguró Kurt lleno de confianza.

—¿Y si no se aparta? —Preguntó Joe.

—¿Te quedarías tú?

—Pero ¡los trenes descarrilan! —Gritó Hayley—. Doscientos cincuenta y tres en todo el mundo solo en los últimos seis meses. ¡Y no todos chocan contra camiones!

Kurt la miró de reojo.

—¿Cómo sabe algo así?

—Estoy al día de los accidentes relacionados con viajes para acordarme de por qué me quedo en casa —dijo ella.

A noventa metros, los brillantes faros del tren empezaron a iluminar el costado del gran camión. Se veía al conductor protegiéndose los ojos de la luz.

Kurt volvió a encender la radio y cambió de canal hasta que oyó a alguien hablando.

—... no dejes que el tren pase —estaba diciendo otra voz con acento ruso.

Kurt intervino en cuanto la frecuencia se aclaró.

—Seas quien seas el que estás en el camión, yo que tú me apartaría.

La voz de Kirov sonó a continuación.

—Conductor, si mueves el camión, te arrancaré personalmente el corazón.

A sesenta metros del impacto, cuando el tren estaba empezando a cobrar velocidad, el conductor del camión tomó una decisión de compromiso. Abrió la puerta, saltó del vehículo y echó a correr hacia las colinas.

—No me esperaba eso —murmuró Joe.

—Oh, no —exclamó Hayley con voz entrecortada.

—Tiene que parar ya —amenazó Kirov.

—No pare —le ordenó Kurt al robusto maquinista australiano.

—No se preocupe —dijo el corpulento hombre.

—¡No quiero acabar en un accidente de tren! —gritó Hayley.

El maquinista miró a Hayley.

—No te preocupes, cielo —comentó—. A esta velocidad, esto ya no es un tren.

El camión estaba solo a treinta metros de distancia.

—¿Qué es, entonces? —Preguntó Hayley.

El maquinista sonrió como un loco y mantuvo el regulador del motor completamente abierto.

—¡La motoniveladora más grande y más potente del mundo!

Había algo estimulante y al mismo tiempo desquiciado en el maquinista. En cualquier caso, no redujo la velocidad. Y Kurt se alegró.

—¡Prepárense! —gritó el maquinista.

Los últimos treinta metros desaparecieron en diez segundos. El rugiente tren chocó contra el costado del camión con gran estruendo y lo empujó hacia delante. Las

locomotoras solas pesaban doscientas setenta toneladas. La potencia que generaban y el peso del tren entero despacharon el camión con presteza, levantándolo y apartándolo a la derecha como si estuviera hecho de hojalata.

El impacto fue increíblemente ruidoso, un estallido atronador seguido del sonido estridente del aluminio al hacerse trizas. La sensación fue similar a la de un barco al romper una gran ola. El tren se abrió paso a través de la colisión con una potencia extraordinaria. Los faros se apagaron, y el parabrisas se hizo añicos, pero el vidrio de seguridad se mantuvo en su sitio. Y cuando los últimos pedazos del camión por fin se apartaron y se fueron rodando por el terraplén, el tren seguía en la vía.

Cuatro vagones más atrás, el impacto se había percibido como un repentino frenazo. Kirov y su socio tuvieron que agarrarse a los asideros para evitar ser derribados al suelo. Vieron cómo los restos del camión salían despedidos a un lado y notaron que el tren seguía adelante, acelerando suavemente otra vez.

—¿Cómo vamos a entrar ahora en la locomotora? —Preguntó su socio—. Estarán esperando para liquidarnos en cuanto abramos la puerta. Si conseguimos llegar allí, claro. No hay ninguna puerta entre las dos locomotoras. Son máquinas separadas.

—Podríamos ir por el techo —dijo Kirov.

Al mismo tiempo que lo proponía, Kirov consideró lo descabellado de la empresa. Lo había visto muchas veces en las películas, pero dudaba que en realidad fuera posible. Andar sobre el techo de un tren bamboleante en medio de una estela a ochenta kilómetros por hora no era factible. Arrastrarse podía dar resultado, sobre todo si llegaban antes de que el tren acelerase demasiado.

Antes de que llegara a una conclusión, un aviso sonó por los altavoces del sistema de megafonía.

—Soy Kurt Austin —dijo la voz—. Hemos recuperado el tren de manos de los secuestradores y estamos reemprendiendo el viaje programado con regularidad. A los pasajeros del *Ghan*, les pedimos disculpas por las molestias que las celebraciones de esta noche puedan haberles causado. Se ha establecido conexión por satélite con prontitud. En el exterior están al corriente de nuestra situación y nos han asegurado que la ayuda está en camino.

»A los secuestradores que subieron durante la parada no programada, si quieren acabar rodeados de equipos especiales y unidades militares australianas, pónganse cómodos y relájense. En caso contrario... ¡bajen del tren!

Para sorpresa de Kirov, los pasajeros prorrumpieron en vítores. Las ovaciones sonaron a través del compartimento y reverberaron a su alrededor por todas partes.

Miró a su socio.

—Se han vuelto las tornas.

Echaron a andar hacia la puerta juntos. Diez segundos más tarde, estaban en el espacio abierto entre los dos vagones, mirando cómo el suelo empezaba a desfilarse.

cada vez más rápido.

Un vagón más atrás, un hombre saltó y rodó por la grava. A Kirov le pareció una caída dolorosa. Otros dos le siguieron, pero no corrieron mejor suerte.

—Tenemos que saltar —dijo el socio de Kirov.

Kirov no quería saltar, pero la alternativa era peor. Su captura seguida de la vergüenza, el suicidio o el encarcelamiento por espía y terrorista. Buscó delante de él un lugar abierto.

—¡Tú primero!

El socio de Kirov se lanzó sin dilación. Pareció caer y rodar más que deslizarse.

El silbato del tren aulló a través de la noche, y Kirov supo que se le acababa el tiempo. Si el ferrocarril seguía acelerando, le esperaba una muerte segura. Respiró hondo y saltó al vacío.

Voló por un largo segundo, agitando los brazos para mantener el equilibrio. A continuación cayó de lado e intentó aovillarse y rodar. Se dio con la cara contra la grava. El cuello y los hombros se le torcieron en el proceso. Dio varias vueltas, recorrió al menos quince metros y acabó boca abajo inconsciente por segunda vez en menos de una hora.

En la primera locomotora, Kurt, Joe y el maquinista estaban de celebración mientras el *Ghan* seguía cobrando velocidad y dejaba a los secuestradores originales detrás. Hayley estaba en un asiento, temblando y con cara de estar a punto de vomitar.

—¿Estás bien? —Preguntó Kurt, acercando una papelera por si no lo estaba.

—Creo que sí —respondió ella—. Por lo menos ha terminado.

—Bien —se congratuló él—. Porque en cuanto hagamos la siguiente parada, subiremos a un helicóptero y haremos el resto de trayecto por aire.

Ella lo miró con los ojos fuera de las órbitas.

—El índice de accidentes en helicóptero es cinco veces mayor que el de los trenes de pasajeros...

Sus palabras se fueron apagando. Aquello era demasiado, y demasiado rápido. Se volvió hacia la papelera y, al instante, vomitó.

Sede de la NUMA, Washington

Dirk Pitt salió del ascensor en la décima planta en cuanto las puertas se abrieron. A diferencia de los otros pisos del edificio de la NUMA, en el décimo no había ningún recepcionista que registrase la entrada de la gente ni empleados ocupados en distintas tareas. De hecho, el único ruido que se oía en el espacio abierto era el zumbido de los ventiladores de extracción y el sistema de aire acondicionado que mantenía los servidores informáticos y otros procesadores refrigerados a la temperatura correcta.

Dirk pasó entre las estanterías simétricas de potencia de cálculo andando con paso enérgico. En un lugar del centro, halló el objetivo de su búsqueda: un hombre con una larga cola de caballo vestido con unos tejanos azules y una camisa de pana.

La larguirucha figura estaba de pie en medio de tres pantallas de cristal rectangulares del tamaño y la forma de un espejo de cuerpo entero. De hecho, su disposición recordaba un tanto la del probador de unos grandes almacenes, que permite al cliente ver su posible compra desde todos los ángulos.

En este caso, las pantallas de cristal no reflejaban gran cosa, salvo quizá el carácter obsesivo de su diseñador y principal usuario: un tal Hiram Yaeger.

Yaeger era un genio consumado. Había estado diseñando y fabricando ordenadores desde que tenía doce años. En la NUMA, le habían concedido recursos casi ilimitados para construir sus propios sistemas, recabar sus propios datos y destinarlos como considerase oportuno. Hacía mucho tiempo que la décima planta del edificio de la NUMA había sido reservada a las máquinas de Yaeger. En los últimos años se había expandido ocupando partes de la undécima, para gran disgusto del grupo de meteorología, que fue trasladado al sótano.

Siempre buscando la interfaz humano/máquina más eficaz, Yaeger había rediseñado su sistema en incontables ocasiones a lo largo de los años. Había usado múltiples teclados, dispositivos de activación de voz, hasta entornos de realidad virtual y hologramas parlantes. Ese proyecto era su última creación.

Curiosamente, mientras que los sistemas no dejaban de evolucionar, Yaeger permanecía igual, como si fuera la única constante en una ecuación siempre cambiante.

Cuando Pitt se acercó, los ojos de Yaeger se movían rápidamente por las pantallas de cristal sobre los datos que aparecían aquí y allá. Gesticulaba y tocaba y movía cosas de una pantalla a otra. Un extraño auricular le tapaba una oreja y situaba una diminuta pantalla adicional de la longitud de un dedo delante de su ojo derecho, que parecía parpadear. Incluso desde una distancia de tres metros, Pitt podía ver la

información que aparecía brevemente en ella.

—Un día entraré aquí y te encontraré conectado con cables al sistema —dijo Pitt.

En su afán, Yaeger no se había dado cuenta de que Pitt se acercaba. Se volvió bruscamente, sorprendido por la voz de Pitt.

—Podría haber llamado a la puerta.

—Toda esta tecnología, ¿y no tienes timbre? —Preguntó Pitt—. O uno de esos cacharros de los centros comerciales que pitan cuando entras en una tienda. Tal vez debería comprarte un perro.

La cara de Yaeger se arrugó al oír la idea.

—Ya tengo un perro. Lo dejo en casa porque se mea encima de las cosas y mastica los cables.

—Una decisión sensata.

—¿Qué le trae aquí abajo? —Quiso saber Yaeger.

Pitt colocó un grueso paquete de manila sobre la mesa.

—De los australianos. Su expediente y sus datos técnicos. He pensado que tú y tus ordenadores podríais analizarlo.

—¿Lo han mandado en papel?

—Algunas personas todavía usan el correo, Hiram.

—También podrían escribir con una pluma de ganso —gruñó Yaeger.

Pitt subió a la plataforma.

—¿Qué es esto?

—La nueva interfaz.

—¿Qué es eso que tienes en el ojo? —Preguntó Pitt—. Pareces un cruce entre el coronel Klink de *Los héroes de Hogan* y uno de los Borg de *Star Trek*.

—Lamentablemente, me siento más como el sargento Schultz —dijo Yaeger—. Porque a estas alturas no sé nada.

—Eso no está bien.

—La Agencia de Seguridad Nacional no quiere compartir nada —explicó Yaeger—. A pesar de sus promesas. No he recibido nada de ellos.

—¿No enviaron un lote de datos esta mañana?

—Todos son datos sísmicos —contestó Yaeger—. Reconozco que los necesitamos, pero usted me pidió que investigara la teoría dinámica de la gravedad que supuestamente Tesla propuso. He solicitado un montón de documentos con ese propósito, pero no he recibido nada. Se niegan a contestarme.

Pitt pensó que tendrían que hacer algo al respecto.

—Deje que le enseñe una cosa —dijo Yaeger, haciendo señas con la mano a Dirk para que se acercara a la zona de la plataforma entre las tres pantallas.

Pitt avanzó.

—Me siento como si fueras a tomarme las medidas para un traje.

—El sistema podría hacerlo si usted quisiera —contestó Yaeger—. Pero sería un desperdicio de capacidad de procesamiento.

—Depende de cómo quede el traje —bromeó Pitt.

Hiram no le hizo caso y señaló la pantalla de la izquierda, donde apareció la foto de un edificio de ladrillo de una planta. Tenía diez ventanas separadas a intervalos regulares, cinco a cada lado de una puerta central. Parecía una escuela.

Detrás del edificio había una estructura a medio terminar. Estaba hecha de enrejado, como la torre Eiffel pero sin el elegante contorno de la construcción francesa. En realidad, tenía un aspecto muy práctico. En lo alto de la torre había una bóveda. En conjunto, la construcción parecía un gigantesco champiñón metálico.

—La torre Wardencllyffe —expuso Yaeger—. La locura del millón de dólares de Tesla, la llamaron. Su construcción se inició en 1901. Tesla insistía en que era la primera de las muchas que se repartirían por todo el mundo. Unas torres que permitirían la transmisión de datos instantánea y, lo más importante, la difusión de energía eléctrica sin cables.

—Increíble —comentó Pitt.

—Realmente lo es —convino Yaeger—. Tesla trabajó en esta torre en combinación con su teoría dinámica de la gravedad. Se consumió desde el punto de vista económico, físico y psicológico. Estuvo a punto de destruirse tratando de llevarla a cabo. En 1905 se quedó sin dinero. El edificio siguió en su posesión durante años, pero con el tiempo ejecutaron la hipoteca. Al final, en 1917, un equipo de demolición voló la torre oxidada. En muchos aspectos, fue el mayor revés que Tesla sufrió en su vida. Y, sin embargo, tenemos esta carta.

Mientras Yaeger hablaba, la copia de una carta escrita a mano apareció en la pantalla central. Estaba firmada por Tesla y dirigida a un hombre llamado Watterson. Tenía fecha de marzo de 1905.

—¿Quién es Watterson? —Preguntó Pitt.

—Daniel Watterson —respondió Yaeger—. El alumno prodigio de Tesla en aquella época. Ordenador, lee la carta, por favor.

El ordenador empezó a leer en voz alta, empleando un convincente acento extranjero.

—¿Es la voz de Tesla?

—No —contestó Yaeger—. Pero es una auténtica recreación del inglés de Tesla. Probablemente él hablaba así.

—¿Le has enseñado a hacer eso?

—No, él mismo lo decidió basándose en mil dialectos distintos.

Pitt sacudió la cabeza, experimentando una sensación de incredulidad y de asombro al escuchar la voz por los altavoces.

—«Joven Daniel, los dos hemos temido que llegase este día. Desde que las patentes de mis motores de corriente alterna expiraron, nuestros ingresos se han reducido drásticamente. Ni el señor Astor ni el señor Morgan parecen dispuestos a ofrecernos más financiación...».

Yaeger se inclinó hacia Pitt.

—Esos debían de ser J. P. Morgan y John Jacob Astor IV, el que se hundió en el *Titanic*.

Pitt asintió con la cabeza.

—Nuestros caminos se han cruzado antes.

—Me acuerdo.

—»... han insinuado que estarían dispuestos a concedernos más si pudiéramos hacer una demostración de la transmisión de energía, pero considerando nuestra incapacidad para neutralizar las anomalías que hemos encontrado, creo que es demasiado peligroso intentarlo en este momento.

»Recuerda que la pobreza se puede superar trabajando duro, pero la muerte no. Y me niego a ser un instrumento de dolor para muchas personas que no saben nada de nuestra empresa. Por ese motivo, también debo rechazar la oferta que has acordado.

»Por favor, comunica al general Cortland que agradezco sus esfuerzos pero no puedo adelantarme hasta que haya conseguido minimizar el peligro.

»Con toda mi esperanza, Nikola».

El ordenador había terminado.

—¿Quién es ese tal Cortland?

—Harold Cortland, un general de brigada encargado del aprovisionamiento especial en la época.

—¿Así que Tesla decidió no pedirle más dinero a Jacob Astor porque pensaba que era demasiado peligroso y también rechazó dinero del ejército de Estados Unidos?

Yaeger asintió con la cabeza.

—Según la carta. Pero aparte de esta referencia, no he encontrado ninguna prueba de que el ejército hablase con Tesla, y menos aún de que le ofrecieran algo.

Pitt se volvió otra vez hacia la foto de la torre Wardencllyffe.

—Se parece mucho a lo que Kurt y Joe encontraron en esa mina inundada.

—Las proporciones de la bóveda con las tuberías son casi idénticas —dijo Yaeger—. Y al igual que la mina, la torre Wardencllyffe tenía tuberías de conducción electromagnética que recorrían muchos metros hasta el suelo. Según Tesla, era para «afianzarse en la Tierra», que según él no solo conduciría la energía sino que también la proporcionaría.

—Una locura de un millón de dólares —reflexionó Pitt—, pero parece que Tesla estuviese contento de dejarla aparcada. Casi aliviado. ¿Por qué? ¿Qué le daba miedo?

Yaeger ladeó la cabeza como si la respuesta fuera evidente.

—Probablemente el efecto exacto que Thero se esfuerza por conseguir: desbaratar el campo de energía de punto cero y causar estragos.

Pitt asintió con la cabeza. Estaba empezando a advertir una pauta.

—Según lo que tú y lo que esa científica australiana habéis dicho, el campo de punto cero está interrelacionado con la gravitación. Tesla empezó a trabajar en su teoría de la gravedad y en esas torres aproximadamente al mismo tiempo, en torno a finales de siglo. Parece que renunció a las dos cosas hasta... ¿cuándo?

—1937 —contestó el ordenador.

Pitt miró a su alrededor.

—Gracias —dijo, sintiéndose raro por responder a la máquina—. ¿Por qué entonces?

—Datos insuficientes —respondió el ordenador.

—¿Puede adivinarlo? —Preguntó Pitt a Yaeger—. Y si no, ¿puedes adivinarlo tú?

—Tesla era mayor entonces —contó Yaeger—. Y estaba sin blanca. Tal vez necesitaba dinero.

—Por lo que he leído, siempre necesitó dinero. ¿Por qué iban a ser distintas las cosas en 1937?

—¿Qué está insinuando?

Pitt se encogió de hombros como si fuera evidente.

—Que enterró su proyecto de la torre Wardencllyffe cuando podría haberlo salvado o al menos haberlo mantenido a flote. Luego, treinta años más tarde, insiste en que está listo para soltar su teoría al mundo. ¿Qué posibilidades hay de que hiciera eso a menos que pensara que había encontrado una solución?

Otra vez fue el ordenador el que respondió:

—Considerando la adhesión de Tesla a sus principios, las posibilidades son de menos del 10 por ciento.

—Le estaba preguntando a Hiram —repuso Pitt—. Pero gracias de todas formas.

—De nada.

Pitt puso cara de extrañeza.

—Así es como trabajamos —explicó Yaeger—. Yo hablo. Él responde. Así es como siempre he trabajado.

—Me gustaba más cuando había un holograma —reconoció Pitt.

—Solo porque coqueteaba con usted.

—Puede que tengas razón. ¿Es posible volver a Tesla?

Yaeger asintió con la cabeza.

—Está insinuando que Tesla encontró una forma de eliminar el peligro, las anomalías de las que habla en la carta.

—Encaja —aseveró Pitt.

—Tal vez —convino Yaeger—, salvo que nunca publicó su teoría. Y cuando él murió, desapareció.

—Me preguntó dónde —dijo Pitt sardónicamente.

—¿Cree que la Agencia de Seguridad Nacional la tiene?

—Tienen algo.

—No lo dudo —afirmó Yaeger.

Pitt consideró llamar a Sandecker y pedirle que presionase a la Agencia de Seguridad Nacional, pero el vicepresidente estaba en Londres en una reunión del G-20, y esa clase de fuego necesitaba un tiempo para avivarse.

—¿Qué pasaría si sacudiésemos su base de datos? —Preguntó Pitt.

—¿Si la sacudiésemos?

—Ya sabes, como cuando una máquina expendedora en la que has metido una moneda no te da lo que has pagado —dijo Pitt—. La sacudes un poco hasta que cae algo. ¿Qué pasaría si hiciéramos eso con los ordenadores de la Agencia Nacional de Seguridad?

—¿Aparte de ir a la cárcel y hacer trabajos forzados?

—Sí, aparte de eso.

Hiram suspiró.

—Tal vez podamos encontrar una forma.

—Siempre puedes echarle la culpa al...

Pitt señaló con la cabeza las pantallas de ordenador, preguntándose si la máquina podría llegar a la conclusión que estaba insinuando.

—No creo que sea necesario —opinó Yaeger.

—Puede que no —dijo Pitt—. ¿Y ese tal Watterson? ¿Has descubierto algo sobre él?

Yaeger suspiró.

—No hizo gran cosa después de trabajar con Tesla. Si mal no recuerdo, murió joven. —Ladeó la cabeza—. Ordenador, ¿hay algún acontecimiento en la vida de Daniel Watterson que sea pertinente a nuestro actual proyecto?

El ordenador hizo cálculos durante un segundo, registrando miles y miles de millones de documentos, cotejándolos y buscando cualquier vínculo, conexión o dato que pudieran haber pasado por alto. Finalmente habló:

—No se puede deducir ninguna influencia significativa en este proyecto a partir de los actos de Daniel Waterson posteriores a 1905 —informó—. Una improbabilidad estadística detectada.

Yaeger se volvió hacia la pantalla principal.

—¿De qué se trata?

—Según los archivos necrológicos, Daniel Watterson y el general Harold Cortland murieron el mismo día. Sus muertes se produjeron en distintos estados y por distintas causas. Sin embargo, los dos obituarios tenían una extensión de cincuenta y una palabras exactas y contenían una redacción idéntica, exceptuando el nombre del fallecido, la causa de la muerte y el lugar. La probabilidad estadística de que eso ocurriera, considerando las diferencias de edad, ocupación y domicilio, es de menos de un 0,1 por ciento.

Pitt y Yaeger se cruzaron una mirada.

—Me parece que voy a sacudir la base de datos de la Agencia Nacional de Seguridad —dijo Yaeger.

—A veces es más fácil pedir disculpas que conseguir permiso —observó Pitt.

Yaeger asintió con la cabeza.

—Recuérdemelo cuando estemos picando piedra en la penitenciaría de Leavenworth.

Pacific Voyager

Tres mil novecientos kilómetros al sudoeste de Perth

Patrick «Padi» Devlin estaba en la cubierta pintada de negro de la abominación que antaño había sido el *Pacific Voyager*. El viento gélido azotaba la proa del barco. Había empezado a caer aguanieve del cielo gris metálico, y la niebla en el aire había reducido la visibilidad a menos de un kilómetro y medio durante las últimas horas.

Devlin se ciñó bien su abrigo, se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos y deseó con toda su alma tener una bufanda. Aun así, no quería volver adentro.

—Gracias por dejarme en la cubierta —le dijo a una figura que rondaba detrás de él: Janko Minkosovic, su viejo compañero de tripulación y actual carcelero.

—No veo nada en contra. No creo que vayas a volver nadando a Yakarta.

—Me he fijado en que no has tenido la misma gentileza con las demás personas de la bodega.

—Hay veintiséis —repuso Janko—. Vienen de un par de barcos que atacamos. Juntos podrían ser un peligro.

Devlin consideró sus palabras. ¿Significaba eso que Janko solo contaba con una pequeña tripulación a bordo?

El viento soplaba racheado, y la aguanieve arreció. Por la temperatura y el color azul cobalto del mar, Devlin dedujo que habían estado navegando hacia el sur. No podía ver el sol, pero supuso que se habían adentrado en los cuarenta rugientes, la zona de fuertes vientos del océano Antártico, tal vez incluso más hacia el sur. Parecía que se avecinaba una tormenta.

—¿Recuerdas algo? —Preguntó Janko.

—El día que esta carraca se hundió —contestó Devlin.

—El día que nos soltaste.

—Sabes que fue la decisión del capitán —replicó Devlin—. Le supliqué que esperase.

—Deja de culparlo a él —repuso Janko—. Y deja de culparte tú también, Padi. Mírate. Estás más hecho polvo que este barco. Y pensabas que algún día llegarías a capitán.

Devlin lanzó una mirada a Janko.

—Ninguno de vosotros podría haber hecho nada —dijo Janko—. Lo teníamos previsto. Si no hubieras soltado tú el cable, lo hubiéramos cortado nosotros.

—¿Quiénes? —Preguntó Devlin bruscamente—. ¿Quiénes sois «nosotros»? ¿Y por qué? ¿Para fingir la destrucción del barco? Ya era un derrelicto. Ni siquiera estaba

asegurado.

—El hombre para el que trabajo lo compró años antes —explicó Janko—. Todo el tiempo que estuvo en dique seco en Tarakan, tuvo a gente trabajando en él, haciendo cambios. Cuando llegó el momento, necesitaba que desapareciese. Así que nos ordenó que lo remolcásemos hasta la tormenta.

Devlin miró fijamente a Janko.

—Pero eras parte de la tripulación. ¡Nuestra tripulación!

—Durante seis meses, junto con los otros dos. Él lo arregló con tu jefe.

—Vale —admitió Devlin—. Así que os puso con nosotros y os subió a bordo del *Java Dawn*. Pero el barco, este barco, se hundió. Yo lo vi. No fue ninguna ilusión.

Janko tomó aire, como un padre que empieza a cansarse de las preguntas de un niño curioso.

—No, Padi, no lo fue.

—¿Cómo demonios lo hicisteis, entonces?

—Sígueme —dijo Janko—. Estás a punto de descubrirlo.

Janko condujo a Devlin a través de la escotilla principal y luego a través de una escotilla interior. Por primera vez, Devlin reparó en que la sección exterior del barco se había mantenido prácticamente como él la había visto hacía años. Parecía descuidada, abandonada. Pero cuando dejó atrás la escotilla interior, las cosas cambiaron.

Pronto Devlin se encontró en una moderna sala de mandos. Mesas de derrota, indicadores de propulsión, radares y monitores gráficos le rodeaban. En la pared de delante había instaladas grandes pantallas como la vista de proa desde el puente de mando; de hecho, mostraban el cielo gris y el mar frío de delante del barco, registrados desde el punto más elevado de una serie de videocámaras.

—¿Cuándo se hizo todo esto?

—Te lo he dicho —insistió Janko—, los cambios se hicieron antes de que el barco fuera remolcado de la playa.

—Pero lo inspeccionamos por si había vías de agua.

—Solo el casco exterior —le recordó Janko—. Además, yo estaba contigo para asegurarme de que no te desviabas a ninguna zona conflictiva.

Devlin se acordó entonces. Habían examinado las reparaciones y las cubiertas inferiores, la sala de máquinas y el pantoque. Nadie se había molestado en mirar los espacios interiores del barco.

Janko centró su atención en uno de sus tripulantes.

—Pasa a infrarrojos.

El hombre activó un interruptor, y la pantalla de la derecha experimentó un ciclo de cambios. El color pasó de gris a un tono naranja. De repente, las nubes, la niebla y la lluvia desaparecieron. La visibilidad, que antes era de menos de un kilómetro y medio, ya no era un problema. Como por arte de magia, la silueta de una gran isla con forma de cono ocupó de repente el centro del monitor. El pico central se elevaba

cientos de metros hasta el cielo. Parecía imposible que hubiera estado a un kilómetro y medio de distancia y que la niebla hubiera ocultado la isla tan a conciencia.

Al mismo tiempo que los ojos de Devlin se abrían cada vez más, sus oídos empezaron a taponarse.

—¿Qué pasa?

—Casco interior presurizado —contestó uno de los tripulantes—, casco exterior hundiéndose.

En la pantalla izquierda, Devlin vio que la proa del barco se inclinaba hacia el mar. Momentos más tarde, el agua entró rápidamente por todos lados mientras el aire salía a raudales por los respiraderos de la cubierta. En unos segundos, la cubierta de proa estaba sumergida. El nivel del agua aumentó rápidamente, ascendió por la superestructura y engulló la cámara.

De repente, Devlin solo vio oscuridad y un torbellino de agua delante del objetivo. La vista tardó un minuto en aclararse, pero incluso entonces no había nada en el cuadro más que la proa del barco.

—¿Un submarino? —Dijo Devlin—. ¿Habéis convertido este barco en un puñetero submarino?

—La sección central del barco es un casco resistente —explicó Janko—. El resto es solo camuflaje.

A pesar de su ira, Devlin estaba impresionado.

—¿Qué profundidad puede alcanzar?

—No más de veinticinco metros.

—Os verán desde el aire.

—La pintura negra casi no refleja la luz, y también absorbe las señales de radar.

Eso explicaba por qué la capa de pintura era tan gruesa y parecía de goma, pensó Devlin.

—¿Y todos los palos de radar y las antenas?

—Hemos tenido que quitarlos —respondió Janko—. Solían dar problemas cuando nos sumergíamos.

—Aun así, os detectarán con sónar.

Janko parecía irritado.

—No navegamos así, Padi. Navegamos por la superficie, como siempre. Solo hacemos esto para ocultarnos. Y... para aparcar.

—¿Aparcar?

—Activa las balizas de aproximación —ordenó Janko a un tripulante.

A lo lejos, una hilera de luces amarillo verdoso se encendieron. Recorrían el fondo del mar. Hasta cierto punto, parecían la línea discontinua de una oscura carretera.

—Cinco grados a babor —dijo Janko—. Reduce la velocidad a tres nudos.

Mientras Devlin observaba, el tripulante situado a su izquierda pulsó unas teclas en un teclado.

—Piloto automático activado. Secuencia de atraque automático iniciada.

El barco siguió avanzando hacia las tenues luces.

—En posición —hizo saber el tripulante.

—Abre las puertas exteriores.

Después de teclear unas cuantas veces más, una fina rendija de luz brotó en lo que parecía un muro de roca. La rendija se ensanchó ante los ojos de Devlin a medida que unas enormes puertas se abrían y revelaban un estrecho portal en el lado inclinado de los cimientos sumergidos de la isla.

Empleando la proa y los propulsores de popa, el *Voyager* hizo frente a la corriente y se introdujo poco a poco en lo que resultó ser una gigantesca cueva formada naturalmente.

—Parada general —anunció el timonel.

—Puertas de la cueva cerrándose —informó el otro tripulante.

—Saca a la superficie el *Voyager* —ordenó Janko.

Se oyó el sonido del aire a alta presión al expulsar el agua de los tanques del barco. El ruido alcanzó un crescendo justo cuando la embarcación de ciento veinte metros salió a la superficie.

Devlin observó asombrado cómo el agua se escurría de las cámaras y a continuación se achicaba de las cubiertas. Se encendieron más luces artificiales que iluminaron la cueva a su alrededor, un espacio un poco más grande que el *Pacific Voyager*.

Se notó un ligero golpe.

—Rampa de atraque en posición —dijo el tripulante.

Janko asintió con la cabeza.

—Traed a los prisioneros —ordenó—. Yo enseñaré personalmente a Padi su nuevo hogar.

—¿Nuevo hogar?

—Eso es —convino Janko—. Bienvenido al Tártaro. La cárcel de los dioses.

Buque de la NUMA Orion, 15.30 horas
dos mil setecientos kilómetros al sudoeste de Perth

Después de frustrar el secuestro del *Ghan*, Kurt, Joe y Hayley habían cambiado de medio de transporte, tomando un avión chárter a Perth y luego subiendo a bordo de un helicóptero Sea Lynx que los llevó al barco de la NUMA *Orion* cuando todavía estaba a quinientos kilómetros de la costa.

Desde allí, el *Orion* había girado hacia el sudoeste y había regresado al mar. Otros tres barcos de la flota de la NUMA se iban a unir a ellos rumbo a distintos lugares. Se dirigían al sur, tratando de formar un piquete usando los aparatos de detección que Hayley había diseñado. El plan era sencillo: si Thero probaba su artefacto, deberían poder localizarlo.

Mientras Hayley emprendía la larga tarea de calibrar los sensores, Kurt se dirigió al puente de mando. Llegó justo cuando comenzaba la tercera guardia.

A través de las grandes ventanas de vidrio cilindrado, vio que el cielo se había oscurecido y se había encapotado, y que el mar se había teñido de color gris acero oscuro. El oleaje del oeste seguía teniendo una altura de entre un metro veinte y un metro cincuenta, sorprendentemente en calma para esa zona del mundo. Aun así, a Kurt no le gustaba cómo pintaban las cosas.

Cogió dos tazas con la palabra «Orion» y una pequeña representación de las estrellas de la constelación estampadas en relieve en el lateral. Las llenó de café y se acercó a Joe, que estaba con el capitán del *Orion* estudiando las cartas de navegación y el parte meteorológico.

—¿Capitán? —dijo Kurt, ofreciéndole una de las tazas.

—No, gracias —contestó el capitán Winslow.

—Yo cogeré una —comentó Joe.

Kurt le dio a Joe una taza y se quedó con la otra. Bebió un sorbo y señaló con la cabeza el parte meteorológico.

—¿Qué hay de nuevo?

—Todavía no hay tormenta, pero la presión está bajando —contestó Joe—. Estamos estudiando una perturbación que viene del oeste.

Estaban en marzo, lo que significaba que en el hemisferio sur era principios de otoño. El peor tiempo no llegaría hasta al cabo de un mes más o menos, pero al sur de los cuarenta grados de latitud habían entrado en una zona conocida como los cuarenta rugientes. A esa latitud, el océano Antártico circundaba la Tierra sin ser interrumpido por ninguna masa de tierra. Podía levantar una tormenta monstruosa cuando le viniera

en gana.

—De momento hemos tenido suerte —comentó Winslow—. Pero mis huesos de viejo me dicen que este tiempo no va a durar.

—¿La calma que precede a la tormenta? —Preguntó Joe.

—Algo por el estilo —respondió el capitán.

—Tenemos que ponernos en marcha, aunque haga mal tiempo —señaló Kurt.

Winslow también parecía decidido, pero solo hasta cierto punto.

—No les dejaremos plantados —le dijo a Kurt en tono tranquilizador—. Pero si llega un momento en el que el barco y la tripulación corren demasiado peligro, tendré que tomar esa decisión. El *Orion* es un barco resistente, pero no fue construido para soportar un temporal en toda regla.

Kurt asintió con la cabeza. El capitán era el jefe del barco, y aunque Kurt estaban al frente de la misión, la palabra de Winslow prevalecería.

—¿Y los demás?

Joe señaló la carta de navegación.

—Paul y Gamay están a bordo del *Gemini*.

En el mapa, la citada embarcación se encontraba muy apartada.

—¿Por qué está tan lejos detrás de nosotros?

—Ha tenido que venir desde Singapur.

—Es frustrante —se lamentó Kurt—. Pero merece la pena esperar para tener a Paul y Gamay en el equipo. ¿Y los demás?

—El *Dorado* está aquí —contestó Joe, señalando otra sección del mapa situada muy hacia el este, casi justo debajo del centro de Australia.

»Y el *Hudson* está por aquí, al sur de Nueva Zelanda. Acaban de recibir el equipo. Pasarán dos días como mínimo hasta que puedan conectarse.

Kurt estudió la carta de navegación. Cuatro barcos diminutos, simples puntos en el mapa del vasto mar. Eran la única esperanza real de encontrar a Thero antes de que entrara en acción.

—¿Crees que va a dar resultado? —Preguntó Joe.

—Todo depende de los sensores de Hayley.

—No pareces tan convencido como antes —observó Joe.

—Está ocultando algo —sentenció Kurt.

—Y sin embargo te gusta —comentó Joe.

—Razón de más para andarse con cuidado —dijo Kurt.

Al oír eso, Joe asintió con la cabeza.

—El golpe más fuerte siempre es el que uno no espera.

Kurt bebió un sorbo de café y miró a la oscuridad cada vez más intensa a través de las ventanas del puente de mando. No podía evitar preguntarse de dónde vendría ese golpe.

A ciento cuarenta kilómetros por detrás del *Orion*, un tipo de barco distinto amenazaba en la oscuridad. Aparentemente, la motonave *Rama* era un buque contenedor. Una inspección de sus cuadernos de bitácora y su cargamento demostraría que pasaba la mayor parte del tiempo transportando mercancías de Vietnam a Australia y de Australia a Vietnam. De hecho, había estado completamente cargado de productos electrónicos y a solo unas horas de Perth cuando Dmitri Yevchenko lo había comprado, con todo incluido, lo había desviado hacia el sur y lo había convertido en un buque de mando táctico para Anton Gregorovich y los comandos que el gobierno ruso había puesto a su disposición.

El *Rama* era más pequeño que la mayoría de los buques contenedores de hoy día, con solo ciento sesenta metros en una época en que las embarcaciones de doscientos y doscientos cincuenta metros estaban quedando rápidamente empujadas por gigantes de trescientos metros.

Mientras Gregorovich miraba la información descargada desde un satélite ruso, dio gracias por haber elegido ese barco. Los estadounidenses habían estado corriendo hacia el sur a casi treinta nudos desde el momento en que Gregorovich los había encontrado.

—¿Por qué los estamos siguiendo? —Preguntó un hombre con la cara llena de vendas.

—Porque tú no conseguiste capturar a la mujer —respondió Gregorovich.

—Tenemos helicópteros y equipo de interferencia —contestó Victor Kirov—. Y veinte comandos adiestrados a bordo. Podríamos hacerlo ahora con facilidad.

A Gregorovich no le gustaba tener agentes rusos oficiales en su equipo, ni siquiera los comandos del Ejército Rojo que le habían enviado, pero por lo menos podía fiarse de los soldados. Con un ambicioso miembro del GRU como Kirov, eso no era posible.

—Tienes suerte de que te haya dejado subir a bordo, Victor. Has quedado mal conmigo en más de una cosa.

Kirov se puso hecho una furia al oír el comentario, pero no reaccionó.

—¿No lo ves? —Preguntó Gregorovich—. Los estadounidenses saben algo. No estarían atravesando las olas a velocidad máxima si no lo supieran. Son los perros de caza que persiguen al zorro. Nosotros somos los cazadores que vamos a caballo. A estas alturas, es mejor seguirlos de lejos, usando el satélite que nos ha ofrecido el Kremlin para vigilarlos más allá del horizonte. Cuando paren en su destino, entraremos en acción.

Kirov resopló y sacudió la cabeza.

—Si Thero demuestra que tenemos un arma utilizable, los estadounidenses vendrán aquí como un enjambre de abejas furiosas. Vencerán fácilmente a nuestro pequeño ejército. Debemos encontrarlo y acabar con él o apoderarnos de lo que está

construyendo antes de que lo pruebe y alerte al mundo.

—¿Apoderarnos? —Dijo Gregorovich—. ¿Así que ahora tenemos planes alternativos?

—Si se puede recuperar parte de la tecnología, tenemos que hacerlo —observó Kirov.

—Esas no fueron mis órdenes —repuso Gregorovich.

—Son mías —afirmó Kirov.

Era extraño, pensó Gregorovich, pero no del todo inesperado. Le restó importancia, más preocupado por el hecho de que no le hubieran informado que por la propia misión.

—¿Y qué vamos a hacer con el juguetito que has traído?

Señaló con la cabeza una maleta sujeta al mamparo opuesto. Dentro había una cabeza nuclear. Una maleta bomba. La madre de todas las maletas bomba, en realidad.

La denominación rusa era RA-117H. Mientras que la mayoría de las cabezas nucleares tácticas producían unos cuantos kilotones como mucho —suficientes para volatilizarse varios bloques de edificios y asolar casi tres kilómetros cuadrados—, la RA-117H producía muchos más. Casi el triple de la potencia de la bomba de Hiroshima.

—Cuando tengamos muestras de la tecnología, debemos activar el arma y arrasar el lugar. Esta vez no pueden quedar restos de Thero ni de sus experimentos.

Maxmillian Thero paseaba por delante de una fila formada por sus ingenieros y técnicos, un grupo de inadaptados a los que había moldeado hasta convertirlos en su equipo de producción. Entre ellos estaba un norcoreano que había escapado de Kim Jong-il, una pareja iraní que se había convertido en objeto de sospecha del gobierno radical de Ahmadinejad cuando sus esfuerzos para construir su bomba fueron sabotados por un virus informático estadounidense o israelí, un científico paquistaní buscado por la Interpol por vender secretos nucleares, una mujer alemana de mediana edad cuyas ideas radicales la habían convertido en persona non grata en su patria, y un joven de Chechenia cuya brillantez era impropia de su edad pero que se había visto obligado a esconderse bajo la amenaza de pena de muerte por matar a soldados rusos.

En cierto modo, eran sus hijos, pensó Thero. Pero solo en cierto modo.

Una mezcla de miedo, promesas y falta de otras opciones los mantenía a su lado, trabajando como creyentes devotos.

—Sois las ovejas descarriadas que he reunido bajo mi protección —dijo Thero, mientras la arrogancia de su voz de barítono resonaba en la sala de control casi a oscuras—. Juntos presenciaremos los frutos de nuestro trabajo. La brillantez de mi genio.

Se dirigió a un tablero de mandos y activó una serie de interruptores. Unas luces se encendieron a su alrededor, y un conjunto de monitores de ordenador se iluminaron. Detrás de los mandos había un ventanal de plexiglás. Al otro lado había una gran caverna iluminada. Totalmente esférica, se extendía casi ciento cincuenta metros desde el suelo de piedra pulido hasta el techo abovedado. Gran parte de la caverna era natural, pero los partidarios de Thero y sus esclavos le habían dado la forma de una esfera perfecta.

Dentro de la esfera había un orbe mecánico hecho de tuberías metálicas y andamios. Parecía un giroscopio monstruoso, y hasta cierto punto podía funcionar como tal girando en cualquier dirección.

Esa era el arma de Thero, la expresión definitiva de su genio. Con ella, podía dirigir enormes cantidades de energía a cualquier punto de la Tierra. Pero a diferencia de la mayoría de las armas, la de Thero no sembraría la destrucción desde arriba. La enviaría desde abajo.

Alterando la energía de punto cero contenida dentro de la Tierra, Thero podía canalizar esa energía a través del núcleo del globo si lo deseaba.

Una tras otra, una serie de luces de indicadores se pusieron verdes.

—Todo listo —anunció el checheno.

—Ajustad a consumo mínimo —ordenó Thero.

Los ingenieros se ocuparon de seguir el protocolo de Thero. Repasaron listas de control y procedimientos, y pronto llegaron al punto sin retorno.

—Desconectando energía de entrada geotérmica —anunció la mujer alemana.

Las luces se atenuaron un instante y acto seguido volvieron a brillar plenamente.

—Iniciando la secuencia de preparación —dijo el hombre iraní.

Varios segundos más tarde, un icono parpadeante en el tablero situado delante de Thero indicó que la fase de preparación había terminado. Se acercaba el momento de la verdad. Thero pulsó el botón de encendido.

Las luces volvieron a atenuarse, esta vez mucho más. Varias se apagaron. El enorme consumo de energía de la secuencia de encendido estaba forzando la red eléctrica.

En una pantalla situada encima de la ventana se mostró una línea plana. Por un instante, no pasó nada. Entonces, la línea empezó a oscilar a medida que un patrón de onda superficial recorría la pantalla una y otra vez.

En la caverna, un tenue espectro de luz etérea empezó a girar en espiral a lo largo de las tuberías y alrededor del interior de la sala de forma esférica. Parpadeó y se apagó. A continuación se produjo un segundo impulso de energía. Pero a diferencia del primero, este se mantuvo, moviéndose de un lado a otro como un fantasma atrapado en una especie de purgatorio artificial.

—El campo de confinamiento magnético se mantiene —comunicó la mujer iraní.

Poco a poco, las luces volvieron a encenderse a su alrededor.

—Estamos funcionando con energía de punto cero —comunicó orgullosamente la mujer alemana.

Mientras suaves sonidos de celebración se propagaban por toda la sala, Thero miró el monitor situado delante de él. Los picos y los senos de la onda siguieron formándose hasta que un indicador amarillo empezó a brillar.

—Algo va mal —dijo el joven checheno. Regresó a su mesa—. El patrón es inestable.

—No puede ser —repuso otra persona.

—Míralo tú.

Thero se acercó al tablero y examinó el patrón tridimensional. Debería haber sido una esfera perfecta como la cueva, pero estaba deformado en una sección cerca de la parte superior. Las líneas se ladeaban, cambiaban de dirección y volvían a ladearse, como la imagen de una vieja televisión con mala recepción.

—Contrarrestadlo —exigió Thero.

Mientras él hablaba, se activó una segunda alarma.

—Modulad el campo.

El paquistaní empezó a teclear en su ordenador. En la cueva, la monstruosa construcción como un giroscopio empezó a pivotar en la enorme estructura. Giraba despacio como un gigantesco telescopio, tratando de alinearse con una sección concreta del cielo. A medida que se movía, la segunda alarma se apagó. Solo siguió

parpadeando un indicador amarillo en la pantalla que recordaba un osciloscopio.

El gigantesco conjunto de tuberías se bloqueó. Los fantasmas de la energía electromagnética se perseguían unos a otros por el interior y a través de las paredes pulidas de la esfera. Toda la instalación siguió resplandeciendo como si estuviera cubierta de fuego de Santelmo.

—El impulso de compensación está activo —hizo saber el hombre iraní—. Debería estar ajustado perfectamente, pero sigue habiendo una pequeña distorsión.

Thero estaba furioso. Estaba dispuesto a eliminar a quien le hubiera fallado. Una ligera distorsión a baja potencia sería fatal a niveles de energía más elevados. Anularía su amenaza.

—¡Explicad el fallo! —ordenó.

Los ingenieros y técnicos estudiaron sus pantallas individuales, examinándolas y volviéndolas a examinar para ver si había alguna señal que habían pasado por alto. Charlaron entre ellos tratando de comprender lo que estaban mirando.

—¿Y bien?!

—No somos nosotros —dijo finalmente la mujer alemana—. Nuestro consumo de energía está totalmente equilibrado.

—Entonces ¿qué ocurre?

El joven checheno habló con vacilación, como si no estuviera seguro.

—Hay algo ahí fuera que está captando nuestra señal y absorbiendo parte de ella. Está creando una pauta de interferencias y alterando el equilibrio.

—¿Captando nuestra señal?

A Theo le empezó a dar vueltas la cabeza.

—Sí —contestó el joven—. Creo que puedo contrarrestarla y restablecer...

De repente Thero cayó en la cuenta con la fuerza de un mazazo.

—No —ordenó—. Apagadlo. ¡Apagadlo todo!

—¿Qué? —Preguntó alguien—. ¿Por qué?

—Nos están sondeando. Están esperando a que lo activemos. ¡Apagad el sistema!

Thero se disponía a desconectar personalmente el sistema cuando un brazo se lo impidió. Se volvió y vio a su hijo, George.

—¡Cómo te atreves a detenerme! —gritó Thero.

—Es demasiado tarde —se justificó su hijo—. Ya nos han detectado, como un radar. Es inútil apagarlo ahora.

—Puede que no sea cierto —replicó Thero.

—Sabes que lo es —dijo George.

—Entonces debemos detenerlos —le espetó Thero.

Miró a los ingenieros.

—Si pueden detectarnos, entonces nosotros podemos encontrarlos. Localizad el origen de la distorsión. Rápido.

El coreano y los dos iraníes se pusieron manos a la obra, alzando la vista hacia Thero con nerviosismo y mirándolo boquiabierto mientras conversaba con su hijo.

—¡No levantéis la vista!

Volvieron a centrarse en su trabajo, hicieron una serie de cálculos y dieron con una solución.

—Estoy introduciendo la posición —dijo la mujer iraní.

Un mapa apareció en el monitor situado encima de la ventana de plexiglás. Mostraba el paradero de Theo, su isla del Tártaro. También mostraba las aguas del océano Antártico y el extremo sur de Australia. Un punto parpadeante indicaba la posición donde se hallaba la distorsión. Casi derecho al este, a solo mil quinientos kilómetros de la isla.

—¿Cómo pueden estar tan cerca? —dijo con voz entrecortada—. Un traidor. ¡Debe de haber un traidor entre nosotros!

—Debe de ser un barco —apuntó el coreano.

—¡Por supuesto que es un barco! —rugió Thero.

—Tal vez deberíamos apagarlo —propuso el hijo de Thero, George.

—¡¿Ahora?! —Gritó Thero—. ¡No lo creo! Como tú has dicho, es demasiado tarde. Preparaos para destruirlos.

—Es una imprudencia arriesgarse a hacer funcionar el sistema a toda potencia sin probarlo.

La tripulación siguió contemplando boquiabierta la discusión entre padre e hijo. La vergüenza enfureció a Thero todavía más.

—¡Se acabaron las preguntas!

—¡El sistema no está listo! —rogó George.

—¡Silencio!

A continuación, el hijo de Thero se retiró, y este miró fijamente a su tripulación.

—Ajustad la máquina para un impulso corto —ordenó—. Alinead la dislocación para que se produzca justo en su camino. Solo la distorsión debería tragarlos enteros.

Kurt y Joe seguían en el puente de mando esperando a que una impresora expulsara el último mapa meteorológico, cuando se atascó en mitad de la página y se negó a reiniciarse.

—¿Qué has hecho? —Preguntó Joe.

—Yo no la he tocado —dijo Kurt.

Joe se acercó al ordenador para reiniciar la operación de impresión.

—Qué raro.

—No hay señal.

—La telemetría no funciona —les informó el capitán Winslow—. Ha estado funcionando intermitentemente todo el día. Tendrá algo que ver con las interferencias de las erupciones solares en nuestros satélites.

Kurt recordó haber oído que ese año se produciría ese problema, ya que el Sol estaba entrando en la fase más activa de su ciclo de once años. Las manchas solares y las erupciones solares estaban provocando fuertes tormentas eléctricas en la atmósfera superior y creando impredecibles emisiones de luz tanto en el Polo Norte como en el Polo Sur.

Kurt miró por las ventanas. Si no estuvieran debajo de un denso manto de nubes, la aurora austral habría sido un espectáculo digno de ser visto.

—Voy a tomar el aire —anunció Kurt—. Avísame cuando se restablezca la conexión.

Abrió la puerta del mamparo y salió. Una ráfaga de aire frío lo espabiló. El viento que levantaba el movimiento del barco pasó silbando a su lado y le picó en la piel descubierta. Se tapó bien con su abrigo y metió las manos en los bolsillos.

Se acercó a la barandilla y se quedó allí disfrutando de la soledad hasta que la puerta del mamparo se abrió detrás de él.

Miró atrás y vio que Hayley salía a la cubierta.

—Kurt, ¡creo que los hemos encontrado! —gritó—. Creo que hemos encontrado a Thero.

Se acercó a él mirando la barandilla con cautela. Un par de hojas de papel se agitaban en su mano mientras el viento trataba de arrancárselas.

Kurt las cogió, y ella se agarró a la barandilla del barco con las dos manos.

Él examinó las hojas impresas. La primera tenía un mapa con arcos y líneas dibujados. Se desviaban al oeste. Parecía que no hubiera nada más que mar abierto. En el margen de la página había un rumbo numérico hasta el objetivo.

—Están en alguna parte de esa línea —dijo ella—. Sin un segundo sensor operativo, no puedo conseguir una posición exacta, pero están en alguna parte de esa línea.

—¿Estás segura?

—He hecho los cálculos tres veces —dijo ella—. Lo he repasado todo. No hay errores. Algo en esa dirección exacta está alterando el campo de punto cero.

Miró a Kurt sonriendo en actitud positiva. A continuación se estiró y le dio un besito.

—Solo probaba a ser espontánea —bromeó.

Kurt sonrió.

—Me gusta.

Alargó el brazo hacia ella, deslizó la mano detrás de su cabeza y la atrajo hacia sí para besarla como es debido.

—Vale, me gusta más el tuyo —afirmó ella—. ¿Podemos probar otra vez?

—Hablemos primero con el capitán.

—¿De verdad necesitamos su permiso? —Preguntó Hayley—. Ya sé que es su barco, pero...

—Sobre el mapa —dijo Kurt—. Y nuestro nuevo rumbo.

—Ah... está bien —accedió ella.

La cogió de la mano y se dirigió a la escotilla, pero un destello en el horizonte le llamó la atención y se detuvo.

Se volvió y miró directamente a la noche, pero no vio nada más que oscuridad.

—¿Has visto eso? —preguntó.

—Si he visto ¿qué?

—Ese destello.

—No —respondió ella—. No he visto nada.

Mientras permanecían mirando a la oscuridad, como dos personas esperando para ver unos fuegos artificiales, una extraña sensación empezó a apoderarse de Kurt. Notó que se le erizaba el vello de la nuca.

Finalmente, apareció otro destello de luz. Esta vez Kurt lo vio claramente, pero no era un destello en el horizonte como una luz estroboscópica ni como una descarga de electricidad definible; parecía más bien un relámpago de verano que cubría todo el horizonte y parpadeaba tenuemente. Solo que no venía del cielo. El mar brillaba, como si todo el océano fuera bioluminiscente.

—¿Podría ser un efecto de la aurora? —preguntó.

Hayley retrocedió temblando.

—No es la aurora —dijo.

Su voz tenía un tono sobrecogido. El sonido del miedo.

—¿Qué es?

—Una descarga electromagnética —contestó ella—. Es un efecto secundario de la alteración del campo de punto cero.

—¿Es producto de tu sensor?

—No —contestó ella, temblando—. No somos nosotros. Es Thero.

El mar volvió a emitir un parpadeo, esta vez mucho más brillante, y el barco dio

una sacudida hacia abajo. Ocurrió tan de repente que Kurt y Hayley salieron despedidos de la cubierta. La proa se hundió en el agua, y un imponente muro de espuma se elevó por los aires y cayó como cortinas a su alrededor.

Kurt se levantó y miró a popa. Una línea de espuma se extendía en la oscuridad, recta como una regla y perpendicular a su trayectoria, pero no vio ninguna ola que retrocediera.

—¡Kurt! —gritó Hayley.

Él miró hacia delante. El océano estaba parpadeando otra vez, emitiendo un débil brillo verde azulado, lo justo para mostrar su contorno en la oscuridad. Cincuenta metros más adelante, se estaba formando otra línea en el mar. Se retiró como la piel al abrirse y formó un profundo seno justo delante de ellos. Se extendía a través del océano en línea recta, pero no era una ola. Carecía de elevación y verticalidad. Parecía más bien un hueco en el agua, una zanja de drenaje abierta a través de una carretera.

El *Orion* cayó ligeramente inclinado en ese hueco. El barco se balanceó torpemente al hundirse en él.

Kurt rodeó a Hayley con un brazo, la estrujó con todas sus fuerzas y entrelazó el otro brazo en la barandilla.

La proa del barco se clavó en el fondo del seno, deslizándose prácticamente bajo la superficie. Al llegar al lado opuesto se elevó en un movimiento en espiral y lanzó a Kurt y a Hayley por los aires como dos jinetes arrojados por un toro.

Aterrizaron en la cubierta justo cuando una segunda cortina de agua helada cayó en cascada sobre ellos y los caló hasta los huesos.

Kurt percibió el sabor de la sal del agua. Le escoció en los ojos y en los arañazos que se había hecho con el primer impacto. Sin esperar a que ella se pusiera de pie, agarró a Hayley, la levantó y echó a correr hacia la seguridad de la puerta del mamparo.

La cubierta de proa estaba cubierta por una capa de treinta centímetros de agua. El líquido se escurrió por los agujeros de drenaje y se llevó los papeles impresos de Hayley.

Un claxon resonó encima de ellos, y Kurt se dio cuenta de que era la alarma del barco que avisaba de una colisión. El barco estaba virando bruscamente.

—¡Prepárense para el impacto! —Gritó la voz del capitán por los altavoces—. ¡Prepárense todos para el impacto!

Kurt miró adelante, más allá de la proa. Las luces del barco se habían encendido e iluminaban un nuevo seno justo delante de ellos, a unos cien metros de distancia. Este era más profundo y más ancho que el otro, lo bastante ancho para engullir el barco. Desde la perspectiva de Kurt, parecía el borde de un gran acantilado en el centro del mar, un borde por el que estaban a punto de precipitarse.

El *Orion* se inclinó abruptamente cuando el timón giró al máximo. Kurt notó que la embarcación vibraba cuando las hélices empezaron a funcionar marcha atrás.

A Kurt le bastó una mirada para saber que no iba a ser suficiente.

Abrió la escotilla, metió a Hayley de un empujón, se introdujo con dificultad detrás de ella y cerró la puerta de acero de un portazo. Tiró de la manilla hacia abajo y la cerró justo cuando la cubierta empezaba a separarse de debajo de él.

A continuación experimentaron un momento de ingravidez, como si estuvieran en una gigantesca atracción de un parque. Acto seguido Kurt se estrelló contra la cubierta. Un tremendo estampido reverberó por todo el barco, como una docena de cañones siendo disparados al mismo tiempo. Era el sonido que hacía un muro de agua al chocar contra la cubierta continua.

Luego se hizo el silencio, y Kurt supo que el barco se había sumergido. Si estaba cerrado herméticamente, volvería a salir a la superficie. Pero, de momento, no notaba que se elevase.

Pasaron varios segundos hasta que el impulso del barco cambió y empezó a elevarse, y varios más hasta que el mar lo soltó.

Se levantó, liberándose súbitamente del agua, y a continuación cayó con gran estrépito como una ballena al salir a la superficie. Kurt levantó a Hayley y la ayudó a avanzar.

Cuando llegaron al puente de mando encontraron agua por todas partes. Una de las ventanas estaba hecha añicos y se había roto por completo. El capitán estaba aferrado al timón, con un corte sangrante a través de la mandíbula. El segundo comandante estaba en el suelo inconsciente, después de haber sido arrojado contra el mamparo opuesto.

Joe estaba colocando una plancha metálica en el hueco donde había estado la ventana rota. Tiró fuerte de una palanca y la inmovilizó justo cuando las luces principales se apagaron.

—¡Se ha cortado la electricidad! —dijo el capitán.

El mar volvió a brillar; un hermoso y letal azul que corrió hacia afuera en todas direcciones. Empezó a abrirse otro seno delante de ellos, mientras las aguas se separaban como el mar Rojo.

El barco todavía estaba moviéndose cuando el borde de la perturbación pasó a toda velocidad por debajo de ellos. La embarcación descendió otra vez.

A oscuras resultaba aterrador, una caída libre que duró segundos pero pareció interminable. Cuando el barco cayó al fondo del seno, el demoledor impacto se vio acompañado de un sonido de metal retorciéndose. Saltaron remaches hasta la altura del puente de mando, y en algún lugar en las profundidades, la quilla se rompió. Como si quisieran acabar con ellos, los elevados muros de agua marina chocaron alrededor del *Orion* como unas manos gigantesacas dando una palmada.

Esa última acción del mar furioso podría haber matado a todas las personas a bordo, pero las dos grandes manos agotaron la mayoría de su energía estrellándose una contra otra. Cuando rebotaron, la corriente que formaron arrastró la maltrecha embarcación a la superficie.

El barco salió solo un minuto y pronto estaba anegado y hundiéndose.

El puente de mando estaba inundado a causa del impacto, y las ventanas que quedaban se habían roto. El agua estaba muy fría y cortaba en la piel como si fueran cuchillos.

Kurt aún tenía el brazo alrededor de Hayley. A la luz trémula de la iluminación de emergencia, vio a Joe abriendo el recipiente de una lancha salvavidas, y al capitán Winslow tratando desesperadamente de ordenar a la tripulación que abandonara el barco.

Kurt cogió un chaleco salvavidas, se lo colocó a Hayley por la cabeza y se lo ciñó bien.

—¡Quédate con Joe! —gritó.

Ella asintió con la cabeza mientras Kurt se dirigía adónde se había caído el segundo comandante. Lo levantó, dejó al hombre inconsciente con el capitán y a continuación miró al hueco de la escalera que bajaba a la cubierta inferior.

Vio a un tripulante que subía tambaleándose mientras el agua le caía encima a raudales. Estaba herido. Apenas podía luchar contra la corriente. Kurt lo levantó y se lo dejó a Hayley, quien le ayudó a ponerse un chaleco salvavidas. Agarrándose a la barandilla, Kurt empezó a bajar.

—Es inútil —dijo el tripulante—, todos han muerto. Los que no salieron expulsados cuando el barco se rompió se han ahogado. Debajo de esta cubierta solo hay agua.

Kurt no le hizo caso, se metió en el hueco de la escalera chapoteando y se zambulló en el gélido líquido negro. Avanzó muy lentamente, con una mano en la pared y la otra extendida buscando a tientas cualquier rastro de la tripulación. No encontró ninguno y regresó.

Cuando subió, el agua entraba otra vez a raudales por las ventanas rotas. La parte superior del puente de mando era lo único que quedaba por encima del agua.

Joe lo agarró por debajo del brazo y lo sacó del hueco de la escalera de un tirón.

—No voy a dejar que te mates —gritó, arrastrando a Kurt hasta la escotilla y hacia la balsa naranja inflada.

Joe subió a Kurt a la balsa y saltó detrás de él. Su impulso los alejó mientras el *Orion* se hundía debajo de las olas. El barco desapareció acompañado del sonido de unas explosiones aleatorias y amortiguadas a medida que las últimas bolsas de aire de la embarcación se purgaban una tras otra.

Kurt miró a su alrededor. Aparte del único tripulante que había conseguido subir de debajo de la cubierta, solo los que estaban en el puente de mando habían escapado.

La balsa salvavidas hexagonal se balanceó sobre una de las olas bajas, y Kurt se quedó mirando a la oscuridad, forzando la vista para ver alguna señal de otra barca o de alguien en el agua. No vio nada. Pero tampoco vio más destellos como los que habían precedido a los extraños agujeros que habían aparecido en el mar.

—¿Tenemos alguna bengala?

Joe hurgó en el kit de supervivencia.

—Seis —contestó—. Tres blancas y tres rojas.

—Dispara una blanca —dijo Kurt—. Tenemos que ver si hay alguien más ahí afuera.

Joe apuntó al cielo con la pistola lanzabengalas y disparó. La pequeña esfera brillante subió como un cohete emitiendo una intensa luz a través de las olas onduladas. Kurt miró y miró, moviendo rápidamente los ojos, mientras la alfombra móvil de olas se extendía ante él.

Muchos restos y despojos habían subido a la superficie. Material aislante, provisiones empaquetadas y chalecos salvavidas sin usar, cualquier cosa que flotase. No vio rastro de otra balsa pero divisó a dos personas balanceándose entre los restos.

—Allí —dijo, señalando y cogiendo un remo.

La bengala solo duró otros diez segundos, pero Joe había encontrado una linterna. Enfocó con ella a los tripulantes que flotaban mientras Kurt y el capitán Winslow remaban en dirección a ellos.

Kurt subió al primer tripulante a la balsa. Era una joven a la que reconoció de haberla visto en la sala de radio. El otro superviviente era el segundo contramaestre al que Kurt había visto en la guardia de la noche anterior. Ninguno de los dos parecía muy receptivo. Encontraron a otros dos, pero Kurt no los conocía de vista.

—¿Están... vivos? —Preguntó Hayley mientras le castañeteaban los dientes.

—Por poco —contestó el capitán—. Prácticamente están congelados. La hipotermia no tarda en llegar en el agua a cero grados. Tenemos que hacerles entrar en calor.

—¿Con qué? —Preguntó Hayley.

—Calor corporal —dijo Kurt—. Todos tenemos que acurrucarnos. Estamos todos mojados. Vamos a perder el calor rápido si no lo conservamos.

El grupo empezó a desplazarse al centro de la balsa, apoyándose unos en otros y cubriéndose con una manta de supervivencia hecha de microfibra. Todos menos Kurt y Joe, que enfocaban con la linterna y buscaban a otros supervivientes.

Recogieron unos cuantos chalecos salvavidas vacíos y varios trozos de tela y plástico, cosas que podrían resultarles útiles en un momento dado, pero no encontraron a más supervivientes. Al final, se dieron cuenta de que no tenía sentido seguir buscando.

—Es mejor ahorrar pilas —dijo Kurt.

Joe esperó hasta que él y Kurt estuvieron a salvo con los demás para apagar la linterna.

—Treinta y nueve hombres y mujeres —dijo el capitán—. ¿Qué le ha pasado al mar? ¿Qué ha sido eso? Nunca había visto olas como esas. Parecían cráteres abriéndose a nuestro paso.

Kurt miró a Hayley.

—El arma de Thero ha hecho esto —afirmó ella seriamente—. Distorsiona la

gravedad.

—Y esa gravedad afecta a los líquidos mucho más fácilmente que a los sólidos —añadió Kurt, repitiendo una declaración de ella en tono sombrío.

—Es como una burbuja —logró decir Hayley—. Muy localizada pero muy potente. Aparta el agua y luego, cuando pasa, el cráter, como usted lo ha llamado, se hunde sobre sí mismo.

—Y el agua vuelve a entrar —agregó el capitán, demostrando que lo entendía.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo siento mucho.

—No es culpa suya —dijo el capitán.

—Sí que lo es —repuso ella—. Yo ayudé a formular la teoría. Y el sensor que he usado debe de haber revelado nuestra posición. Es la única explicación. La única forma de que hayan podido encontrarnos.

Kurt trató de consolarla, pero no encontró las palabras. Ni en sus sueños más optimistas sabía cómo iban a sobrevivir, y menos aún cómo iban a impedir que Thero llevase a cabo su maliciosa amenaza.

Sede de la NUMA, Washington

Una diferencia de doce horas separaba Washington de la pequeña flota de barcos que se acercaban a la Antártida. A las ocho, el turno de la mañana reemplazó a los empleados nocturnos en la sala de comunicaciones de la NUMA, un lugar de trabajo grande y moderno que parecía una especie de centro de control del tráfico aéreo.

Desde allí, los equipos y las embarcaciones de la NUMA eran vigilados y seguidos las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, en todo el mundo. Los datos y las comunicaciones se enviaban y se recibían de distintas formas, aunque el método preferido eran las comunicaciones por satélite codificadas. Era el medio más eficaz, el más seguro y el más fiable. Salvo cuando no funcionaba.

A los cinco minutos de llegar, Bernadette Conry supo que iba a ser uno de esos días en los que la tecnología daba más problemas que los servicios que ofrecía.

Una veterana de la NUMA con diez años de experiencia, cabello moreno corto, ojos verde claro y un gran sentido del deber, Bernadette Conry llevaba unas gafas modernas, lucía pocas joyas y tenía fama de ser una supervisora minuciosa.

Su primer cometido era echar un vistazo a la lista de operaciones en curso con los especialistas en comunicaciones, con vistas a resolver o evitar cualquier problema. Durante toda la semana, un pequeño incremento en la actividad solar se lo había puesto difícil.

Después de repasar una extensa lista de barcos y equipos de operaciones que habían tenido problemas durante la noche, se preguntó cómo habían desempeñado su trabajo los comandantes navales cuando no existía el seguimiento ni las comunicaciones por satélite.

Afortunadamente, vio que casi todos los problemas de las últimas doce horas se habían resuelto. Todos menos uno.

Se acercó a una consola sobre la que rezaba la denominación región 15. La Región 15 incluía la mayor parte del océano Antártico debajo de Australia y lo que la NUMA llamaba la Zona Antártica 1.

—¿Qué novedades hay sobre el *Orion*? —Preguntó al especialista.

—Ningún dato durante la última hora —contestó él—. Pero su estado ha sido inestable durante los dos últimos días.

—¿Estás recibiendo datos del *Dorado* y el *Gemini*?

El técnico tecleó en su ordenador y recibió una respuesta positiva.

—También los perdimos durante un tiempo —expuso—. Pero ya tenemos buena conexión con los dos barcos.

Eso aumentó la sensación de incertidumbre de la supervisora. Alargó la mano y pulsó la tecla F5 en el ordenador del técnico. Apareció un mapa en el que constaba la última posición conocida del *Orion*.

—Está mucho más al sur que los otros barcos, pero la actividad solar ha remitido considerablemente. Deberíamos captar una señal. ¿Has recibido alguna llamada por radio?

—Están siguiendo un protocolo de silencio —le recordó el especialista.

—¿Quién está a bordo?

—Austin y Zavala.

La señora Conry suspiró.

—Esos dos no se caracterizan por informar a menudo. ¿Quién dio la orden de silencio?

—Viene de Dirk Pitt en persona.

La inmensa mayoría del trabajo de la NUMA no topaba con ningún tipo de problema, aparte de los habituales trámites burocráticos presentes en todo el mundo. Pero desde el principio, la organización se había comprometido a investigar a aquellos que tramaban algo de una forma u otra. Si se daba una orden de «no contactar», «silencio» o «vigilar y seguir exclusivamente», por lo común significaba que estaba en curso una misión delicada o directamente secreta. No había que molestar ni contactar con ese barco o ese equipo de ninguna forma que pudiera alertar a otras partes de su presencia.

Las comunicaciones por satélite les ofrecían una forma de sortear ese escollo. Los mensajes se podían codificar y ser enviados y recibidos sin delatar la posición de un barco como las transmisiones de radio si eran interceptadas. Pero si los satélites experimentaban interferencias debido a una tormenta solar, los barcos, y los supervisores que se suponía que debían seguirles la pista, se quedaban a ciegas.

—¿Algo raro en su última transmisión?

El especialista negó con la cabeza.

—Todos los datos eran normales cuando la conexión se interrumpió. No había ningún indicio de problemas. Ni la baliza de emergencia del *Orion* ha sido activada.

Las balizas de emergencia eran automáticas y estaban diseñadas para ponerse en funcionamiento cuando un barco se hundía aunque no hubiera nadie para activarlas. Pero Bernadette Conry recordaba al menos un caso en el que un barco se había hundido tan rápido que la baliza no había tenido ocasión de enviar un mensaje.

—¿Cuál es el parte meteorológico?

—Nada reseñable —contestó él—. Olas del oeste, de entre un metro y medio y un metro ochenta. Una tormenta de dimensiones moderadas se formó a ochocientos kilómetros de su última posición conocida.

No era un informe meteorológico malo en absoluto, pensó ella. Y estaban hablando de Austin y Zavala.

—Estate atento por si se produce algún cambio —dijo—. Voy a avisar al director

de que hemos perdido su telemetría.

Dirk Pitt asintió con la cabeza al oír el informe. Tenía la sensación de que algo no iba bien. Esa sensación se intensificó con la siguiente llamada, que correspondía a Hiram Yaeger.

—La Agencia de Seguridad Nacional acaba de enviarme un nuevo lote de datos —explicó Yaeger—. Han captado una gran explosión de neutrinos hace poco más de una hora. Fue detectada en las inmediaciones del *Orion*.

—No pinta bien —dijo Pitt.

—¿Por qué?

—El barco se ha quedado a oscuras —respondió Pitt—. Perdimos el contacto con él hace una hora, justo cuando estaban a punto de activar el detector de punto cero. O ha sufrido un fallo grave o algo peor. En cualquier caso, nuestra única esperanza de encontrar a Thero es que los otros barcos puedan conectar sus detectores de prisa.

Yaeger permaneció callado un momento.

—No sé si es buena idea —comentó finalmente.

—¿Por qué?

—Ninguno de nosotros entiende realmente cómo funciona el sensor —reveló Yaeger—. Y la energía de punto cero es como un genio en una botella, y encima malhumorado. Las simulaciones que he estudiado no arrojan resultados uniformes. Considerando ese hecho, es ligeramente posible, por improbable que sea, que el sensor interactuase con el campo de punto cero y apagara todos los sistemas del *Orion* o provocase un desastre peor.

Pitt consideró la posibilidad antes de responder.

—Eso no es lo que te preocupa realmente, ¿verdad?

—No —contestó Yaeger—. Es más probable que el sensor revelase su posición de alguna forma. Y si Thero supiera que lo estaban vigilando...

—Respondería —le interrumpió Pitt.

—Exacto —dijo Yaeger—. Y si tiene poder para partir un continente por la mitad, atacar un pequeño barco sería para él como aplastar una mosca.

Pitt pensó en la tripulación del *Orion*: había treinta y nueve hombres y mujeres a bordo del barco, incluidos algunos de sus amigos más íntimos.

—¿Por qué no nos avisó? —Preguntó en voz alta—. Si existía una posibilidad de que pasara esto, ¿por qué la señora Anderson no nos lo comunicó?

—Ni idea —respondió Yaeger—. Pero en mi opinión deberíamos dejar esos sensores apagados.

—No es tan sencillo —repuso Pitt—. Tenemos trabajo que hacer y se nos acaba el tiempo.

—No sabía que teníamos un tiempo limitado.

—Ha llegado una nueva carta —explicó Pitt—. La envía Bradshaw, de la OSIA;

incluso ha usado el correo electrónico. Te la reenviaré. Thero dice que ha esperado suficiente. Asegura que atacará Australia cuando el sol salga sobre Sidney dentro de dos días. Ha llamado a ese momento la hora cero.

Yaeger se quedó callado.

—Necesito respuestas y las necesito rápido, Hiram. Ahora mismo esos detectores son la única forma de encontrar a Thero. Necesito saber si están a salvo. Y si no lo están, necesito que me busques otra manera de localizarlo antes de que llegue esa hora cero. O, mejor aún, una manera de impedir que llegue aunque él dé el paso.

—Haré todo lo que pueda —dijo Yaeger—. Hasta ahora hemos identificado una extraña secuencia en esas explosiones de energía. Según la investigación de la señora Anderson, crean un tipo de onda tridimensional, como una especie de burbuja. Tal vez podamos descubrir una manera de impedir que esa burbuja se forme. O una manera de reventarla cuando se forme.

—Avísame en cuanto tengas más información.

Yaeger acusó recibo de la orden, y Pitt colgó. Vaciló un solo segundo antes de llamar a la sala de comunicaciones.

Habló rápido.

—Señora Conry, por favor, trate de contactar con el *Orion* por cualquier medio a su disposición. Si no tiene noticias de ellos, avise al *Dorado* y el *Gemini*. Transmítales la última posición conocida del *Orion* y ordéneles que inicien las operaciones de búsqueda y rescate.

—¿Algo más?

Pitt dio otra orden.

—Recomiende a los otros barcos que no activen los nuevos sensores en los que han estado trabajando. Bajo ningún concepto, a menos que reciban nuevas órdenes mías.

Cuando colgó el teléfono, sonó su segunda línea. Era el vicepresidente Sandecker. Su voz sonaba distorsionada por un zumbido electrónico. Parecía que estuviera en el aire.

—Dentro de cuatro minutos habrá un Black Hawk de los marines en tu azotea —anunció Sandecker—. Necesito que subas a él.

—Ahora mismo estoy un poco ocupado —contestó Pitt.

—Lo sé —dijo Sandecker—. Hiram ha estado dando la lata a la Agencia Nacional de Seguridad para que le proporcionen más datos sobre Tesla. Como se negaron a soltar prenda, hackeó su sistema informático para liberar unos cuantos archivos. Conociendo a Hiram, no lo habría hecho si tú no se lo hubieras ordenado.

Pitt se imaginaba que los pillarían, solo que no tan rápido.

—Puede que le haya dado la impresión de que yo estaba haciendo la vista gorda —dijo—, pero no deberían ocultarnos información en un momento como este.

—Tienes suerte, viejo amigo, porque por fin he conseguido que estén de acuerdo contigo. Van a daros todo lo que tienen sobre Tesla. Pero antes quieren que veas algo.

Tienes tres minutos. Nos vemos en la azotea.

Pitt no tenía alternativa. Tomó aire.

—¿Adónde vamos?

—El helicóptero nos llevará a Andrews —explicó Sandecker, refiriéndose a la base aérea ubicada dieciséis kilómetros al sudoeste de Washington.

—¿Y desde allí?

—Lo descubrirás cuando despeguemos.

*Buque de la NUMA Gemini, aproximadamente
a mil doscientos kilómetros al nordeste de la última
posición conocida del Orion*

En la oscura sala de comunicaciones del *Gemini*, Gamay Trout miraba una pantalla de ordenador. Estaban recibiendo nuevas órdenes operativas de la sede de la NUMA.

Paul estaba sentado a su lado, leyendo en voz alta.

—«El *Orion* no responde a ningún medio de comunicación. Diríjense a la última posición conocida del *Orion* a la máxima velocidad posible. Estén preparados para emprender operaciones de búsqueda y rescate o búsqueda y recuperación si no encuentran supervivientes. El último pase de satélite no detectó ninguna firma infrarroja a ochenta kilómetros de la última posición del *Orion*. Debido a la densa nubosidad, la confirmación visual no es posible en este momento».

El informe parecía muy frío. Como si en el barco no estuvieran sus amigos y colegas.

—No puede ser —dijo Gamay—. ¿Ni señal de emergencia? ¿Ni llamada de socorro? Es imposible que uno de nuestros barcos se hunda tan rápido.

Paul continuó.

—«Otras órdenes guardan relación con el dispositivo de detección proporcionado por la señora Anderson. El dispositivo no debe ser activado bajo ningún concepto. En caso de que su activación ya se haya llevado a cabo, la unidad se debe inutilizar mediante su desconexión de los sistemas del *Gemini*. Se ha establecido una correlación basada en el tiempo entre la activación del sensor del *Orion* y una explosión de neutrinos de alta energía detectada por las estaciones en tierra de la Agencia Nacional de Seguridad y la última comunicación del *Orion*. Se desconoce si el dispositivo falló, pero en este momento no se puede descartar».

Faltaban solo unas horas para que ellos activasen su propio dispositivo.

—¿Es posible que ellos mismos se hayan volado por los aires?

—La explosión en Yagishiri que destruyó el laboratorio de Thero nunca ha tenido una explicación convincente —dijo Paul—, pero Yaeger cree que es más probable que el sensor revelase su situación y permitiera a Thero atacarles.

El *Gemini* ya estaba virando. Se podía notar cómo el zumbido de los motores y las hélices se intensificaba. Gamay miró el mapa.

—Mil doscientos kilómetros —murmuró—. Treinta horas. Es demasiado tiempo. No sobrevivirán.

Paul también adoptó una expresión sombría.

—Si están en el agua, ya han muerto —sentenció—. Da lo mismo tres horas que treinta. Esperemos que hayan llegado a los barcos.

Gamay agradecía lo que él trataba de hacer, pero sabía cuál era la situación.

—Si el barco se hundió demasiado rápido para que la baliza de emergencia enviara una señal, ¿qué posibilidades hay de que alguien saltara con un chaleco salvavidas?

Se imaginaba lo que la tripulación del *Orion* podía estar experimentando. La temperatura del agua tenía que rondar los cero grados, mientras que de noche la temperatura ambiente debía de descender a unos diez grados bajo cero.

Paul la abrazó.

—No podemos abandonar la esperanza. Y no lo haremos.

—Por eso te quiero, Paul —dijo ella—. A veces me sacas de quicio, pero siempre sabes lo que necesito.

—También sé que Kurt y Joe son unos supervivientes —añadió—. Y que todos los hombres y mujeres de ese barco han sido bien adiestrados. No los demos por perdidos todavía y preparémonos para ofrecerles ayuda cuando lleguemos.

Ella rodeó la cintura de Paul con los brazos y asintió.

—De acuerdo, pero no dejes de abrazarme. Necesito un poco más de esto antes de volver al mundo real.

A mil doscientos kilómetros del *Gemini*, los supervivientes del *Orion* se acurrucaban en la pequeña balsa salvavidas mientras se bamboleaba con el persistente oleaje del oeste.

Durante casi cuatro horas, subieron y bajaron en un movimiento circular rodeados de una oscuridad absoluta. A través de la densa capa de nubes no se veían ni la luna ni las estrellas. Aparte del tenue brillo de su reloj, Kurt no veía luz en ninguna dirección.

Y peor que la oscuridad era el silencio. Pero lo peor de todo era el frío.

El aire glacial estaba debilitando penosamente a los hombres y mujeres vestidos con ropa mojada. Incluso acurrucados bajo una manta térmica, su temperatura corporal estaba descendiendo poco a poco. Un proceso que no haría más que acelerarse cuando sus cuerpos digiriesen la última comida que habían ingerido.

Kurt ya tenía hambre, aunque hacía todo lo posible por no pensar en comida y trataba de imaginarse tomando el sol en una playa del Mediterráneo con una copa en la mano. Por algún motivo, la imagen no duraba.

Una suerte de estado de trance se había apoderado de ellos. Era algo parecido a la depresión. Kurt pensó que lo mejor sería que salieran de él.

—¿Alguna posibilidad de que esos amigos extraterrestres tuyos vengan a recogerlos? —Murmuró a Joe—. Me conformaría con que apareciera una nave espacial calentita con hombrecillos verdes encima de esta balsa helada.

Joe se encogió de hombros.

—Parece que a ellos tampoco les gusta el frío. Roswell. Ayers Rock. Chichén Itzá. Si hubiéramos naufragado un poco más cerca de esos sitios, habríamos tenido una posibilidad.

Kurt no se molestó en señalar que había poca agua cerca de cualquiera de esos sitios.

—El *Dorado* y el *Gemini* no están demasiado lejos —afirmó Kurt—. Si nuestra baliza se ha activado, estarán de camino.

—¿Tienen un dispensador de chocolate caliente a bordo? —Preguntó Joe.

—Eso espero.

—¿Y sauna? —Preguntó otra persona.

—Algo me dice que la NUMA no se va a estirar tanto.

—Qué lástima —añadió Joe.

—Me conformaré con ropa seca y una piltra caliente —comentó Kurt—. Mientras tanto, estoy intentando imaginarme una sauna con paneles de madera lisa y olor a aceite de eucalipto. Pero no parece que funcione. Por lo visto, el rollo ese de la mente sobre la materia es más difícil de lo que uno cree.

—No sé —dijo Joe—. Yo me he convencido de que oigo un barco acercándose.

Kurt inclinó la cabeza. No oyó nada.

—¿Qué clase de barco? —preguntó.

Las palabras sonaron de forma extraña. Tenían los labios casi congelados.

—Un yate grande y bonito —respondió Joe—. Con unas cuantas chicas Playboy, unas chicas de anuncio de bronceador y un bar bien surtido. Creo que incluso oigo a una banda de *jazz* tocando una pieza de Louis Armstrong.

—Se te está yendo la cabeza —dijo Kurt—. Pero si hay que fantasear...

Se interrumpió en mitad de la frase. Por extraño que pareciese, él también creyó oír el zumbido de unos motores a lo lejos. Si hubiera habido algo de viento, puede que no lo hubiera oído. Pero el aire en calma era terriblemente silencioso.

Retiró el borde de la manta térmica, para consternación de los demás.

—Oye —gruñó alguien—. ¿Qué haces?

—Silencio.

—¿Qué?

—Joe ha oído un barco, y yo también.

Kurt se quedó mirando a la noche. Si hubiera habido un barco allí fuera, sus luces deberían haber resultado visibles en la oscuridad. No veía nada.

—Lo oigo —anunció Hayley—. Yo también lo oigo.

Con gran cautela, Kurt consideró la posibilidad de que hubiera cundido la histeria colectiva. Ocurría bastante a menudo entre supervivientes de naufragios, pero normalmente después de días de exposición y deshidratación.

—Pásame una bengala —ordenó Kurt.

Joe le dio la pistola lanzabengalas. Para entonces, el zumbido de unos pesados

motores diésel podía oírse claramente. Allí afuera había un barco navegando a oscuras por algún motivo y acercándose.

Kurt apuntó al cielo con la pistola y apretó el gatillo. La bengala subió como un cohete emitiendo una luz blanca sobre el mar a su alrededor. A casi un kilómetro de distancia, Kurt vio la proa de un carguero. Se dirigía más o menos en su dirección, aunque pasaría al oeste de ellos.

—No es uno de los nuestros —informó el capitán Winslow.

—Ni es un yate con una banda y un bar —contestó Joe—. Pero me conformo.

La bengala tenía una duración de cuarenta segundos, y la oscuridad regresó cuando cayó al mar.

Esperaron.

—Es imposible que no la hayan visto —insistió Joe.

Kurt cargó otra bengala en la recámara.

—Esperemos que no estén durmiendo ni viendo la televisión.

Estaba a punto de disparar la segunda bengala cuando el sonido de los grandes motores y los mecanismos de reducción vario.

—Ha reducido la velocidad —dijo Winslow alegremente.

Kurt aplazó el disparo de la preciada bengala. Aguardando. Esperando.

Un faro se encendió cerca de la popa del gran barco. Rieló a través del agua hasta que enfocó la balsa naranja. Se apagó un segundo y acto seguido empezó a emitir un mensaje haciendo señales.

—Utiliza la linterna —le indicó Kurt.

Joe se acercó al borde, encendió la luz y empezó a transmitir un SOS en código Morse.

A continuación hubo más señales procedentes del barco.

—Van a desviarse —contestó el capitán, descifrando el mensaje antes de que Kurt pudiera hablar—. Van a recogernos.

Los pasajeros de la balsa prorrumpieron en vítores.

Con el faro brillando sobre ellos, los supervivientes observaron cómo el carguero se ponía al paio. Redujo sensiblemente la marcha y a continuación se desvió y se situó a cien metros al oeste de la balsa salvavidas, de modo que interceptó las olas hasta cierto punto.

Kurt y Joe remaron con gran entusiasmo para acortar la distancia. Sus esfuerzos obtuvieron su recompensa cuando la balsa inflable naranja chocó contra el costado del casco pintado de azul.

Diez metros más arriba, una amplia escotilla de carga se abrió en el lateral del barco y aparecieron unas caras. Bajaron un cesto para subir a los tripulantes heridos. Una vez que estuvieron bien sujetos, cubrieron el casco con una red de carga a modo de escalera de mano para que el resto de supervivientes subieran.

Uno tras otro, ascendieron hasta que solo quedaron Kurt y el capitán.

—Después de usted —dijo Kurt.

El capitán negó con la cabeza.

—Mi barco se hundió sin mí —insistió Winslow—. Lo mínimo que puedo hacer es ser el último en abandonar la balsa.

Kurt asintió con la cabeza, se sujetó la pistola lanzabengalas al cinturón y subió a la red.

Miró abajo y vio a Winslow agarrándose a la red y la balsa salvavidas naranja yendo a la deriva. Lo cierto era que habían tenido suerte. Suerte de haber sobrevivido al hundimiento, suerte de no haber padecido hipotermia y suerte de haber sido rescatados.

De hecho, habían tenido mucha suerte. Sus rescatadores no eran de la NUMA ni de ningún ejército ni guardia costera. El barco era un buque mercante. Doce metros por encima de él, Kurt distinguió el contorno cuadrado de los contenedores amontonados en pilas de tres.

Una idea cobró forma en su mente, una chispa de perspicacia que luchó por brillar en su cerebro cansado y medio congelado. Estaban a más de mil quinientos kilómetros de la ruta comercial más próxima, se dijo a sí mismo. Así pues, ¿qué demonios hacía allí un buque contenedor?

Obtuvo parte de la respuesta cuando lo metieron en la escotilla. La contestación adoptó la forma de una pistola negra pegada a un lado de su cabeza.

Miró a su alrededor. Los demás supervivientes estaban arrodillados. Unos hombres de aspecto severo armados con fusiles AK-47 estaban de pie a su alrededor.

El capitán Winslow apareció y obtuvo el mismo trato.

Kurt recibió el resto de la respuesta un momento más tarde cuando uno de los hombres armados se puso al teléfono del barco.

—*Da* —dijo, sosteniendo el teléfono contra su oído y volviéndose hacia los prisioneros—. Hemos tenido mucha suerte. La mujer está entre ellos.

—Rusos —murmuró Kurt.

El hombre colgó el teléfono mientras el sonido de las hélices del barco al volver a engranar sacudía todo el barco. Se dirigió a Kurt. Era alto, pero un poco delgado. Tenía la mitad de la cara cubierta de costras. A pesar de ello, Kurt lo reconoció.

—Volvemos a vernos —dijo Kirov, golpeando a Kurt detrás de las piernas con el cañón de su AK-47.

Kurt cayó de rodillas. Por un momento, dio gracias por tener las piernas casi dormidas.

Resistió el impulso de contraatacar o de lanzar un comentario malicioso. Y como Kirov se abstuvo de dispararle, pareció que Kurt había tomado una sabia decisión. O eso pensó hasta que Kirov se dirigió a la escotilla abierta, a través de la cual estaba empezando a entrar un aire cortante a medida que el barco cobraba velocidad.

—Me hiciste saltar de un tren en marcha —le echó en cara Kirov, mirando el frío mar debajo—. Parece que el karma desea que te devuelva el favor.

Kirov hizo una señal con la cabeza a sus hombres.

—Sacadlo.

Dos hombres agarraron a Kurt y trataron de llevarlo a la puerta a rastras. Kurt se soltó de uno y golpeó al otro, pero un tercer hombre intervino en la refriega.

Mientras todas las miradas estaban puestas en Kurt, Joe se dio la vuelta y apartó de un golpe el AK-47 que apuntaba en dirección a él. Manteniéndose arrodillado, asestó un gancho al guardia en la entrepierna, y el hombre se cayó, soltó el arma y lanzó un gruñido de dolor atroz.

El capitán Winslow se unió a la reyerta abalanzándose sobre uno de los guardias y placándolo antes de que pudiera disparar.

El segundo alboroto distrajo a Kirov. Al mismo tiempo, Kurt consiguió liberarse del guardia que quedaba de una patada. Arremetió contra Kirov y lo agarró haciéndole una llave antes de que los otros pudieran reagruparse.

—¡Basta!

La voz de Kurt resonó en las paredes metálicas del pequeño compartimento. Todo el mundo miró en dirección a él. Prácticamente estaba ahogando a Kirov con un brazo. Con el otro, sostenía la pistola lanzabengalas contra la mejilla del ruso.

La situación alcanzó un incómodo punto muerto en la sala. Joe se acercó a por el rifle tirado en el suelo, pero el guardia más cercano a él levantó su arma.

—Dile a tus hombres que bajen sus armas —gruñó Kurt—, o te haré un peeling del que no te recuperarás.

Kirov tragó saliva, y su nuez subió y bajó contra la fuerza demoledora del antebrazo de Kurt.

—Bajad las armas —dijo Kirov—, pero no las tiréis.

Una victoria a medias, pensó Kurt. Era mejor que nada.

Estaba considerando qué hacer a continuación cuando oyó que alguien descorría el cerrojo de la puerta del mamparo.

Kurt se volvió cuando la puerta se abrió del todo y un hombre como un roble cruzó la escotilla. A pesar de su tamaño, se movía con agilidad. Llevaba unos pantalones de color caqui oscuro y un jersey negro. Tenía los pómulos salientes y angulosos, como los retrovisores de un coche deportivo.

Inmediatamente los comandos rusos se irguieron un poco más en su presencia. Kurt supuso que era el superior de Kirov. Lo parecía en todos los sentidos. Estaba armado con dos pistolas negras, aunque de momento las llevaba enfundadas en unas pistoleras, una en cada lado del pecho.

—¿Qué tenemos aquí? —Quiso saber.

—Una pequeña discusión —respondió Kurt—. Su matón quería lanzarme al mar. No me apetecía formar parte de ningún programa de pesca de devolución.

—Eso parece —dijo el hombre.

—¿Quién es usted? —Preguntó Kurt—. Usted no estaba en el tren.

—Me llamo Gregorovich —contestó el hombre—. Y tiene razón, evité ese penoso episodio.

Gregorovich miró a su alrededor.

—Parece que han sacado el máximo partido de la situación —le comentó a Kurt—. Sin embargo, son menos y tienen menos armas. La mujer es la única de ustedes con valor. Y Kirov no es una gran moneda de cambio para mí.

Se volvió hacia uno de los comandos.

—Dispárales a los dos.

Cuando el comando levantó el rifle y apuntó, Kurt se preparó para lanzar a Kirov hacia adelante a modo de escudo humano y disparar la bengala a la cara de Gregorovich.

—¡Un momento! —gritó una voz.

Era precisamente Hayley.

—Él es el único que lo sabe —exclamó ella.

La actividad se interrumpió otra vez cuando estaba a punto de producirse una carnicería.

—El único que sabe ¿qué? —Preguntó Gregorovich.

—Estoy al tanto de la amenaza —manifestó Hayley—. Primero, mi país será castigado, luego Rusia y luego Estados Unidos. Ustedes son rusos. Deben de estar detrás de Thero igual que nosotros. Por eso están aquí. Por eso trataron de sacarme del tren. Deben de creer que puedo ayudarles a encontrarlo, pero se equivocan. Kurt es el único que sabe dónde está Thero.

Kurt sintió un atisbo de esperanza. Eso sí que era pensar rápido.

—¿Espera que me crea eso? —Preguntó el ruso musculoso—. Usted es la científica. La han traído por un motivo. El mismo motivo por el que intentamos secuestrarla. Porque usted es la única que entiende lo que Thero está haciendo. Por lo tanto, es lógico que usted, y no él, haya descubierto el paradero de Thero.

—El ordenador determinó la situación de Thero —dijo Hayley desesperadamente—. La imprimí y corrí a enseñársela a Kurt. Tenía números y líneas, pero yo no sé nada de acimuts ni rangos ni coordenadas. Por el amor de Dios, ni siquiera me gusta estar lejos de Sidney. Se la enseñé a Kurt, y él la vio. La leyó. Me dijo que no íbamos en la dirección correcta. Y entonces la ola chocó contra nosotros, rompió nuestro barco y nos hundió en treinta segundos.

Los comandos se cruzaron una mirada.

—Nos preguntábamos qué había pasado —contó Gregorovich—. Nos encontramos muchos restos y a algunos de sus compañeros de tripulación. Me temo que todos están muertos.

—El arma de Thero está en funcionamiento —afirmó Hayley—. Nos encontró porque emitió un impulso. Eso significa que aunque pudiera fabricarles a ustedes un detector, firmarían su propia sentencia de muerte encendiéndolo. Les destruirá como hizo con nosotros.

Gregorovich se volvió hacia Kurt.

—La mujer da buenos argumentos, pero eso solo cambia la situación de

momento. Me dará lo que quiero o mataré a sus amigos uno a uno.

Kurt estaba seguro de que ocurriría de todas formas.

—No, eso no es lo que va a pasar —le contradijo.

El ruso arqueó las cejas.

—Pasaré lo que yo diga que pase —insistió Gregorovich.

—No parece tonto —empezó a decir Kurt—, así que no me trate como si yo lo fuera. Si le doy lo que quiere, no nos necesitará más. Y acabaremos todos muertos. No soy tan estúpido como para creer que voy a salvar vidas dándole nuestra única baza de negociación.

—Entonces le torturaré hasta sacárselo —amenazó Gregorovich—. Le haré hablar.

Kurt miró fijamente al asesino ruso a los ojos.

—Adelante, inténtelo. A lo mejor hablo. A lo mejor le digo la posición. A lo mejor le digo una docena de posiciones distintas, y se pasará una eternidad yendo de un sitio de la Antártida a otro buscando su premio. O a lo mejor lo mando delante de él para que pueda aplastar este barco como aplastó el nuestro. ¿Quiere arriesgarse a eso? Entonces adelante, intente sacármelo a la fuerza. Nunca sabrá lo que conseguirá.

Gregorovich parecía impresionado por el desafío de Kurt. De hecho, se echó a reír entre dientes.

—Una excelente respuesta —comentó—. Es más, le creo. No porque deba creerle, sino porque yo haría exactamente lo mismo en su situación. Sin embargo, he recibido órdenes y voy a cumplirlas... a rajatabla.

—Entonces déjeme ayudarlo —dijo Kurt.

Gregorovich entornó los ojos.

—Buscamos lo mismo —explicó Kurt—. Detener a Thero. Puede que a usted no le importe el momento exacto, pero a nosotros nos gustaría hacerlo antes de que arrase Australia.

—Nosotros tenemos el poder para detenerlo —insistió Gregorovich—. Dígame dónde puedo encontrarlo y destruiré su guarida. Le doy mi palabra: usted y su tripulación serán liberados cuando acabemos.

—Tengo una idea mejor —señaló Kurt—. Le llevaré hasta él y podremos destruirlo juntos.

Gregorovich inspiró hondo. Parecía enfadado por tener que negociar o considerar cualquier forma de compromiso. Si no le gustaba la primera oferta, pensó Kurt, no iba a gustarle la letra pequeña.

—Y nos darán armas —agregó Kurt—. Rifles y munición de sobra para mí, Joe, el capitán y cualquier miembro de nuestra tripulación que quiera una.

—Yo me apunto —dijo Hayley.

—Y una para mí —añadió el segundo comandante.

Gregorovich arqueó una ceja.

—¿Espera que les dé armas? ¿Aquí, en este barco?

—Sí —contestó Kurt—. Y no soltaré prenda hasta que lo haga.

Gregorovich estaba que echaba humo. Sus ojos se entornaron, y apretó los dientes. Estaba atrapado y lo sabía. Pero no rechazó la oferta de pleno. Eso significaba que como mínimo la estaba considerando.

—Un compatriota mío usó la expresión «paz a través de la fuerza» —explicó Kurt, citando a Ronald Reagan—. Su país y el nuestro se amenazaron con armas nucleares durante medio siglo. Eso condujo a una relación estable, aunque algo tensa. Pero nadie apretó el gatillo, así que es evidente que funcionó. Supongo que podremos pasar por una situación parecida durante unos días.

—Esto es una locura —comentó Kirov.

Kurt interrumpió sus palabras y mantuvo la mirada clavada en Gregorovich.

—¿Trato hecho?

Gregorovich se apoyó en el mamparo. Se acarició el mentón pensativamente. Kurt casi podía oír los engranajes de su mente dando vueltas.

—Le daré una pistola —dijo finalmente—. Y al amigo que elija, le daré un rifle y solo uno. No conseguirá nada más de mí salvo la muerte.

—Hasta que alcancemos nuestro objetivo común —añadió Kurt.

Gregorovich no hizo ningún comentario al respecto. Se limitó a mirar a Joe.

—Usted. Coja un arma.

Permitieron a Joe coger un rifle. Lo examinó rápidamente y apuntó a Gregorovich con él. Dos de los comandos respondieron apuntándole con sus armas.

—¿Lo ve? —Dijo Kurt—. Una relación cordial y estable.

Soltó a Kirov. A continuación entregó la pistola lanzabengalas al capitán Winslow y cogió una de las pistolas Makarov de la cubierta. Deslizó la corredera unos centímetros para asegurarse de que había una bala en la recámara y acto seguido bajó el percutor con cuidado.

—Ya tienen las armas —afirmó Gregorovich—. Ahora me acompañará al puente de mando y le dirá al oficial de navegación qué rumbo debe seguir.

Kurt miró a los demás y recibió unas cuantas miradas que decían «Espero que sepas lo que estás haciendo». Asintió con la cabeza lleno de confianza.

—Vamos.

El ruso cruzó la escotilla. Kurt fue detrás de él, seguido de Kirov y los demás.

No les llevaría más de un minuto aproximadamente llegar al puente de mando, un margen de tiempo que Kurt podía alargar arrastrando los pies. Pero ese era todo el tiempo del que disponía para pensar un plan. Un plan que de algún modo orientara el carguero en la dirección correcta y contentara a los rusos sin convertirse a sí mismo y al resto de los supervivientes de la NUMA en prescindibles una vez más.

Dos minutos como máximo, pensó Kurt. Y el reloj no se detenía.

*Puente de mando del buque mercante Rama,
23.40 horas, ocho kilómetros al sudeste del lugar
de hundimiento del Orion*

—Estamos esperando, señor Austin.

Las palabras las pronunció Gregorovich, pero podría haberlas dicho cualquiera de los comandos, o los tripulantes vietnamitas que pilotaban el carguero, o incluso los supervivientes de la NUMA, quienes estaban todos esperando y mirando a Kurt con expectación.

Veinte personas, la mitad con armas, apiñadas en una sala con cabida para ocho o diez. Si había una fórmula para el desastre...

—Díganos el rumbo —añadió Gregorovich, apuntando con una pistola y amartillándola.

Kurt mantuvo la vista al frente. Estaba junto a una mesa de derrota sorprendentemente moderna. En realidad, era un gigantesco monitor táctil colocado en horizontal. La pantalla era blanca y tenía líneas de demarcación negras. Era casi idéntica al aspecto que tenían las antiguas cartas de navegación cuando se iluminaban por debajo. La diferencia era que esa pantalla podía mostrar vistas panorámicas o enfocar con *zoom*. Podía indicar la presencia de corrientes, viento y mareas. Podía proporcionar información de muchas formas distintas.

Ninguna de ellas ayudaba a Kurt en ese momento.

Ahora mismo estaba centrada en la posición del carguero *Rama*, sin nada más a su alrededor que el mar profundo hasta el borde de la carta.

—Aléjese con el *zoom* —ordenó Kurt.

El oficial de navegación vietnamita miró a Gregorovich, quien asintió con la cabeza.

El oficial tocó la pantalla y pulsó el icono de una lupa con el símbolo menos dentro. La resolución se ajustó, y la pantalla adquirió un nuevo grado de ampliación, mostrando seiscientos cincuenta kilómetros de esquina a esquina.

—Aléjese más —dijo Kurt.

El proceso se repitió varias veces hasta que la carta abarcó la mayor parte del hemisferio sur.

—Si ahora no aparece en el mapa, vamos a necesitar más combustible —comentó Gregorovich.

Sus hombres se rieron, pero era una risa nerviosa.

—Enfoque con el *zoom* dos veces —indicó Kurt.

Esta vez el mapa volvió a enfocarse con Perth y la zona sudoeste de Australia en la esquina superior derecha. A lo largo de la parte inferior de la pantalla, se podía ver el borde irregular de la costa antártica. En el extremo izquierdo, la punta de Madagascar asomaba en la imagen.

Kurt se quedó mirando el centro justo del mapa, fijando la vista en el punto que señalaba la posición del carguero *Rama*. Trató de ver con su visión periférica, pues era reacio a echar el más mínimo vistazo en cualquier dirección por miedo a revelar lo que estaba buscando. Los pensamientos se agolpaban en su mente. Tenía que haber una forma.

Sabía adónde tenía que ir el barco, pero ¿cómo podía conseguir que el *Rama* se orientase hacia el objetivo sin advertir a los rusos de la posición?

Gregorovich se acercó y pegó la fría boca de su pistola a la parte trasera de la cabeza de Kurt.

—No volveré a pedírselo —le advirtió.

A Kurt se le ocurrió la respuesta en un instante, un recuerdo de sus años de estudio de las artes militares en el mar. Zigzaguearían cambiando de rumbo casi al azar cada pocas horas como los convoyes aliados cuando sorteaban submarinos en la Segunda Guerra Mundial.

Ese rumbo tenía dos ventajas. En primer lugar, mantendría a los rusos haciendo conjeturas y, por consiguiente, mantendría a Kurt y a la tripulación de la NUMA con vida. Y en segundo, si resultaba que alguien estaba observando, se fijaría en el buque contenedor perdido en el fin del mundo y se preguntaría por la extraña trayectoria que estaba siguiendo.

—Timonel —dijo Kurt, sin apartar la vista del centro del mapa—, ponga el barco con rumbo a ciento noventa y cinco grados geográficos, por favor.

Gregorovich bajó la pistola y retrocedió. Todos los ojos miraban el mapa. El timonel introdujo las coordenadas. Una línea apareció en la carta de navegación. Llevaba casi derecho hacia el sur, con una ligera inclinación hacia el oeste. Se encallaba en el extremo de una pequeña península irregular que sobresalía de la Antártida.

—¿De modo que la estación de Thero está allí? —Preguntó bruscamente Kirov—. ¿En la Antártida?

Kurt no dijo nada. Mantuvo la vista fija, calculando la velocidad del barco.

El *Rama* empezó a girar; el primero de los zigzagueos de Kurt. Consultó su reloj. Cuatro horas, se dijo. Al cabo de cuatro horas les daría un nuevo rumbo.

—Contéstame —exigió Kirov, agarrando a Kurt.

—¡Espera! —Gritó Gregorovich—. Estamos de camino. Supongo que si nos desviamos, nuestra estrella polar, el señor Austin, nos devolverá a nuestra ruta.

Era evidente que entendía lo que Kurt estaba haciendo. Por algún motivo, le parecía bien. Esa idea se confirmó cuando Gregorovich le dio al capitán Winslow otra arma.

—Relajemos las tensiones —dijo a modo de explicación. A continuación, chasqueó los dedos a uno de los tripulantes vietnamitas—. Acompáñalos a sus compartimentos. El señor Austin y yo vamos a tomar una copa.

La situación había salido mejor de lo que Kurt podía haber esperado. Habían ganado tiempo, y ahora tenían dos rifles además de su pistola. Puede que sobreviviesen hasta la mañana.

Dirk Pitt se encontraba entre la niebla sobre una pequeña elevación rodeada de altos pinos y cedros. Él y el vicepresidente Sandecker habían ido a bordo de un bombardero B-1 que realizaba un viaje transcontinental. Viajando a Mach 2, habían llegado a la Base Aérea de Travis, en el norte de California, casi una hora larga antes de haber despegado, al menos según la hora local.

Había sido un viaje estupendo, y Pitt había disfrutado de él como piloto. Pero podría haber disfrutado más si hubiera sabido el objetivo del viaje.

En Travis, un CH-53 Sea Stallion los había llevado hacia el noroeste. El helicóptero había cruzado el paisaje con gran estruendo y los había dejado en un afloramiento rocoso situado en lo alto de una inaccesible cordillera que dominaba el lago de Sonoma.

Allí Pitt y Sandecker se habían reunido con Jim Culver, director de la Agencia Nacional de Seguridad. El hombre estaba que echaba chispas, y él y Pitt podrían haber llegado a los puños si Sandecker no hubiera estado allí para intervenir.

—¿Quiénes se creen que son ustedes? ¿Hackeando una base de datos segura de la Agencia Nacional de Seguridad?

—Yo diría que no era tan segura si pudimos hacerlo en un día —contestó Pitt, aunque era consciente de que había pocas personas con las dotes de Yaeger.

»Aparte de eso —añadió Pitt—, no lo habría necesitado si ustedes me hubieran dado respuestas sobre Tesla y cierta teoría que quemó o escondió hace setenta años.

—Entonces ¿lo reconoce?

—Por supuesto —contestó Pitt—. Hay un terrorista ahí fuera que amenaza con convertir un país entero en un aparcamiento. Y no pienso dejar piedra por mover para detenerlo. Si eso hiere su susceptibilidad, me da igual. Uno de mis barcos ha desaparecido. Puede que se haya hundido con toda la tripulación. Comparado con esas vidas, el secreto que está intentando proteger me importa un bledo.

Culver se echó atrás. Los años de experiencia en Wall Street y en la sala de juntas, seguidos de una exitosa carrera política, no lo habían preparado para la intensidad a la que Pitt dio rienda suelta. La ira de los ojos verde opalino de este hizo que Culver se olvidase de que era un par de centímetros más alto que el director de la NUMA y pesaba casi quince kilos más que él.

Se volvió hacia Sandecker.

—Ya sé que es amigo suyo, señor vicepresidente. Y estoy seguro de que va a

defenderlo. Pero esto es imperdonable.

—No solo es amigo mío —declaró Sandecker orgullosamente—, sino que es un patriota que ha hecho más por este país de lo que usted y su ejército de intrigantes y burócratas harán jamás. Sea cual sea su problema, tiene que superarlo. El presidente ha ordenado que haya cooperación en este asunto. Por eso estamos aquí.

—¿Tiene idea de lo que está en juego? —dijo Culver.

—¿Y usted? —replicó Pitt.

Culver se puso furioso. Fuera cual fuese la postura que pensaba que iba a defender, se había venido abajo.

—Está bien. Pero tiene que entender una cosa. Lo que estoy a punto de mostrarle solo ha llegado al conocimiento de los presidentes de Estados Unidos y de unas pocas personas selectas más. Ni siquiera de miembros importantes del Congreso. Se considera un secreto nacional de la más alta categoría. Hablar de ello, o revelar lo que vea aquí, es sancionable. Y estoy totalmente seguro de que eso también es aplicable a usted, señor Pitt.

Este miró a su alrededor.

—No sé cómo esto se puede calificar de alto secreto. Que yo sepa, estamos en un parque nacional o algo parecido.

—No —repuso Culver—, está en la cima de una catástrofe. Este es el auténtico epicentro del terremoto que asoló San Francisco en 1906, un desastre natural a los ojos del mundo. Pero, en realidad, la mayor herida autoinfligida de la historia de Estados Unidos.

—El 18 de abril de 1906 —dijo Pitt—. El día que Daniel Watterson y el general Hal Cortland murieron.

—Exacto —convino Culver—. Solo que no murieron en Topeka, Kansas, ni en San Diego, California, como dice en sus certificados de defunción. Murieron aquí mismo, veinte pisos por debajo de nuestros pies, junto con ochenta y una personas más. Víctimas que no se incluyeron en el número oficial del terremoto.

—Los obituarios —dijo Pitt, comprendiendo lo que había pasado—. Eran iguales; solo cambiaban unas pocas palabras: el nombre, la causa de la muerte y el lugar. Los escribió la misma persona tratando de encubrir el asunto. Nadie se molestó en diferenciarlos. Quienquiera que fuese, no contó con que el moderno análisis informático detectaría las pautas similares.

—Era 1906 —señaló Culver sarcásticamente—. Supongo que no pensaban en el futuro. Venga conmigo.

Los tres juntos se internaron en el bosque. Atravesaron una extensa valla electrificada y llegaron a una escotilla cerrada más sólida que cualquiera de las que Pitt había visto en barcos. De hecho, le recordó las puertas del búnker en la montaña del Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial, solo que mucho más pequeña.

Culver introdujo un código en la parte exterior y a continuación usó una tarjeta de acceso. El cierre emitió un chasquido, y la escotilla se abrió como una ostra y dejó a

la vista unos escalones.

Los tres entraron, y Culver activó una hilera de interruptores. Unas viejas instalaciones con el estilo de los años cuarenta cobraron vida, iluminadas con modernas bombillas halógenas. Un breve paseo los llevó hasta otra puerta cerrada. Una vez que la cruzaron, entraron en un ascensor que los bajó a una cueva iluminada.

La cueva tenía un tamaño descomunal, pero parecía artificial, o tal vez apuntalada por el hombre. Algunas zonas de las paredes estaban cubiertas de hormigón. Vigas de acero se extendían sobre la cueva en direcciones vertiginosas, con soldaduras y refuerzos transversales en algunas partes. A Pitt le pareció como si un gigante se hubiera vuelto loco con un mecano.

Llegaron a una sección abierta. Pitt contempló una sima. Descendía cientos de metros. El fondo estaba lleno de agua.

—Aquí es donde tuvo lugar el experimento —dijo Culver—. Utilizando la teoría de Tesla, Watterson aseguró que podía crear y transmitir energía ilimitada. Construyeron una máquina como la que su amigo encontró en la mina.

Pitt intentó adivinar la serie de acontecimientos.

—Después de que Tesla apagase la torre Wardencllyffe, Watterson llevó la idea al ejército e hizo un trato por su cuenta con el general Cortland.

Culver asintió con la cabeza.

—Según Watterson, había desarrollado una versión mejorada.

—Depende de lo que usted entienda por «mejorada» —añadió Sandecker.

—Así es —convino Culver, señalando un residuo chispeante que había en la pared de la cueva—. ¿Ve eso? Es cuarzo de choque. Se supone que solo se puede conseguir cuando un meteorito cae en la Tierra o una bomba atómica estalla. La cueva entera está llena de él, hasta la sima.

—Debido al experimento —supuso Pitt.

Culver asintió con la cabeza.

—Watterson activó su máquina y empezó a recibir retroalimentación. Una línea de datos que iba de aquí a una pequeña estación receptora registró lo que pasó. Múltiples ondas de energía, todas de un impulso inicial de proporciones menores. Cada onda de energía era muchas veces más potente que la anterior.

—De modo que el experimento de Watterson fue un éxito —observó Pitt.

—Salió demasiado bien, de hecho —dijo Culver—. No pudo apagar la máquina. No pudo controlar la energía que había liberado. Las ondas crecieron, entraban y salían de la cueva, y la sacudieron hasta que cayó en pedazos. Los observadores y el personal militar fueron aplastados y enterrados aquí. Pero la devastación no terminó hasta que desencadenaron un movimiento que debería haberse producido hacía tiempo en la falla de San Andrés.

—¿Ese experimento provocó el terremoto de 1906 en San Francisco? —Preguntó Pitt, para asegurarse.

Culver asintió con la cabeza.

—Por extensión, eso significa que el gobierno de Estados Unidos fue el responsable y nunca lo confesó. Tres mil personas murieron e incontables personas más sufrieron quemaduras o heridas de gravedad. El 85 por ciento de la ciudad se destruyó. Ahora entiende por qué debe seguir siendo un secreto. Si se supiera, la gente no confiaría jamás en el gobierno.

Dirk Pitt apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Tengo una noticia para usted, Culver: nadie se fía del gobierno de todas formas. El principal motivo es que guardan secretos como ese.

—Lo que se le ha contado no debe salir de esta cueva —gruñó Culver.

—Está bien —concedió Pitt—. Lo que pasó hace cien años no me concierne. Lo que intento es evitar que vuelva a ocurrir. Y mil veces peor. A tal efecto, necesito la teoría de Tesla. Sé que ustedes la tienen. El Registro de Propiedades de Extranjeros se quedó con sus papeles cuando murió. Se incorporaron a la Oficina de Servicios Estratégicos, y todo eso conduce hasta usted.

—La tenemos —admitió Culver—, pero no la robamos. La Oficina de Servicios Estratégicos trajo a Tesla aquí en el 37 cuando amenazaba con publicar la teoría. Le enseñamos este sitio. Le dimos los datos y le contamos lo que pasó. Él entregó la teoría ese mismo día. El Registro de Propiedades de Extranjeros solo se estaba asegurando de que no existían copias.

—Más vale que nos den las suyas, entonces —dijo Pitt.

—Se las entregaré —accedió Culver—. Pero quiero dejar una cosa clara: la teoría y la tecnología deben ser guardadas en secreto. Desde el accidente, he visto a gente abordar lo que Tesla descubrió. El 99 por ciento se queda a las puertas y luego sigue otra dirección, incluso los más serios. Los que no se vuelven atrás han sufrido malas experiencias.

—Así que estaban vigilando a Thero —dijo Pitt irónicamente—. Probablemente asegurándose de que fracasaba.

—No fue difícil —comentó Culver—. Está chalado. Tiene delirios y es posible que sea esquizofrénico. Solo ayudamos a que la gente lo viera con más claridad.

Pitt miró a Sandecker.

—Que seas paranoico no quiere decir que no vayan a por ti.

—Desde luego —dijo Sandecker.

Pitt se volvió hacia Culver.

—Podrían haber evitado mucho sufrimiento al mundo si lo hubieran devuelto al redil.

—Deberíamos haberle metido una bala —se lamentó Culver amargamente—. No queremos a él ni a nadie como él en el redil. No queremos que nadie juegue con esto. Jamás.

Pitt entornó los ojos.

—¿Por qué? Buscamos cualquier otra tecnología. Bombas nucleares, armas biológicas y químicas... ¿Por qué esto no?

Culver no se inmutó, pero dio un rodeo al explicarse.

—Mi mujer y yo tenemos una granja, señor Pitt. Tenemos unas cuantas vacas, unas cuantas cabras, unos cuantos todoterrenos y una jauría entera de perros. Perros grandes, perros pequeños, incluso algunos perros malos. Pero hay un chucho escuálido que nunca ha estado bien. Nunca se comporta de la misma forma dos veces. Es amistoso y un momento después intenta arrancarte un brazo. Ese perro me da más miedo que los malos. Y también a los otros perros. Lo evitamos. Hasta los machos alfa.

»La energía de punto cero es igual. Es impredecible. Irregular. La Agencia de Seguridad Nacional ha tenido a gente estudiándola durante décadas. Nos da demasiado miedo hacer algo parecido a este experimento porque cada vez que hacemos cálculos, obtenemos varios posibles resultados en lugar de solo uno. ¿Se imagina disparar un arma si tuviera un 50 por ciento de posibilidades de dar en el blanco y otro 50 de que la pistola le explotara en la cara?

—No —admitió Pitt.

—Yo tampoco —dijo Culver—. Pero así son las cosas. Con una pistola, aprietas el gatillo y la bala se dispara. Con una bomba, activas el detonador y los explosivos estallan. Incluso una bomba de hidrógeno tiene un rendimiento establecido. Pero con estas cosas... con estas cosas los resultados parecen aleatorios, como si tuvieran mente propia. Y eso significa que una vez que le das al interruptor, la suerte está echada. En ese momento cualquier cosa puede pasar.

Pitt recordó que Yaeger había descrito esa tecnología como un genio malhumorado que era preferible no sacar de la botella. Parecía que la Agencia Nacional de Seguridad estaba de acuerdo con él. Tenía la sensación de que Culver estaba haciendo esa observación por un motivo.

—¿Qué es lo que intenta decir?

Culver seguía negándose a hablar con franqueza; tal vez estaba disfrutando del poco poder que todavía le quedaba.

—Que su hombre haga los cálculos —respondió Culver—. Si no está de acuerdo con nuestra gente, podemos discutirlo. Pero ese artefacto no debe ponerse en funcionamiento bajo ningún concepto. Le aseguro que es lo que opina el presidente. Tenemos dos submarinos nucleares entrando en la zona. En cuanto tengamos una posición, destruirán el lugar con misiles de crucero con ojivas nucleares.

Pitt lanzó una mirada a Sandecker, quien asintió con la cabeza seriamente. Él ya había sido informado.

—Hay que hacerlo —aseveró Sandecker.

Para su sorpresa, Pitt estaba de acuerdo.

Buque mercante Rama, 03.30 horas, hora local

Después de hacer una parada en el comedor y cambiarse de ropa, Kurt se sentó en un lóbrego camarote con las paredes de color marrón grisáceo iluminado con una única luz incandescente.

Un tablero de ajedrez reposaba delante de él sobre una mesita. La partida estaba a la mitad, y las piezas estaban en movimiento. Un cuarto de ellas se encontraban a un lado, soldados caídos en posesión del otro jugador.

A la izquierda había una botella casi vacía de vodka Stolichnaya y dos vasos de chupito, que Anton Gregorovich acababa de llenar por séptima vez. A la derecha —al alcance de los dos hombres—, estaba la pistola Makarov que Gregorovich le había dado a Kurt.

Este había pasado allí dentro la mayor parte de la noche. Esa era su tercera partida. De vez en cuando, Gregorovich le formulaba preguntas, que Kurt hacía todo lo posible por desviar. La mayoría de las veces se quedaba en silencio pensativo.

Kurt suponía que era una especie de prueba para ver si sabía dominar el alcohol o la lengua.

Observando el tablero estoicamente, Gregorovich movió una pieza por fin, deslizando un alfil en la mitad del tablero de Kurt. El movimiento planteó distintas opciones y obligó a Kurt a elegir entre salvar un peón o una torre o hacer una jugada ofensiva y olvidarse de las dos piezas.

Cuando hubo terminado su jugada, Gregorovich empujó uno de los rebosantes vasos hacia Kurt y se llevó el otro a la boca.

Se lo bebió y acto seguido dio la vuelta a la botella para rellenar su vaso. Mientras lo hacía, Kurt vertió el contenido del suyo en una maceta con un helecho marchito y rápidamente volvió a llevarse el vaso a la boca.

Terminó el último sorbo cuando Gregorovich se volvió hacia él.

—Yo no haría eso —aconsejó Kurt, dejando el vaso con firmeza.

—¿Qué? —Preguntó Gregorovich—. ¿El alfil o el vodka?

—Se expone a que yo haga jaque —dijo Kurt.

—Solo si usted renuncia a una pieza —le advirtió Gregorovich y acto seguido se bebió el vaso de un trago.

Kurt observó atentamente el tablero. Movié la torre a una casilla situada al lado del peón, de modo que las protegió las dos, en lugar de amenazar a Gregorovich con hacer jaque, un peligro del que el ruso podría haber escapado fácilmente.

—Creo que no entiende este juego —confesó Gregorovich—. Juega usted de

forma defensiva, protegiendo sus peones. Este juego, como la vida, se basa en el ataque.

Gregorovich se cobró otra de las piezas de Kurt, poniendo su reina en peligro imprudentemente.

—¿Qué sabe usted de la vida? —Preguntó Kurt—. Aparte de cómo acabar con ella.

Esta vez Kurt alargó la mano para coger la botella y llenó los vasos. Dejó que le temblase la mano y pareciese vacilante.

Gregorovich se rio disimuladamente.

—Sé que la vida consiste en encontrar tu sitio en medio de toda esta locura —dijo—. Algunos lo encontramos fácilmente; tal vez usted lo haya encontrado. Mi camino fue más complicado. Cuando era niño, mi madre nos abandonó. Se hartó del genio de mi padre y de su mano larga. Así que, como es natural, él se desquitaba conmigo. Cuando bebía, todo era culpa mía. Y cuando no bebía, también.

Gregorovich sacudió la cabeza.

—De algún modo, yo siempre le fallaba. Y cuando eso ocurría, me pegaba. Su juego favorito consistía en obligarme a salir y hacerme meter en el agua helada del pantano. Me llegaba hasta los muslos y me entumecía las piernas. Luego me daba azotes con el cinturón hasta que el agua se volvía roja o se me doblaban las rodillas y me caía. No me notaba la parte inferior del cuerpo, pero notaba cada centímetro de ese cinturón en mi espalda con una agudeza intensificada.

Kurt alzó la vista del tablero.

—Un día decidí mantenerme de pie —contó Gregorovich—. Mantenerme de pie hasta que me matara, y entonces sería libre. Estuve de pie mientras me daba una paliza y evité caerme. Eso le puso todavía más furioso y al final se metió en el agua y trató de sumergirme. Entonces algo despertó en mí. Algo que nunca había sentido. Le había obligado a cambiar. Y en lugar de dejar que me ahogase, luché contra él. Por primera vez en mi vida, le levanté el puño. Después de dejarlo hecho un guiñapo sanguinolento, cogí el cinturón y estrangulé a ese cabrón malnacido.

Kurt guardó silencio.

—Su mirada —continuó Gregorovich—. Su mirada al morir no fue de sorpresa. Fue de orgullo. Por primera vez en mi vida, y por última en la de él, le había impresionado.

Kurt bebió otro vaso de vodka.

—¿Por qué me cuenta esa conmovedora anécdota familiar?

—Porque a partir de ese día supe quién era —contestó fríamente Gregorovich—. A partir de ese día entendí lo que era la vida. Me reveló lo que estaba destinado a ser. Un asesino. Un criminal. Ese es mi don. No he fracasado en ningún encargo. Siempre he acabado con el blanco seleccionado. Es la perfección. Yo soy la perfección.

—Menos con Thero —aventuró Kurt.

Gregorovich se puso meditabundo al oír mencionar el nombre.

—Venga ya, no es tan difícil de averiguar —dijo Kurt—. Las instalaciones de Thero volaron en pedazos. De algún modo, sobrevive, y ahora Rusia acaba en su lista negra. Fueron ustedes los que le atacaron. Parece que lo consiguieron todo menos la cabeza de la serpiente. En mi opinión, fracasaron estrepitosamente.

Gregorovich se abalanzó sobre la mesa y arrojó las piezas del tablero por toda la estancia al meter la mano entre ellas para coger la Makarov. Alcanzó la pistola antes de que Kurt pudiera reaccionar.

Este había tomado otra decisión. Su mano izquierda fue a por la botella de vodka, la cogió, la hizo añicos contra la pared del mamparo y levantó el extremo roto hacia el cuello de Gregorovich como la hoja de un arma blanca. Llegó al cuello del ruso en el mismo instante en que el cañón de la Makarov se alojaba contra su vientre.

El seguro estaba quitado, y el hígado de Kurt desprotegido. Pero también lo estaba la yugular de su adversario. Cada hombre podía haber acabado con la vida del otro en un abrir y cerrar de ojos, pero estaban en un punto muerto. Si Gregorovich disparaba, el cuerpo de Kurt se agitaría violentamente, y el cristal dentado de la botella le cortaría la arteria. Si Kurt movía de golpe el borde del cristal, heriría de muerte al ruso, pero su vida no expiraría lo bastante rápido para evitar que la bala de nueve milímetros le perforara el hígado y destrozara sus órganos internos.

Se miraron fijamente a los ojos. Dos hombres al límite.

—En el ajedrez esto se llama «sangre» —dijo Gregorovich—. Una pieza por otra, un intercambio equitativo. Pero nuestro intercambio no sería equitativo, ¿verdad? Si acaba con mi vida, yo acabaré con la suya, aunque Kirov hará fusilar a su tripulación antes de que amanezca. Los peones que trata desesperadamente de proteger morirán con su rey. Y presiento que no tiene agallas para esa clase de resultado.

—Puede que eso sea cierto —admitió Kurt—. Pero si usted me mata, perderá su única posibilidad de encontrar a Thero, su única posibilidad de reparar su único gran fracaso. Y su orgullo no le permitirá renunciar a eso. Por mucho que yo le haya cabreado.

El ruso se echó a reír.

—Por lo menos nos entendemos.

Gregorovich soltó la pistola y la dejó caer en el regazo de Kurt. A continuación, se apartó lentamente del cristal.

Este cogió la pistola y tiró la botella rota.

—Encontraré a Thero y acabaré con él —dijo Gregorovich como si tal cosa—. Si eso ocurre antes o después de que él arrase con Australia, Rusia y el resto del mundo, me importa poco. Le daré caza y lo mataré porque para mí es algo personal. Y lo haré aunque para ello tenga que eliminar a todos los hombres y mujeres de este barco.

Kurt asintió con la cabeza. Reconocía a un Ahab contemporáneo cuando lo veía.

—¿Por qué iba a tener que exigir tanto a sus hombres? —Preguntó Kurt—. ¿No tienen las mismas órdenes que usted?

—Las órdenes, sí. Pero carecen de mi empeño. Están inquietos desde que

descubrimos lo que le pasó a su barco. Como los hombres que acompañaron a Colón, tienen miedo de salirse del mapa.

—Por eso nos dieron las armas —dedujo Kurt.

—Usted y sus hombres son un contrapeso de lo más efectivo contra ellos —dijo Gregorovich—. Ahora tienen otra cosa de la que preocuparse aparte de deshacerse de mí.

—Qué maquiavélico por su parte —comentó Kurt.

—Hasta ahora ha dado resultado —alardeó Gregorovich—. Pero no sé por cuánto tiempo. Kirov les pincha y conspira contra mí. Puede que todavía se armen de valor para desafiarme. Si lo hacen, usted y sus hombres morirán con toda certeza.

—O lucharemos para usted —aventuró Kurt.

—Por extraño que parezca, sí.

—Supongo que no tendríamos más remedio —dijo—. La pregunta es: ¿cuánto tiempo cree que tenemos hasta que eso ocurra?

Gregorovich negó con la cabeza.

—No —repuso—, esa no es la pregunta. La pregunta es: ¿hasta dónde está dispuesto a llegar para detener a Thero?

De modo que se trataba de eso. Gregorovich estaba buscando un socio, un hermano de sangre, en su búsqueda de la presa que se le había escapado. Kurt estaba dispuesto, siempre que llegaran a tiempo.

—¿Para impedir que Thero mate a millones de personas? —Preguntó Kurt—. Hasta los confines de la Tierra, si es necesario.

Gregorovich asintió con la cabeza. Era la respuesta que quería oír. Además resultaba ser cierta.

—Hemos ido tan al sur que cualquiera diría que ya estamos allí —bromeó el ruso.

—No exactamente —replicó Kurt. Se levantó y consultó su reloj. Era hora de emprender un nuevo rumbo—. Dígale a su timonel que cambie de dirección. El nuevo rumbo debería ser doscientos cuarenta y cinco grados.

—Entonces ¿al final no viajamos hasta la Antártida?

—Todavía no —respondió Kurt, guardándose la verdad para sí mismo—. Me voy a mi camarote a dormir la mona. Suponiendo que Kirov no me mate durante la noche, le avisaré de los nuevos cambios de rumbo por la mañana.

Gregorovich asintió con la cabeza, y Kurt salió al pasillo. Un comando estaba allí esperando.

—Tú debes de ser el botones —murmuró Kurt—. Llévame a mi camarote.

Fue escoltado a popa hasta que llegó a la puerta del camarote en el que habían acomodado a la tripulación de la NUMA, donde había un par de comandos rusos apostados. Pasó por delante de ellos, entró y se encontró con una discusión en pleno desarrollo.

El capitán Winslow y su segundo comandante estaban a un lado, y Joe y Hayley al otro.

—... hemos llegado hasta aquí gracias a él —insistía Hayley.

—Está jugando con nuestras vidas —respondió el segundo comandante.

—Si les dijera lo que quieren oír, ya estaríamos muertos —añadió Joe.

Por lo visto, en el barco se estaba gestando más de un motín.

—Si les dijera lo que quieren oír ¿a quiénes? —Preguntó Kurt.

El grupo se volvió al unísono.

—Los rusos —contestó el capitán Winslow—. Mientras usted estaba bebiendo con su jefe, vinieron y se llevaron a los hombres heridos a la enfermería. Pero nos han dicho que nadie recibirá atención médica hasta que no les demos más información.

A Kurt no le gustó cómo sonaba eso. Pero ya no había vuelta atrás.

—No sé si esta es la forma correcta de proceder —añadió Winslow.

—Es la única forma que queda —dijo Kurt.

—Tenemos que darles algo —dijo Winslow—. Al menos una pista.

—No. Si dan en el clavo, estamos todos muertos —explicó Kurt—. Nos atarán pesos a los pies y nos tirarán por el costado del barco para ahorrar balas.

—Mis hombres están en estado de *shock* —informó Winslow—. Están muriéndose. Por el amor de Dios, Kurt, sea razonable.

—No hay lugar para la razón —le espetó Kurt—. ¿Es que no lo ve?!

Los demás lo miraron fijamente, sorprendidos ante el inusual arrebato de furia.

—Estamos atrapados entre un demente y un lunático —explicó—. Gregorovich está loco. Este no es trabajo para él. Es una especie de venganza. Tal vez incluso una misión suicida. Hace años no consiguió matar a Thero, y eso le reconcome. Si no le queda más remedio, nos matará a todos para poder volver a intentarlo. Y Thero es peor. Hace años era un esquizofrénico y un sociópata. ¿Se imaginan lo que el tiempo y el sufrimiento le habrán hecho desde entonces? Ha llamado a su guarida el Tártaro, la cárcel de los dioses. ¿Qué dice eso de él? Se considera un dios. Un dios perseguido, encima. ¿Creen que va a ceder en su amenaza?

Ellos miraron a Kurt con extrañeza. Sin duda a esas alturas él también parecía medio chiflado.

—No puede ser tan grave —comentó el segundo comandante.

—Puede, y lo es —afirmó Kurt—. Si alguien piensa sobrevivir a esto, le aconsejo que no pierda el tiempo porque lo más probable es que no sobrevivamos. Lo único a lo que podemos aspirar es a impedir que Thero actúe. Y para eso, necesitamos a los rusos tanto como ellos a nosotros.

Joe respaldó a Kurt, como el amigo fiel que siempre había sido. Hayley parecía consciente de la realidad y se había resignado a ella. Hasta el segundo comandante pareció moderar su postura. Pero Winslow sacudió la cabeza.

—Son mi tripulación —dijo—. Mi responsabilidad.

Kurt lo entendía. Supuso que la falta de sueño y la culpabilidad también estaban pasando factura en la mente del capitán.

—La mayoría de sus hombres han dado la vida para luchar contra esto —expuso Kurt—. Y también nueve miembros de la OSIA, y al menos cuatro civiles que trataron de escapar de las garras de Thero. La única forma de dar sentido a esas muertes es impedir que Thero venza. Tenemos una oportunidad de conseguirlo si nos aliamos con Gregorovich. Es una posibilidad remota, pero es la única que tenemos.

Winslow parecía indeciso.

Kurt posó la mano en el hombro del capitán y lo miró a los ojos.

—Sé por lo que está pasando. Ninguno de nosotros se encontraría en esta situación si yo no me hubiera entrometido. Las vidas de esos hombres se han perdido por mi culpa, no por la suya. Pero no podemos devolvérselas. Solo podemos hacer todo lo posible para asegurarnos de que sus muertes no han sido en vano.

Winslow volvió a mirar a Kurt. Pareció comprender.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Tenemos que reducir el número de comandos con los que cuentan —contestó Kurt—. Igualar las probabilidades un poco.

—¿Cómo? Nos tienen vigilados.

Kurt había estado pensando en ello mientras perdía al ajedrez contra Gregorovich.

—Aquí comen de bufet —dijo, pues se había fijado en el sistema la única vez que había pasado por el comedor—. Este barco está mugriento. Tiene que estar plagado de bacterias. Reúnan cualquier tipo de porquería que encuentren. Me da igual de dónde la saquen y, sinceramente, tampoco quiero saberlo. Recójánla y busquen una forma de echarla en la comida a la hora del rancho... después de que nosotros nos hayamos llenado, por supuesto.

—Guerra bacteriológica —apuntó Joe.

—Si los comandos enferman y no pueden luchar, a Gregorovich no le quedará más remedio que llevarnos.

—Me gusta —reconoció Joe—. ¿Y si nos deja de todas formas?

—Entonces tomaremos el barco y llamaremos por radio a la NUMA si podemos.

Joe asintió con la cabeza, y Hayley esbozó una sonrisa triste. Hasta el segundo comandante sonrió al pensar en pasar a la ofensiva para variar. Winslow se mostró conforme.

—Está bien —dijo—. Estoy de acuerdo.

Tártaro

Muy por debajo de la superficie cubierta de hielo de la isla, a Patrick Devlin le empezaron a resonar los oídos. El estruendoso sonido de una enorme barrena prácticamente lo había dejado sordo durante la última hora. Cuando de repente cesó, el silencio se hizo casi doloroso.

—¡Ya es lo bastante hondo! —gritó un fornido capataz.

Devlin se apartó de la pared. La pesada barrena estaba montada en una especie de carro. El trabajo de Padi consistía en mantener la presión de la barrena y hacer una serie de perforaciones en la pared. Cubierto de polvo y suciedad, retrocedió mientras otro hombre colocaba una serie de cargas en los agujeros y empezaba a conectar cables a las cápsulas.

Sonó un brusco silbido.

—Todos al túnel —ordenó el capataz.

Esparcidos por la gran caverna, una docena de trabajadores ocupados moliendo rocas y recogiendo los escombros en una cinta transportadora dejaron lo que estaban haciendo y se dirigieron pesadamente a la pequeña entrada de un túnel situado a un lado de la sala.

Se metieron dentro y se cobijaron bajo el arco reforzado con acero, cansados y encantados de dejar sus herramientas un rato. Devlin se fijó en que sus caras estaban demacradas pero sus cuerpos se mantenían en forma.

Mientras el capataz armado y su ayudante revisaban los explosivos, probó suerte.

—¿Cómo te llamas? —Preguntó a un hombre negro que estaba a su lado.

—Me llamo Masinga —contestó el hombre con un marcado acento sudafricano.

Devlin asintió con la cabeza.

—Yo soy Patrick —se presentó—. A veces me llaman Padi. ¿Qué es este sitio?

—¿No lo sabes?

Devlin negó con la cabeza.

—Una mina de diamantes —respondió Masinga.

Devlin observó las rocas desmenuzadas que reposaban en la cinta transportadora inmóvil.

—Yo no veo ningún diamante.

—Están en las rocas —explicó Masinga—. Si no sabes eso es que la minería no es lo tuyo.

—No soy minero —replicó Devlin.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—Me secuestraron, joder —maldijo Devlin entre dientes—. ¿A ti no?

—No —dijo Masinga—. Yo firmé un contrato. Todos lo firmamos. Nos pagaban el doble de lo que De Beers nos estaba ofreciendo. Pero cuando llegó la hora de marcharnos, nos retuvieron en contra de nuestra voluntad.

—¿Habéis intentado escapar?

El hombre se rio.

—¿Tenemos pinta de peces? Estamos en una isla en mitad del océano. ¿Adónde escaparíamos?

—Pero vuestras familias... —dijo Padi—. Seguro que pueden protestar.

—Les han dicho que morimos en un accidente —contó otro hombre. A juzgar por su acento, podía ser de Sudamérica—. Y de todas formas no saben dónde estamos. Ninguno de nosotros lo sabía hasta que llegamos aquí.

A Devlin le parecía una locura, pero por otra parte, pocas cosas habían tenido lógica desde que había visto el *Voyager* en el puerto a la altura de la costa de Yakarta.

—¿Y tú? —Preguntó Masinga—. A lo mejor alguien viene a buscarte.

—Lo dudo —dijo Padi, recordando que Keane estaba inconsciente cuando él había encontrado el *Voyager*—. Supongo que el mundo entero debe de creer que también estoy muerto.

—Lo estás —aseveró Masinga—. Todos lo estamos.

—El Tártaro —masculló Devlin. La cárcel del inframundo. Ahora lo entendía.

—¡Fuego en el agujero! —gritó el capataz.

El corpulento hombre pulsó un interruptor. Una docena de pequeñas cargas estallaron una detrás de otra, en rápida sucesión. La pared se abombó, mantuvo la forma por un instante y acto seguido se desmoronó en medio de un gran estruendo y una nube de polvo.

Unos ventiladores diseñados para extraer el polvo y el calor de la sala se pusieron en funcionamiento, y la nube se evacuó por un gran pozo vertical que subía hasta la superficie. Pasó por delante de ellos arremolinándose y se pegó a sus cuerpos sudorosos. Cuando se despejó, la cara de Padi estaba tan oscura como la de Masinga. De hecho, todos tenían el mismo color gris, fuera cual fuese el tono de su piel.

El capataz echó un vistazo, con la escopeta apoyada en el hombro.

—Se acabó el descanso —chilló—. A trabajar.

Masinga y los demás se levantaron y empezaron a ocupar posiciones con cansancio. Devlin los siguió en contra de su voluntad.

Buque mercante Rama, 17.45 horas
Posición 61° 37' S, 87° 22' E

Quince horas después de terminar abruptamente la partida de ajedrez, Gregorovich se alzaba por encima de la mesa iluminada mientras trazaban otra línea de derrota. Esa se desviaba al noroeste.

Kirov estaba enfrente de él con uno de los comandos a su lado.

—Es el noveno cambio de rumbo que ha ordenado.

Se podía notar cómo el *Rama* torcía a estribor.

—¡Nos acercamos al nuevo rumbo! —Gritó nervioso el oficial de navegación—. Trescientos veintitrés grados.

—Está jugando con nosotros —dijo Kirov en tono amenazante—. Y tú se lo estás consintiendo.

Gregorovich lo miró fijamente. La presencia del segundo comando era idea de Kirov. Una demostración de fuerza. Sin duda el motín estaba a punto de estallar.

Los hombres se estaban poniendo nerviosos. Se palpaba en el aire. Eran comandos estacionados en tierra lejos de su hogar y en una situación peligrosa con unas condiciones cada vez peores. El barco se balanceaba sensiblemente con las olas crecientes, y el cielo se había teñido de blanco grisáceo. Parecía que iba a nevar pronto. Siguiendo las orientaciones de Austin, se habían alejado tanto hacia el sur que habían empezado a sortear pequeños icebergs, una empresa que la reducida visibilidad no favorecía.

Y lo peor de todo era que se habían enterado en detalle de que el *Orion* había sido aplastado y arrastrado a las profundidades como por obra de un monstruo submarino. De momento seguía reinando el orden, pero Gregorovich intuía que no duraría.

—Por lo menos nos dirigimos al norte —comentó, volviéndose hacia el oficial de navegación—. ¿Qué hay en esa dirección?

El oficial pulsó la pantalla, y el mapa se alejó poco a poco con el *zoom* hasta que finalmente Gregorovich vio un punto amarillo situado justo en su trayectoria.

—La isla de Heard —anunció el oficial.

Al pulsar la pantalla en la posición de la isla, Kirov pudo obtener información acerca de ella.

—Territorio australiano —dijo, leyendo la pantalla—. Volcánica. Última erupción apreciable en 2005. Cubierta de glaciares y totalmente deshabitada.

Kirov alzó la vista, con una sonrisa que se extendía de una oreja a la otra, cubierta de costras.

—Eso es —dijo—. La isla de Heard es el objetivo. Ahí es donde Thero se esconde. Por fin Austin ha puesto las cartas boca arriba. Ya podemos matarlos a él y a su tripulación y terminar el trabajo sin preocuparnos por ellos.

A Gregorovich no le gustaba la idea de perder su contrapeso. Ni pensaba que, después de haber demostrado ser tan astuto durante tanto tiempo, Austin habría cometido la estupidez de revelar su secreto tan fácilmente.

—Aleja la imagen —ordenó.

El oficial de navegación vietnamita hizo lo que le mandó, y el mapa volvió a extenderse. Apareció otra serie de puntos. Estaban aproximadamente cuatrocientos treinta y cinco kilómetros más allá de la isla de Heard, en la misma línea de derrota, trescientos veintitrés grados.

Austin había dirigido el *Rama* a un punto desde el que se estaban acercando a dos islas al mismo tiempo.

—Los Territorios Australes y Antárticos Franceses —hizo saber el oficial.

—¿Qué nombre es ese? —Soltó Kirov.

—Uno que no olvidarás, espero —dijo Gregorovich—. La misma línea de derrota nos lleva a los dos sitios. Thero podría estar escondido en cualquiera de los dos. O Austin podría acercarnos un poco y luego cambiar otra vez de rumbo. No podemos matarlo hasta que lo sepamos con seguridad.

—¿Y cuando lo sepamos?

—¿No puedes pensar sin adelantarte a los acontecimientos? —Preguntó Gregorovich—. Imagínate que el laboratorio de Thero está en la isla de Heard. Nuestras órdenes son destruirlo con un arma nuclear. Es territorio australiano. ¿No ves lo conveniente que sería dejar unos cuantos cadáveres estadounidenses carbonizados y expuestos a la radiación en el perímetro de la explosión?

Kirov asintió con la cabeza.

—Envía los drones de largo alcance —ordenó—. Si algo se mueve en la isla de Heard, quiero saberlo.

El ruidoso zumbido de unos motores a pistón llamó la atención de Joe Zavala a medida que se acercaba al comedor del barco acompañado de Hayley Anderson.

—¿Qué es eso? —inquirió Hayley.

Joe ladeó la cabeza para escuchar. El sonido le recordó el avión militar no tripulado en el que había trabajado hacía unos meses.

—Los rusos están lanzando algo en la cubierta —contestó—. Un pequeño avión, o tal vez un dron.

—¿Por qué iban a hacer eso?

Joe consideró varias posibilidades, pero descartó la idea cuando vio a un grupo de comandos rusos que venían por el pasillo.

—Ni idea —respondió—. Pero vamos a ponernos a la cola para comer antes que

esos tipos.

Se volvió rápidamente y se metió en el comedor. Hayley se quedó detrás de él, vigilando el pasillo.

Joe inspiró hondo al dirigirse al bufet. Le encantaba la comida vietnamita, las especias y las verduras. El cocinero del barco había preparado una buena comilona. Le parecía una lástima estropearla.

—Se acercan —susurró Hayley.

Joe asintió con la cabeza, sonrió al chef y empezó a llenarse el plato de todo lo que había en el menú. Había suficiente comida para él y otras dos personas.

El cocinero lo miró asombrado, y Joe se frotó la barriga.

—Nada me despierta más apetito que naufragar en aguas glaciales y ser secuestrado por vuestros aspirantes a rescatadores.

La cara del cocinero siguió luciendo una expresión vaga. Joe supuso que no entendía su idioma. Juntó las manos y se inclinó ligeramente.

—*Dam ung* —dijo. «Gracias» era una de las pocas expresiones vietnamitas que sabía.

El cocinero sonrió; su rostro terso era genuino y sincero. En cierto modo, los tripulantes del *Rama* eran tan víctimas de la situación como los supervivientes del *Orion*.

Hayley se acercó furtivamente a él y empezó a llenarse el plato.

—Ahora o nunca —aseveró.

Joe señaló un wok que echaba humo y estaba empezando a arder detrás del cocinero. Mientras este se daba la vuelta e iba a apagarlo, Joe sacó una bolsita de su manga con la destreza de un mago. Y con un movimiento rápido de brazo, espolvoreó el contenido sobre toda la comida que había en el mostrador. Una vez que la bolsa estuvo vacía, retiró la mano y se la guardó en el bolsillo.

Cuando los rusos entraron, miraron fijamente a Joe y Hayley un momento y a continuación se dirigieron a la parte delantera de la fila. Pese a lo rara que les resultaba la situación, parecían más interesados en alimentarse que en iniciar un enfrentamiento que luego les costaría una bronca.

Joe y Hayley se sentaron en el rincón, tratando de no mirar cómo los comandos prácticamente engullían unas generosas raciones de la comida envenenada.

Ocho horas más tarde, Kurt se encontraba en el puente de mando mirando las fotos de la isla de Heard y preguntándose si habían descubierto su treta.

Con unos veinticuatro kilómetros de largo y dieciséis de ancho, la isla tenía forma de almendra y se inclinaba en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Una fina cola de tierra llamada lengua del Elefante sobresalía hacia el este como un rompeolas, y una pequeña masa llamada península de Laurens se aferraba a su esquina noroeste conectada por un estrecho istmo.

De perfil, saltaba a la vista que la isla de Heard era volcánica. El pico central, llamado Big Ben, se elevaba dos mil setecientos metros por encima del mar y tenía forma cónica. En realidad, era uno de los picos más altos del territorio australiano, más alto que cualquiera de los situados en el continente.

Una imagen tomada por satélite mostraba los glaciares que se extendían desde el Big Ben como los rayos de una rueda. Seguían las pronunciadas pendientes hasta el mar en todas direcciones y generaban icebergs allí donde se juntaban con el mar. Blancos pedazos de hielo, muchos de ellos más largos que el *Rama*, rodeaban la isla como peces piloto alrededor de la cabeza de un gran tiburón.

Mientras Kurt observaba las fotos, Kirov y Gregorovich permanecieron en silencio con aspecto de suficiencia y de gran satisfacción. Estaban encantados de enseñarle a Kurt todo lo que habían descubierto.

—¿Tienen imágenes infrarrojas? —Preguntó Kurt.

Gregorovich deslizó una nueva serie de fotos a través de la mesa hacia él.

En las imágenes, tomadas por drones rusos, se veían focas y pingüinos y colonias de aves nidificantes. En la siguiente foto aparecía una serie de fuentes de calor distintas agrupadas en la costa del sudeste de la isla. Un lugar llamado laguna de Winston.

—El primer grupo de objetivos son una especie de respiraderos hidrotermales —explicó Gregorovich—. Podrían ser naturales y estar relacionados con el volcán o podrían ser artificiales, lo que sería un indicio de que hay actividad subterránea. Las otras imágenes son inequívocas. Son hombres en motonieves. Quienesquiera que fuesen, desaparecieron en unos agujeros en el suelo momentos después de que se tomaran estas fotos.

Kurt examinó la localización de las fotos de las motonieves.

—Un poco hacia el interior respecto a la laguna de Winston —observó—. Un buen sitio para refugiarse. Pero no veo ningún barco.

—Así que los dejaron allí —dijo Gregorovich—. Es la manera de proceder de Thero. Su laboratorio en Yagishiri era subterráneo. En sus experimentos se requiere hurgar en las profundidades de la Tierra. Esas escotillas llevan al recinto de Thero. Estoy seguro.

Kurt no lo dudaba. Pero tampoco dudaba que Thero estaría preparado para un ataque.

—¿Cree que han oído sus drones?

—Los hombres que vimos no se mostraban alarmados —dijo Gregorovich—. Nuestros drones son prácticamente silenciosos, y casi invisibles a simple vista.

Kurt asintió con la cabeza. El *Rama* estaba todavía más allá del horizonte y generaba el vapor justo para mantener su posición en la corriente.

—¿Han buscado fuentes de radar?

Gregorovich asintió con la cabeza.

—Ninguna emisión. Parece que confían solo en el sigilo como protección. No

saben que venimos.

—Hay formas más discretas de detectar que un enemigo se acerca —señaló Kurt—. Infrarrojos como los que han usado sus drones. Medios visuales. Podrían tener cámaras con sensores de detección de movimiento o incluso rastrearlos por el sonido. Si van derechos hacia él, destruirá sus helicópteros antes de que lleguen a la playa. Y como está bajo tierra, si le lanzan misiles tampoco le hará mucho daño.

—No tenemos motivos para creer que Thero posee armas antiaéreas —afirmó Kirov despectivamente.

—No las necesita —replicó Kurt—. Tiene su rayo de la muerte. Si ve este barco, emitirá una gran distorsión para aplastarlo como hizo con el *Orion*. Y si ve sus pájaros en el aire, les atacará con otra arma que ha desarrollado. Algo que llaman destello extractor. Lo usó contra la OSIA. Apagará todos los sistemas de su helicóptero incluido el sistema nervioso del piloto. Morirán del impacto antes de despertar.

Kurt hablaba rápido, tratando desesperadamente de tomar la iniciativa antes de que decidieran que ya no lo necesitaban. Los rusos lo miraban fijamente como si se lo estuviera inventando.

—Solo intenta salvar el pellejo —aventuró Kirov.

—Bueno, le tengo bastante cariño a mi pellejo —bromeó—. Me ha acompañado todos estos años.

Kirov no pareció apreciar el humor.

Gregorovich bajó la vista al mapa.

—Podríamos mantener nuestra posición actual —empezó a decir—. Llevar los helicópteros al norte, mucho más allá del campo de visión, y luego rodear la isla. Si nos acercáramos por el lado norte de la isla, utilizaríamos el macizo central para ocultar nuestro progreso. De esa forma deberíamos llegar sin que nos descubriesen.

—Esto es ridículo —se quejó Kirov—. ¿Ahora recibimos órdenes y consejos tácticos de nuestro preso?

Gregorovich no le hizo caso y señaló un punto en el mapa cerca del lomo del Big Ben.

—Si nos acercamos por encima del collado y aterrizamos aquí, en el lado opuesto del Big Ben, no deberían enterarse de nuestra presencia. Desde allí, no hay más de once o doce kilómetros hasta la laguna de Winston. Casi todo cuesta abajo.

Era un buen plan. Y desde luego no necesitaban a Kurt para llevarlo a cabo.

—Ya lo tienen —dijo, acercando lentamente la mano a su Makarov por si había dejado de resultarles útil.

—No solo nosotros —contestó Gregorovich.

Kurt entornó los ojos.

—Vamos a llevarlos también a usted y a su tripulación.

—Vamos a estar un poco apretados en esos helicópteros con tanta gente y el combustible de sobra que necesitarán para el largo viaje.

—Da la casualidad de que han quedado disponibles unos cuantos asientos —apuntó Gregorovich—. Doce comandos han contraído un horrible virus estomacal.

—Pues denles de beber líquido y díganles que dejen de escurrir el bulto —indicó Kurt, esperando que nadie hiciera caso de su consejo.

Gregorovich negó con la cabeza.

—No vamos a recorrer a pie un glaciar acompañados de hombres que vomitan cada cinco minutos. Están demasiado deshidratados y débiles para ser útiles. Usted y su gente les sustituirán.

—Tampoco toda nuestra gente está sana —dijo Kurt—. Cuatro están en la enfermería.

—Solo tres —le corrigió Kirov—. Al parecer uno murió durante la noche, debido a los efectos persistentes de la conmoción.

—Solo necesitaban atenciones básicas —puntualizó Kurt airadamente—. ¿Qué clase de gente son ustedes?

—La clase de gente capaz de derramar sangre si es necesario —respondió Gregorovich, retomando la conversación y aludiendo sin duda a su partida de ajedrez y al altercado que casi había acabado con la vida de los dos—. Los demás recibirán la atención que merecen mientras ustedes colaboren.

Kurt lo miró fijamente.

—¿A quién quieren llevar?

—A usted, su amigo Zavala y la señora Anderson.

—No hay motivo para llevarla a ella a estas alturas —repuso Kurt.

—No necesito ningún motivo —zanjó Gregorovich.

Kurt se preguntó si el ruso sabía que eso era exactamente lo que él había esperado.

—Está bien —convino—. Pero antes quiero estar seguro de que los demás han sido atendidos.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de rasgos duros del ruso.

—¿Sigue protegiendo a sus peones? —preguntó—. Muy bien. Recibirán lo que necesitan. Pero para usted y para mí, ha llegado el momento. Esta noche terminaremos la partida justo donde usted dijo que acabaríamos: en los confines de la Tierra.

Buque de la NUMA Gemini

Gamay Trout estaba sentada en la oscura sala de control de los robots submarinos del *Gemini*. Miraba el parpadeante monitor en blanco y negro que tenía delante. A tres mil seiscientos metros por debajo de ellos, uno de los robots del barco había topado con un campo de desechos.

El fondo del mar estaba sembrado de los restos rotos y aplastados de un naufragio distribuidos de forma familiar. Había visto docenas de casos como ese ya que la NUMA había explorado y catalogado diversos buques hundidos. Solo que ese buque era uno de los suyos.

—El magnetómetro está detectando el nivel máximo —informó Paul a su lado—. Tiene que estar cerca.

Paul, Gamay y el capitán del *Gemini* estaban apiñados en la sala junto con otros tres técnicos. El espacio era limitado, y nadie quería ver lo que estaban a punto de encontrar. Gamay redujo la velocidad del robot submarino e inclinó la cámara hacia arriba. Un momento más tarde, la chapa roja del casco de la quilla del *Orion* apareció junto con su timón torcido y su hélice de seis palas. El barco yacía de costado.

—Es él —dijo el capitán seriamente—. Suba el robot treinta metros. Veamos el panorama general.

Gamay hizo lo que le mandó sin perder la calma, a pesar de la sensación de malestar que notaba en el estómago.

El robot submarino se elevó por encima de los restos del naufragio y mostró el verdadero alcance de los desperfectos. La quilla del barco se había abierto mucho, como si alguien hubiera roto un huevo gigantesco. De algún modo, las dos mitades habían permanecido unidas cuando se había hundido, pero había tantos desperfectos que costaba entender lo que había ocurrido.

—No me extraña que se hundiera tan rápido —comentó Paul.

Cuando el robot se movió a la deriva con la corriente, pudieron ver que la brecha recorría el casco a lo ancho.

—Nunca había visto un barco agujereado de esa forma —confesó el capitán.

El barco empezó a perderse de vista.

—¿Gamay? —dijo Paul, preocupado al ver la cara blanca de ella.

Su mujer se levantó.

—Que otra persona tome los mandos, por favor.

Mientras uno de los técnicos ocupaba su asiento, ella atravesó el grupo y se dirigió a la cubierta de popa. Abrió la escotilla y agradeció el frío gélido del aire

exterior.

Respirar hondo le ayudó a aliviar la sensación que la había invadido, pero cuando su mirada se posó en una lona amarrada a la cubierta, la sensación de inquietud regresó. Debajo de la lona se hallaban los tres cadáveres que habían encontrado y habían recogido del mar. Unos tripulantes del *Orion* que se habían ahogado o habían muerto de hipotermia esperando a que los rescatasen. Ahora yacían en bolsas sobre la cubierta. El barco no tenía cámaras frigoríficas, pero el aire helado de las aguas antárticas era casi igual de efectivo.

Apartó la vista cuando Paul salió detrás de ella.

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien. No puedo tratar esto como una investigación normal. Ahí abajo está uno de nuestros barcos. Esas personas son nuestros amigos.

—Y necesitamos saber por qué se hundió —le recordó Paul—. Necesitamos ver si hay quemaduras de explosivos o planchas derretidas. Necesitamos saber si se combaron por culpa de una mina, un torpedo o un impacto de misil, o si las planchas se torcieron hacia fuera por algún tipo de explosión interna. Si los daños vinieron del exterior, podemos descartar el sistema de detección de la señora Anderson y activar el nuestro.

—Ya lo sé —dijo ella.

—¿Pero...?

Ella suspiró.

—¿Y si encontramos a Kurt o a Joe allí dentro? ¿Y si metemos el robot en el casco y nos encontramos de frente con uno de ellos? Cada vez que recogemos a alguien del mar tengo miedo de que sea algún conocido nuestro.

Paul le tomó la mano.

—Lo entiendo —declaró—. Le pediré a un técnico que maneje el robot.

Gamay sabía que él iba a decir eso. No era lo que ella quería. Solo necesitaba un momento.

—¿Crees que existe alguna posibilidad de que estén vivos?

Paul vaciló un instante y acto seguido negó con la cabeza.

—No veo la forma de que puedan estarlo.

Ella agradeció su sinceridad. De algún modo, reconocer que era probable mitigó su miedo.

—Está bien —dijo, regresando hacia la puerta—. Supongo que si yo me muriera, me gustaría que descubrieran lo que me pasó.

—A mí también —convino Paul.

Abrió la puerta y la sujetó para que ella pasara. Ella entró armándose de valor para lo que pudieran encontrar.

Kurt, Joe y Hayley recibieron un mínimo de ropa de abrigo para el ataque: un

conjunto de ropa interior de tela transpirable muy ajustado, seguido de una capa térmica más gruesa y las prendas externas de tela impermeable. Los pantalones, las chaquetas y las capuchas tenían un estampado de camuflaje blanco y gris claro. Les dieron botas blancas y unas envolturas blancas para cubrir sus rifles.

—¿Qué pinta tengo? —Preguntó Joe, completamente vestido.

—Pareces el hermano pequeño del abominable hombre de las nieves —contestó Kurt.

—Por lo visto no tienen de mi talla —dijo Hayley, a quien las mangas de la chaqueta le colgaban de las manos.

—Es lo máximo que han podido conseguir —comentó Kurt levantándose, listo para marchar.

El uniforme le resultaba asfixiante con el calor del camarote. Esperaba que abrigase afuera en el hielo del glaciar.

Deslizándose la pistola Makarov en la pistolera que llevaba sujeta al muslo, se dirigió a la escotilla, la abrió y salió a la cubierta. Allí, detrás de los contenedores amontonados, había dos de los helicópteros grises más feos que había visto en su vida.

—¿Vamos a volar en esos armatostes? —Le planteó Hayley con expresión horrorizada.

«Aerodinámicos» no era la palabra adecuada para describir los Kamov Ka-32 de fabricación rusa, bautizados con el nombre de guerra Helix por la OTAN. Parecían unos viejos autobuses, con las esquinas redondeadas y tres diminutas ruedas debajo. Su cola doble parecía haber sido pegada en la cola por si acaso, como si los diseñadores se hubieran olvidado de incluirla en un principio.

El sistema de doble rotor hacía que pareciesen todavía menos seguros para volar. En lugar de un rotor de cola para la estabilidad, los rusos tenían predilección por usar dos rotores encima del helicóptero. Giraban uno encima del otro para estabilizar las fuerzas giroscópicas. Los rusos habían usado ese sistema durante décadas, pero en tierra, con los rotores colgando a causa del peso, el Helix parecía un proyecto científico que había salido mal.

—Siempre me he preguntado cómo esos rotores no se enredan —confesó Joe—. Ese trasto es como un batidor de huevos gigante. Las palas deberían cortarse.

Kurt lanzó una mirada a Joe, pero era demasiado tarde. Hayley estaba pendiente de todo lo que decía.

—Vamos —dijo Kurt, reparando en que se había levantado viento y había empezado a caer una nevisca.

—Tenemos menos de dieciocho horas.

Gregorovich indicó a Zavala que subiera a un helicóptero con Kirov y ordenó a Kurt y a Hayley que lo hicieran en otro. Él entró con ellos.

—¿Cuántos hombres tenemos? —Preguntó Kurt mientras la puerta se cerraba herméticamente y los motores empezaban a girar.

—Diez, sin contar a los pilotos —contestó Gregorovich—. Ustedes tres, Kirov, cinco comandos y yo.

Kurt se fijó en las tres motonieves y los montones de cuerda y material de escalada que había en la parte trasera del cavernoso helicóptero.

—¿Vamos a ir en motonieve o andando?

—Las dos cosas —respondió Gregorovich—. Usaremos las motonieves para la mayor parte del viaje, pero cerca del borde del glaciar el sonido de los motores atravesará la caverna. Entonces iremos a pie.

En ese momento, el silbido de las turbinas aumentó al máximo, y el aullido de la corriente descendente de los rotores empezó a sacudir el helicóptero cargado. Se balanceó de un lado a otro unos segundos y a continuación empezó a ascender poco a poco. Kurt miró por la ventana y vio que los alcanzaba un viento de costado.

Cuando todavía estaban ascendiendo, fueron empujados de lado. El piloto corrigió el rumbo justo a tiempo para evitar golpear uno de los contenedores. Después de elevarse nueve metros más, se desviaron al lado de babor y aceleraron cuando dejaron atrás la proa del *Rama*.

Como no tenían auriculares, el sonido atronador de los rotores les obligaba a gritar para hacerse oír.

—¿Cree que estará aquí cuando volvamos? —voceó Kurt, echando un último vistazo al *Rama*.

Gregorovich se encogió de hombros.

—Ni me va ni me viene.

Como mínimo tres comandos quedaban en el barco, sin contar los que estaban enfermos por intoxicación alimenticia. Kurt esperaba que mantuvieran la precaria paz, y suponía que el capitán Winslow y su segundo comandante opondrían resistencia si se negaban, pero él no podía hacer nada más para protegerlos. Lo único que importaba ahora era completar la misión que les ocupaba.

—Bueno, ¿cómo planea detenerlo? —Preguntó Kurt.

—Tomando su recinto por la fuerza —contestó Gregorovich, y a continuación señaló una maleta de carcasa dura sujeta a la parte trasera de una motonieve que tenía una etiqueta con el símbolo internacional de la radiación—. Y luego haciendo detonar eso.

—¿Es lo que creo que es? —Preguntó Hayley.

—Me temo que sí —respondió Kurt.

Ella se puso más blanca por segundos. Él supuso que compartir la cabina con un arma nuclear no iba a contribuir a que superase su miedo a volar. Por otra parte, al igual que el asesino ruso con el que se había asociado, Kurt se alegraba de tener un arma a bordo que no dejaba lugar a dudas.

Cuando una noticia llegaba a Washington a altas horas de la noche rara vez era buena.

Dirk Pitt estaba solo en su despacho y el reloj se acercaba a la medianoche cuando le comunicaron el último bombazo.

—... de momento hemos localizado ocho cadáveres entre los restos del naufragio —expuso la voz de Paul Trout por el altavoz. La señal sonaba estridente y distorsionada a causa de la permanente actividad solar—. Casi todos atados o cerca de sus puestos. Considerando el tamaño de la brecha del casco, parece que las cubiertas inferiores no tuvieron ninguna oportunidad.

Pitt se frotó las sienes.

—¿Puedes decirme qué causó la brecha?

—Las planchas están retorcidas y muy deformadas —contestó Paul—. Pero no hemos encontrado quemaduras ni rastro de impactos de explosivos. Parece que el casco se doblase hacia fuera en algunas zonas, pero no puedo darle una respuesta definitiva.

Pitt volvía a estar como al principio. Había albergado la esperanza de encontrar pruebas de un ataque con misiles o torpedos, incluso de una explosión interna si podían demostrar la presencia de explosivos. Algo que le hubiera confirmado que el dispositivo de detección de la señora Anderson no era el culpable. Sin ellas, no podía ordenar que el *Gemini* encendiera su sistema y se arriesgara a correr la misma suerte.

—Lo hemos sometido a votación —explicó Paul—. Todos a bordo estamos dispuestos a arriesgarnos a usar el sistema de detección si con ello podemos encontrar a la gente que hizo esto.

Una débil sonrisa se dibujó en el rostro de Pitt. Estaba orgulloso de la valentía mostrada por la tripulación del *Gemini*.

—Lástima que la NUMA no sea una democracia —se lamentó—. Mantened ese trasto apagado hasta que yo os diga lo contrario.

—De acuerdo.

—Informad inmediatamente si descubris algo nuevo —ordenó Pitt.

—Allí es media noche.

—Tenemos diecisiete horas hasta que el reloj llegue a cero —dijo Pitt—. Aquí nadie se va a ir a casa hasta entonces.

—Entendido —contestó Paul.

Pitt esperó a que se despidiera, pero no lo hizo.

—¿Alguna cosa más, Paul?

Sonó un breve zumbido de interferencias.

—No me lo ha preguntado, pero pensé que debía decirle que no hemos encontrado a Kurt ni a Joe.

—Seguid buscando —pidió Pitt.

—Lo haremos. Fin de la comunicación del *Gemini*.

La línea se cortó, y Pitt se recostó en su silla. Miró a través de la ventana las luces que centelleaban en la oscuridad al otro lado del Potomac. No podía ordenar en conciencia que el *Gemini* se arriesgara a correr la misma suerte que el *Orion*, pero

¿cómo, si no, podían aspirar a encontrar a Thero y detenerlo?

Pulsó el interruptor del intercomunicador y marcó el número de la planta de Hiram Yaeger.

—Yaeger —dijo una voz cansada.

—Dime que has descubierto algo nuevo, Hiram.

—He descubierto algo —afirmó Yaeger tímidamente—. Pero no creo que vaya a ser de ayuda.

—A estas alturas acepto cualquier cosa —comentó Pitt.

—Tengo el ordenador en modo de búsqueda automática —explicó Yaeger—. Está buscando cualquier cosa importante. Es el mismo método con el que encontró conexiones entre los obituarios de Cortland y Watterson.

—¿Y qué ha encontrado esta vez?

—Ha descubierto otra curiosa coincidencia relacionada con las notas escritas a mano enviadas a la OSIA —anunció Yaeger.

—Continúa.

—Comparando las muestras, el ordenador ha determinado con un 90 por ciento de probabilidades que tanto la amenaza escrita a mano enviada a Australia como los documentos enviados a la OSIA por el confidente fueron obra de la misma persona.

Pitt se recostó.

—Creía que la OSIA lo había descartado. Una estaba escrita por un zurdo y la otra por alguien diestro.

—La letra está cambiada para que parezca distinta —reveló Yaeger—, pero las palabras elegidas, los puntos álgidos y la longitud son parecidos.

Pitt sacó conclusiones.

—Pero la carta de amenaza ya ha sido comparada con una muestra de la letra de Thero.

—Soy consciente de ello —admitió Yaeger—. Así que o el ordenador se equivoca o ese tal Thero está actuando al mismo tiempo de autor del crimen y de confidente.

Pitt no tenía ni idea de lo que significaba esa última bomba, pero suponía que detrás tenía que haber un motivo siniestro. Desde luego sabía que no debía dudar del ordenador de Yaeger.

Echó una ojeada al reloj de la pared cuando el minuterero rebasaba la medianoche. Significara lo que significase ese último giro de los acontecimientos, tendría que esperar hasta más tarde.

—Me da igual cómo lo hagas, Hiram, pero tienes dos horas para buscar otra forma de encontrar a Thero. Entonces tengo que ordenar al *Gemini* que encienda su sistema de detección.

Yaeger farfulló algo que Pitt no entendió y acto seguido dijo:

—Entendido.

Pitt colgó y se volvió otra vez hacia la ventana. En Washington era medianoche, pero en Australia estaban en pleno día. Si no encontraban a Thero y lo detenían,

podía ser el último día tranquilo que el país viviese durante mucho tiempo.

Los helicópteros rusos habían despegado de la cubierta bamboleante del *Rama* en medio de una nevisca. Cargados de combustible al máximo, volaban pesadamente hacia el oeste y tropezaron con un frente meteorológico que se aproximaba. Las turbulencias los sacudían casi sin descanso. La visibilidad descendió a menos de un kilómetro y medio. Y pronto la temperatura había bajado tanto que empezó a formarse hielo en el interior de la cabina sin calefacción.

Hayley raspó un poco, y el hielo cayó balanceándose como si fuera nieve.

—Me recuerda el congelador de mi casa.

—Vaho —dijo Kurt—. De nuestra respiración.

—Nunca pensé que sabría cómo se siente un paquete de guisantes congelados —contestó ella.

Una nueva ola de turbulencias los zarandeó, y Hayley se agarró al brazo del asiento.

—Estás aguantando bastante bien —observó Kurt.

—A estas alturas estoy insensibilizada a todo.

—Mira el lado positivo —sugirió Kurt—: si sobrevivimos, puede que te cures del miedo a volar.

Él sonrió, pero ella se limitó a mirarlo sin comprender. Kurt conocía el aspecto de una persona que se estaba sumiendo en el desaliento. Hayley seguía adelante sin demasiada esperanza, emocionalmente agotada, haciendo lo que se suponía que tenía que hacer.

La sonrisa de Kurt se desvaneció.

—Cuando lleguemos a tierra, quién sabe lo que pasará. Necesito saber si puedo confiar en ti.

—Sí que puedes —afirmó ella.

—Entonces dime qué estás ocultando —pidió él—. Has guardado un secreto desde el principio. Ya es hora de confesarlo.

Ella lo miró fijamente; sus ojos marrones temblaban.

—Creo que sé quién es el confidente —confesó—. Es el hijo de Thero, George.

—¿El hijo de Thero?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La letra se parecía a la suya —respondió—. Y en la primera carta el confidente escribió que estaba obrando en «plena conciencia». La mayoría de la gente dice que obra «en conciencia», pero George siempre usaba esa otra expresión. Había ocasiones en las que decía que él era la conciencia de su padre. Ocasiones en las que convencía a Thero de que no corriera un riesgo o no perdiera los estribos ante un hecho fortuito.

—Creía que estaba muerto.

—Yo también —convino ella—. Pero, por otra parte, todos creíamos que Thero también estaba muerto, ¿no?

Kurt asintió con la cabeza.

—No quedó gran cosa después de la explosión —expuso ella—. Se celebraron funerales pero con ataúdes vacíos, ¿sabes?

—De modo que si Thero sobrevivió, es posible que sus hijos también —dijo Kurt—. ¿Y por qué te lo has callado?

—Al principio no estaba segura —contestó ella—. Cuando me convencí de que podía tratarse de George, ya había visto a los dos primeros mensajeros interceptados y asesinados. En ese punto, se vio claro que había una filtración dentro de la OSIA. Supuse que cualquier información que comunicara a Bradshaw podría acabar llegando a oídos de Thero, así que no se lo dije a nadie. Suponiendo que tuviera razón y George hubiera sobrevivido a la explosión de Yagishiri, no quería que muriera por tratar de detenernos.

—Probablemente tomaste una decisión acertada —dijo Kurt—. ¿De veras crees que podría ser él?

—Era buena persona —insistió ella—. No quería ir a Japón. No quería continuar con los experimentos. Pero se imaginaba que si no iba, no habría nadie que parase los pies a su padre.

—¿Por eso estás siguiendo adelante? ¿Crees que se lo debes?

—¿Acaso no se lo debo?

—Yo no soy la persona indicada para responder a eso —replicó Kurt.

—Si conseguimos entrar y encontrarlo —planteó ella—, puede que nos ayude.

Kurt asintió con la cabeza.

—Puede —dijo con cautela.

Una nueva serie de corrientes descendentes alcanzaron al helicóptero, y Hayley agarró el brazo de Kurt. Él le acarició la mano y luego aprovechó la oportunidad para levantarse y dirigirse a la cabina del piloto. Asomó la cabeza y encontró a Gregorovich y al piloto mirando a través de unos anteojos sujetos a sus cascos. Notó que el helicóptero reducía la marcha.

—¿Hemos llegado ya?

—Casi —contestó Gregorovich.

Kurt miró a través del parabrisas. No vio nada salvo nubes blancas y la nieve que pasaba como un rayo a su lado. Se figuró que la vista a través de los anteojos era mejor, probablemente aumentada gracias a los módulos con telémetro e infrarrojos que había visto sujetos al morro del helicóptero.

—Espero que hayan traído el equipo de descongelación —añadió.

El helicóptero estaba siendo zarandeado de lado y estaba descendiendo. Un radioaltímetro anunciaba la distancia del suelo en ruso. Kurt vio el otro helicóptero delante un segundo antes de que desapareciera otra vez entre en el remolino de nubes

y nieve.

Toparon con más turbulencias que amenazaron con volcar el helicóptero de lado.

—Corrientes descendentes procedentes del Big Ben —informó el piloto mientras luchaba contra ellas.

Finalmente descendieron por debajo de las nubes, y Kurt pudo ver que estaban a solo doce metros por encima del terreno. El otro helicóptero estaba delante y a la derecha, volando a través del suelo nevado. Sin anteojos, era difícil saber dónde acababa el cielo y dónde empezaba el suelo. Todo era blanco. Pero los dos helicópteros siguieron reduciendo la velocidad y al final empezaron a maniobrar para el aterrizaje.

La corriente de los rotores levantó una ventisca a su alrededor, y fueron empujados de costado una vez más antes de que las ruedas tocasen tierra y se hundieran en la nieve.

Pocas veces Kurt se había alegrado tanto de estar en tierra.

Cinco minutos más tarde, después de un rápido reconocimiento de la zona para asegurarse de que no los habían visto, los helicópteros estaban vacíos. Seis motonieves, el equipo de escalada y la maleta bomba habían sido descargados y estaban listos para avanzar.

Se reunieron al abrigo de una enorme montaña, pero el viento descendía por ella y empujaba la nieve de lado. Kurt se preguntaba si el tiempo empeoraría más. La mayor parte de Big Ben ya estaba oculto entre las nubes.

Cuando Gregorovich silbó para convocar a los pilotos, Kurt encontró a Joe atando una cuerda a su mochila y algo parecido a una punta de lanza. Se dirigió a él atravesando penosamente el fuerte viento.

—¿Acumulas puntos de vuelo con este viaje?

—Sí —afirmó Joe—. ¿Y tú?

—No me he inscrito —dijo Kurt—. Espero no volver a volar con esta compañía, así que he pensado que no tenía sentido. —Señaló la lanza—. ¿Qué es eso?

—Un APC —respondió Joe—. Un arpón propulsado por cohete. Puedes dispararlo a la superficie del hielo y evitar tener que escalar.

—¿Por qué te lo han dado?

—Nadie quiere cargar con él —explicó Joe—. La punta está hecha de tungsteno y plomo. Pesa una tonelada.

—Por lo menos nos ayudará a ahorrar tiempo si tenemos que subir.

—¿Qué llevas tú? —Preguntó Joe.

—Cargas de C-4 y unos detonadores —contestó Kurt—. Por si tenemos que abrirnos camino a explosiones.

—Procura no acabar volando por los aires —advirtió Joe—. Como el Cuatro de Julio que compraste todas aquellas candelas romanas en la tienda de saldos y...

Un sonido de disparos de Kalashnikov interrumpió a Joe.

Kurt se lanzó a la nieve y sacó la pistola Makarov. Se dio la vuelta empuñando el

arma, mientras Joe se arrojaba a su lado usando la motonieve de escudo.

Kurt escudriñó la zona de aterrizaje, pero no vio a ningún agresor; solo a los rusos apuntando con sus armas y buscando también un objetivo.

Finalmente Gregorovich avanzó con paso resuelto. Una fina estela de humo salía del rifle que sostenía en las manos.

—Los pilotos están muertos —anunció.

—¿Qué?! —Gritó Kirov—. ¿Estás loco?

—Solo soy precavido —replicó Gregorovich—. Les he oído hablar. Planeaban marcharse sin nosotros, dejarnos atrás y volver al carguero antes de que el tiempo lo impidiese. Eso ya no ocurrirá.

Los soldados se movieron nerviosos. Gregorovich miró fijamente a Kirov.

—A lo mejor tú te ibas a ir con ellos —le dijo a su rival—. A lo mejor ibas a dispararme por la espalda y a huir a casa como un cobarde.

—No —respondió Kirov.

—Pero ¿sabes pilotar? —Inquirió Gregorovich—. Lo dice en tu expediente.

—Sí, pero...

Gregorovich lo derribó de un disparo antes de que pudiera terminar la frase. Kirov cayó hacia atrás, y la sangre roja manchó la nieve blanca debajo de él.

—Respuesta incorrecta —murmuró Kurt a Joe.

—Ya sé qué responder si me pregunta —contestó Joe.

Los comandos rusos miraban horrorizados.

—¿Cómo se supone que vamos a salir de aquí cuando hayamos terminado el trabajo? —Preguntó uno de ellos.

—Yo mismo os sacaré de aquí —dijo Gregorovich—. Me pasé tres años pilotando helicópteros de combate en Afganistán. Mi-17 y Mi-24. Estos no se diferencian mucho.

—¿Y vamos a caber todos en uno solo? —Planteó otro soldado.

Gregorovich asintió con la cabeza.

—Sin el equipo, habrá espacio de sobra. Pero nadie va a ir a ninguna parte hasta que encontremos la guarida de Thero y coloquemos la bomba.

La tensión se percibía entre los rusos como un montón de pólvora a la espera de ser encendida. Pero Gregorovich se había impuesto de tal forma que los hombres no podían hacer nada si querían volver a ver su hogar. De hecho, puede que tuvieran que proteger a Gregorovich con sus vidas.

Empezaron a guardar sus armas.

—Qué suerte tenemos —murmuró Joe—. Atrapados en medio de una revolución bolchevique.

—Se parece más a cuando Cortés quemó sus barcos en el puerto de Veracruz para impedir que sus hombres se marchasen de México —apuntó Kurt.

—A ese tío no se le escapa ni una —comentó Joe.

—En algún momento se le escapará algo —aseguró Kurt—. Hagas lo que hagas,

no le digas que eres piloto.

Joe asintió con la cabeza, y Kurt volvió andando a través de la nieve que se arremolinaba a donde estaba Hayley.

—Todo va bien —dijo.

—No —contestó ella bruscamente—. No va bien. Estoy segura de que nada volverá a ir bien.

Kurt subió a la motonieve y notó que Hayley se subía a su lado. Cuando ella le rodeó la cintura con los brazos, percibió que estaba temblando. No era del frío.

No había nada que él pudiera decir para borrar lo que ella acababa de ver. Y lo que era peor, estaba convencido de que no sería la última vez que presenciara sangre derramada en las siguientes horas.

Gregorovich agitó el brazo, y el primer comando aceleró y se marchó. Kurt se colocó unas gafas tintadas de naranja mientras Joe seguía al primer trineo.

Un momento más tarde le tocó a Kurt. Aceleró con un giro de muñeca y se situó detrás de los rusos, deslizándose por los rastros que dejaban. Gregorovich cerraba la marcha, reacio a perder a alguien de vista.

El mapa del terreno mostraba un recorrido de once kilómetros a la sombra del Big Ben y luego un descenso de sesenta metros por una cumbre. Desde allí, les esperaba una caminata de tres kilómetros por el campo plagado de grietas. Una vez al otro lado, llegarían al borde del glaciar de Winston, buscarían las escotillas y se abrirían camino con los explosivos en la fortaleza de Thero.

Era un plan sencillo, pensó Kurt; solo un millón de cosas podían salir mal. Pero con un poco de suerte, estarían dentro de la guarida del león al anochecer con al menos diez horas de antelación.

Sede de la NUMA

En la otra punta del mundo, Dirk Pitt se había visto obligado a tomar una dolorosa decisión. Al no obtener respuestas de Hiram Yaeger, tenía que poner en peligro el *Gemini*.

—¿Tenéis atrancadas las escotillas del barco? —Preguntó por el altavoz del teléfono.

—Todas las puertas estancas están cerradas —contestó Paul Trout—. La tripulación se ha puesto los trajes de supervivencia y se ha desplazado a las cubiertas superiores. Los botes están listos. Si ese trasto hace un agujero en el fondo, o si Thero nos apunta y nos lanza algún tipo de descarga que destroza el barco, estaremos fuera del *Gemini* en sesenta segundos.

Todas las precauciones, pensó Pitt. No había nada más que él pudiera hacer.

—Esperemos que solo estemos exagerando.

—¿Qué tal la conexión telemétrica? —Preguntó Paul.

Pitt echó un vistazo a la pantalla de ordenador.

—Estamos recibiendo vuestros datos sin interrupciones —respondió—. La actividad solar ha disminuido un poco.

—Bien —dijo una voz de mujer—. Si volamos por los aires, serán los primeros en saberlo.

—Creía que te habían ordenado que subieras arriba —le dijo Pitt a Gamay.

—Se le ordenó —contestó Paul—. Pero de repente ha bajado por un problema de audición y se ha saltado la orden.

—Entiendo —dijo Pitt—. Cuando queráis...

A continuación hubo unos segundos de silencio, y luego sonó la voz de Paul.

—Iniciando secuencia de encendido en cinco... cuatro...

—¡Un momento! —gritó una voz desde el exterior del despacho de Pitt.

Hiram Yaeger entró corriendo con un fajo de papeles en las manos.

—He descubierto algo.

—Permaneced a la espera —ordenó Pitt por teléfono—. ¿Qué has encontrado, Hiram? Dime que se trata de Thero.

—No exactamente.

Le dio una página impresa con un fondo azul y una línea irregular que la cruzaba de un lado a otro. Parecía un pasatiempo de unir los puntos.

—¿Qué es esto? —Preguntó Pitt.

—Es el rumbo de un barco durante las últimas cuarenta y ocho horas —respondió

Yaeger.

—¿Qué barco?

Hiram estaba jadeando. Había subido corriendo desde el décimo piso porque el ascensor no se movía lo bastante rápido.

—No sé exactamente qué barco —reconoció—. Pero es importante... estoy seguro.

Pitt no dudaba de su amigo, pero necesitaba mayor claridad.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Se avecina una tormenta allí abajo —planteó—. Cualquier barco que esté en la zona debería apartarse o como mínimo marcharse con toda celeridad, pero este cambia de rumbo a horas e intervalos extraños y prácticamente navega dando vueltas. Ha tardado dos días enteros en llegar a donde está ahora. Si hubiera viajado recto, podría haber hecho la travesía en diez horas. No significa nada de por sí, pero es sospechoso.

Pitt estaba de acuerdo. Pero había motivos por los que algunos barcos seguían rumbos extraños. Le vino a la mente uno en concreto.

—Allí se practica mucho la pesca ilegal —explicó—. Los australianos siempre están ahuyentando barcos. Cada año capturan unos cuantos. Esos barcos rastrean las presas más grandes. Pero se mantienen fuera de las rutas de navegación, y no se quedan mucho tiempo en un sitio porque no quieren que los pillen.

—Es lo primero que he pensado —dijo Yaeger—, pero este no es un barco pesquero; es algún tipo de buque contenedor. Y esos giros no son tan caprichosos como parecen. Siguen una pauta.

Pitt miró la línea irregular.

—Yo no veo ninguna pauta.

Yaeger tenía un segundo artículo en la mano. Era una transparencia. Él había impreso algo en ella.

—Los ángulos no están del todo bien, y los tramos no son exactamente los correctos, pero es bastante parecido —comentó.

Superpuso la transparencia y alineó los bordes de la página. El lado izquierdo del dibujo de la transparencia coincidía con los tramos y los rumbos que el misterioso barco errante había seguido.

Pitt reconoció el dibujo entero enseguida.

—La constelación de Orion.

Yaeger asintió con la cabeza.

—Por motivos que no alcanzo a adivinar, ese buque contenedor perdido ha estado describiendo la mitad de la constelación. Es una labor muy precisa.

—¿Podría ser una casualidad? —se preguntó Pitt en voz alta.

Yaeger negó con la cabeza.

—Hay una posibilidad entre diez millones de que un barco haga al azar esos giros y tramos de la longitud adecuada. Si le añade el hecho de que el *Orion* se hundió

horas antes de que esa pauta se iniciara en la misma zona, las probabilidades podrían aumentar a una entre mil millones.

Pitt asintió con la cabeza. Alguien en ese barco, alguien al mando de ese barco, estaba intentando decir algo al mundo. No se explicaba qué circunstancias podían provocar esa rareza, pero tenía una idea clara de quién podía poseer la astucia y la inteligencia para lograrlo.

—Kurt —dijo casi inconscientemente.

Yaeger asintió con la cabeza.

—Es el mayor aficionado a la astronomía del departamento. Siempre está en la azotea con su telescopio.

—¿Dónde está el barco ahora?

—Aquí —contestó Yaeger, señalando un lugar en el mapa—. A casi quinientos kilómetros al este-sudeste de la isla de Heard. Ha estado manteniendo la posición durante un tiempo, pero ahora se dirige al nordeste a una velocidad que debe de ser la máxima que puede alcanzar.

Pitt se volvió hacia el altavoz del teléfono.

—Paul, ¿has estado escuchando la conversación?

—Los dos la hemos estado escuchando —respondió Paul—. De hecho, parece que el oído de Gamay se ha recuperado rápido. Por no hablar de nuestra moral.

—La mía también —dijo Pitt—. Pero no nos entusiasmemos. Que todo el mundo vuelva a sus puestos. Mantened ese dispositivo apagado y decidle al capitán que se dirija al oeste a la máxima velocidad. Daos prisa.

—¿No deberíamos tratar de contactar con ellos por radio? —Preguntó Paul.

Pitt pensó un segundo.

—No —contestó—. No sé lo que está pasando, pero si hubiera alguien a bordo de ese barco y tuviera acceso a una radio, ya habría llamado. Permaneced en silencio radiofónico hasta que sepamos más. Tendré nuevas órdenes para vosotros dentro de un rato, pero no sería mala idea empezar a organizar un pelotón de abordaje.

—Sí, señor —dijo Paul—. Fin de la comunicación del *Gemini*.

Por primera vez en días, Pitt sentía una oleada de energía positiva. Volvió a mirar la línea de derrota para asegurarse de que no se la había imaginado.

—Averigua lo que puedas sobre ese barco —le ordenó a Yaeger—. Quiero saber quién es el dueño, dónde ha estado y qué puede estar haciendo en el culo del mundo.

Yaeger asintió con la cabeza.

—¿Le pasamos la información a la Agencia Nacional de Seguridad?

Pitt vaciló y acto seguido negó con la cabeza.

—Primero asegurémonos de que no nos estamos llevando a engaño.

Isla de Heard

Janko recorría a grandes zancadas un túnel tenuemente iluminado a varias decenas de metros por debajo de la superficie de la isla de Heard. Se desplazaba por una pequeña cinta transportadora que atravesaba el túnel a lo largo. La cinta avanzaba continuamente de manera ruidosa, transportando rocas y otros materiales en la dirección opuesta. En el otro extremo, llegó a una gran sala de forma irregular tallada en la roca.

El espacio tenía un diámetro de más de treinta metros y descendía en distintas secciones como terraplenes. El aire estaba cargado de humo y del sonido de los martillos de las dos docenas de trabajadores que se afanaban bajo reflectores. Los hombres excavaban con taladradoras y picos y llevaban los frutos de su trabajo a la cinta transportadora en carretillas.

Janko se dirigió a un hombre robusto que vigilaba a los trabajadores como un carcelero en una cadena de presidiarios.

—Qué sorpresa verte aquí abajo —gruñó el capataz por encima del estruendo.

—La producción ha bajado —dijo Janko airadamente—. No estáis enviando arriba más que roca.

El capataz descargó el peso de una pierna a la otra, volviendo su cara poblada de barba incipiente hacia Janko con expresión de desprecio.

—Te dije que esto pasaría hace meses —le recordó—. Los diamantes de esta montaña subieron en chimeneas de kimberlita. La actividad volcánica desarrollada a lo largo de mucho tiempo los sacó a la superficie. La veta no avanza en horizontal, sino en vertical. Tuvimos suerte de encontrar tantos en la parte superior. Pero el viejo se quedó con la parte del león, ¿no?

Janko no reaccionó.

—Bueno, el caso es que la producción va a seguir disminuyendo hasta que consigáis maquinaria pesada —continuó el capataz—, a ser posible un tipo de maquinaria que se pueda usar bajo el agua.

—Lo hemos intentado —dijo Janko—. La OSIA interceptó el cargamento.

—Entonces más vale que nos consigáis más empleados —repuso el capataz sin emoción.

Janko miró a su alrededor. En el pasado habían tenido más de cien trabajadores, hombres y mujeres capturados o atraídos con ofertas de suculentos contratos. Pero el trabajo era duro, y los accidentes abundaban. Durante el último año, la mitad del equipo había muerto, la mayoría en accidentes, unos cuantos en tentativas de huida, y

otros torturados y asesinados para dar ejemplo y mostrar al resto que trabajar era preferible a rebelarse.

El intercomunicador zumbó en la pared. Janko descolgó el pesado auricular y se sorprendió al oír la voz de Thero.

—Tenemos un problema —anunció Thero.

—¿Qué clase de problema?

—Ya no estamos solos en nuestra isla desierta.

El cuerpo de Janko se puso tenso.

—¿Es alguien a quien podamos dejar en paz, como los cazadores de focas que desembarcaron el año pasado?

—No —respondió Thero—. Van hacia el interior en motonieves. Deben de haberlos transportado por aire al glaciar. Eso significa que son militares.

—¿Qué quiere que haga?

—Prepara el aerodeslizador y ve a enfrentarte a ellos.

—Voy para allá —dijo Janko.

Colgó y se cruzó una mirada con el capataz.

—Se ha descubierto el pastel, ¿verdad?

—No necesariamente —contestó Janko—. Pero sabíamos que esto no duraría eternamente. Lo mejor será que prepares el último cargamento. Si todo sale mal, vamos a necesitar riqueza transportable rápido.

Glaciar de Stephenson, isla de Heard

El grupo de motonieves cruzaba el paisaje invernal con deliberada cautela. Los nubarrones, la nieve y los vientos racheados estaban creando un efecto de resplandor sin sombras. Eso dificultaba el progreso por el terreno.

En dos ocasiones la primera motonieve quedó atrapada en la nieve más honda y blanda y tuvo que ser rescatada. En un momento determinado, la pendiente se volvió demasiado pronunciada para que las máquinas ascendieran, y se vieron obligados a dar marcha atrás y buscar otro camino.

Durante una pausa en una zona protegida mientras Gregorovich estudiaba un mapa, Kurt se levantó las gafas y se volvió hacia Hayley.

—¿Estás bien?

—Me estoy helando —dijo ella—. No me noto los dedos de los pies.

Hayley levantó sus gafas; tenía las mejillas quemadas por el viento, los labios morados y mechones de pelo rubio que se le habían escapado de debajo del gorro cubiertos de hielo.

Él se bajó de la motonieve.

—Deberíamos andar mientras estemos parados para que la sangre circule.

Hayley se mostró de acuerdo, y Kurt la ayudó a apearse de la máquina.

—¿Adónde vais? —Preguntó uno de los rusos.

—A dar un paseo —respondió Kurt—. Hace un día precioso.

—No os perdáis.

Kurt consideró el comentario del hombre.

La ventisca habría sido una buena protección si hubiera querido huir, pero no tenía sentido. No había adónde ir.

Dio varios pasos y señaló cuesta arriba.

—Dile al jefe que voy a subir a esa cima para ver mejor lo que hay delante. Vuelvo enseguida.

A continuación, Kurt cogió la mano de Hayley y echó a andar hacia arriba. El ejercicio de ascender por una montaña a través de la nieve que le llegaba a las rodillas a mil metros de altitud sirvió para hacer trabajar su corazón. Cuando estaban a mitad de camino de la cumbre, Kurt se sentía como si hubiera encendido un horno interno e incluso tenía la cara roja.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

—Sí, estoy entrando en calor —contestó Hayley—. ¿Existe alguna posibilidad de que haya una estación de esquí en la cima?

—Lo dudo —dijo Kurt—. Pero por si acaso...

No terminó la frase, ya que sus oídos captaron un extraño sonido por encima del viento. Era un silbido agudo, como el de un pequeño motor a reacción. Se apagó y volvió a oírse.

Al mirar a su alrededor, Kurt se dio cuenta de que la cumbre tenía la forma aproximada de un semicírculo, un medio cuenco casi perfecto para captar la acústica lejana.

Cuando el sonido volvió, miró a través del campo de hielo. La nieve que caía dificultaba la visión. Se colocó las gafas tintadas de naranja para tener mejor contraste. Un grupo de pequeños vehículos iban en dirección a ellos.

Había algo extraño en la forma en que se movían, deslizándose sobre la nieve con una soltura casi natural.

—Houston, tenemos un problema.

—¿Qué pasa?

—Estamos en un aprieto.

Agarró la mano de Hayley y empezaron a descender, brincando y saltando y deslizándose por las secciones en pendiente para abarcar el máximo terreno posible. Llegaron al pie de la montaña y estuvieron a punto de tropezar con el grupo.

—Viene alguien —anunció bruscamente.

—¿De dónde? —Preguntó Gregorovich.

—Del otro lado de la cumbre.

—¿A pie?

—No —dijo Kurt—. Creo que usan aerodeslizadores.

Un instante después, el silbido agudo se podía oír en el terreno.

—¡Vamos! —ordenó Gregorovich.

En unos segundos, las motonieves estaban arrancando, pero era demasiado tarde. El grupo de aerodeslizadores subió por la pendiente y apareció entre la bruma llena de nieve como unos fantasmas vengadores.

Kurt y Hayley subieron a su máquina.

—¡Agárrate! —gritó Kurt mientras apretaba el botón de arranque y giraba el acelerador.

Ella se aferró a él cuando la motonieve avanzó saltando. El resto del grupo se dispersó en distintas direcciones como una manada de gacelas atacada por leones. Era una táctica que no habían planeado, pero resultó efectiva. Había seis motonieves pero solo cuatro aerodeslizadores. No podían seguirlos a todos.

Mientras corrían cuesta abajo y esquivaban un ventisquero, Kurt echó un vistazo por encima del hombro y miró detrás de Hayley. Lamentablemente, uno de los aerodinámicos vehículos de presa les pisaba los talones.

—¡Agárrate fuerte! —gritó—. Esto se va a poner feo.

Volvió la vista hacia delante, aceleró al máximo y empezó a zigzaguear de un lado a otro a través del campo de nieve. Si hubiera habido un bosque en la isla, habría

ido directo a él, pero la isla de Heard no tenía árboles, lo que no permitía abrigar esperanzas de encontrar un escondite.

Torció a la derecha y vio una pequeña explosión con el rabillo del ojo. La evitó y al torcer otra vez a la izquierda vio otra.

El fenómeno no estuvo acompañado de sonido ni de onda de choque ni de humo. De hecho, parecía más la imagen borrosa que se ve detrás de un motor a reacción en funcionamiento.

—¿Es eso lo que creo que es?

—El destello extractor —voceó Hayley—. No te acerques.

—Buen consejo —dijo él.

Siguieron avanzando a una velocidad vertiginosa. Kurt se esforzaba por ver los detalles del terreno sin apenas rasgos distintivos que pasaba como un rayo por delante de él. Incluso con las gafas puestas, la luz tenía tan poco contraste que era casi imposible ver depresiones o cuestas. En dos ocasiones, unas zonas desiguales del suelo estuvieron a punto de hacerles caer, y de repente se vieron en el aire al salir volando de un pequeño saliente.

La motonieve saltó por los aires a casi setenta kilómetros por hora, descendió un metro y medio y cayó con firmeza en la pendiente como un competidor de un certamen de deportes extremos.

Kurt se dio con la barbilla contra el parabrisas, se hizo un corte y recibió una sacudida, mientras que Hayley se mantuvo montada en el vehículo gracias a la férrea presión que ejercía alrededor de la cintura de él.

El aerodeslizador se lanzó por el mismo saliente sin vacilar. Descendió y cayó suavemente sobre su colchón de aire sin la menor señal del impacto que Kurt y Hayley habían notado. Con el mentón sangrando y los pensamientos agolpándose en su mente, Kurt se percató de lo que Joe había descubierto en el desierto: aquel aerodeslizador era el modelo más novedoso de todos los vehículos todoterreno.

Siguió corriendo, buscando desesperadamente una forma de escapar de él.

Mientras Kurt y Hayley se alejaban a toda velocidad, Joe Zavala se vio en la dirección incorrecta, con el morro de su máquina apuntando a la cumbre que Kurt y Hayley habían subido. Aceleró y retorció los manguitos. El motor aceleró y las orugas giraron, y Joe dio la vuelta al morro de la motonieve para cambiar de dirección.

Salió disparado hacia delante, subió una pequeña colina y bajó por el otro lado. El ancho y plano aerodeslizador le recordaba una raya marina. La parte central de la máquina estaba elevada para albergar una cabina para la tripulación y un motor de turbina, mientras que la sección de alrededor, que era más fina, y la falda de goma que colgaba de él tenían por objetivo principal crear el colchón de aire sobre el que se desplazaba el vehículo.

Mientras la máquina gris seguía a los comandos rusos, Joe se colocó detrás de ella. Tenía la impresión de que su conductor no le había visto, ya que seguía concentrado en el objetivo original. Mientras atravesaban el hielo a toda velocidad, Joe trató de coger el rifle que llevaba sujeto a la espalda y estuvo a punto de sufrir un accidente.

Al final, consiguió darle la vuelta hasta que lo tuvo apoyado a su lado. El arma se mantenía en equilibrio gracias a la correa que le cruzaba el hombro. Situado de esa forma, se acercó al objetivo como el piloto de un caza tratando de salvar la vida de su copiloto. Cuando el aerodeslizador se le cruzó por delante, Joe trató de quitar el seguro del arma, pero los gruesos guantes que llevaba se lo impidieron. Todavía estaba peleándose con el rifle cuando la motonieve rusa giró bruscamente a la derecha.

El aerodeslizador la siguió, y Joe se inclinó para torcer y realizar un amplio giro que le permitió ponerse otra vez detrás de su objetivo. Se llevó el guante a la boca, mordió la tela de las puntas de los dedos y se lo sacó. El aire glacial le heló los dedos en el acto, pero con la mano descubierta pudo agarrar la empuñadura del rifle, quitar el seguro y disparar.

Una ráfaga de balas salió disparada del cañón sin ningún resultado.

El aerodeslizador giró a la izquierda, y Joe volvió a disparar. Esta vez dio en el blanco —un detalle confirmado por los trozos de fibra de vidrio que salieron volando por los aires—, pero el aerodeslizador siguió avanzando a toda velocidad como si nada.

Delante de ellos, los dos comandos rusos habían llegado a una angosta brecha entre una cumbre rocosa y un alto ventisquero de nieve blanda. Los dos se lanzaron hacia la brecha, un error fatal.

El conductor del aerodeslizador se alineó fácilmente con ellos y disparó su arma. Un impacto directo del destello extractor dejó a los hombres inconscientes y paró el motor de la motonieve. El trineo giró a un lado. Su esquí trasero se introdujo en un surco, y la máquina se volcó y expulsó a los comandos sin fuerzas en distintas direcciones.

En lugar de cometer el mismo error que la motonieve, el aerodeslizador torció a la derecha. Subió la colina a toda velocidad, derrapó y orientó el morro hacia abajo apuntando a Joe.

Este ajustó el selector del rifle a modo automático y disparó a discreción. Destrozó la parte delantera del aerodeslizador e hizo añicos su parabrisas. A pesar de los daños, la máquina no se paró.

Joe trató de sortear el vehículo mientras este se le echaba encima, pero patinó sobre el hielo. Estaba a punto de recibir una descarga o de ser decapitado. Se lanzó de la motonieve y se tiró al suelo.

El aerodeslizador pasó por encima de él a toda velocidad rugiendo como un tornado y embistió contra la motonieve como un ariete. La tremenda presión del aire

que salía por debajo de la falda del aerodeslizador lanzó despedido a Joe a un lado como si fuera un periódico arrastrado por el aire detrás de un camión en la carretera.

En cuanto dejó de rodar, se levantó y echó a correr. Enfrente de él, el aerodeslizador empezó a dar la vuelta. La máquina giró en redondo y volvió corriendo hacia Joe. Se imaginaba a los matones que había dentro babeando mientras gruñían:

—¡Atropéllalo!

Ese momento no tardaría en llegar.

Mientras Joe se abría paso pesadamente entre la nieve, el aerodeslizador se le echaba encima a una velocidad diez veces superior.

El zumbido del vehículo al aproximarse aumentó en los oídos de Joe. Sonó un estruendo de disparos automáticos, y se lanzó al suelo. Alzó la vista justo a tiempo para ver que el aerodeslizador se desviaba y empezaba a echar humo. Siguió adelante unos treinta metros antes de perder potencia y estrellarse de frente contra la nieve. Formó un surco a lo largo de tres metros antes de pararse en seco.

Otra motonieve se acercó a toda velocidad a Joe, patinó y paró.

—¡Suba! —gritó Gregorovich.

Normalmente Joe prefería conducir, pero no pensaba llevarle la contraria. Se encaramó al asiento y apenas se había agarrado a los asideros cuando Gregorovich aceleró y arrancó.

A casi un kilómetro de distancia, Kurt las estaba pasando canutas para evitar la descarga aturdidora del destello extractor, pero no podía zafarse ni dejar atrás a su perseguidor. Se dio cuenta de que contaba con una única ventaja.

—Tenemos mejor tracción —le gritó a Hayley.

—¿Qué?

—Ese trasto gira como un barco o un avión: patina y se desliza. Pero cuando no estamos sobre el hielo, nosotros podemos girar dentro de su radio.

—¿De qué nos sirve eso?

—Observa —dijo él, torciendo bruscamente a la derecha y volviendo por la dirección por la que habían ido.

El aerodeslizador los siguió obedientemente realizando un giro amplio, volvió sobre sus pasos y recortó otra vez la distancia.

Kurt mantuvo el acelerador al máximo y estuvo a punto de perder el control al brincar sobre un terreno más accidentado.

Otra aparición semejante a un espejismo pasó como un rayo a su derecha.

—¡Nos ha ido de pelos! —exclamó Hayley.

Habían llegado a una sección llana que parecía una pasarela de una pista de esquí. El glaciar descendía a la derecha, y un saliente rocoso se elevaba a la izquierda y rodeaba el borde del Big Ben como una carretera de montaña.

Kurt eligió el saliente, pegándose a la pared, a medida que el terreno descendía precipitadamente. Soltó el acelerador un poco.

—¡Se acercan! —gritó Hayley.

Cuando el saliente se estrechó, Kurt frenó, giró el manillar y apoyó todo su peso en el lado izquierdo de la motonieve. Se inclinó bruscamente como un motociclista en una curva muy cerrada.

Los esquís de la motonieve se clavaron con fuerza, y Kurt vio que el aerodeslizador tomaba la curva detrás de ellos. Entonces vio un destello de luz en su mente y experimentó una sensación de caída. Parecía que todo se hubiera quedado a oscuras.

Su cuerpo sin fuerzas salió volando de la motonieve y se deslizó quince metros hasta un grueso montículo de nieve. Se paró, prácticamente enterrado y completamente inconsciente. Hayley también se cayó de la motonieve, pero el manillar se le enganchó en el anorak, lo rasgó y la detuvo como el cable de frenado de un portaaviones. Acabó a escasos metros del trineo estropeado.

Kurt no llegó a verla ni comprobó lo efectivo que había sido su plan.

Como él había esperado, el aerodeslizador no pudo imitar el giro brusco de la motonieve. El vehículo patinó y salió por encima de la cara escarpada de la cresta, arrastrado por la velocidad y el impulso. Un pequeño precipicio no habría supuesto ningún problema para él, pero la caída de veinticinco metros era excesiva.

El aerodeslizador tenía que mantenerse en contacto directo con el suelo para generar propulsión, y cuando el suelo desapareció de repente, el vehículo se desplomó y se ladeó mientras caía.

Se estrelló con fuerza, cayó de lado y descendió por la pendiente dando vueltas de campana. Trozos de fibra de vidrio salieron disparados en todas direcciones. El vehículo se paró hecho un amasijo, y nadie se apeó de él.

Más abajo en la pendiente, Joe y Gregorovich estaban en un aprieto. Otro de los aerodeslizadores de Thero los había encontrado y los estaba llevando al imponente muro del glaciar.

—Nos va a atrapar contra el hielo —gritó Joe.

—No puedo esquivarlo —dijo Gregorovich.

Joe echó un vistazo por encima del hombro. El aerodeslizador se había quedado atrás, virando bruscamente de un lado a otro. El vehículo replicaba fácilmente cada movimiento que Gregorovich hacía. Joe sabía que tenía que hacer algo. Trató de sacar el cargador del rifle, pero se le había dormido completamente la mano sin guante. Se quitó el otro guante, extrajo el cargador e introdujo uno nuevo.

—Yo me bajo aquí —gritó.

Se separó de Gregorovich de un empujón y extendió las piernas. Se lanzó de la motonieve, cayó y rodó a través de la nieve por segunda vez.

Joe rebotó, dio volteretas por el terreno y a continuación se deslizó de cabeza; la nieve se le metía por el hueco del cuello y le hacía estremecerse. En unos segundos estaba en pie, sacudiéndose la nieve de la cara y orientándose.

Gregorovich seguía en dirección al glaciar. El aerodeslizador no había reparado en Joe y había seguido al ruso.

Joe levantó el rifle y apuntó al aerodeslizador, calculando cuánta ventaja debía darle. Estaba a punto de disparar cuando un segundo silbido le llamó la atención.

Apretó el gatillo, pero el contorno borroso del arma aturdidora de Thero ya le había impactado. La llamarada de luz cegadora que vio en su mente le rodeó como había hecho en el desierto, y se desplomó en la nieve sin saber si había acertado el blanco.

Treinta minutos más tarde, cuando el cielo blanco empezaba a oscurecerse, los dos aerodeslizadores que quedaban se acercaron con cautela a la cresta donde Kurt y Hayley se habían estrellado. Utilizando una mira infrarroja, Janko divisó el vehículo destruido en el fondo de la pendiente. Segundos más tarde, vio la motonieve.

Pulsó el interruptor de transmisión de su radio.

—Unidad dos, volved cuesta abajo y buscad supervivientes. Nosotros vamos arriba.

—Recibido —contestó el otro conductor.

Cuando los dos vehículos rompieron la formación, Janko inspeccionó la pendiente de alrededor en busca de fuentes de calor. Solo se detectaban dos señales de calor: el motor al rojo vivo de la motonieve y una figura que yacía a tres metros de ella.

Se quitó las gafas y paró el aerodeslizador. Cuando el vehículo se asentó, abrió la escotilla.

—Quédate aquí —le dijo a su tirador—. Estate atento.

Armado con una ametralladora de cañón corto, Janko se apeó del aerodeslizador y se dirigió lentamente al trineo estrellado. Comprobó que estaba inoperable, con el motor apagado y la batería agotada.

—Por lo menos le han dado a algo —comentó para sus adentros.

Se acercó al cuerpo tirado en la nieve y le dio la vuelta. Para su sorpresa, una melena rubia se soltó de debajo de la capucha blanca del anorak.

Janko retiró las gafas de la cara de la mujer. La reconoció. Era la mujer que había dejado atada al lado de los explosivos en el laboratorio de la mina inundada.

—Así que sobreviviste —murmuró.

La radio crepitó.

—Janko, aquí la unidad dos.

Se llevó la radio portátil a la boca.

—Adelante.

—Hemos llegado al pie de la cresta. La unidad tres está derribada. El conductor y el tirador están muertos. No hay forma de subir el aerodeslizador. ¿Quieres que lo quememos?

—No —contestó Janko—. No necesitamos llamar más la atención. La ventisca depositará una gruesa capa de nieve en las próximas doce horas. Eso lo mantendrá escondido.

—¿Y los hombres?

—Sácalos —ordenó—. No quiero cadáveres en el glaciar. Ni nuestros ni suyos.

Un doble clic indicó a Janko que su subordinado entendía la orden y que le

obedecería. A continuación cambió de canal e inició una nueva transmisión.

—Thero, soy Janko —dijo—. ¿Me recibe?

—Adelante —respondió la voz áspera de Thero.

—Hemos acabado aquí fuera.

—¿Los habéis cogido a todos?

—Todas las motonieves han sido destruidas —informó Janko—. Hemos perdido dos aerodeslizadores para conseguirlo.

—¿Quiénes son? —Preguntó Thero secamente.

—Australianos, creo —contestó Janko—. Reconozco a uno de los supervivientes. Una mujer rubia que estaba en la estación del desierto cuando la OSIA trató de asaltarla.

Se hizo el silencio por un momento, y acto seguido:

—¿Está viva?

—Afirmativo. También tenemos dos supervivientes varones. El resto están muertos.

—Tráelos —ordenó Thero—. Quiero interrogarlos. Necesito saber si están solos o no.

—Yo he pensado lo mismo —dijo Janko.

Sujetó la radio otra vez en su cinturón, recogió a la mujer y se la echó al hombro.

Segundos más tarde, la dejó en el compartimento de carga del aerodeslizador y volvió a la cabina, donde arrancó los motores otra vez. Cuando la aerodinámica máquina se elevó del suelo, Janko avanzó poco a poco y dio la vuelta a solo veinte metros de donde Kurt yacía.

La profunda nieve en la que había quedado enterrado ocultaba su rastro de calor, mientras que su camuflaje blanco, la luz cada vez más tenue y la ventisca permanente lo hacían prácticamente invisible a simple vista. Gracias a ello, ni Janko ni su tirador vieron a Kurt mientras se adentraban en el horizonte grisáceo.

Después de un turno de doce horas picando piedra y cargando escombros en la cinta transportadora en continuo movimiento, Patrick Devlin se sentía como si le hubieran pegado con una porra, lo hubiera atropellado un camión y lo hubieran obligado a aspirar humo todo el día.

Le sorprendió que le ofrecieran la cortesía de una ducha caliente, si bien fue comunitaria. El agua que caía a sus pies era un lodo oscuro producto de la tierra que cubría su cuerpo. Una cena copiosa compuesta de carne de foca y algún tipo de ave silvestre le sorprendió todavía más, pero esos animales abundaban en la isla, y los trabajadores hambrientos causaban retrasos en la cadena de producción.

Después de cenar, lo llevaron a una habitación tallada en la roca. Literas de cuatro camas de altura se hallaban repartidas a lo largo de dos de las paredes. La mayoría de ellas estaban vacías.

Cuando cerraron la puerta con llave detrás de él, vio a Masinga y al sudamericano jugando a las cartas.

—¿En qué litera me pongo? —preguntó.

—Elige cualquiera —dijo Masinga—. Hay espacio de sobra.

Arrojó sus cosas en una litera y a continuación se sentó junto a los otros hombres.

—¿Por qué hace tanto calor aquí abajo?

Masinga echó una carta.

—Porque estamos en un volcán —dijo—. ¿De dónde crees que sale el agua caliente?

—¿Es geotermal?

Ellos asintieron con la cabeza al unísono.

Devlin miró a su alrededor. Allí no había ningún pozo que subiera a la superficie, solo una fina rejilla de ventilación encima de la puerta.

—¿A qué profundidad estamos?

Ningún hombre contestó. El sudamericano lanzó una carta. Masinga la miró un momento y acto seguido alargó la mano para cogerla. Devlin estampó su mano sobre la de Masinga.

—He dicho que a qué profundidad estamos.

Masinga volcó la mesa y agarró a Devlin por la camisa, lo levantó y lo estrelló contra una taquilla.

—¿Crees que eres el primero que planea huir? —Gritó Masinga—. Los hombres que llevan este sitio no son tontos. Saben que les espera la pena de muerte por las cosas que han hecho. Pensar escapar es un crimen, hablar de escapar te llevará a la cámara de tortura. E intentarlo... Aquí la norma es sencilla: un hombre se rebela, tres hombres mueren.

Devlin se soltó.

—¿Así que aguantáis hasta que os maten a trabajar?

Masinga le lanzó una mirada asesina.

—Mi padre se pasó doce años en una cárcel sudafricana por sus actividades políticas. Sobrevivió «aguantando» hasta que lo salvaron desde el exterior. Esa es la única forma de que cualquiera de nosotros volvamos a casa, y no pienso dejar que nos mates con tu lengua viperina antes de que llegue el momento.

Devlin miró fijamente a sus dos compañeros de habitación.

—Si queréis comportaros así, adelante, pero yo voy a salir de aquí o a morir en el intento.

El sudamericano habló a continuación.

—Hay confidentes por todas partes, incluso entre los hombres —advirtió—. Tal vez Masinga o yo lo seamos. Así que yo que tú tendría cuidado con lo que digo y a quién se lo digo.

Devlin respiró hondo y tomó una decisión.

—Me trajeron aquí en un barco. Voy a encontrar la forma de volver a él. Si alguno de vosotros me va a delatar, que lo haga rápido y acabe con mi sufrimiento.

Ellos lo miraron fijamente con hosquedad. Acto seguido, Masinga alargó la mano y puso derecha la mesa.

—¿Y qué sabes de tú de pilotar un barco, amigo mío?

Devlin se sentó y sonrió a sus compañeros de prisión.

—Casi todo —contestó.

Kurt despertó del impacto del destello extractor tan desorientado como Joe en el desierto. Pensó que se había quedado dormido en el sofá de su casa después de un largo día. Pero no recordaba que en su casa hiciera tanto frío, ni siquiera en pleno invierno.

Al moverse, la sensación de gelidez de su rostro le despejó un poco la mente. Abrió los ojos pero no vio más que blanco. Cuando se dio cuenta de que era nieve, la quitó con la mano y se desenterró.

Una vez que hubo salido del ventisquero, se levantó y miró por encima del precipicio. Solo unas cuantas secciones irregulares de roca negra interrumpían la luz sin contraste del campo de nieve y el cielo gris.

Rápidamente se acordó de dónde estaba, cómo había llegado allí y quién estaba con él.

Miró a su alrededor y no vio ningún contratiempo ni señal de movimiento.

—¡Hayley! —gritó—. ¡Hayley!

No oyó nada aparte del viento.

Obligándose a permanecer en pie y haciendo caso omiso de las molestias de su cuerpo, Kurt empezó a avanzar penosamente hacia el lugar donde estaba la motonieve volcada de lado. Aunque Hayley estuviera inconsciente, debía de andar cerca, pero no se la veía por ninguna parte.

Evaluó el vehículo accidentado y dónde había terminado él. Registró el ventisquero y el saliente. Al no encontrar ningún bulto en la nieve que pudiera ser ella, volvió a la motonieve. Encontró un trozo de su abrigo enganchado en el manillar y un rastro de depresiones casi cubiertas por la nieve que conducían al glaciar. Era difícil saberlo, ya que casi se habían rellenado, pero las depresiones parecían pisadas profundas dejadas en la nieve blanda.

Empezó a pensar que Hayley había sido capturada. Eso le llevó a preguntarse por los demás, sobre todo por su mejor amigo. Si Joe o los rusos andaban cerca, se mantenían escondidos.

Subió a un punto elevado y oteó a lo lejos. A la luz cada vez más tenue, no vio ninguna señal de las otras motonieves. Considerando que se habían dispersado, no le sorprendió, pero eso le dejaba una difícil decisión. Desde luego no podía deambular a pie por la isla cubierta de glaciares en busca de ayuda. El tiempo era ahora demasiado valioso. Además, había empezado a pensar que su huida había sido un golpe de suerte. Considerando el efecto del destello extractor y lo decididos que parecían los hombres de Thero, dudaba que hubieran desaparecido sin más si no pensaran que habían atrapado a los infiltrados.

Tenía que contar con lo peor: que Joe, Hayley y los demás habían sido

capturados.

Volvió junto a la motonieve, agarró el manillar y colocó la máquina otra vez sobre sus orugas. Los daños parecían sobre todo estéticos, pero al darle al botón de arranque no pasó nada. Ni siquiera las luces se encendieron.

—Ese destello extractor está empezando a tocarme las narices —murmuró.

Abrió un pequeño compartimento para la carga en la parte trasera de la motonieve y buscó algo útil. Encontró una linterna, pero tampoco funcionaba.

—Genial —exclamó.

Alzó la vista al cielo. La nieve que caía hacía que pareciera más claro de lo que en realidad estaba, pero la noche se acercaba rápido. Tenía plena intención de continuar hasta la guarida de Thero, pero sería casi imposible en la oscuridad absoluta que estaba a punto de envolver la isla.

Básicamente sabía dónde estaba. Lo único que tenía que hacer era descender por el precipicio y cruzar el campo de nieve, y se daría de lleno con el glaciar de Winston. Desde allí, giraría a la izquierda y seguiría el glaciar hasta la laguna. En algún lugar más abajo, encontraría los puntos de calor fotografiados por los drones rusos.

Empezó a bajar con cuidado por la cara escarpada del risco, estudiando detenidamente la ruta y reparando en que los restos del aerodeslizador no estaban lejos del pie del precipicio.

Cuando llegó al almacén destrozado del vehículo, lo encontró medio hundido en la nieve. Solo la cubierta del motor, que aún emitía calor, permanecía visible.

Kurt quitó la nieve con la mano y encontró la escotilla entreabierta. La forzó y se metió dentro.

Estaba buscando algo útil: comida, mapas, radios, cualquier cosa que pudiera conseguir. Encontró una linterna y la encendió. Afortunadamente, funcionaba. Localizó la radio. El panel se iluminó cuando le dio al conmutador de palanca, pero incluso con los auriculares puestos, no oyó ninguna interferencia. Supuso que algo se había estropeado. No importaba. De todas formas, era una unidad de corto alcance. No iba a poder conseguir ayuda con ella.

Después de rebuscar unos minutos más, consiguió unos artículos adicionales, incluido un encendedor Zippo, unos cuantos trapos grasientos que podía quemar si necesitaba una señal y, lo más importante, unas gafas de visión nocturna.

Sin ellas, la inminente oscuridad habría sido el peor enemigo de Kurt. Con la luna y las estrellas tapadas por densas nubes, y sin fuente de luz artificial en la isla, la oscuridad sería como la de la cueva, absoluta y general.

Desplazarse a través de ella sin ningún tipo de ayuda sería imposible. Andar con la linterna encendida o llevar una antorcha improvisada era como pedir a gritos que le dispararan. Pero con las gafas de visión nocturna, Kurt podría andar a través de la oscuridad como un murciélago usando su sónar.

Consultó su reloj. Eran las ocho de la tarde pasadas según la hora local. Tenían

nueve horas hasta el ataque anunciado de Thero. Calculó que le esperaba una caminata de tres horas.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Se tapó bien con el abrigo, abrió la escotilla y salió a la nieve que volaba con el viento. Dejó atrás el único refugio en kilómetros y caminó hacia el oeste, rumbo a un enfrentamiento que tenía pocas posibilidades de ganar.

Mientras Kurt confiaba en encontrar una forma de entrar en el recinto de Thero, Joe se estaba preguntando si volvería a ver el mundo exterior.

En los confines de la cueva subterránea, el ambiente era más cálido pero menos hospitalario. Joe estaba encadenado a una pared de roca volcánica negra como un preso en una mazmorra medieval. Tenía las manos en alto, estiradas a cada lado, y los pies sujetos con grilletes y enganchados al suelo. A juzgar por la sangre seca del suelo y el estado de desgaste de los grilletes, estaba claro que no era la primera sesión de tortura que esa cámara había presenciado.

Hayley y Gregorovich estaban encadenados de manera similar a cada lado de Joe. Como forma de intimidación adicional, los cuerpos golpeados y maltrechos de los comandos rusos muertos eran paseados y amontonados en el suelo uno tras otro.

A juzgar por su aspecto, a tres les habían disparado, mientras que los otros dos parecían haber muerto a causa de lesiones por impacto.

—Decidnos lo que queremos saber o acabaréis como ellos.

La pregunta la formuló un hombre con barba que permanecía firme como un palo. Tenía una mirada dura, y su cara era una máscara de determinación. Joe no tenía forma de saberlo, pero era Janko, el capitán de la guardia de Thero.

Joe examinó los cadáveres, fijándose en sus caras. En lugar de miedo, la imagen le inspiró cierta esperanza. Kurt no estaba entre ellos.

—¿Os negáis a hablar? —Preguntó Janko. Hizo una señal con la cabeza a un par de musculosos secuaces y señaló a Gregorovich—. Empezad por él.

Los dos matones se acercaron a Gregorovich y empezaron a ablandarlo dándole golpes en el cuerpo. Uno tras otro, cayeron puñetazos en los riñones y ganchos en el estómago. Gregorovich gruñía y hacía muecas, pero no dijo palabra ni apartó la vista. En cada pausa entre golpes, se erguía y miraba detenidamente a sus torturadores.

—¿Cómo habéis llegado a esta isla? —inquirió Janko.

Gregorovich le lanzó una mirada furibunda.

—Quitadle esa expresión de la cara —dijo Janko tranquilamente.

Los matones hicieron crujir sus nudillos y cambiaron la zona de castigo, pasando del torso del ruso a su cabeza. Lo enderezaron y le asestaron una serie de directos que le dejaron la nariz rota, los labios y la boca sangrando, y el ojo derecho prácticamente cerrado de la hinchazón.

Retrocedieron, examinando los daños. El ruso se desplomó sujeto por las cadenas,

con la cabeza colgando y gotas de sangre cayéndole de la cara. Durante varios segundos, pareció que lo hubieran matado o lo hubieran dejado inconsciente, pero poco a poco y con gran esfuerzo, Gregorovich se irguió otra vez.

Joe no tenía ninguna estima por el ruso, quien básicamente los había secuestrado, pero tenía que reconocer que estaba impresionado.

Janko, por otra parte, estaba furioso.

—¡Partidle las piernas! —gritó.

El más fornido de los dos secuaces se abalanzó sobre Gregorovich y le estampó una rodilla en el muslo con un golpetazo tremendo.

—¡Otra vez! —chilló Janko.

Recibió otro golpe demoledor, y luego un tercero.

—¡Eh! —Exclamó Joe—. ¡Dejad un poco para mí!

El grupo se volvió hacia él.

—Recibirás tu parte —dijo Janko.

Gregorovich estaba esforzándose por volver a levantarse, pero las piernas no le respondían aunque no las tenía rotas. Lo logró gracias a las cadenas, enderezándose solo con los brazos.

—Venga ya —dijo Joe—. ¿Qué pasa, estáis cansados o qué?

Joe no estaba seguro de por qué trataba de apartarlos de Gregorovich. Tal vez evitar que mataran a palos al ruso era una medida estratégica, o tal vez era simple emoción. Durante toda su vida, Joe había sido de los que defendían a los débiles, aunque nunca había esperado que un asesino ruso entrase en esa categoría.

Janko parecía desconcertado. Con los brazos cruzados por delante del pecho, señaló despreocupadamente a Joe.

—Dádselo a él.

Joe recibió el primer puñetazo segundos más tarde, y durante los siguientes minutos los forzudos de Janko le propinaron repetidas patadas y puñetazos, dejando el tiempo justo entre golpe y golpe para introducir una pregunta o dos.

Joe no contestaba a ninguna, y la paliza continuó.

A diferencia de Gregorovich, que se había empeñado en recibir todos los golpes como si fuera irrompible, Joe usó sus técnicas de boxeo para endurecer el cuerpo contra la lluvia de impactos y reducir los daños retorciéndose y doblándose, convirtiendo los puñetazos en golpes oblicuos. Aun así, después del decimoquinto o decimosexto puñetazo, estaba seguro de que se le había roto una costilla o dos.

Finalmente, Janko levantó la mano como un emperador romano poniendo fin a un torneo de gladiadores.

—Todo esto es innecesario —dijo—. Solo dinos quiénes sois. Cómo habéis llegado aquí. Y si hay más de los vuestros ahí fuera.

Joe permaneció callado y fue premiado con un puñetazo en la cara. Se apartó lo mejor que pudo, pero el golpe le alcanzó la mandíbula y le partió el labio.

Joe alzó la vista.

—Estaba a punto de decíroslo —se mofó—, pero me habéis provocado amnesia.

Janko no perdió más tiempo con él y señaló a Hayley. Ella se encogió contra la pared, tratando desesperadamente de soltarse las manos de los grilletes. Ver a los dos hombres hechos papilla probablemente la había aterrorizado. Eso facilitaría aún más las cosas.

—¿Te rindes tan rápido? —chilló Joe, tratando de desviar su atención otra vez hacia él.

El musculoso torturador lo miró.

—Yo pensaba que estábamos comenzando a estrechar lazos —gritó Joe—. Que empezábamos a conectar. Debería haberme imaginado que eras demasiado débil para terminar el trabajo.

El tipo se puso hecho una furia por un momento, claramente consciente de que era una trampa. Miró atrás a Hayley, decidido a intimidarla, pero Joe le escupió una mezcla de sangre y saliva a la cara.

Furioso, el matón se acercó a Joe y le asestó otro puñetazo en la barriga. Joe se dobló, sujeto únicamente por las cadenas.

—¿Qué te parece esa conexión? —Preguntó Janko sarcásticamente.

—Apenas la he notado —gruñó Joe, mientras se erguía.

Janko asintió con la cabeza y dio luz verde al matón, quien se acercó y estampó a Joe contra la pared con la mano izquierda antes de propinarle un derechazo cruzado y lanzarle bruscamente la cabeza a un lado. Un gran verdugón partido por la mitad se formó rápidamente y empezó a sangrar. La cabeza de Joe quedó colgando un momento.

La levantó. Se aseguró de parecer cansado y aturdido.

—¿Eso es... todo lo que sabes hacer?

Esta vez el matón retrocedió y lanzó un derechazo por encima de la cabeza al ojo de Joe. Este echó la cabeza a un lado con sorprendente rapidez. El puño del torturador se estrelló contra la pared de roca detrás de Joe, y un tremendo crujido sonó.

El corpulento matón gritó de dolor y cayó de rodillas, sujetándose la muñeca.

Joe logró esbozar una sonrisa. Gregorovich se rio a carcajadas.

—¡Basta! —gritó Janko. Se dirigió a Hayley y la agarró por el pelo—. ¡Habla o me desquitaré con ella!

Antes de que pudiera hacer algo más, la puerta metálica se abrió. Había tres hombres en las sombras. Joe tenía la vista un poco borrosa a esas alturas, pero estaba bastante seguro de que el hombre del centro llevaba una especie de máscara.

Entraron en la sala.

Janko se puso firme de golpe.

—Así que estos son nuestros enemigos —dijo el hombre enmascarado.

Sus ojos se posaron en Hayley hasta que ella le devolvió la mirada. A continuación, miró a Joe y por último a Gregorovich.

—Cuando terminen contigo, necesitarás una máscara como la mía —dijo.

Gregorovich se limitó a mirarlo fijamente.

—¿Qué han traído?

Janko señaló la maleta bomba.

—¿Ha sido desactivada?

—Tiene un temporizador, pero lo hemos inutilizado.

El hombre enmascarado miró a sus guardias.

—Llévosla —ordenó, y los hombres la levantaron rápidamente y la sacaron al pasillo.

Mientras los guardias desaparecían en el pasillo, el jefe enmascarado centró otra vez su atención en Hayley.

—Que se asee, y luego subidla conmigo —dijo—. Tengo algo que enseñarle.

—Ella está implicada —contestó Janko—. Ha estado con la OSIA desde el principio. Sabe lo que hay en juego.

—Sí —respondió el hombre con una siniestra voz áspera—. Sabe más de lo que crees.

Se dio la vuelta y se marchó. Janko permaneció inmóvil, con cara de estupefacción.

Poco a poco reaccionó e hizo lo que le habían mandado, acercándose a abrir las esposas de Hayley y desenganchar sus grilletes de la pared. Se fue seguido de ella. Los dos interrogadores les siguieron. Uno de ellos, sin duda, camino de la enfermería.

Cuando la puerta metálica se cerró de un portazo y echaron el cerrojo, Joe y Gregorovich se quedaron en la estancia con los comandos muertos.

Joe miró a Gregorovich.

—De nada —dijo.

Gregorovich se volvió hacia Joe; tenía casi toda la cara cubierta de cardenales y de sangre.

—No necesitaba su ayuda.

—¿De verdad?

—Pero gracias de todas formas.

Joe supuso que era lo máximo que conseguiría de Gregorovich.

—Encaja puñetazos bastante bien para ser ruso.

—Claro —convino Gregorovich—. Y usted ha soportado el dolor bastante bien para ser un decadente estadounidense. Ni siquiera ha necesitado un *whisky* para coger fuerzas.

Joe aceptó el ambiguo cumplido.

—Bebería un poco si por casualidad usted llevara una botella encima —admitió.

Los dos hombres se miraron un momento, y finalmente Gregorovich se echó a reír. Joe se rio con él. Dolía una barbaridad, pero mereció la pena.

—¿Qué le pasó ahí fuera? —Preguntó Gregorovich—. Creía que iba a librarse de ellos.

—No contaba con que su copiloto se me acercaría por detrás —respondió Joe—.

¿Y usted?

—Me dieron de refilón y me derribaron de la motonieve.

—¿Cómo se acercaron tanto?

Gregorovich vaciló.

—Puede que volviera sobre mis pasos para buscarle a usted. Un evidente error táctico.

De modo que a Gregorovich no le habían alcanzado con el arma aturdidora, pero lo habían derribado tratando de ayudar a Joe.

—Todos los cometemos —afirmó Joe, mirando los cuerpos amontonados en el suelo—. ¿Ve algo llamativo en esos hombres?

Gregorovich asintió con la cabeza.

—Falta uno —dijo—. El tablero todavía no está vacío.

—Kurt no se rendirá —insistió Joe—. Si está vivo, no nos dejará morir aquí. Si existe alguna forma de ayudarnos o sacarnos de aquí, él la encontrará.

Gregorovich sacudió la cabeza, pero de incredulidad ante la situación, no de disconformidad.

—Queda una pieza —murmuró con desaliento—. Un caballo tratando de salvar a todos los peones. Me cuesta creer que yo sea uno de ellos.

Joe sonrió a través de su labio partido.

—Bienvenido a nuestro bando.

Hayley avanzaba arrastrando los pies por los túneles medio iluminados de la guarida de Thero. El hombre que respondía al nombre de Janko le había dado la oportunidad de asearse y le había ofrecido una muda antes de internarla en el recinto.

Ella se movía despacio, llena de inquietud; no le habría importado estar otra vez con Joe y Gregorovich en la sala de interrogatorios con aspecto de mazmorra. El hecho de estar sola hacía que su suerte le pareciese peor.

—Sé fuerte —se susurró a sí misma—. Pase lo que pase, afróntalo con valor.

Janko llegó a una sala abierta llena de generadores eléctricos. Los bajos aparatos de forma cilíndrica eran del tamaño de lavadoras industriales. Estaban dispuestos en dos filas, y Hayley fue llevada entre ellas hasta la puerta del otro lado.

Janko pulsó el botón de un intercomunicador al lado de la puerta.

—Tengo a la mujer —dijo al micrófono.

—Hazla entrar —contestó una voz áspera.

Janko introdujo un código, y se oyó un clic electrónico. Abrió la puerta e hizo pasar a Hayley. Ella se armó de valor para lo que le esperaba dentro y cruzó el umbral.

Esa sala era distinta al resto de las de la cueva. Las paredes tenían un acabado plástico blanco muy brillante. Ordenadores, tableros de control y monitores se hallaban en distintos lugares. Unas luces empotradas le daban un aire más cálido.

—Bienvenida a la sala de control principal —le dijo el hombre de la máscara.

Su voz sonaba distorsionada por sus cuerdas vocales dañadas, pero ella estaba bastante segura de quién hablaba.

—¿Max? —preguntó—. ¿Eres tú de verdad?

El hombre la miró fijamente un momento y acto seguido miró a Janko.

—Déjanos.

—Podría ser peligrosa —advirtió Janko.

—Conmigo, no —aseveró Thero.

Janko tomó aire bruscamente y acto seguido salió de la sala.

Cuando la puerta se cerró, Thero se acercó a ella. Alargó una mano. Ella vio que estaba quemada y llena de cicatrices.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Thero—. Hemos estado muy solos.

A pesar del miedo que Hayley sentía, los pensamientos se agolpaban en su mente.

—¿Hemos? —repitió—. ¿Está vivo George? ¿Está aquí contigo?

Thero asintió con la cabeza.

—¿Está bien? —Preguntó ella, con la esperanza de que George pudiera poner fin a esa locura pero también con miedo a que estuviera terriblemente quemado y cubierto de cicatrices como Thero.

—Vendrá dentro de poco —anunció Thero—. Sabe que estás aquí. De hecho, fue él quien propuso que hablásemos solo contigo porque tú podrías entenderlo.

Ella esbozó una sonrisa sincera. George era su única esperanza.

—Agradezco oír eso. ¿Y Tessa?

—No —respondió Thero—. La asesinaron.

Hayley bajó la vista. George y Thessa eran hermanos. Había albergado la esperanza de que los dos estuvieran vivos, aunque había dudado que fuera posible. Por lo menos George había sobrevivido. Tal vez hubiera una oportunidad, pensó. Tal vez la razón se impusiera en el último momento.

—Se me parte el corazón por Tessa —confesó—, aunque doy gracias por que tú y George sigáis con vida. ¿Cómo sobrevivisteis a la explosión?

—Había empezado a trabajar en una nueva teoría —contestó Thero—. Utilizando un proyector esférico en lugar de uno abovedado, pensé que la onda podría ser más estable. Acabábamos de empezar la excavación cuando empezaron los disparos. George y yo escapamos y nos encerramos mientras disparaban a los demás.

Ella lo miró fijamente.

—No podíamos hacer nada —insistió Thero.

—Lo sé —admitió ella en voz queda—. Lo entiendo.

Él la miró furiosamente un momento antes de continuar.

—Cuando terminaron los disparos y no oímos más que silencio, abrimos la puerta. Segundos más tarde, se produjeron las explosiones. Yo sufrí graves quemaduras, aunque George salió prácticamente ileso. Él cuidó de mí hasta que llegamos al hospital. Pagamos generosamente para que lo mantuvieran en secreto. No quería que nos encontraran después de haber escapado con vida. Pero no podíamos quedarnos mucho tiempo. Tuvimos que buscar un sitio donde estuviéramos a salvo.

—¿Y vinisteis aquí?

—Al principio, no —dijo él—, pero con el tiempo acabamos aquí. Necesitábamos un sitio donde nadie nos encontrase. Un sitio con ventajas. Aquí tenemos energía geotérmica. Tenemos la comida que nos ofrecen las focas, las aves y los caladeros. Y el estudio geográfico que hice resultó muy útil cuando descubrimos diamantes. Encontramos una serie de chimeneas de kimberlita lo bastante abundantes para financiar nuestras operaciones cuando el dinero que Tokada nos había dado se terminó.

—¿Por qué no cogisteis el dinero y huisteis? —Preguntó ella—. Podríais haber vivido vuestra vida. Ya habéis sacrificado bastante.

—¿Qué vida?! —gritó él—. Nos dan caza dondequiera que vamos. Acabamos desterrados aquí tanto por su envidia y su odio como por nuestra necesidad de trabajar sin intromisiones. El mundo no estaba dispuesto a dejar que arrojase luz sobre ellos, ¿sabes? Así que ahora los cegaré y los quemaré.

Ella consideró su precaria situación y la evidente locura de Thero. Decidió que le convenía satisfacer su orgullo.

—El mundo está lleno de idiotas envidiosos —dijo—. Pero ¿no sería mejor demostrar que están equivocados y hacerte más rico en lugar de iniciar una guerra que solo provocará más muerte?

—¿De qué le sirve la riqueza a un hombre que no puede mostrar su cara ni aspirar el aire? —Planteó—. Mis pulmones se queman sin la humedad adecuada. Mi piel se marchita si le da la luz del sol. Ya no formo parte del mundo. Estoy condenado a vivir aquí, en el Tártaro, eternamente en la oscuridad. Así pues, ¿de qué me sirve la luz? La venganza es lo único que me queda.

—¿La venganza contra Australia?

—Contra todos ellos —rugió Thero—. Contra el mundo que nos ha declarado enemigos suyos. ¡Contra cualquiera que me desafíe!

Hayley retrocedió. Eso pareció enfurecer todavía más a Thero.

—No tienes motivos para temerme —le espetó él.

—Tengo muchos motivos —repuso ella—. Te has convertido en un asesino. El hombre al que conocí no era así. Tú querías la paz.

—¡Y esto es lo que he conseguido!

Se quitó la máscara y descubrió una cara llena de espantosas cicatrices de piel derretida y quemada. La nariz se le había consumido, y la piel de encima del ojo derecho tenía cicatrices y estaba retorcida de tal forma que el ojo le sobresalía de manera grotesca.

Thero se acercó a ella airadamente. Ella trató de retroceder pero tropezó y se cayó. Thero desvió la mirada rápidamente a la derecha y a continuación volvió a posarla en ella.

—¿Por qué no debo? —Preguntó en voz alta—. Es una traidora. Nos traicionó como todos los demás.

Hayley lo miró levantando una mano para defenderse. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie más en la sala.

Thero, que seguía listo para atacar, lanzó una mirada por encima del hombro. Finalmente, bajó poco a poco la mano y centró de nuevo la mirada en ella.

—Te están utilizando —le dijo.

—¿Quiénes?

—Todos ellos —respondió él—. La OSIA, los estadounidenses, los rusos. Todos quieren destruirnos.

Los delirios paranoicos de Thero siempre habían tendido a la grandeza. Curiosamente, sus actos radicales ahora habían unido a gran parte del mundo contra él.

—Me obligaron a venir —contó ella, pensando rápido y siguiéndole la corriente—. Iban a meterme en la cárcel si no les ayudaba. Dijeron que estaba colaborando contigo.

Thero la miró fijamente. Su cara cubierta de cicatrices no mostraba señales de emoción. Sentía lástima por ella en cierto modo. Lástima y miedo y confusión.

Thero apartó otra vez la vista a un lado y miró a lo lejos. A ella le resultaba aterrador.

Él sacudió la cabeza como si estuviera contestando a una pregunta.

—No —murmuró—. No, no estoy de acuerdo. Debemos tener cuidado. ¿Qué te hace pensar que es de fiar?

Una vez más, Hayley siguió la mirada de Thero. Allí no había nadie, ni siquiera en las sombras lejanas. La cabeza le daba vueltas. Se arriesgó.

—¿George? —susurró—. George, te prometo que he venido a ayudaros.

Thero se volvió otra vez hacia ella.

—Os busqué a los dos —insistió ella, alzando la vista a los ojos de él, mientras la cara le temblaba—. Fui a Japón después de las explosiones. Fui allí a buscaros a pesar del miedo que me daba subir al avión. Ya sabes lo que detesto viajar. Estuve en los funerales que os hicieron a ti, a tu padre y a Tessa. Tienes que saberlo. Y ahora he venido hasta aquí para buscarte.

Thero se enderezó un poco y retrocedió con cuidado.

—Le dije que siempre fuiste leal —dijo en un extraño tono.

Alargó la mano, esta vez la izquierda. Tenía la piel lisa y sin cicatrices. George había sido zurdo, mientras que Thero era diestro. Ella estiró la mano y cogió la tersa palma.

—Ven conmigo —le pidió Thero—. Te enseñaré lo que padre y yo hemos construido.

«Padre y yo».

Entonces Hayley lo entendió. Una parte se horrorizó ante la idea, pero no podía seguir rechazándola. George estaba muerto. Estaba segura. Había muerto con Tessa en Japón. Solo Thero había sobrevivido. El dolor y la culpabilidad habían quebrado su ya frágil mente y habían dividido su personalidad en dos. La amenaza de destrucción y la remota posibilidad de salvación habían venido del mismo cuerpo. En vida, a George Thero le decían que era la conciencia de su padre. Ahora, después de muerto, se había convertido en eso exactamente.

Hayley sintió una tristeza general al percatarse, pero una parte de su mente era consciente de que tenía que actuar. Si podía aprovechar esa fuga de la realidad para salvar a su país, debía intentarlo, por desagradable que fuese.

Alargó la mano y tocó la cara llena de cicatrices de Thero, mirándolo a los ojos como si estuviera viendo a su viejo amigo.

—Me alegro de verte, George —dijo—. Me alegro mucho de volver a verte.

Las lágrimas de sus ojos eran sinceras y parecieron conmover a esa faceta de la personalidad de Thero.

—Yo también me alegro de verte —contestó en voz baja—. Padre y yo te hemos echado mucho de menos.

Después de caminar a través de la ventisca y la fría oscuridad durante horas, Kurt llegó a lo que los geólogos llaman una morrena lateral, una cordillera de material depositado a lo largo del lado de un glaciar. Justo detrás de ella, podía ver el imponente muro de hielo que formaba el glaciar de Winston.

Una vez alcanzado su primer punto de referencia, giró hacia el sur y empezó a descender por la pendiente hacia la laguna y la serie de puntos calientes fotografiados por los drones rusos.

Mientras andaba, las gafas de visión nocturna le avisaron que quedaba poca batería.

Sabía que el frío agotaría las pilas y las había usado con moderación, encendiéndolas, examinando el terreno y apagándolas mientras andaba. Ahora, al abrirse camino por la accidentada pendiente, las necesitaba casi constantemente. Cuando al final se apagaron, Kurt se quedó en una oscuridad total.

Se quitó las gafas y avanzó penosamente, tapándose toda la cara menos los ojos con la capucha del anorak. Se tropezó con un montón de rocas ocultas y soltó un juramento entre dientes al golpearse el mentón. Se abrió paso a la fuerza por el terreno irregular y dio un paso en falso en la oscuridad.

Se cayó y se deslizó por una pronunciada cuesta, y provocó una pequeña avalancha que lo arrastró y lo expulsó a un terreno aplanado momentos más tarde.

Kurt se permitió descansar un momento, pero sabía que no debía entretenerse. El frío y la fatiga tratarían de sumirlo en un sueño del que no despertaría jamás. Encontró un punto en el que hacer presión y se obligó a levantarse.

Respirando hondo reparó en una cosa. No era una imagen ni un sonido, sino un extraño aroma. No acababa de identificarlo, pero olía a comida cocinándose. Comida mala y grasienta, mezclada con humo. No podía decir que fuera exactamente un olor agradable, pero no eran imaginaciones suyas.

Enseguida se olvidó de la fatiga al pensar en las fotos de reconocimiento y en los puntos calientes situados cerca del borde frontal del glaciar.

—La gente que vive bajo tierra también necesita comer —susurró.

Kurt husmeó el aire intentando localizar la fuente del olor, pero no era ningún sabueso. Lo máximo que pudo conseguir fue la sensación general de que el olor se desplazaba cuesta arriba hacia él. Avanzó con cuidado hasta que encontró una columna de nieve y hielo parecida a un árbol.

Sacó la linterna de un bolsillo, la tapó y acto seguido la encendió, dejando que una pequeña cantidad de luz escapara bajo su guante.

La columna se elevaba unos tres metros. A pocos metros de distancia, una segunda columna se alzaba solo un metro y veinte centímetros. Y aproximadamente a

un metro de ella, vio una tercera y una cuarta y una quinta.

Kurt apagó la linterna y se dirigió a la columna más corta. Descubrió que la parte superior estaba abierta y que tenía una forma más o menos circular. Cuando el viento soplaba en rachas, emitía un sonido cavernoso, como alguien soplando por la boca de una botella de vino abierta.

Se inclinó y miró abajo por la boca del tubo helado. Era aproximadamente del tamaño de una boca de alcantarilla de una calle de ciudad. Examinó el interior pero no vio más que oscuridad, y ya no detectó el olor a comida o a grasa de antes. Aun así, notó que subía calor y le daba en la cara. Era una sensación casi surrealista después de tantas horas al frío. También era una sensación húmeda.

Kurt posó la mano en el borde de la columna y rompió un trozo. Solo era hielo, y no muy grueso. Además, estaba ennegrecido por el hollín. Empezó a entender lo que estaba observando.

Había estado en Islandia hacía unos años y había encontrado estructuras parecidas cerca de los respiraderos hidrotermales en las montañas volcánicas activas. Cuando el aire caliente del interior subía a la superficie, llevaba humedad, parte de la cual se enfriaba y se helaba casi en el acto al mezclarse con el gélido aire del exterior. Poco a poco, como el coral al formarse o los humeros negros del fondo del mar, el vapor de agua helado creaba unos tubos parecidos a chimeneas. Como eran simples capas de hielo fino, acostumbraban a caerse cuando soplaban vientos fuertes. Pero mientras el respiradero estuviera activo, volvían a crecer.

Kurt se arriesgó a lanzar otro rápido destello con la linterna, enfocando abajo por la abertura.

No veía nada. Notaba calor pero no olía a azufre, como sería de esperar si fueran formaciones volcánicas.

Sacó su encendedor Zippo y uno de los trapos grasientos. Sostuvo el mechero contra el trapo y lo encendió, protegiendo el trapo del viento hasta que un tercio de la tela se quemó. A continuación, lo dejó caer en el tubo.

El trapo cayó a través de la oscuridad como un pequeño meteorito, iluminando los lados lisos del túnel a medida que descendía, hasta que de repente chocó contra algo y se detuvo.

Mientras el trapo se quemaba, Kurt vio el contorno de una rejilla. La chimenea no era volcánica; era artificial y estaba diseñada para evacuar el calor o el humo u otra cosa no deseable abajo. Tenía que conducir a la guarida de Thero. Tenía que hacerlo.

Rápidamente, Kurt preparó la cuerda. Encontró una sección en el hielo y los escombros de la morrena lateral y clavó tres piezas de anclaje para sujetar la cuerda. No tenía arnés, ni tiempo para improvisar uno, pero no importaba; bajaría haciendo rápel, usando las manos para controlar el descenso.

Soltó la cuerda y pasó con cuidado por encima del borde del tubo. Entraba muy justo. Apenas veía más allá de sus botas. A seis metros de profundidad, el túnel no tenía hielo y por consiguiente era un poco más ancho. Kurt siguió descendiendo.

Cuando sus pies tocaron la rejilla, calculó que había bajado unos treinta metros.

Pegándose bien al borde de la chimenea, examinó la rejilla metálica. Podía ver un suelo polvoriento tres metros más abajo. No oyó ningún sonido de movimiento.

Comprobó la resistencia de la rejilla saltando. Al tercer brinco, notó que cedía.

—Hora de dejarse caer —murmuró para sus adentros.

Pasó la cuerda a través de un barroto y la ató a él. A continuación, saltó fuerte, y la rejilla se soltó.

El sonido de los fragmentos de roca al caer al suelo no pasó de un susurro, y Kurt y la pesada rejilla se quedaron colgados de la cuerda.

Descendió con cuidado y tocó el suelo sin hacer ruido.

Estaba dentro.

Otra cuestión distinta era dónde se había metido exactamente.

Paul Trout estaba en el puente de mando del *Gemini* mientras el barco surcaba las olas hacia el *Rama*. El buque mercante había viajado hacia el nordeste desde que había terminado de describir el contorno de la constelación de Orion, y el *Gemini* había navegado a toda velocidad para interceptarlo durante las últimas ocho horas. Por fin estaban a un tiro de piedra.

—¿Crees que podremos hacerlo solos? —Preguntó Gamay a su lado.

—Tenemos una posibilidad de ganar —dijo Paul.

Habría preferido contar con refuerzos, pero se hallaban en un lugar tan apartado que no había ninguna embarcación del ejército ni de la guardia costera en mil quinientos kilómetros a la redonda.

—De no ser por el tiempo, al menos podríamos recibir ayuda por aire —dijo ella—. Unas cuantas pasadas de una formación de aviones militares a reacción o un avión antisubmarino australiano dando vueltas sin parar sobre el barco podrían habernos ayudado.

Paul estaba totalmente de acuerdo, pero el frente de una tempestad había llegado a la zona. Estaba agitando el mar y arrojando lluvia helada a través de la cubierta del *Gemini*. No eran las condiciones en las que un avión podía hacer pasadas llamativas a baja altura.

Eso significaba que el desarmado *Gemini* era la única esperanza de detener al *Rama* y de averiguar si algún miembro de la tripulación del *Orion* estaba a bordo.

—¿Qué distancia hay? —Preguntó Paul.

Tenían el *Rama* localizado en el radaroscopio, pero con una visibilidad de cuatrocientos metros, todavía no lo habían visto en la oscuridad.

—Mil metros —dijo el oficial radarista.

—¿Solo? —Se sorprendió Paul—. Debe de estar navegando sin luces.

—Con esta niebla, podríamos chocar con él antes de verlo —añadió el capitán.

—No, eso no pasará —lo contradujo Gamay, mirando a través de unos prismáticos—. Lo tengo. Frente a la amura de babor.

Paul siguió sus indicaciones y avistó la sombra de un buque que surcaba el mar a través de la oscuridad.

—Ilumínalo —ordenó el capitán.

El segundo comandante activó una serie de interruptores, y un trío de potentes focos se encendieron. Las luces horadaron la oscuridad y la lluvia y convergieron en el pesado buque. Con un tamaño el triple de grande que el del *Gemini*, el *Rama* cabeceaba y se mecía de forma menos visible en el oleaje, pero su avance no estaba exento de bamboleo.

—Que empiece la función —dijo Paul, dándole los prismáticos al capitán.

—Me acercaré al costado —anunció el capitán—. Usted prepárese para hacer de comando.

—No hace falta que te diga que tengas cuidado —dijo Gamay.

—No —respondió Paul sonriendo—. No hace falta.

A continuación, Paul se fue del puente de mando y bajó corriendo por la escalera. Minutos más tarde, estaba justo detrás de la escotilla delantera con una docena de voluntarios. Todos iban vestidos de negro, con unos parches en los brazos confeccionados a toda prisa en los que se veía una versión del fondo azul de la bandera de Australia, con sus estrellas de la Cruz del Sur y la bandera del Reino Unido en la esquina.

—Que todo el mundo coja armas —ordenó Paul.

El armero del *Gemini* contenía seis rifles y dos pistolas. El resto recibieron imitaciones del rifle M16 hechas de madera pintada de negro. Los voluntarios de la tripulación se reían y señalaban las armas de unos y otros.

—¿Qué hacemos si no se rinden? —Preguntó un hombre.

—O tirarnos por la borda o sacudir estos trastos como un bateador —contestó otro.

Paul esperaba que ninguna de las dos cosas fueran necesarias.

Abrió la escotilla unos centímetros y miró a través de la lluvia y la niebla. El buque mercante *Rama* estaba justo enfrente de ellos, bañado por los focos, mientras el pitido de la alarma del *Gemini* sonaba a todo volumen como una sirena del servicio de guardacostas.

Hostigaron y acosaron al *Rama* de esa forma durante varios minutos sin ningún resultado. Finalmente, el intercomunicador sonó.

—No responden a nuestras llamadas de radio —anunció la voz de Gamay.

—Entendido —dijo Paul—. Iré a manejar los lanzacohetes. Dile al capitán que nos sitúe cerca. Muy cerca. Y prepárate para soltarles el discurso por el altavoz.

—De acuerdo —accedió Gamay—. Buena suerte.

Paul miró al jefe.

—Voy adelante. Preparaos para ocupar vuestros puestos en la cubierta.

—Estaremos preparados —aseguró el jefe.

Paul se dirigió a otra puerta y salió por la escotilla a la cubierta inclinada. Cruzó la cubierta de proa hasta una estructura cuadrada que guardaba un convincente parecido con la torreta de un buque de guerra, con múltiples tubos lanzacohetes a cada lado.

Una grúa hidráulica usada para introducir y sacar los robots submarinos del agua había ocupado ese sitio horas antes. El aguilón había sido desmontado, y la fachada metálica de una torreta había sido soldada en la base giratoria de la grúa. Unos tubos metálicos de ventilación habían sido extraídos de algunas partes del barco, habían sido cortados a la medida adecuada y habían sido fijados a los lados. Pintada del gris de un acorazado, con falsas antenas parabólicas montadas en lo alto, la «torreta» daba

una impresión razonable de ser un sistema de armamento letal.

Paul se introdujo agachándose a través de un hueco en el metal. Encontró al operador de grúa del *Gemini* a los mandos.

Paul habló por su radio.

—Iluminad la cubierta de proa —ordenó—. Que vean a lo que se enfrentan.

Segundos más tarde, unas luces adicionales enfocaron la torreta al mismo tiempo que la voz de Gamay sonaba por el altavoz, retumbando al máximo volumen.

—Les habla la comandante Matilda Wallaby de la marina australiana —gritó. Usaba un acento falso que se parecía bastante al australiano—. Su barco ha sido avistado practicando la pesca furtiva en aguas jurisdiccionales australianas. Reduzcan la velocidad y prepárense para ser abordados o inutilizaremos su barco.

Paul miró a través de una tronera abierta en la plancha metálica. No detectó ninguna respuesta del *Rama*, pero vio cambios luminosos en la zona del puente de mando.

—Con suerte, están mirando en esta dirección —dijo.

Para entonces, el *Gemini* se había situado justo al lado de la superestructura cúbica que había cerca del extremo de popa del buque contenedor. El capitán había acercado el barco. No más de quince metros separaban los costados de las dos naves. Cuando una ola pasó ondeando, el *Gemini* se elevó y estuvo a punto de golpear de refilón a la embarcación más grande.

—¿Alguna novedad? —Preguntó Paul por la radio.

—Todavía no —contestó Gamay.

—Dales otro aviso, y que el jefe dispare un cargador de balas trazadoras.

La voz de Gamay resonó otra vez por el altavoz.

—Buque mercante *Rama*, este es el último aviso. Reduzcan la velocidad y prepárense para ser abordados o abriremos fuego.

—Vamos a enseñarles de lo que somos capaces —anunció Paul.

El operador de la grúa encendió la unidad básica y presionó una pequeña palanca de control a un lado. La torreta y sus tubos lanzamisiles empezaron a pivotar sobre la base giratoria de la grúa. Giró en sentido contrario al de las agujas del reloj hasta que los tubos apuntaron al puente de mando del *Rama*.

Utilizando un activador secundario, Paul inclinó los tubos lanzamisiles arriba y abajo en un movimiento exagerado pensado para que la tripulación del *Rama* lo viera claramente. Cuando hubo hecho todo lo que pensó que podía hacer, los fijó otra vez, apuntando aproximadamente al puente de mando del *Rama*.

—Tienen que vernos —dijo.

El operador de la grúa se limitó a encogerse de hombros.

Mientras tanto, el jefe y sus comandos estaban desplegándose en la cubierta con los rifles levantados.

—¿Qué opinas, Paul? —chilló la radio.

—Avanzad y disparad, jefe.

Se oyó un estruendo de disparos que sonó como una serie de bruscos estallidos a través del aire. Paul observó cómo una serie de brillantes balas trazadoras pasaban a toda velocidad junto al puente de mando del *Rama* y se perdían en la noche. A través de los prismáticos, vio unas figuras en el puente de mando del *Rama* mirando por las ventanas. Esperaba que se estuvieran poniendo nerviosos.

—Nos toca —dijo Paul, bajando los prismáticos.

Dos cohetes improvisados habían sido preparados usando pólvora, propulsor de una caja de bengalas y las dotes artísticas de los hombres de la sala de máquinas. No provocarían daños, pero dejarían huella.

Paul cargó uno de los cohetes en el tubo lanzador y cerró el boquete.

—Gira cinco grados a la derecha —pidió.

No serviría de nada si el cohete impactaba y demostraba que era falso. El misil tenía que pasar por delante del *Rama*, lo bastante cerca para asustar a la tripulación y lo bastante lejos para resultar convincente.

La torreta giró y se detuvo.

—Espera —ordenó Paul mientras el *Gemini* descendía por una ola y empezaba a ascender otra vez—. Espera...

Estaba mirando a través de la tronera como un oficial de artillería de la Primera Guerra Mundial, calculando el ritmo al que cada barco subía y bajaba sobre las olas.

—Espera... —ordenó otra vez.

El *Gemini* alcanzó la cresta de la ola y se paró.

—¡Ahora!

El operador de la grúa pulsó un botón, y el cohete improvisado se encendió. Salió disparado del tubo y soltó una lluvia de chispas y humo en el interior de la torreta. Cruzó el hueco dejando una estela de fuego y pasó a no más de seis metros por delante del puente de mando del *Rama*.

—¡Magnífico disparo! —Gritó Paul, tosiendo a causa del humo—. Ha sido perfecto.

Segundos más tarde, la voz de Gamay sonó otra vez por el altavoz.

—El próximo misil dará en su puente de mando —insistió—. Reduzcan la velocidad o los detendremos por la fuerza.

A bordo del buque mercante *Rama*, el comando ruso de mayor rango había estado discutiendo con el capitán vietnamita desde la aparición del *Gemini*. Les había ordenado que abandonasen sus puestos a la altura de la isla de Heard para evitar problemas o repercusiones en caso de que Gregorovich hiciese detonar con éxito su bomba. Tropezar con una fragata australiana no era el desenlace que él había esperado.

—¡No me rendiré! —exclamó.

—No puede luchar contra ellos —dijo el capitán.

Las rondas de balas trazadoras destellaron en la oscuridad. Eso le preocupaba, pero no cambió de opinión. A continuación lanzaron el «misil».

—¡Ya llega!

Los comandos y la tripulación del puente de mando se tiraron a la cubierta justo cuando el misil lo iluminó todo delante de ellos y pasó a una velocidad de vértigo al lado de las ventanas principales.

—Nos ha ido de un pelo —comentó el capitán.

—Ellos no dispararían un misil a unos pescadores furtivos —repuso otro comando—. Deben de saber que estamos aquí y lo que hemos hecho. Si no paramos, nos matarán a todos.

—No podemos luchar contra ellos —repitió el capitán vietnamita—. Pero puede negociar cuando estén a bordo. Inmunidad diplomática. Eso es lo que deben reclamar. Pero solo si siguen vivos.

El comando dudaba de la opinión del capitán sobre derecho marítimo internacional, pero creía que le convenía más y que tenía más probabilidades de sobrevivir si se rendía en lugar de luchar.

—Haga lo que dicen —convino a regañadientes.

En el puente de mando del *Gemini*, Gamay esperaba en tensión. Si su farol no daba resultado, tendrían que arriesgarse a llevar a cabo una peligrosa maniobra de abordaje en medio de la tormenta.

Estaba a punto de proferir otra amenaza por el altavoz cuando la radio crepitó.

—Aquí el buque mercante *Rama* —dijo una voz con acento—. Reduciremos la velocidad a siete nudos y permitiremos que sus hombres suban a bordo.

La tripulación del puente de mando prorrumpió en vítores, y Gamay transmitió el mensaje a los demás.

—Magnífico trabajo, comandante Wallaby —le felicitó el capitán.

Ella sonrió. Ahora el abordaje solo sería arriesgado, no una increíble temeridad.

—Es una mina —susurró Kurt para sus adentros.

Había encontrado secciones en las que se habían extraído minerales, había descubierto una cinta transportadora llena de grava y una serie de tuberías a lo largo de la pared que probablemente contenían cable eléctrico. Había encontrado picos, un martillo neumático y carretillas.

Kurt no sabía qué hacía una mina oculta en la isla de Heard. Ni le importaba por el momento. Sus únicas preocupaciones eran encontrar a Joe y Hayley, si estaban vivos, y detener a Thero costara lo que costase.

Se quitó el grueso anorak, lo guardó y volvió a ponerse la mochila. Empezó a avanzar por el oscuro túnel, con la mano en la cinta transportadora y la cabeza agachada para evitar cualquier afloramiento de roca peligroso que pudiera no ver.

Después de pasar por otras zonas ampliamente excavadas, llegó a una sala más grande. Estaba tenuemente iluminada con un par de bombillas peladas.

La cinta transportadora terminaba allí, al lado de un grupo de grandes máquinas diseñadas para triturar y clasificar la grava. Había visto antes ese tipo de instalación. Era una mina de diamantes subterránea. De repente, se hizo una idea clara de cómo Thero estaba financiando la operación.

Vio una puerta en el lado opuesto y cruzó la sala hacia ella. Justo cuando alargó la mano para agarrar el pomo, la puerta se movió y se abrió muy lentamente. Kurt retrocedió y levantó la pistola en el momento en que apareció un trío de hombres.

—¡No os mováis! —gruñó Kurt.

Los hombres se quedaron paralizados, y a continuación se produjo un punto muerto lleno de tensión. Kurt podría haberlos agujereado a los tres, pero sin un silenciador los disparos habrían resonado por la cueva y habrían atraído al resto de los hombres de Thero.

Mientras ellos miraban fijamente la pistola, Kurt los observó. Llevaban bastones puntiagudos hechos de metal tosco en lugar de pistolas. Dos de ellos parecían casi petrificados, y el tercero estaba igual de conmocionado pero más tranquilo.

—Soltad las armas —ordenó, y acto seguido añadió—: Sin hacer ruido.

Ellos hicieron lo que les ordenó.

Kurt señaló con la cabeza una de las máquinas que trituraban roca.

—Allí.

Los tres hombres se dirigieron a la máquina arrastrando los pies. Kurt mantuvo la distancia por si intentaban cometer alguna temeridad.

—Dos de vosotros vais a acabar atados a esta máquina —les advirtió—. El que no quiera pasar la noche de esa forma puede llevarme con Thero.

—¿Llévate con Thero? —Preguntó uno de ellos. Tenía acento sudafricano.

—¿Quién es Thero? —dijo otro con dejo irlandés.

—El hombre que te trajo aquí —respondió el sudafricano.

—Silencio —pidió Kurt—. ¿Cuál de vosotros quiere enseñarme el camino?

Los tres hombres se miraron como si la pregunta les desconcertase.

—¿Por qué habríamos de llevarte? —Preguntó el tercer hombre.

—Porque tengo una cita y no quiero faltar —contestó Kurt.

Adoptaron otra vez una expresión confundida. Por lo visto, el humor mordaz no era su fuerte.

—Querrás decir cuál de nosotros quiere ir contigo y morir primero —le corrigió el sudafricano.

Kurt lo miró fijamente. El comentario no tenía sentido.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Qué estás diciendo tú? —repitió el sudafricano.

Kurt se sentía como si estuviera en la dimensión desconocida. Echó otro vistazo a los hombres. Estaban mugrientos e iban vestidos con harapos. Sus armas eran toscas. De repente, todo cobró sentido.

—Vosotros tres trabajáis aquí de mineros —dijo—. Estáis intentando escapar. ¿De quién ha sido la idea?

Dos de ellos señalaron al irlandés.

—Ratas —espetó el irlandés—. Los dos.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Kurt.

—Más bien tres ratones ciegos —puntualizó—. La pregunta es: ¿adónde huis exactamente?

Durante los siguientes minutos, Kurt se dedicó a sacar información a los mineros: se enteró de sus nombres y de un poco de la operación. Masinga, el sudafricano, había estado allí desde el principio.

—Hace ocho meses robé una llave a uno de los guardias —explicó—. Pero no informé de la pérdida porque Thero lo habría matado por perderla.

—Tuviste mucha paciencia para no usarla enseguida —observó Kurt.

Devlin, el irlandés, metió baza.

—Por lo visto la paciencia le viene de familia.

Masinga sonrió.

—Esperaba que llegase un día en que escapar fuese algo más que morir de frío. Devlin dice que vino en barco. Dice que sabe cómo volver a él.

—Lamento tener que decíroslo, pero os habéis equivocado de dirección —dijo Kurt—. Por aquí solo hay túneles de excavación.

Los otros dos presos miraron de forma amenazadora a Devlin.

—Eso os pasa por hacerme caso —dijo Devlin—. Llevo aquí solo dos días.

—Entonces ¿qué pasa con esta mina? No recuerdo que Thero tuviera conocimientos de minería.

—Tiene a otras personas —explicó Masinga—. Entre él y los capataces hay una

relación frágil. Él los mantiene a raya y los ata corto de vez en cuando, pero la mayor parte del tiempo los deja en paz. Ellos nos hacen trabajar y venden los diamantes. Thero les deja quedarse con una parte, o eso he oído.

—Trabajo de esclavos —observó Kurt—. Es un modo de aumentar el margen de beneficios.

—Cuando nos morimos traen a más —añadió Masinga—. Secuestrando y captando a gente que tiene pocas oportunidades.

Kurt lo entendió. Era un nuevo motivo para poner a Thero fuera de circulación, pero quedaba en segundo lugar, muy por detrás de salvar Australia.

—¿Ha habido alguna llegada en las últimas horas?

—¿Buscas a alguien en concreto? —Preguntó Devlin.

—Empecé con unos amigos —contestó Kurt—. Los hombres de Thero nos atacaron. Nos separamos. Creo que probablemente los hayan capturado.

—No pinta bien —comentó Masinga—. Thero los torturará hasta que se rindan o mueran.

Kurt observó el rostro de Masinga. Saltaba a la vista que en algún momento se había roto la nariz, y tenía una cicatriz dentada al lado de la oreja que parecía el resultado de un traumatismo contundente.

—Me imagino que sabes dónde eso tendría lugar.

—Sí —afirmó Masinga.

—Necesito que me lo enseñes.

—Está en mitad de este laberinto —expuso el tercer miembro del trío—. Los hombres de Thero no te dejarán pasar.

—Puede que a mí solo no —le corrigió Kurt—. Pero vamos a intentarlo. Os venís todos conmigo.

—Me parece bien —reconoció Devlin—. Tengo una cuenta que ajustar con uno de ellos.

—Yo también —dijo Masinga.

—A mí atádmeme a la máquina —pidió el tercer hombre—. Os esperaré hasta que volváis.

Kurt le lanzó una mirada furiosa.

—¿Qué más da tres contra treinta que cuatro contra treinta? Las probabilidades son las mismas. No me necesitáis.

De manera indirecta, el hombre tenía razón. A Kurt se le ocurrió otra idea.

—¿Cuántos prisioneros hay ahí abajo?

—Sesenta o setenta —respondió Masinga.

—¿Y a cuántos les gustaría tener la posibilidad de vengarse?

—Como mínimo a sesenta o setenta —repitió el sudafricano sonriendo.

—Entonces las dependencias de los mineros serán nuestra primera parada.

Joe y Gregorovich seguían en la sala de interrogatorios, sudando a una temperatura que debía de ascender a casi cuarenta grados. Mientras el sudor le chorreaba por la cara y le goteaba de la nariz, Joe apenas podía creer la ironía de la situación.

—Hace una hora creía que iba a morir congelado.

—Y ahora nos están asando —contestó Gregorovich.

La pequeña estancia había empezado a resultar sofocante. Joe supuso que había llegado el momento de tomar medidas drásticas. Se retorció hasta que pudo frotarse un lado de la cara mojada contra el dorso de la mano. Cuando el sudor de la cara y el pelo le hubo cubierto la mano, cambió de postura.

Apretando los dedos todo lo que pudo, deslizó con cuidado las manos en las esposas. Se sentía como un contorsionista, tirando y retorciéndose.

—No conseguirá escapar de esa forma —le advirtió Gregorovich.

—Tengo las muñecas grandes y las manos normales —replicó Joe—. Y estos viejos grilletes tienen mucha holgura.

Empleando el sudor a modo de lubricante, Joe siguió extrayendo con delicadeza la mano de las esposas. Finalmente, se soltó.

Joe sonrió victorioso.

—Sangre, sudor y lágrimas —dijo—. No hace falta más.

Gregorovich miró abajo.

—¿Y los pies? Supongo que no tiene los tobillos gruesos y los dedos de los pies estrechos.

Joe no había pensado en eso.

—Cada cosa en su momento —repuso—. Cada cosa en su momento.

En la sala de control de la isla, Hayley estaba haciendo todo lo posible por actuar con normalidad. Seguía hablando con Thero como si se dirigiera a George, infundiendo afecto a sus palabras al mismo tiempo que procuraba que no se le notara.

Mientras ella le hacía la rueda, Thero le enseñó el tablero de mandos de la gran máquina y la llevó al portal de observación, a través del cual podría ver la gran esfera que reposaba en la cueva oscura.

Pulsó una serie de interruptores. Unas luces se encendieron en una cueva al otro lado de la ventana. Una enorme construcción esférica apareció. Ella la reconoció gracias a un dibujo que Thero le había mostrado hacía años.

—Es increíble —exclamó.

—Mi padre tenía razón —aseveró él—. Esta es la prueba. Desde aquí, podemos dirigir inmensas cantidades de energía a través de la tierra a cualquier punto del mundo. Energía que extraemos del campo de punto cero.

—¿No necesitáis los generadores? —Preguntó ella.

—Solo para empezar a crear la onda —contestó él.

Eso le dio a Hayley una idea. Si pudieran destruir los generadores que había visto en el exterior, tal vez pudieran impedir que la máquina se pusiera en marcha.

—Es asombroso —dijo ella, contemplando el entramado a través de la ventana de observación—. ¿Cómo resolviste el problema de la realimentación dinámica?

—Solo hemos resuelto una parte —reconoció él.

—¿Todavía acabáis con vibraciones incontrolables?

—Usamos el agua como campo amortiguador —explicó Thero—. Absorbe gran parte de la energía. Además, creando un emisor esférico en lugar de un conductor abierto, conseguimos una onda mucho más estable.

—Siempre has ido un paso por delante de nosotros, George —dijo ella sonriendo—. Es brillante.

—Mi padre hizo la mayor parte del trabajo teórico —puntualizó él—. Pero yo hice los cálculos.

Mientras hablaban, Hayley trataba de estimar el grado de control que ejercía el personaje de George. Investigando sobre sus propias fobias, había aprendido mucho de salud mental. Había conocido casos de sujetos con personalidad múltiple que ignoraban por completo lo que hacían las otras personalidades de su mente. Hasta el punto de superar pruebas de detectores de mentiras después de haber cometido crímenes o seguir con asuntos o vidas totalmente distintas cuando las personalidades dominantes estaban inactivas.

Si ese era el caso de Thero, tal vez pudiera persuadir a George para que los dejase marchar, o para que se rindiera, o como mínimo para que les diera más tiempo para

pensar un plan con el que impedir el ataque letal que pensaba lanzar cuando terminase la cuenta atrás.

—¿Eras tú el que mandabas las cartas? —Preguntó esperanzada.

Thero le lanzó una mirada vaga.

—Para avisarme —añadió ella, arriesgándolo todo.

—Sí —contestó él finalmente—. Esperaba que pudiéramos llevar una forma de energía pacífica al mundo.

—Tu padre no lo sabe —afirmó ella—. Tenemos que seguir manteniéndolo en secreto. Todavía podemos ayudarle, pero él no lo entenderá.

—Pienso lo mismo —reconoció Thero—. Puede que me odie por ello, pero es por nuestro bien.

—Ayudaste a los otros a escapar —le espoleó ella.

Thero asintió con la cabeza.

—Les di una oportunidad de huir y la información. No sabían que era yo. Pasé notas. Facilité las cosas.

Ella se encogió de miedo en su fuero interno, imaginándose la confusión que él debía de haber experimentado. Bajo la personalidad de George, se había transformado en el confidente y había ayudado a los mensajeros a alcanzar la libertad. Pero luego, bajo la personalidad de Thero, les había dado caza y los había matado. No le extrañaba que todos los encuentros se hubieran frustrado. No había ninguna filtración en la OSIA; la filtración estaba en la propia fuente. Eso significaba que la información pasaba de la personalidad de George a la de Thero. Entonces se puso más nerviosa que nunca, pero tenía que seguir adelante.

—Yo creía que se impondría la razón —declaró George.

—Todavía puede ocurrir —dijo ella con entusiasmo.

—No —negó él tristemente—. Han venido a matarnos otra vez. Ahora solo una muestra de fuerza imparable los mantendrá alejados.

Hayley tenía que pensar rápido.

—Yo puedo negociar con ellos en vuestro nombre —rogó, apretando su mano suave—. Los estadounidenses han prometido la amnistía —mintió—. Solo tenéis que volver a Estados Unidos con ellos.

—¿Amnistía?

—Sí —contestó ella—. Para ti y para tu padre —añadió ella, haciendo todo lo posible por mantener la personalidad de George activa y en la superficie.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Tienen miedo de que los rusos se hagan con el descubrimiento.

—Pero si están trabajando con los rusos... —dijo George enérgicamente.

—No —repuso ella—. Los rusos nos secuestraron. Quieren mataros. Pero si me llevas hasta una radio, puedo pedir ayuda.

George titubeó.

—¿Estás segura?

—Te lo prometo —dijo ella—. Solo necesito una oportunidad para demostrarlo.

Él la miró fijamente un largo momento, como si estuviera meditando sobre lo que ella había dicho.

—Por eso acudiste a mí, ¿no? —Le planteó ella.

Finalmente, George asintió con la cabeza.

—Ven conmigo.

La llevó junto a la hilera de tableros de mandos y se paró en seco al pasar por delante de la última consola.

Hayley advirtió el motivo. En el suelo yacían varios hombres y mujeres. Llevaban batas de laboratorio manchadas de sangre. Les habían disparado.

—Padre, ¿qué has hecho?

Hayley trató de respirar.

—Tenemos que darnos prisa, George.

Thero vaciló. Ladeó la cabeza.

—¿Cómo que eran traidores? —Preguntó al aire.

Ella entendió lo que estaba pasando.

—No, George —lo apremió Hayley—. No hables con él.

—Trabajaban para ti —dijo él bruscamente, como si estuviera discutiendo con su padre—. Construyeron esto para ti.

Un extraño silencio como un trance se apoderó de Thero, y Hayley percibió que dudaba.

—¡Sigue conmigo!

Thero vaciló. Se levantó haciendo un torpe esfuerzo y soltó la mano de ella.

—¿George? —Preguntó Hayley.

—No —dijo él en voz queda.

—¿George?

—¡No!

Esta vez las palabras iban dirigidas a ella. Los ojos de Thero recobraron de golpe la dureza, y agarró por el cuello a Hayley y la estrelló contra la pared. El impacto la dejó aturdida, y la mano de Thero estrujándole la tráquea empezó a interrumpir el riego de sangre a su cerebro.

—Por favor... —suplicó ella con voz entrecortada, apelando a la otra parte de la mente de Thero—. ¡Por favor!

Él la soltó, y Hayley se desplomó al suelo junto al montón de cadáveres.

—¿Cómo te atreves a poner a mi hijo en contra de mí?

—Yo no lo he puesto en contra de ti —logró decir ella—. Solo... intentábamos ayudar.

—¡No necesito vuestra ayuda! —gritó él—. Ni la de mi hijo tampoco. Haré que el mundo se postre ante mí. Cuando vean lo que le voy a hacer a Australia, no será necesario negociar. Me suplicarán clemencia.

Se acercó al tablero de mandos y puso el interruptor principal en la posición de

encendido. Ella oyó que el circuito se cerraba y que los grandes generadores de la otra sala se encendían. Las luces se atenuaron considerablemente a su alrededor y, a continuación, empezaron a brillar.

Acto seguido los generadores zumbaron, acelerándose a un ritmo vertiginoso.

—No —rogó ella—. Por favor, no lo hagas.

—Cuánto me alegro de que estés aquí —bramó Thero—. Ni siquiera voy a esperar a la hora cero. Les castigaré inmediatamente. Y tú contemplarás a mi lado cómo destruyo a los que me persiguieron.

Afuera, en la caverna esférica, los engranajes empezaron a dar vueltas, y el gigantesco montón de tuberías y conductos eléctricos empezó a inclinarse. El arma giró despacio, tintineando como las vagonetas de una montaña rusa siendo arrastradas por la empinada vía hasta el punto de lanzamiento.

Hayley empezó a encontrarse mareada mientras el arma cambiaba de posición traqueteando, adoptando una alineación que dirigiría la onda de distorsión a través de la corteza terrestre hacia la falla inactiva del desierto australiano.

Kurt y sus nuevos cómplices recorrieron sigilosamente varios tramos del túnel que conectaba varias zonas excavadas por los mineros hasta que al final llegaron a un núcleo que contenía las dependencias de los prisioneros.

Cada seis metros más o menos había un hueco con una puerta metálica. Al fondo del pasillo, un único centinela montaba guardia detrás de una mesa, aparentemente vigilando el núcleo.

—¿Cómo conseguisteis que os dejara pasar la primera vez? —Preguntó Kurt.

—Esperamos a que hiciera una pausa para ir al servicio —contestó Masinga.

—A menos que haya estado bebiendo café toda la noche, no creo que tengamos tiempo para volver a poner en práctica ese plan. Preparaos para usar la llave maestra.

Inspiró y dejó que la tensión abandonara su cuerpo. A continuación, tranquilamente, salió al pasillo, apuntó con la Makarov y avanzó con paso enérgico.

Cuando el guardia alzó la vista, Kurt no tuvo alternativa. Disparó el arma con dos rápidas presiones. El estruendo recorrió el estrecho túnel como un trueno. Los dos disparos alcanzaron al guardia en el pecho y lo derribaron de la silla al suelo.

El hombre no se movió, pero para sorpresa de Kurt, un segundo guardia apareció al lado del primero.

Kurt volvió a disparar. El guardia se desplomó al suelo, pero golpeó al caer un botón de alarma con la mano.

El pitido de la alarma electrónica resonó, y una gruesa puerta chapada en acero empezó a cerrarse entre Kurt y el puesto de guardia y lo que había más allá. Kurt avanzó corriendo, pero la puerta se cerró justo antes de que llegase.

Detrás de él, Masinga ya había corrido hasta las celdas y estaba liberando a los demás prisioneros. Ellos gritaban y le daban las gracias en varios idiomas distintos. Al cabo de poco, llenaban el pasillo y se dirigían en tropel hacia Kurt.

Devlin llegó al lado de Kurt antes que el resto del grupo.

—Y ahora, ¿qué?

Kurt se quitó la mochila de los hombros y la dejó en el suelo. Al abrirla reveló los explosivos que llevaba.

—Que todo el mundo vuelva a sus celdas.

—¿Vas a volar eso?

—No me queda más remedio —respondió Kurt—. Esperemos que no derribe el techo.

Kurt poseía un instinto que tendía al exceso. Si con un pequeño martillo bastaba, una almádena no dejaría lugar a dudas. En este caso, atemperó sus inclinaciones naturales y colocó dos bloques de explosivo C-4 al lado de la puerta y clavó un par de casquillos detonadores en cada uno.

—¿Estás seguro de que con eso bastará? —Preguntó Devlin.

Kurt no contestó.

—¿No será demasiado? —Planteó Kevlin.

La estridente alarma ya era bastante molesta; las preguntas de Devlin no hacían más que empeorar la situación.

—Supongo que vamos a descubrirlo de una forma o de otra —dijo Kurt—. Y ahora llévate a esa gente.

Mientras Kurt conectaba un cable a cada casquillo, Devlin volvió por el túnel y guio a los demás para que se mantuvieran a distancia.

Kurt no tardó en alejarse con ellos, desenrollando el cable a medida que avanzaba. Llegó al primer hueco y se metió en él. Los prisioneros recién liberados se apiñaron a su alrededor mientras conectaba los cables del detonador a un pequeño aparato manual parecido a uno de esos tensores de mano que los tenistas están apretando a todas horas.

—¿Qué es eso? —Preguntó Devlin.

—Algunos lo llaman «chasqueador» —dijo Kurt—. Hace estallar los explosivos.

Los prisioneros se agacharon a su alrededor y se taparon los oídos. Afortunadamente para Kurt, el chasqueador era un pequeño generador, no un objeto alimentado con batería, en cuyo caso se habría consumido por obra del destello extractor que había inutilizado la motonieve.

—¿Listos?

Devlin y Masinga asintieron con la cabeza al unísono. Con una rápida presión, Kurt activó el chasqueador. La acción transmitió un diminuto impulso por el cable. El impulso hizo funcionar los casquillos, que a su vez hicieron detonar el C-4.

Una atronadora explosión sacudió los pasillos subterráneos, y una onda de choque recorrió el túnel hasta el hueco donde ellos estaban. Kurt notó que se quedaba sin aire y que era lanzado al suelo con todas las demás personas de la caverna.

Se levantó rápido, se abrió paso entre nubes de polvo y enfiló el túnel. A medida que se aproximaba al otro extremo, el polvo empezó a despejarse. Vio luz y una sala abierta delante. La puerta estaba volcada de lado.

Al salir al pasillo no encontró resistencia.

—¡Está despejado! —gritó—. Vamos.

Devlin y Masinga fueron corriendo primero. Kurt les dio las armas de los guardias muertos, y los tres salieron seguidos por el grupo de prisioneros.

La aguda alarma llamó la atención de Thero cuando estaba empezando a repasar la lista de control para la puesta en marcha. Se detuvo, preguntándose qué podía estar pasando.

Mientras esperaba, Hayley gritó:

—George, las cosas no tienen por qué ser así. Dile a tu padre que hay otra forma.

Thero miró a su izquierda. Su hijo estaba allí, mirando fijamente a Hayley como un colegial enamorado.

—No le hagas caso —chilló Thero—. Nunca le hemos importado. Se habría ido a Japón si hubiera podido. Nos traicionó y trajo a esos hombres a la puerta de nuestro refugio.

—Yo solo quiero ayudar —dijo Hayley.

Thero estaba tratando de concentrarse en el procedimiento de puesta en marcha. No tenía tiempo para la debilidad de su hijo.

—Puedo sacarlos de aquí —aseguró Hayley—. A los dos. Podéis hacer realidad vuestros sueños pacíficamente. Sabéis que es lo que realmente queréis. Sabéis que es lo correcto.

Thero empezó a sentirse confundido. Su hijo lo animó a reconsiderarlo.

—Padre, creo...

Una explosión resonante sacudió la estancia. Venía de algún lugar en las profundidades de la caverna. La mente de Thero se aclaró. La alarma, la explosión. Estaban siendo atacados.

Cuando Thero alzó la vista, George había desaparecido. Debía de haber huido a alguna parte.

—¡Cobarde!

—¡Por favor! —gritó Hayley.

—¡Silencio! —chilló Thero.

No tenía tiempo para preocuparse por su hijo; tenía que atacar antes de acabar atrapado y enterrado como la última vez en Yagishiri. Aunque lo detuvieran, arremetería y castigaría al mundo por lo que habían hecho.

—Si lo haces, sabrán dónde estás —le advirtió Hayley—. Vendrán aquí y destruirán este sitio y a ti con él.

Thero la miró y se acercó.

—Por supuesto que lo harán —dijo—. Pero yo ya no estaré. Y me llevaré lo que han usado para amenazarme para utilizarlo contra ellos.

Señaló un objeto colocado junto a la pared. La maleta bomba rusa. Podía usarla para destruir a un enemigo o venderla a cambio de millones.

Thero vio el miedo en los ojos de ella. Lo saboreó y volvió a su consola, donde encendió el intercomunicador.

—¡Janko! —gritó—. ¿Qué pasa?

—Nos están atacando —contestó Janko—. Deben de haber sido...

El sonido en *staccato* de unos disparos le impidió oír el resto de la frase de Janko.

—¿Janko?

—Han soltado a los trabajadores —gritó este—. Aquí abajo hay un motín. Nos están aplastando.

—Trae a tus hombres aquí arriba —ordenó Thero—. Podemos evitar que entren en la sala de control.

—Ahora los mando —respondió Janko, y sus palabras fueron interrumpidas por otra ráfaga de disparos.

Thero volvió a centrar su atención en la red eléctrica. Los niveles estaban aumentando. En cuanto llegaron al margen verde, comenzó la secuencia de inicio, y los primeros atisbos de luz efervescente empezaron a revolotear a través de la cueva al otro lado de la ventana.

La imagen le cautivó, como siempre le había ocurrido. Tanto que no vio a Hayley Anderson acercarse sigilosamente a él.

La joven se enfrentó a él y le asestó un puñetazo en la cara, pero a Thero le quedaban pocas terminaciones nerviosas en esa parte del cuerpo. Notó el impacto y poco más. Todavía más enfurecido, la apartó violentamente, le golpeó la cabeza contra la consola y la dejó inconsciente.

Thero sintió un breve acceso de remordimientos, pero se le pasó. Ella se lo merecía. Otra traidora.

Se levantó y se dirigió a la ventana. La esfera se había colocado en la posición correcta. Objetivo: Australia. El sistema estaba empezando a extraer energía del campo de punto cero.

No tardaría mucho.

Debido al aumento de fuerza de la tempestad, a Paul y a los otros comandos de la NUMA les costó abordar el buque mercante *Rama*, pero una vez que estuvieron a bordo, la situación se calmó. Se dirigieron al puente de mando y asumieron el control del barco.

A continuación, el capitán vietnamita los llevó a la enfermería, donde el capitán Winslow y cuatro miembros de la tripulación del *Orion* estaban retenidos. También encontraron a varios comandos rusos recluidos y deshidratados.

—Coge sus armas —ordenó Paul al jefe del *Gemini*.

Cuando sus hombres cambiaron sus rifles de madera por armas de verdad, Paul sintió que crecía en él una sensación de poder.

Se dirigió al capitán Winslow, que lo observaba con extrañeza.

—¿Paul? —Dijo el capitán, mirando el brazalete con la bandera australiana—. ¿Has cambiado de profesión hace poco?

—Más o menos —contestó Paul—. El *Gemini* está listo para prestar ayuda. ¿Qué pasa aquí?

Winslow le relató el hundimiento del *Orion* y el rescate y secuestro de los supervivientes a manos de los rusos.

—¿Cómo os hicisteis con el control del barco? —Preguntó Paul.

—Es evidente que no lo conseguimos.

—Pero este barco ha estado describiendo la trayectoria de la constelación de Orion durante las últimas treinta horas —dijo Paul—. No puede ser una casualidad.

Winslow sonrió.

—Kurt —explicó—. Hizo que los rusos mordieran el anzuelo. Les obligó a navegar en zigzag por todas partes. Él dijo que era para mantener en secreto el destino final. Quién iba a decir que estaba enviando un mensaje al mismo tiempo.

—¿Dónde está? —Preguntó Paul—. No lo hemos encontrado.

—Los rusos se los llevaron a él, a Joe y a la mujer australiana. Están haciendo una incursión en la isla de Heard. Es donde está la base de Thero. Es donde él está escondido.

Paul se volvió hacia el capitán vietnamita.

—¿Dónde está su centro de comunicaciones?

La noticia de que Kurt, Joe y al menos parte de la tripulación del *Orion* habían sobrevivido fue recibida con alegría en Washington. Pero la alegría se vio atemperada por las manillas del reloj. Faltaban ciento veinte minutos para la hora cero.

Pitt observaba la isla de Heard en el mapa. Por el fax estaban llegando

impresiones de las fotos espía rusas que señalaban el supuesto paradero de Thero. Cuanto más las estudiaba Pitt, más precaria le parecía la situación.

—Todo lo que ese tipo ha hecho es subterráneo —expuso Pitt—. Parece que aquí ha seguido el mismo patrón. Tengo que darle esa información a la Agencia de Seguridad Nacional.

Yaeger adoptó una expresión adusta.

—Van a sembrar la zona de misiles.

—Lo sé —dijo Pitt impasible.

Yaeger se inclinó.

—Probablemente Kurt y Joe estén allí ahora mismo.

—Soy perfectamente consciente de eso —aseveró Pitt.

—Entonces ¿han resucitado de entre los muertos para acabar eliminados por misiles Tomahawk de nuestros propios submarinos?

Pitt alzó la vista a su viejo amigo sin ningún asomo de malicia. Entendía a la perfección lo que Yaeger estaba diciendo.

—No lo hago a la ligera, Hiram. Pero no tenemos otra opción.

Pulsó el botón del intercomunicador.

—Ponme con Jim Culver, de la Agencia Nacional de Seguridad.

Joe Zavala notó el estruendo de la explosión cuando recorrió la cueva. Él y Gregorovich aguzaron el oído y no tardaron en oír disparos. Parecía que se estuviera librando una batalla caótica en la caverna.

—Viene hacia aquí —anunció Joe.

Gregorovich asintió con la cabeza.

Joe redobló sus esfuerzos por liberarse, tirando y tratando de soltar su mano izquierda. Era inútil; esa manilla le quedaba más apretada.

Gregorovich señaló con la barbilla.

—Allí —dijo—. Alicates. Tal vez usted los alcance.

Joe echó un vistazo a una mesa atestada de objetos enfrente de ellos. Alicates, puños americanos y otras herramientas de intimidación reposaban en ella. Se estiró hacia la mesa, pero estaban como mínimo a un metro y ochenta centímetros de distancia.

—Vamos —lo apremió Gregorovich.

—¿Qué se cree, que estoy hecho de goma?

Disparos y gritos resonaban justo detrás de la puerta.

Joe volvió a estirarse, pero se quedó a centímetros de la mesa.

La puerta se abrió. Uno de los hombres de Thero entró en la habitación caminando hacia atrás, apuntando con la vista y con el rifle a través de la puerta al fondo del pasillo.

Mientras disparaba una ráfaga a un enemigo oculto, Joe se abalanzó sobre él, rodeó el cuello del hombre con su brazo libre y tiró de él hacia atrás.

El hombre soltó el rifle y agarró el antebrazo de Joe, tratando de apartarlo de su tráquea. Joe resistió con todos los músculos de su cuerpo en tensión, haciéndole una llave inmovilizadora con su fuerte brazo.

El hombre se agitó y dio patadas, pero Joe contaba con ventaja. Curiosamente, el hecho de estar sujeto a la pared le ayudó. Pronto el hombre se quedó sin fuerzas bajo el brazo de Joe.

Este lo sostuvo otro minuto largo y luego lo soltó. El hombre se extendió en el suelo, y Joe se estiró y recogió el rifle.

Retorciendo el cuerpo, trató de apuntar con el arma a la cadena que le sujetaba la mano izquierda a la pared, pero el cañón no era lo bastante largo. Se volvió hacia Gregorovich.

—Parece que a usted le toca primero.

Gregorovich se levantó y se apartó de la pared.

—Mejor que sea rápido. Antes de que aparezca otra persona.

Adoptando una postura incómoda, Joe trató de apuntar con el rifle a las cadenas

de Gregorovich sosteniendo la empuñadura con una sola mano.

—Cuidado —le advirtió Gregorovich cuando el rifle se balanceó hacia su cuerpo.

Antes de que Joe pudiera afinar la puntería, la puerta se abrió de golpe. Joe giró el rifle hacia ella.

—¡Espera, colega! —gritó una voz familiar.

—¡Kurt! —vociferó Joe. Bajó el arma—. Ya era hora de que aparecieras. Casi he tenido que rescatarme a mí mismo.

—No sé, parece que lo tienes todo bajo control —dijo Kurt—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Tal vez tú harías esto mejor —dijo Joe, dándole el rifle.

Joe se puso tenso mientras Kurt apuntaba con cuidado y le quitaba la cadena del brazo, y luego hacía lo mismo con sus pies. Dio un paso adelante, encantado de estar libre. Kurt liberó a Gregorovich de la misma forma segundos más tarde.

Kurt les explicó lo ocurrido con los prisioneros y la refriega que estaba teniendo lugar afuera. Le dio a Gregorovich dos pistolas que había confiscado a los carceleros de Thero.

—Creo que nos estamos imponiendo, pero se nos acaba el tiempo —planteó—. ¿Sabes dónde está Hayley?

—Thero se la llevó —contestó Joe—. Tenía algo que quería enseñarle. Supongo que los dos sabemos de qué se trata.

—¿Adónde?

—No lo sé exactamente —respondió Joe—. Pero creo que usó la palabra «subidla». Solo es una suposición, pero si yo fuera un villano con una guarida subterránea, probablemente pondría mis habitaciones cerca de la parte superior.

Segundos más tarde, Devlin y Masinga entraron corriendo. Su informe de la situación parecía contradecir la suposición de Joe.

—Los hombres de Thero se están retirando a las plantas superiores —explicó Devlin—. Intentamos seguirlos, pero cerraron el pasillo. Aun así, hemos encontrado algo interesante.

—¿De qué se trata?

—La sala de la radio.

Kurt sonrió.

—Vamos progresando. Es hora de llamar a la caballería.

El mensaje de Dirk Pitt a Jim Culver armó un gran revuelo. A los diez minutos estaba en marcha una sesión informativa en la Sala de Conferencias de la Casa Blanca. Culver estaba presente, junto con el presidente, el vicepresidente Sandecker y varios miembros de los jefes del Estado Mayor. Un grupo de asesores y ayudantes los secundaban, mientras que Pitt y Yaeger observaban el acto en una pantalla plana a través de una conexión de vídeo segura.

Después de una breve serie de comentarios, se planteó la pregunta principal: considerando que el tiempo casi se había acabado, ¿se podía hacer algo para detener a Thero?

La única voz autorizada a ese respecto era un contraalmirante cuyo título operativo era COMSUBLANT, un acrónimo que significaba Comandante de las Fuerzas Submarinas en el Atlántico.

Aunque la isla de Heard estaba muy lejos del Atlántico, el almirante también estaba al mando de los submarinos destinados al golfo Pérsico y el océano Índico. Eran las embarcaciones más próximas a la que se consideraba la zona objetivo.

—... los misiles Tomahawk que transportan esos submarinos tienen una capacidad de alcance ampliada —dijo en respuesta a una pregunta del presidente—, lo que sitúa el *Albany* y el *New México* a tiro de la isla de Heard, pero por muy poco.

—Entonces ¿cuál es el problema? —Preguntó Culver.

—El límite de tiempo. El Tomahawk es un arma subsónica.

—¿Qué quiere decir eso?

El almirante suspiró.

—El tiempo desde el lanzamiento hasta el impacto supera las tres horas. Según el programa que nos ha dado, tenemos menos de noventa minutos hasta que ese hombre actúe.

La sala se quedó en silencio. Todos sabían lo que eso significaba.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —Preguntó Culver en tono agresivo—. Ordenamos que las embarcaciones empezaran a ocupar posiciones hace dos días.

—La marina reaccionó en cuanto nos dieron las órdenes —dijo el almirante—. Pero la isla de Heard es uno de los lugares más apartados sobre la faz de la Tierra, y no dedicamos mucho tiempo a patrullar por las zonas recónditas del mundo. El *Albany* era la embarcación operativa más próxima en ese momento y se encontraba a más de seis mil kilómetros de distancia.

Un ayudante entró a toda prisa en la sala y le dio a Culver una nota.

—Supongo que no importa —comentó Culver—. Nuestra red de alarma precoz ha detectado una onda de neutrinos en el hemisferio sur. No tenemos una posición, pero podemos imaginarnos de dónde viene.

—De modo que Thero no va a darnos noventa minutos —concluyó el presidente—. Vaya forma de precipitarse.

El vicepresidente Sandecker habló a continuación.

—Será mejor que informemos al primer ministro australiano y le avisemos de que el juicio final se ha adelantado.

Pitt contempló estoicamente el acto hasta que el zumbido de su intercomunicador lo interrumpió. Era la señora Conry, del Departamento de Comunicaciones.

—Tengo una llamada de radio para usted, Dirk.

Pitt pulsó el botón para hablar.

—Ahora no es un buen momento.

—Es Kurt Austin —contestó ella—. Llama por una banda de onda corta. La señal es muy débil.

—Pásemelo —ordenó Pitt sin vacilar.

Un chirrido distorsionado de electricidad estática e interferencias de onda corta sonó segundos más tarde.

—¿Kurt? —Preguntó Pitt—. ¿Me oyes?

Más electricidad estática, y finalmente la voz de Kurt.

—A duras penas —respondió—. Estamos en la isla de Heard. Hemos encontrado la base de operaciones de Thero. Está bajo tierra. Cerca de la parte delantera del glaciar de Winston.

—Lo sabemos —dijo Pitt—. Hiram consiguió descifrar tu señal, y Paul y Gamay engañaron a la tripulación del *Rama* para que se rindiera. ¿Cuál es tu situación?

El sonido volvió a fluctuar, interrumpido por estallidos de interferencias.

—Hemos conseguido provocar un pequeño alzamiento y hemos tomado la mitad de la estación, pero Thero y sus hombres se han encerrado en una planta superior. No podemos llegar hasta ellos.

—La red de sensores de la Agencia Nacional de Seguridad está detectando emisiones de neutrinos —explicó Pitt—. Creemos que Thero está cargando su arma. ¿Puedes confirmarlo?

—No exactamente, pero eso explicaría los problemas de iluminación que hemos tenido —dedujo Kurt—. Van a tener que atacar a conciencia este sitio para destruirlo. Estamos como mínimo a treinta metros por debajo de la superficie.

—No podemos conseguir una orden *in situ* a tiempo —les hizo saber Pitt—. Vais a tener que detenerlo desde allí.

El silencio y la distorsión regresaron.

—¿Kurt? ¿Me recibes?

—Alto y claro —respondió Kurt—. Veré lo que podemos hacer.

Las interferencias se interrumpieron bruscamente cuando Kurt cortó la comunicación.

El silencio se difundió entre todos los que se encontraban en la sala de radio en la isla de Heard.

—No vamos a recibir ayuda —anunció Kurt—. Depende de nosotros.

—Entonces ¿cuál es el plan? —Inquirió Joe.

Kurt miró a Gregorovich.

—¿Sabe lo que ha sido de la caja de fuegos artificiales que trajo de Moscú?

—Los hombres de Thero se la llevaron con Hayley.

—Entonces más vale que lleguemos a la sala de control —dijo Kurt.

Las luces se atenuaron, y una ligera vibración sacudió la estancia cuando la primera onda de energía del arma de Thero recorrió la caverna. Kurt alzó la vista y vio que caía polvo sobre ellos.

—¿Es eso lo que creo que es? —Preguntó Joe.

Kurt asintió con la cabeza.

—Según Dirk, el espectáculo va a empezar antes de tiempo. —Se volvió hacia los prisioneros—. ¿Hay alguna otra forma de subir a la planta de arriba?

Masinga habló primero.

—Cuando empezamos a excavar la mina, había un pozo vertical. Lo cerraron en cuanto comenzamos a perforar un túnel lateral en la kimberlita. Usándolo podríamos evitar las defensas de Thero.

—¿Puedes encontrarlo?

Masinga asintió con la cabeza.

—Creo que sí.

—Vamos.

Dos minutos más tarde estaban en el túnel, arrancando una plancha metálica de una sección de la pared. Una vez que la hubieron desprendido, Kurt asomó la cabeza.

Miró arriba. Una subida de casi veinte metros hasta lo alto.

—Ahora no nos vendría mal ese arpón propulsado por cohete tuyo, Joe.

—Pues vete a la oficina de objetos perdidos —contestó Joe.

—No tenemos tiempo. Tendremos que hacerlo a la antigua usanza.

Kurt miró abajo. El pozo descendía otros treinta metros más o menos. Kurt juraría que podía oler el mar. Se volvió hacia Devlin.

—Creo que sé dónde podéis encontrar ese barco vuestro.

Devlin asintió con la cabeza.

—Yo estaba pensando lo mismo.

—Reunid a los prisioneros. Llevadlos allí abajo.

Devlin asintió con la cabeza. Masinga hizo otro tanto.

—Cuando hayamos tomado el barco, os esperaremos.

—No te preocupes —dijo Kurt—. Dirigíos al mar.

Devlin miró fijamente a Kurt un momento, le dedicó un saludo militar y, a

continuación, él y Masinga regresaron para reunir a los demás prisioneros.

—Deberías ir con ellos —le advirtió Kurt a Joe.

—Lo siento —se disculpó Joe—. Me mareé en nuestro último crucero. Navegación pésima. Alojamiento de mala calidad. Y no me hagas hablar de la comida. Era espantosa. Deberían mandar a un inspector de sanidad a ese barco.

Kurt se rio. Debería haberse imaginado que su amigo no se retiraría a esas alturas. Se volvió hacia Gregorovich.

—¿Listo para una última jugada?

—Listo para terminar la partida —respondió Gregorovich—. De una vez por todas.

Kurt, Joe y Gregorovich treparon por el pozo abandonado mientras Devlin, Masinga y el sudamericano llevaban a los prisioneros supervivientes al nivel del agua.

A medida que se acercaban a la parte superior, otra fuerte vibración sacudió la caverna y emitió un sonido en el pozo hueco como un tren a toda velocidad.

Kurt se agarró al andamio cuando se produjo la vibración. Se fijó en una extraña luminiscencia en la obra metálica, algo que no había visto antes.

—Puede que nos convenga darnos prisa —propuso.

Los otros dos se rezagaron; los golpes que habían recibido les restaban rapidez.

Kurt llegó a lo alto y se preparó, esperando a que Joe y Gregorovich lo alcanzaran.

Otra barrera de chapa ondulada bloqueaba lo que había detrás. Kurt acercó el oído. Se oía un fuerte zumbido.

—¿Qué es? —Preguntó Joe.

—Generadores.

Kurt se quitó la mochila, la encajó en el andamio y sacó el último bloque de C-4.

—¿Qué vas a hacer? —Quiso saber Joe.

—Parece que solo está sujeto en cuatro puntos —dijo Kurt—. Uno en cada esquina. Si meto unos explosivos en el hueco entre la chapa y la pared y los hago estallar todos al mismo tiempo, la chapa ondulada debería reventar.

—¿Cuánto vas a usar?

Kurt estuvo a punto de echarse a reír.

—Tú y Devlin debisteis de ir al mismo colegio porque lo preguntáis todo.

A diferencia del método que había usado para volar la pesada puerta, esta vez Kurt quería usar el mínimo explosivo posible. Lo justo para separar la chapa de la abertura que tapaba.

Arrancó pequeños trozos de explosivo plástico y los encajó en las esquinas como quien enmasilla una ventana que deja entrar el aire. Colocó los detonadores y preparó otra vez el chasqueador.

—Agarraos fuerte —ordenó.

Joe y Gregorovich entrelazaron los brazos y las piernas con el andamio, y Kurt hizo lo mismo.

Cuando la onda de energía empezó a hacer vibrar la caverna, Kurt consideró que era la oportunidad perfecta. Apretó fuerte el chasqueador. Las cuatro pequeñas cargas estallaron al mismo tiempo. La chapa salió volando por la sala, dejó una estela de humo y cayó al suelo con estrépito. El volumen del zumbido de los generadores se dobló.

Kurt miró dentro.

Una cabeza se asomó detrás de uno de los generadores, y segundos más tarde dispararon desde detrás de otros dos.

Kurt se agachó detrás del borde de las rocas mientras las balas hacían pedazos el interior del pozo de la mina.

—Adiós a la entrada sorpresa —dijo Joe.

Cincuenta metros por debajo, Devlin y Masinga habían llegado al nivel inferior del pozo. Un breve túnel llevaba hasta la cueva donde el casco negro del *Voyager* permanecía atracado.

Desde un túnel lateral, Devlin vio a un hombre que transportaba una caja grande a la embarcación.

Se llevó un dedo a los labios y acto seguido salió de un salto y golpeó al hombre en la cabeza con la culata del rifle. El hombre tropezó, soltó lo que llevaba y se desplomó al suelo.

Devlin lo reconoció y le puso la punta del rifle en la cara.

—¿Escapando otra vez, Janko?

Este se quedó paralizado al darse cuenta de quién estaba hablando.

—Mira esto —dijo Masinga, abriendo la caja—. Diamantes.

Devlin dio un paso atrás, asestó otro golpe a Janko con la culata del rifle y lo dejó inconsciente.

Minutos más tarde, vestido con la ropa de Janko, subió a bordo del *Voyager* y tomó el puente de mando. Con la tripulación a punta de rifle, hizo señas a Masinga y los demás prisioneros para que avanzasen.

—¡Vamos! —gritó cuando la cueva empezó a sacudirse una vez más.

Esa serie de temblores duró más y tuvo un efecto más profundo que cualquiera de las otras. Por toda la cueva podían verse pequeños desprendimientos de rocas.

Cuando el último prisionero subió a bordo, Devlin se volvió hacia el timonel.

—Enciende este trasto.

En lo alto del pozo, justo al otro lado de la sala de los generadores, Kurt, Joe y Gregorovich se habían encontrado con unas defensas mejor preparadas de lo que habían esperado. Dentro había ocho hombres de Thero escondidos detrás de los generadores.

—Atravesar ese fuego cruzado va a ser un suicidio —observó Joe.

—Tengo una idea —dijo Kurt. Preparó el C-4 que le quedaba y miró a Joe—. ¡Prepárate! —gritó.

Joe asintió con la cabeza y ajustó el selector de su rifle a modo automático.

Kurt lanzó la mochila alrededor de la esquina al interior de la sala y apretó el chasqueador por última vez. Una resonante explosión sacudió la sala de los

generadores y, con suerte, derribó las defensas.

—¡Vamos! —chilló Kurt.

Joe se disponía a entrar corriendo, pero Gregorovich lo apartó bruscamente y trepó por encima de él. Irrumpió en la sala empuñando sus dos pistolas y tirando a diestro y siniestro. En el centro de la estancia, disparó en todas direcciones, dando vueltas y pegando tiros, aunque los hombres de Thero devolvieron el fuego y le dieron varias veces.

Mientras Gregorovich atraía el fuego, Joe y Kurt entraron corriendo detrás de él. Cada uno eligió un lado y abatieron a tiros a los últimos hombres de Thero uno tras otro.

Cuando los disparos cesaron, solo Kurt y Joe estaban en pie. Corrieron junto a Gregorovich, que se hallaba en el suelo gravemente herido.

Maxmillian Thero se encontraba en la sala de control, bañado de la luz de su gran creación y ajeno a los disparos del exterior. Miraba a través del portal, hipnotizado por la forma de la energía de punto cero que se arremolinaba como una galaxia. Se movía a toda velocidad por el interior de la estructura esférica, cada vez más rápido, hasta que finalmente desapareció con un destello cegador y se dirigió a Australia.

Probablemente los primeros impulsos solo los habían percibido unos cuantos canguros en el desierto. Esta oleada haría vibrar ventanas y sacudiría puertas. Provocaría temblores por toda la falla y prepararía el terreno para lo que se avecinaba, ya que cada reverberación se desarrollaba a partir de la anterior.

Consultó el monitor. La siguiente oscilación estaba empezando a formarse.

De repente, la puerta se abrió de golpe detrás de él. Se volvió a tiempo para oír el estallido del disparo del arma de Kurt Austin y para ver el fuego de su cañón. Cayó hacia atrás, se estrelló contra el portal de observación y se deslizó hacia abajo, dejando un reguero de sangre en el grueso plexiglás.

Se desplomó y rodó por el suelo hacia Hayley. La joven estaba tumbada a escasa distancia.

—Gracias... —logró decir.

—George —susurró ella.

Él asintió con la cabeza, y acto seguido sus ojos se cerraron.

Kurt entró corriendo en la sala y se acercó a Hayley.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —contestó ella, empezando a moverse.

Mientras él la ayudaba a levantarse, la sala se sacudió violentamente.

—¿Qué pasa? —Preguntó Hayley.

—Thero ha activado su arma. Tienes que ayudarme a apagarla.

Joe apareció en la puerta sosteniendo a Gregorovich y lo sentó en un asiento mientras Kurt llevaba a Hayley a la consola. Kurt observó cómo ella lo escudriñaba todo, desplazando la vista de un monitor de ordenador al siguiente. Una expresión de inquietud se apoderó de ella.

—No puedo pararlo —dijo.

—¿Qué? —Preguntó Kurt—. ¿Por qué?

—Thero ha hecho algo. Ha distorsionado el patrón estirándolo como una goma elástica. La siguiente onda tardará más en llegar, pero será gigantesca cuando lo haga.

—Si apagamos este trasto no —apuntó Kurt, preparándose para disparar una ráfaga de balas al ordenador.

—No lo entiendes —replicó ella—. Ya está apagado. Lo que estás viendo es una reacción en cadena independiente. La energía proviene del desequilibrio en el propio

campo de energía cero.

Kurt miró a la sala de los generadores. Ella tenía razón. La última carga de C-4 había desconectado los generadores; estaban funcionando por su cuenta.

—¿Cómo lo paramos, entonces?

—No podemos. Es como un coche que patina y trata de corregir el desliz yendo de un lado a otro. Se parará cuando se estrelle. Cuando una sobrecarga de energía lo bastante grande arrolle la onda y la destruya.

—Y la falla ceda —prosiguió Kurt.

Ella asintió con la cabeza.

Él no podía creer lo que estaba oyendo. Tenía que haber una forma. Miró a su alrededor. Su mirada se posó en la bomba nuclear rusa.

—¿Y si encontrara otra fuente de energía? Una fuente más cercana.

Ella se volvió hacia la bomba.

—Podría servir —dijo ella—. Desde esta distancia, podría bastar para destruir la onda.

Kurt se dirigió a la bomba y abrió la maleta.

—Gregorovich, ¿cómo activo esto?

—Tiene un sencillo temporizador —logró decir el ruso—. Fije el tiempo, pulse INICIAR, y explotará al llegar a cero.

Kurt buscó el temporizador. El panel de control se había roto. Colocó el interruptor del temporizador en la posición de encendido. No pasó nada. Lo movió varias veces.

—El temporizador está destrozado —anunció.

—Entonces tendrá que activarlo manualmente —propuso Gregorovich.

Kurt miró a Joe y a Hayley.

—Vosotros dos, largo de aquí —ordenó—. Bajad por el pozo vertical. Llegad al barco, si podéis.

—No —repuso Hayley—. No puedes quedarte.

—Al menos solo —apostilló Joe.

Sonó el chasquido de una pistola siendo amartillada.

Los tres alzaron la vista y vieron a Gregorovich apuntando en dirección a ellos con su pistola.

—Se van a marchar todos —dijo—. Yo haré detonar el artefacto.

Kurt lo miró fijamente.

—Míreme —le pidió el ruso—. No voy a volver a casa.

—Está bien —accedió Kurt, consciente de que Gregorovich se estaba muriendo. Deslizó la bomba hasta el lugar donde el ruso estaba sentado contra la pared.

—Quite el temporizador —ordenó este.

Kurt extrajo el temporizador. Debajo había un sencillo interruptor de detonación.

—Ármela.

Kurt giró el interruptor a la posición de armado.

—¿Está seguro de que puede hacerlo?

—Es un proceso sencillo —respondió Gregorovich—. Solo tengo que apretar el botón.

—Ya sabe a lo que me refiero.

—Yo siempre termino lo que empiezo —dijo Gregorovich.

—Ocho minutos —anunció Hayley, mirando la pantalla de ordenador—. En ese momento la onda estará muy cerca de alcanzar su punto más alto. Estará en su momento más inestable. Hágala estallar entonces. No más tarde o Australia se destruirá.

Gregorovich asintió con la cabeza mientras un nuevo temblor sacudió la sala.

Kurt reparó en que ese parecía distinto. Más fuerte.

Era hora de marcharse.

Tendió la mano al ruso, y Gregorovich la estrechó. Cuando la soltó, Joe y Hayley ya estaban bajando por el andamio. Fue tras ellos.

—Tenía usted razón —gritó Gregorovich detrás de él—. Hasta los peones son útiles de vez en cuando.

Kurt asintió con la cabeza y desapareció. Corrió al pozo y empezó a descender. A mitad de camino, la cueva volvió a sacudirse como si algo sólido hubiera chocado contra ella. Unas grietas empezaron a serpentear por las paredes, y empezó a salir agua gélida a raudales desde arriba.

Los temblores habían hecho que una serie de fisuras se abriesen en la base del volcán. A medida que el magma y el calor hirviente fluían hacia arriba, la parte inferior del glaciar empezó a derretirse. Se movió y se deslizó hacia delante. Cuando Kurt llegó al fondo del pozo, una cascada helada se derramaba sobre él.

Salió corriendo de debajo de ella y alcanzó a Joe y a Hayley cuando estaban llegando a una cueva parecida a un puerto.

Un extraño barco negro se encontraba al final de un estrecho muelle.

—¡Venga! —Gritó una voz con acento irlandés desde la cubierta—. Esta vez no pienso dejar a nadie.

Kurt se alegró enormemente de ver que Devlin había hecho caso omiso de su recomendación. Corrió con Joe y Hayley. Subieron a bordo cuando el barco empezaba a moverse. Dentro, hallaron a unos cuantos hombres de Thero a los mandos, escoltados por Masinga y los otros prisioneros.

—Sacadnos de aquí —ordenó Devlin—. Y abrid las puertas.

Mientras la cueva se sacudía, una lluvia de escombros empezó a caer del techo. Unas rocas del tamaño de puños acribillaron el *Voyager* y rebotaron con estruendo en sus cubiertas, y un enorme canto rodado se estrelló en el agua a escasos metros de distancia. Segundos más tarde, el *Voyager* estaba en camino, sumergiéndose y dirigiéndose al hueco que se abría poco a poco entre las dos puertas.

—Aumenta la potencia —indicó Devlin—. ¡Vamos!

El timonel hizo lo que le mandó, y el *Voyager* empezó a avanzar.

—¿No es así como el capitán Nemo encontró la muerte? —Mencionó Joe.

—Supuestamente —dijo Kurt—. Supuestamente encontró la muerte.

Hayley agarró la mano de Kurt, y todos en el puente de mando contuvieron el aliento mientras miraban las puertas que se abrían lentamente. El *Voyager* estabilizó su profundidad y siguió cobrando velocidad. Pasó por el hueco entre las puertas y rozó bruscamente la plancha de la derecha.

—Yo que tú lo pondría a toda potencia —dijo Kurt.

—Ya lo has oído —ordenó Devlin—. A toda máquina.

El timonel no necesitó que se lo dijera dos veces. Empujó a fondo la palanca del acelerador. El gran barco vibró cuando las hélices aumentaron sus revoluciones.

—Iremos mucho más rápido por la superficie —propuso el timonel.

—Sube —ordenó Devlin.

El timonel alargó la mano y vació los tanques de aire, y el *Voyager* empezó a ascender. Salió a la superficie cuando solo faltaba un minuto.

En la sala de control, la mitad del techo se había desplomado. Entre la sala de control y el nivel superior se abrió una brecha que permitió que el lodo y el agua del glaciar derretido entraran a raudales.

La mezcla helada arrastró a Gregorovich hasta el lado opuesto de la sala de control y lo estrelló contra la pared antes de que su fuerza disminuyera y se repartiera.

Gregorovich consultó su reloj. No sabía nada de las ondas ni de la magnitud del campo de punto cero; lo único que sabía era la promesa que había hecho. Ocho minutos. Tenía que hacer detonar la bomba al cabo de ocho minutos pasara lo que pasase.

Trató de levantarse. Tenía treinta segundos. Descubrió que no podía ponerse en pie; el agua helada y el lodo lo inundaban todo a su alrededor, llenando poco a poco la sala.

Se arrastró a través de la mezcla, apartando escombros flotantes a empujones. Se le estaba nublando la vista. Su mente se estaba enturbiando. Recordó el dolor y el frío del pantano en el que su padre lo había torturado y se levantó, negándose a rendirse.

Avanzó entre la inundación y se dirigió a la bomba. El segundero de su reloj llegó a cero, y estampó el puño sobre el detonador.

Kurt vio a través de las ventanas del *Voyager* cómo el mar empezaba a emitir su brillante destello blanco. Sabía lo que se avecinaba.

Miró a la isla en el momento en que una onda de energía brotaba de la laguna detrás de ellos. Vio una bola de llamas de color naranja blanquecino. Esta se desplazó hacia el exterior a toda velocidad como si fuera a tragarlos y con idéntica brusquedad

se desplomó sobre sí misma, como una burbuja implosionando a mucha profundidad. Un eco resonante pasó reverberando junto a ellos, y momentos más tarde una fina capa de escombros y agua acribilló el *Voyager* como si fuera granizo. Pero no había fuego ni calor. Ni un mar furioso del que tener miedo. Todo había quedado a oscuras y en silencio.

Al principio, parecía demasiado bueno para ser cierto. Durante unos segundos, nadie dijo palabra. Finalmente, Kurt hizo la pregunta que estaba en la mente de todos:

—¿Ha terminado?

Hayley lo miró y a continuación miró al exterior. El barco subía y bajaba sobre las olas. El mar parecía normal. La trémula vibración había desaparecido.

—Creo que sí —contestó ella—. Creo que ha terminado.

Kurt siguió mirando. Gregorovich había hecho exactamente lo que había dicho que haría. Había terminado el trabajo.

—Que alguien me diga dónde hay una radio —dijo Kurt—. Tenemos que averiguar si Australia sigue entera.

Ocho horas después de la explosión, el *Voyager* efectuó el enlace con el *Gemini* y el *Rama*. Kurt, Joe, Hayley y los otros supervivientes fueron embarcados en el *Gemini* y recibidos con una calurosa bienvenida encabezada por Gamay Trout, quien no se perdía una celebración. En medio de las risas, las firmes palabras de la comandante Matilda Wallaby fueron pronunciadas una y otra vez hasta que Gamay se sintió abochornada. La historia de la torreta casera de Paul y la argucia del *Rama* recibieron un tratamiento parecido; sin duda las dos anécdotas pasarían a la historia de la NUMA.

Kurt, por su parte, permanecía callado. Demasiadas vidas se habían perdido durante su viaje para sentir algo que no fuera alivio por que hubiera terminado. Ya entrada la noche, se dirigió a la sala de radio y utilizó el equipo del *Gemini* para poner una conferencia.

—Hola, papá —dijo cuando su padre cogió el teléfono—. Espero que no sea un mal momento.

Hacía medio año que Kurt no veía a su padre y meses que no mantenían algo más que una conversación superficial. Puede que hubiera estado muy ocupado, pero era mucho tiempo.

Mientras el resto de los pasajeros dormían, Kurt y su padre recordaron viejas aventuras y planearon otras para un futuro próximo.

Unos días más tarde, llegaron por fin a Perth. A continuación se llevaron a cabo los interrogatorios de los comandos rusos y de la tripulación del buque mercante *Rama*. Al final, los australianos liberaron el barco embargado y permitieron a los comandos rusos irse por aire. Los llevaron en avión a Tokio, y de allí a Vladivostok, donde fueron repatriados y sin duda sometidos a más interrogatorios por sus superiores.

Los intentos por rescatar algo útil de la isla de Heard resultaron vanos. En una teleconferencia con Dirk Pitt, Kurt explicó:

—Han usado el geosónar para estudiar la zona donde estaban los túneles del laboratorio de Thero. No hay señales de que queden espacios abiertos. Estamos seguros de que la explosión nuclear volatilizó el laboratorio de Thero y todo lo que había en él. Parece que la onda de choque derribó la estructura de la cueva natural e hizo que lo que quedaba se comprimiera sobre sí mismo. La roca de debajo es ahora radiactiva y lo será durante años. Y los temblores y la explosión hicieron que la parte inferior del glaciar de Winston se licuara, cosa que dificulta todavía más cualquier intento por estudiarlo. Lo que pudiera quedar allí abajo no solo se ha volatilizado, sino que ahora está enterrado bajo varios millones de toneladas de roca y hielo.

En la pantalla, Pitt asintió con la cabeza pensativamente.

—No es un desenlace del todo negativo.

—Yo pienso lo mismo —dijo Kurt.

Pitt se volvió hacia Hayley.

—La ONU está redactando un tratado que prohíbe el estudio de ese tipo de energía. Los sensores que desarrollaste van a permitir hacer cumplir ese tratado.

—Me alegro de que haya hecho algo positivo para variar —comentó ella.

—Puede que hayas impedido millones de muertes —respondió Pitt—. No puede haber nada más positivo.

Ella sonrió.

—Nos ha ido por un pelo —dijo ella—. Por lo visto, en el desierto han sufrido una serie de terremotos. Todavía estamos percibiendo las réplicas, pero cada día que pasa hay menos. Y parece que la falla se está estabilizando.

—Me alegro de saberlo —contestó Pitt—. En cuanto a las cajas de diamantes desaparecidas, Cecil Bradshaw, de la OSIA, me ha pedido que investiguemos su posible paradero. Como venían de la isla de Heard, son en realidad propiedad australiana.

Kurt, Joe y Hayley asintieron con la cabeza.

—¿Tenéis alguna idea de qué fue de ellas?

—Yo he oído un rumor —respondió Kurt—. Ese tal Devlin...

—El capitán Devlin —le corrigió Joe.

—Eso es —convino Kurt—. El capitán Devlin y su intrépido primer oficial, Masinga, lo arreglaron para que los diamantes se dividieran entre los mineros supervivientes y las familias de los que murieron. Pero solo es un rumor. Y como el capitán Devlin ya no está en territorio australiano, no sé si algún día se desvelará la verdad.

—Me parece bien —dijo Pitt. Se volvió hacia Joe—. En otro orden de cosas, tengo un nuevo trabajo para usted, señor Zavala.

Joe arqueó las cejas.

—Estoy de vacaciones —afirmó él.

—Según mi calendario, sus vacaciones acaban de terminar —repuso Pitt—. Y su primera misión será viajar a Cairns y explicarle a la pobre señora Harrington de la Escuela de Primaria Dooley por qué los decepcionó a ella y a su clase no presentándose a la excursión programada al arrecife.

—¿Se ha enfadado? —Preguntó Joe.

Pitt asintió con la cabeza.

—Eso parece. Pero está dispuesta a perdonarle si la acompaña a una excursión no supervisada que ella elija. Creo que necesitará esmoquin.

Joe suspiró y acto seguido se animó.

—Las cosas que tengo que hacer para esta agencia —declaró—. Debería recibir una paga extra de relaciones públicas aparte de mi sueldo normal.

Kurt se rio.

—Imagínate. Tanto hablar de extraterrestres, y al final quien te va a abducir es una profesora de quinto.

—Siempre que sea en nombre de la ciencia —dijo Joe.

Pitt se rio.

—Estoy orgulloso de todos ustedes —confesó—. Les llamaré mañana. Cuando Pitt cortó la comunicación, Joe se volvió hacia Kurt y Hayley.

—Supongo que me tengo que largar —comentó.

Hayley se estiró y lo abrazó.

—Que tengas buen viaje —le deseó riéndose.

—De acuerdo.

Kurt le dio a su amigo un abrazo.

—Si sigues en Australia cuando vuelva a esa parte del país, te buscaré.

—¿Cuándo crees que llegarás allí?

Kurt miró a Hayley.

—Depende de lo que se tarde en atravesar el continente andando.

Joe se rio.

—Entonces no te esperaré —bromeó, y acto seguido salió por la puerta.

A solas con Hayley por primera vez desde que se habían conocido, Kurt le cogió la mano y la besó.

—Ven conmigo —dijo, sacándola al pasillo.

—¿Adónde vamos?

—A hacer un viajecito —contestó él.

Ella se puso tensa.

—Creo que ya he tenido suficientes viajes por una temporada.

Él siguió llevándola por el pasillo.

—Tu amigo Bradshaw me ha mandado unas entradas para el partido de rugby de esta noche en el estadio de Perth Oval.

Ella lo siguió obedientemente, pero parecía confundida.

—¿Esta noche, con las luces?

Él asintió con la cabeza.

Solo eran las doce del mediodía pasadas.

—¿No salimos un poco pronto?

—La verdad es que no —respondió él—, considerando el medio de transporte que he elegido.

Kurt le abrió la puerta y salió. Junto a la acera les esperaba un carruaje de estilo victoriano con un dócil caballo de color castaño parado pacientemente delante.

—Te presento a Oruga —dijo Kurt, acariciando el lomo del lustroso animal pardo—. Me han asegurado que es el caballo más lento y seguro del territorio occidental.

Hayley sonrió abiertamente y rascó al animal detrás de las orejas. Al caballo pareció gustarle y relinchó.

—No hay nada malo en ser lento y seguro —le dijo ella al animal—. Ni pensativo

—añadió, volviéndose hacia Kurt.

Él le cogió la mano, y ella subió al carruaje.

—Ten cuidado —le advirtió Kurt—. Oruga no ha perdido nunca a un pasajero, y no queremos que seas la primera.

Ella se puso cómoda sonriendo tan radiantemente que las mejillas le empezaron a doler. Kurt se sentó a su lado y cogió las riendas mientras ella examinaba la cesta de *picnic* que él había preparado.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar al estadio? —preguntó.

—¿De cuánto tiempo dispones?

—De todo el día —respondió ella—. Y toda la noche.

Kurt asintió con la cabeza.

—En ese caso, será mejor que tomemos un atajo.

Tiró de las riendas del caballo, y Oruga se puso en movimiento andando con paso pesado y lento y haciendo honor a su nombre. Hayley se acercó a Kurt, le rodeó la cintura con el brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Esta es la velocidad que me gusta —dijo.

Kurt la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí. A él también le parecía perfecta.